

BOOKZINGA



PRODIGY

MARIE LU



Sinopsis

June y Day llegan a Vegas justo cuando sucede lo impensable: el Elector Primo muere y su hijo Anden toma su lugar. Con la República acercándose al caos, los dos se unen a un grupo de Patriotas rebeldes deseosos de ayudar a Day a rescatar a su hermano y les ofrecen paso a las Colonias. Sólo tienen una condición... June y Day deben asesinar al nuevo Elector.

Es su oportunidad de cambiar la nación, de dar voz a un pueblo silenciado durante demasiado tiempo.

Pero mientras June se da cuenta de que este Elector no es nada como su padre, es perseguida por la futura elección. ¿Qué pasa si Anden es un nuevo comienzo? ¿Y si la revolución debe ser algo más que pérdida y venganza, ira y sangre? ¿Qué si los Patriotas están equivocados?





Contenido

Sinopsis.....	2
JUNE	7
DAY	20
JUNE	30
DAY	44
JUNE	54
DAY	61
JUNE	73
DAY	89
JUNE	104
DAY	122
JUNE	133
DAY	149
JUNE	165
DAY	176
JUNE	183
DAY	189
JUNE	200
DAY	212
JUNE	224
DAY	233
JUNE	238
DAY	241
JUNE	253
DAY	258
JUNE	261
DAY	270
JUNE	275
DAY	280
JUNE	285
Champion	295
Sobre la Autora.....	296
Créditos	297



PRODIGY
MARIE LU



Página | 4

Para Primo Gallanosa, por ser mi luz

LEGEND #2
BOOKZINGA





PRODIGY
MARIE LU



Página | 6

LAS VEGAS, NEVADA
REPÚBLICA DE AMÉRICA
POBLACIÓN: 7.427.431

LEGEND #2
BOOKZINGA



JUNE

Traducido por LizC

Corregido por Nony_mo

ENERO 4. 1932 HORAS.

HORA OCEÁNICA ESTÁNDAR.

TREINTA Y CINCO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DE METIAS.



Página | 7

Day despierta sobresaltado a mi lado. Su frente está cubierta de sudor, y sus mejillas están mojadas con lágrimas. Está respirando pesadamente.

Me inclino sobre él y le aparto un mechón de cabello mojado de la cara. La herida en mi hombro ha cicatrizado ya, pero mi movimiento la hace contraerse de nuevo. Day se sienta, se frota una mano con cansancio en sus ojos, y mira alrededor de nuestro tambaleante vagón como si buscara algo. Observa primero entre las pilas de cajas en un rincón oscuro, luego entre la arpillería que recubre el suelo y la pequeña bolsa de comida y agua puesta entre nosotros. Le toma un momento reorientarse, recordar que estamos robando un paseo en un tren con destino a Vegas. Unos segundos pasan antes de que él suelta su postura rígida y se deje apoyar contra la pared.

Toco suavemente su mano.

—¿Estás bien? —Esa se ha convertido en mi pregunta constante.

Day se encoge de hombros.

—Sí —murmura—. Pesadillas.

Nueve días han pasado desde que huimos del Sector Batalla y escapamos de Los Ángeles. Desde entonces, Day ha tenido pesadillas cada vez que ha cerrado los ojos. Cuando nos alejamos por primera vez y pudimos conseguir unas horas de descanso en



un patio de trenes abandonados, Day despertó sobresaltado y gritando. Tuvimos la suerte de que ningún soldado o policía callejera lo escuchara. Después de eso, he desarrollado el hábito de acariciar su cabello inmediatamente después para que duerma, de besar sus mejillas, frente y párpados. Todavía se despierta jadeando con lágrimas, sus ojos cazando frenéticamente por todo lo que ha perdido. Pero al menos lo hace en silencio.

A veces, cuando Day está así de tranquilo, me pregunto qué tan bien está colgando de su cordura. La idea me asusta. No puedo darme el lujo de perderlo. Me sigo diciendo que es por razones prácticas: tendríamos pocas posibilidades de sobrevivir solos en este punto, y sus habilidades complementan las mías. Además... no tengo a nadie que proteger. He tenido mi parte de lágrimas también, aunque yo siempre espero hasta que él se duerma para llorar. Lloré por Ollie anoche. Me siento un poco tonta llorando por mi perro cuando la República mató a nuestras familias, pero no puedo evitarlo. Metias fue el que lo llevó a casa, una bola blanca de patas gigantes y orejas caídas y ojos marrones cálidos, la más dulce criatura torpe que jamás había visto. Ollie era mi hijo, y yo lo dejé atrás.



Página | 8

—¿Qué sueñas? —le susurro a Day.

—Nada memorable. —Day se remueve, luego hace una mueca mientras se roza accidentalmente su pierna herida contra el suelo. Su cuerpo se tensa por el dolor, y puedo notar cuán duros son sus brazos por debajo de su camisa, nudos de músculo magro obtenidos de las calles. Una respiración dificultosa escapa de sus labios. *La forma en que me había empujado contra aquella pared del callejón, el hambre en su primer beso.* Dejo de concentrarme en su boca y me sacudo el recuerdo, avergonzada.

Él asiente hacia las puertas de los vagones.

—¿Dónde estamos ahora? Debemos estar acercándonos, ¿verdad?

Me levanto, contenta por la distracción, y me apoyo contra la pared meciéndose mientras me asomo a la ventana pequeña del vagón. El paisaje no ha cambiado mucho, interminables filas de torres de apartamentos y fábricas, chimeneas antiguas y carreteras arqueadas, todo ello bañado en tonos azules y morados grisáceo por la lluvia de la tarde. Todavía estamos pasando por los sectores marginales. Se ven casi idénticos a los barrios bajos de Los Ángeles. A lo lejos, un enorme embalse se extiende hasta la mitad a través de mi línea de visión. Espero hasta que una pantalla gigante pasa destellando, luego, entrecierro los ojos para ver las letras pequeñas en la parte inferior de la pantalla.



—Ciudad de Boulder, Nevada —digo—. Muy cerca ahora. El tren probablemente se detendrá aquí por un tiempo, pero después no debería tomar más de treinta y cinco minutos en llegar a Vegas.

Day asiente. Se inclina, desata el saco de comida y busca algo para comer.

—Bueno. Cuanto antes lleguemos, más pronto vamos a encontrar a los Patriotas.

Él parece distante. A veces Day me dice de qué van sus pesadillas: faltar a su Juicio o perder a Tess en las calles o huir de las patrullas de la peste. Pesadillas acerca de ser el criminal más buscado de la República. Otras veces, cuando está así y se guarda sus sueños para sí, sé que deben estar relacionadas con su familia: la muerte de su madre, o de John. Tal vez sea mejor que no me cuente sobre ellas. Tengo lo suficiente de mis propios sueños para atormentarme, y no estoy segura de tener el coraje de saber sobre los suyos.



—Estás realmente enfocado en encontrar a los Patriotas, ¿cierto? —digo cuando Day saca un trozo duro de masa frita de la bolsa de comida. Esta no es la primera vez que me he cuestionado su insistencia en ir a Vegas, y soy cuidadosa con la forma en que me acerco al tema. La última cosa que quiero que Day piense es que no me preocupo por Tess, o que tengo miedo de reunirme con el grupo rebelde más conocido de la República—. Tess fue con ellos de buena gana. ¿No estamos poniéndola en peligro al tratar de traerla de vuelta?

Day no responde de inmediato. Desgarra la masa frita en dos y me ofrece un pedazo.

—Toma un poco, ¿sí? No has comido en mucho tiempo.

Sostengo en alto una mano cortésmente.

—No, gracias —respondo—. No me gusta la masa frita.

Al instante deseo poder meter las palabras en mi boca. Day baja su mirada y pone la segunda mitad de nuevo en la bolsa de comida, entonces comienza tranquilamente a comer su parte. ¡Qué cosa tan estúpida de mi parte decir! *No me gusta la masa frita.* Prácticamente puedo oír lo que está pasando por su cabeza.

Pobre niña rica, con sus modales elegantes. Puede permitirse el lujo de disgustarle la comida. Me regaño a mí misma en silencio, y luego hago una nota mental para pisar con más cuidado la próxima vez.

Después de unos mordiscos, Day finalmente responde:



—Simplemente no voy a abandonar a Tess sin saber que está bien.

Por supuesto que no lo haría. Day nunca dejaría a nadie de quien se preocupe detrás, sobre todo, no la niña huérfana con la que ha crecido en las calles. También entiendo el valor potencial de encontrarse con los Patriotas, después de todo, esos rebeldes nos han ayudado a Day y a mí a escapar de Los Ángeles. Son muchos y bien organizados. Tal vez ellos tienen información sobre lo que la República está haciendo con el hermano menor de Day, Eden. Tal vez incluso pueden ayudar a curar la infectada pierna de Day; desde esa fatídica mañana cuando la comandante Jameson le disparó en la pierna y lo arrestó su herida ha estado en una montaña rusa, de estar cada vez mejor y después peor. Ahora su pierna izquierda es una masa quebrada de carne ensangrentada. Él necesita atención médica.

Sin embargo, tenemos un problema.



—Los Patriotas no nos ayudarán sin algún tipo de pago —le digo—. ¿Qué podemos darles? —Para enfatizar, meto la mano en mis bolsillos y desentierro nuestros magros alijo de dinero. Cuatro mil Billetes. Todo lo que tenía conmigo antes de salir huyendo. No puedo creer lo mucho que echo de menos el lujo de mi antigua vida. Hay *millones* de Billetes en nombre de mi familia, Billetes a los que nunca voy a ser capaz de acceder de nuevo.

Day se termina la masa y considera mis palabras con los labios apretados.

—Sí, lo sé —dice, pasándose una mano por su cabello rubio enmarañado—. Pero, ¿qué sugieres que hagamos? ¿A quién más podemos acudir?

Niego con la cabeza sin poder hacer nada. Day tiene razón sobre eso; tan poco como me gustaría ver a los Patriotas de nuevo, nuestras opciones son bastante limitadas. Antes, cuando los Patriotas nos habían ayudado a escapar al principio de la Intendencia de Batalla, cuando Day aún estaba inconsciente y yo estaba herida en el hombro, le había pedido a los Patriotas dejarnos ir con ellos a Vegas. Esperaba que continuaran ayudándonos.

Se habían negado.

—Nos pagaste para conseguir sacar a Day de su ejecución. No nos pagaste para llevar sus lamentables traseros todo el camino a Vegas —me había dicho Kaede—. Los soldados de la República están muy cerca de sus rastros, por el amor de Dios. No somos un comedor de servicio completo. No voy a arriesgar mi cuello por ustedes dos de nuevo a menos que haya dinero de por medio.



Hasta ese momento, casi había creído que los Patriotas se preocupaban por nosotros. Pero las palabras de Kaede me habían traído de vuelta a la realidad. Ellos nos habían ayudado porque yo le había pagado a Kaede 200.000 Billetes de la República, el dinero que había recibido como recompensa por la captura de Day. Incluso entonces, había requerido un poco de persuasión antes de enviar a sus compañeros Patriotas en nuestra ayuda.

Permitir a Day ver a Tess. Ayudar a Day arreglar su pierna mala. Darnos información sobre el paradero del hermano de Day. Todas estas cosas requerirán sobornos. Si tan sólo hubiera tenido la oportunidad de conseguir más dinero antes de irnos.

—Las Vegas es posiblemente la peor ciudad para nosotros pasearnos por nuestra cuenta —le digo a Day, mientras cautelosamente froto mi hombro en curación—. Y los Patriotas podrían ni siquiera darnos una audiencia. Sólo estoy tratando de asegurarnos que estamos pensando bien en esto.

—June, sé que no estás acostumbrada a pensar en los Patriotas como aliados —responde Day—. Fuiste entrenada para odiarlos. Pero son un aliado potencial. Confío en ellos más de lo que confío en la República. ¿Tú no?

No sé si tuvo la intención de que sus palabras sonaran insultante. Day se perdió el punto que estoy tratando de hacer: que los Patriotas probablemente no van a ayudarnos y entonces estaremos atascados en una ciudad militar. Pero Day piensa que estoy dudando porque no me fío de los Patriotas. Que, en el fondo, sigo siendo June Iparis, la prodigo más famosa de la República... que sigo siendo fiel a este país. Bueno, ¿es eso cierto? Soy una criminal ahora, y nunca voy a ser capaz de volver a la comodidad de mi antigua vida. El pensamiento deja una enfermiza sensación de vacío en mi estómago, como si echara de menos ser la querida de la República. Tal vez lo hago.

Si ya no soy la querida de la República, entonces, ¿quién soy yo?

—Está bien. Vamos a tratar de encontrar a los Patriotas —digo. Está claro que no voy a ser capaz de convencerlo para que haga cualquier otra cosa.

Day asiente.

—Gracias —susurra. La sombra de una sonrisa aparece en su hermoso rostro, empujándome con su calidez irresistible, pero él no trata de abrazarme. No llega a mi mano. No se acerca más para dejar que nuestros hombros se toquen, no acaricia mi cabello, no susurra palabras tranquilizadoras a mi oído o descansa su cabeza contra la



mía. No me había dado cuenta de lo mucho que he aprendido a anhelar estos pequeños gestos. De alguna manera, en este momento, nos sentimos muy aislados.

Tal vez su pesadilla había sido sobre mí.



Esto ocurre justo después de llegar a la avenida principal de Las Vegas. El anuncio.

En primer lugar, si hay un lugar en Vegas en el que no debemos estar, es la avenida principal. Pantallas gigantes (seis comprimidas en cada cuadra) se alinean a ambos lados de la calle más concurrida de la ciudad, sus pantallas reproduciendo un sinfín de noticias. Grupos cegadores de reflectores barren obsesivamente a lo largo de las paredes. Los edificios aquí deben ser dos veces más grandes que los que hay en Los Ángeles. El centro de la ciudad está dominado por imponentes rascacielos y enormes muelles de aterrizaje en forma de pirámide (ocho de ellos, bases cuadradas, lados del triángulo equilátero) con luces irradiando desde sus puntas. El aire del desierto apesta a humo y se siente dolorosamente seco; no hay huracanes para saciar la sed por aquí, no hay frentes de agua o lagos. Las tropas se dirigen de arriba abajo por la calle (en oblongas formaciones cuadradas, típicas de Vegas), soldados vestidos con negros uniformes de marina a rayas rotando hacia y del frente de guerra. Más lejos, más allá de la calle principal de rascacielos, hay filas de aviones de combate, todos alineados en posición en una amplia franja de la pista de aterrizaje. Dirigibles se deslizan por encima de nosotros.

Esta es una ciudad militar, un mundo de soldados.

El sol acababa de ponerse cuando Day y yo nos abrimos paso hacia la avenida principal y nos dirigimos hacia el otro extremo de la calle. Day se apoya fuertemente en mi hombro al tratar de mezclarnos con las multitudes, su respiración es superficial y su rostro trazado con dolor. Hago lo posible para apoyarlo sin parecer fuera de lugar, pero su peso me hace caminar en una línea desequilibrada, como si hubiera bebido demasiado.

—¿Cómo lo estamos haciendo? —murmura en mi oído, sus labios calientes sobre mi piel. No estoy segura de si está medio delirante del dolor o si es mi atuendo, pero no puedo decir que me importa su descarado coqueteo esta noche. Es un cambio agradable de nuestro incómodo viaje en tren. Él tiene cuidado de mantener la cabeza baja, los ojos ocultos bajo las largas pestañas e inclinado lejos de los bulliciosos soldados de ida y vuelta a lo largo de las aceras. Se remueve incómodo en su chaqueta





militar y pantalones. Un gorro negro militar esconde su cabello rubio platino y bloquea una buena parte de su rostro.

—Bastante bien —le respondo—. Recuerda, estás borracho. Y feliz. Se supone que debes verte lujurioso por tu acompañante. Trata de sonreír un poco más.

Day plasma una gigante sonrisa artificial en su rostro. Tan encantador como siempre.

—Oh, vamos, cariño. Pensé que estaba haciendo un buen trabajo. Tengo mi brazo alrededor de la acompañante más bonita de esta cuadra; ¿cómo podría no estar lujurioso por ti? ¿No me veo como si estuviera lujurioso? Este soy yo, lujurioso. —Pestañeó hacia mí.

Él se ve tan ridículo que no puedo evitar reír. Otros transeúntes me miran.

—Mucho mejor. —Me estremezco cuando él empuja su cara en el hueco de mi cuello. *Permanece en el personaje. Concéntrate.* Los dijes de oro que recubren mi cintura y tobillos tintinean mientras caminamos—. ¿Cómo está tu pierna?

Day se aleja un poco.

—Estaba bien hasta que sacaste el tema —susurra, y luego hace una mueca cuando tropieza con una grieta en la acera. Aprieto mis manos a su alrededor—. Voy a detenernos en nuestra próxima parada para descansar.

—Recuerda, dos dedos en la frente si necesitas parar.

—Sí, sí. Te dejaré saber si estoy en problemas.

Otro par de soldados pasan más allá de nosotros con sus propias acompañantes, sonrientes chicas ataviadas con sombra de ojos brillantes y tatuajes faciales elegantemente pintados, sus cuerpos cubiertos apenas por trajes de bailarinas y plumas rojas falsas. Uno de los soldados me echa un vistazo, se ríe, y ensancha sus ojos vidriosos.

—¿De qué club eres, preciosa? —balbucea—. No recuerdo tu cara por aquí. —Su mano se dirige a mi cintura al descubierto, con hambre de piel. Antes de que me alcance, el brazo de Day sale volando y mantiene al soldado a distancia.

—No la toques. —Day sonríe y le guiña al soldado, manteniendo su actitud despreocupada, pero la advertencia en sus ojos y su voz hace que el otro hombre retroceda. Nos mira desconcertado a los dos, murmura algo entre dientes, y se tambalea alejándose con sus amigos.





Trato de imitar la forma en que esas acompañantes se ríen, luego le doy a mi cabello una sacudida.

—La próxima vez, sólo déjalo pasar —le siseo a Day al oído así como lo beso en la mejilla, como si fuera el mejor cliente alguna vez visto—. Lo último que necesitamos es una pelea.

—¿Qué? —Day se encoge de hombros y vuelve a su penosa caminata—. Sería una pelea bastante patética. Él apenas podía estar de pie.

Niego con la cabeza y decido no señalar la ironía.

Un tercer grupo de soldados se tambalean por delante de nosotros ruidosamente, estuporosos de ebriedad. (Siete cadetes, dos tenientes, brazaletes de oro con insignias Dakota, lo que significa que acaban de llegar aquí desde el norte y aún no han intercambiado sus brazaletes por otros nuevos con sus batallones de frente de guerra). Ellos tienen sus brazos alrededor de acompañantes de los clubes Bellagio: resplandecientes chicas con gargantillas escarlata y tatuajes en el brazo en forma de B. Estos soldados están probablemente destinados en los cuarteles por encima de los clubes.

Reviso mi propio atuendo de nuevo. Robado de los camerinos del Sun Palace. A primera vista, me veo como cualquier otra acompañante. Cadenas de oro y baratijas alrededor de mi cintura y tobillos. Plumas y cintas doradas puestas en mi trenzado cabello escarlata (pintado). Sombra de ojos ahumada cubierta con purpurina. Un tatuaje de un fénix feroz pintado por mi mejilla y párpado superior. Sedas rojas sobresalen de mis brazos, la cintura al descubierto, y cordones oscuros forran mis botas.

Pero hay una cosa en mi traje que las otras chicas no usan.

Una cadena de trece pequeños espejos brillantes. Están parcialmente ocultos entre los otros adornos alrededor de mi tobillo, y desde una distancia parecería como otra decoración. Totalmente olvidable. Pero de vez en cuando, cuando las farolas se reflejan, se convierte en una fila de brillantes luces centelleantes. Trece, el número no oficial de los Patriotas. Esta es nuestra señal para ellos. Deben estar vigilando la avenida principal de Vegas todo el tiempo, así que sé que van a por lo menos notar una fila de luces parpadeantes en mí. Y cuando lo hagan, ellos nos reconocerán como el mismo par que ayudaron a rescatar en Los Ángeles.



Las pantallas gigantes recubren el rumor de la calle por un segundo. El juramento oficial debe comenzar de nuevo en cualquier momento. A diferencia de Los Ángeles, Vegas corre el juramento oficial cinco veces al día: todos las pantallas gigantes harán una pausa en cualquier publicidad o noticias que estén mostrando, reemplazándolos con enormes imágenes del Elector Primo, y luego interpretan lo siguiente en el sistema de altavoces de la ciudad: *¡Prometo lealtad a la bandera de la gran República de los Estados Unidos, a nuestro Elector Primo, a nuestros estados gloriosos, a la unidad contra las Colonias, a nuestra inminente victoria!*

No hace mucho tiempo, solía recitar ese juramento por la mañana y por la tarde con el mismo entusiasmo que los demás, decidida a evitar que las Colonias de la costa este tomen el control de nuestra preciosa tierra de la costa oeste. Eso fue antes de que yo supiera sobre el papel de la República en las muertes de mi familia. No estoy segura de lo que pienso ahora. ¿Que las colonias ganen?



Las pantallas gigantes empiezan a transmitir un noticiero. Resumen semanal. Day y yo observamos los titulares atravesando en las pantallas:

Página | 15

LA REPÚBLICA TRIUNFALMENTE RECUPERA MÁS DE MILES DE TERRENO DE LAS COLONIAS EN LA BATALLA POR AMARILLO, AL ESTE DE TEXAS

AVISO DE INUNDACIONES CANCELADO PARA SACRAMENTO, CALIFORNIA

LA VISITA DEL ELECTOR A LAS TROPAS DEL FRENTE DE GUERRA AL NORTE, ELEVA LA MORAL

La mayoría de ellos son bastante poco interesantes: los habituales titulares que llegan desde el frente de guerra, cambios en el clima y las leyes, notificaciones de cuarentena para Vegas.

Entonces Day da un golpecito en mi hombro y apunta a una de las pantallas.

CUARENTENA EN LOS ÁNGELES SE HA EXTENDIDO A LOS SECTORES ESMERALD Y OPAL



—¿Los sectores Gema? —susurra Day. Mis ojos siguen fijos en la pantalla, a pesar de que el titular ha pasado—. ¿La gente rica no vive ahí?

No estoy segura de qué decir en respuesta porque todavía estoy tratando de procesar la información por mi cuenta.

Los sectores Esmerald y Opal... ¿Es esto un error? ¿O es que las pestes en L.A han llegado a ser lo suficientemente graves como para ser transmitido en las pantallas gigantes de Vegas? Yo nunca, *jamás*, he visto cuarentenas extendidas en los sectores de la clase alta. El sector Esmerald bordea Ruby, ¿significa que mi sector en casa va a estar en cuarentena también? ¿Qué pasa con nuestras vacunas? ¿No se supone que están para evitar este tipo de cosas? Pienso en las entradas del diario de Metias. Uno de estos días, había dicho él, *habrá un virus desencadenado que ninguno de nosotros va a ser capaz de detener*. Recuerdo las cosas que Metias había descubierto, las fábricas subterráneas, las enfermedades rampantes... las pestes sistemáticas. Un escalofrío me recorre. Los Ángeles la va a reprimir, me digo a mí misma. La peste va a amainar, como siempre lo hace.

Más titulares pasan deslizándose. Uno familiar es acerca de la ejecución de Day. Reproduce el fragmento en el patio del pelotón de fusilamiento donde el hermano de Day, John, recibió las balas destinadas para Day, y luego cayó boca abajo en el suelo. Day vuelve los ojos al pavimento.

Otro titular es más reciente. Dice lo siguiente:

DESAPORECIDA

SS NO: 2001963034

JUNE IPARIS

AGENTE, PATRULLA DE LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES

EDAD/SEXO: 15, FEMENINO

ALTURA: 5' 4"

CABELLO: CASTAÑO

OJOS: CASTAÑO



VISTA POR ÚLTIMA VEZ CERCA DEL SECTOR BATALLA, LOS ÁNGELES, CA.

350.000 BILLETES DE LA REPÚBLICA DE RECOMPENSA

SI LA VEN, INFORMAR INMEDIATAMENTE A SU OFICIAL LOCAL

Eso es lo que la República quiere que su gente piense. Que estoy desaparecida, que esperan traerme de vuelta sana y salva. Lo que no dicen es que probablemente me quieren muerta. Ayudé a escapar al criminal más famoso del país de su ejecución, con la ayuda de los Patriotas rebeldes en un levantamiento organizado contra un cuartel militar, y di la espalda a la República.

Pero ellos no quieren que la información salga al público, de modo que me cazan sin levantar sospechas. El informe de desaparición muestra la foto de mi identificación militar: una toma de frente, mi rostro sin sonrisa, sin maquillaje pero con un toque de brillo, cabello oscuro recogido en una coleta alta, con una insignia dorada de la República brillando en contra del negro de mi chaqueta. Estoy agradecida de que el tatuaje del fénix oculta la mitad de mi cara en estos momentos.

Logramos llegar hasta el medio de la avenida principal, antes que los altavoces crepitén de nuevo para el juramento. Day y yo dejamos de caminar. Day tropieza una vez más y casi se cae, pero me las arreglo para atraparlo lo suficientemente rápido como para mantenerlo en posición vertical. La gente en la calle levanta la mirada a las pantallas gigantes (a excepción de un puñado de soldados que se alinean a los bordes de cada intersección con el fin de garantizar la participación de todos). Las pantallas parpadean. Sus imágenes se desvanecen en oscuridad, y luego son reemplazados por los retratos de alta definición del Elector Primo.

Prometo lealtad...

Es casi reconfortante repetir estas palabras con todo el mundo en las calles, por lo menos hasta que me recuerdo a mí misma de todo lo que ha cambiado. Vuelvo a pensar en la noche cuando capturé por primera vez a Day, cuando el Elector y su hijo vinieron a felicitarme personalmente por poner a un notorio criminal entre rejas. Recuerdo cómo se había visto en persona el Elector. Los retratos de las pantallas gigantes muestran los mismos ojos verdes, mandíbula fuerte, y rizados cabellos oscuros... pero dejan de lado la frialdad de su expresión y el color enfermizo de su piel. Sus retratos le hacen parecer paternal, con las saludables mejillas rosadas. No de la forma en que lo recuerdo.

... a la bandera de la gran República de América...



De repente se detiene la transmisión. Hay silencio en las calles, y luego un coro de murmullos confusos. Yo frunzo el ceño. Insólito. Nunca he visto el juramento oficial ser interrumpido, ni siquiera una vez. Y el sistema de pantalla gigante está conectado de modo que el corte de una pantalla no debe afectar al resto.

Day mira a las pantallas estancadas mientras mis ojos se mueven a los soldados que bordean la calle.

—¿Extraño accidente? —dice él. Su respiración trabajosa me preocupa. *Aguanta un poco más. No podemos parar aquí.*

Niego con la cabeza.

—No. Mira las tropas. —Asiento sutilmente en su dirección—. Han cambiado sus posturas. Sus rifles ya no están al hombro... los están sosteniendo ahora. Están preparándose para la reacción de la multitud.

Day sacude la cabeza lentamente. Se ve inquietantemente pálido.

—Algo ha pasado.

El retrato del Elector desaparece de las pantallas gigantes y es reemplazado inmediatamente con una nueva serie de imágenes. Muestran a un hombre que es la viva imagen del Elector... sólo que mucho más joven, apenas de unos veinte años, con los mismos ojos verdes y oscuro cabello ondulado. En un instante recuerdo el toque de emoción que había sentido la primera vez que lo conocí en el baile de celebración. Este es Anden Stavropoulos, el hijo del Elector Primo.

Day tiene razón. Algo grande ha sucedido.

El Elector de la República ha muerto.

Una nueva voz optimista, se hace cargo de los altavoces.

—Antes de continuar nuestro juramento oficial, debemos instruir a todos los soldados y civiles para reemplazar los retratos del Elector en sus hogares. Pueden recoger un nuevo retrato en la sede de la policía local. Inspecciones para asegurar su cooperación comenzarán dentro de dos semanas.

La voz anuncia los supuestos resultados de una elección nacional. Pero no hay ni una sola mención a la muerte del Elector. O de la promoción de su hijo.

La República ha movido simplemente al siguiente Elector sin perder el ritmo, como si Anden fuera la misma persona que su padre. Mi cabeza nada en confusión; trato de



recordar lo que había aprendido en la escuela sobre la elección de un nuevo Elector. El Elector siempre escogía al sucesor, y una elección nacional lo confirmaría. No es ninguna sorpresa que Anden es el siguiente en la línea; pero nuestro Elector había estado en el poder durante décadas, mucho antes de que yo naciera. Ahora se ha ido. Nuestro mundo se ha desplazado en cuestión de segundos.

Al igual que yo y Day, todo el mundo en la calle entiende qué es lo más apropiado de hacer: como si fuera una señal, todos hacemos una reverencia ante los retratos en las pantallas gigantes y recitamos el resto del juramento que ha vuelto a aparecer en las pantallas. *“... a nuestro Elector Primo, a nuestros estados gloriosos, a la unidad contra las colonias, a nuestra inminente victoria!”* Lo repetimos una y otra vez durante el tiempo que las palabras permanecen en la pantalla, nadie se atreve a parar. Echo un vistazo a los soldados que bordean las calles. Sus manos se han tensado en sus rifles.

Finalmente, después de lo que parece una hora, las palabras desaparecen y las pantallas gigantes regresan a sus rondas de noticias habituales. Todos comenzamos a caminar de nuevo, como si nada hubiera pasado.

Entonces Day tropieza. Esta vez me siento temblar, y mi corazón se aprieta.

—Quédate conmigo —le susurro.

Para mi sorpresa, casi digo: Quédate conmigo, Metias. Trato de sostenerlo, pero él se desliza.

—Lo siento —murmura en respuesta. Tiene el rostro brillante de sudor, con los ojos cerrados con fuerza por el dolor. Se lleva dos dedos a la frente. Alto. Él no puede continuar.

Miro salvajemente a nuestro alrededor. Demasiados soldados; todavía tenemos mucho camino por recorrer.

—No, tienes que hacerlo —le digo con firmeza—. Quédate conmigo. Puedes hacerlo.

Pero no sirve de nada esta vez. Antes de que pueda atraparlo, él cae en sus manos y se derrumba en el suelo.





DAY

Traducido por LizC

Corregido por Nony_mo



EI Elector Primo ha muerto.

Toda esta pantalla parece bastante decepcionante, ¿verdad? Uno pensaría que la muerte del Elector iría acompañado de una opulenta marcha fúnebre de algún tipo, pánico en las calles, duelo nacional, soldados marchando y disparando salvas al cielo. Un enorme banquete, banderas ondeando a media asta, estandartes blancos colgando sobre cada edificio. Algo chiflado como eso. Pero yo no he vivido lo suficiente para ver a un Elector morir. Fuera de la promoción del último Elector sucesor deseado y algunas elecciones nacionales falsas para mostrar, no sabría cómo iba.

Supongo que la República sólo finge que nunca ocurrió y salta directo adelante al siguiente Elector. Ahora recuerdo haber leído acerca de esto en una de mis clases de primaria. *Cuando llegue el momento para un nuevo Elector Primo, el país debe recordar a la gente a centrarse en lo positivo. El luto trae debilidad y caos. Dar cara al futuro es la única manera.* Sí. El gobierno está *así* de asustado de mostrar la incertidumbre a sus civiles.

Pero sólo tengo un segundo para pensar en esto.

Apenas hemos terminado el nuevo juramento cuando una oleada de dolor golpea mi pierna. Antes de que pueda detenerme, me doblo y me derrumbo hacia abajo sobre mi rodilla buena. Un par de soldados vuelven la cabeza hacia nosotros. Me río tan fuerte como puedo, pretendiendo que las lágrimas en mis ojos son de diversión. June me sigue el juego, pero puedo ver el miedo en su rostro.

—Vamos —me susurra frenéticamente. Uno de sus brazos delgados se envuelve alrededor de mi cintura, y yo trato de tomar la mano que me ofrece. Las personas de todo alrededor de la acera nos están notando por primera vez—. Tienes que levantarte. Vamos.



Me toma todas mis fuerzas para mantener una sonrisa en mi cara. Concéntrate en June. Trato de ponerme en pie... y luego caigo de nuevo. Maldición. El dolor es demasiado. Una luz blanca apuñala la parte trasera de mis ojos. Respira, me digo. No te puedes desmayar en el centro de la avenida de Las Vegas.

—¿Qué te pasa, soldado?

Un joven cabo de ojos color avellana se detiene delante de nosotros con los brazos cruzados. Puedo decir que está en cierto modo apurado, pero al parecer no es lo bastante urgente como para evitar comprobarnos. Levanta una ceja.

—¿Estás bien? Estás pálido como la porcelana, chico.

Corre. Siento ganas de gritar a June. Vete de aquí... todavía hay tiempo. Pero ella me salva de hablar.

—Va a tener que perdonarlo, señor —dice ella—. Nunca he visto a un patrón de Bellagio beber tanto de una sola vez. —Sacude la cabeza con pesar y le señala que retroceda con una mano—. Es posible que desee dar un paso atrás —continúa—. Creo que tiene que vomitar. —Me encuentro sorprendido, una vez más, ante lo bien que puede llegar a ser otra persona. De la misma manera en que me engañó en las calles de Lake.

El cabo le da un ceño ambivalente antes de volverse hacia mí. Sus ojos se enfocan en mi pierna lesionada. A pesar de que está oculta bajo una gruesa capa de pantalones, la estudia.

—No estoy seguro que su acompañante sepa de lo que está hablando. Parece que te vendría bien un viaje al hospital. —Levanta la mano para llamar a un camión médico que pasa.

Niego con la cabeza.

—No, gracias, señor —me las arreglo para decir con una sonrisa débil—. Esta belleza me ha estado diciendo demasiadas bromas. Tengo que recuperar el aliento, eso es todo... y luego ir a dormir la mona. Estamos...

Pero él no está prestando atención a lo que digo. Maldigo en silencio. Si vamos al hospital, van a tomar nuestras huellas dactilares, y entonces ellos sabrán exactamente quiénes somos: los dos fugitivos más buscados de la República. No me atrevo a mirar a June, pero sé que ella también está tratando de encontrar una manera de salir de esta.

Entonces alguien asoma la cabeza por detrás del cabo.



Ella es una chica que tanto June como yo reconocemos de inmediato, aunque yo nunca la he visto en un recién pulido uniforme de la República antes. Un par de gafas de piloto cuelgan alrededor de su cuello. Ella camina alrededor del cabo y se para frente a mí, sonriendo con indulgencia.

—¡Oye! —dice—. ¡Pensé que eras tú, te vi dando tumbos como un loco todo el camino por la calle!

El cabo observa mientras ella me arrastra hasta mis pies y me palmea con fuerza en la espalda. Me estremezco, pero le doy una sonrisa que dice que la he conocido toda mi vida.

—Te he extrañado —me decido a decir.

El cabo señala con impaciencia a la chica nueva.

—¿Lo conoces?

La chica revolotea su negro cabello corto y le da la sonrisa más coqueta que he visto en mi vida.

—¿Conocerlo, señor? Estuvimos en el mismo escuadrón en nuestro primer año. —Ella me guiña el ojo—. Parece que él ha estado haciendo de las suyas en los clubes de nuevo.

El cabo resopla en desinterés y pone los ojos en blanco.

—Niños de la Fuerza Aérea, ¿eh? Bueno, asegúrese de que no cause otra escena pública. Tengo casi decidido llamar a su comandante. —Entonces parece recordar por lo que había estado casi corriendo por hacer y se apresura a irse.

Exhalo. ¿Podríamos haber estado más cerca que una llamada?

Después de que él se va, la chica me sonríe atractivamente. Incluso cubierto por una manga, puedo notar que uno de sus brazos tiene un yeso.

—Mis cuarteles están muy cerca —sugiere. Su voz tiene un borde a lo que me dice que no está contenta de vernos—. ¿Qué tal si descansas un rato allí? Incluso puedes traer tu juguete nuevo. —La chica asiente hacia June cuando lo dice.

Kaede. No ha cambiado nada desde la tarde en que la conocí, cuando pensé que no era más que una camarera con un tatuaje en vid. De vuelta antes de que supiera que era un Patriota.



—Lidera el camino —le respondo.

Kaede ayuda a June a llevarme por otra cuadra. Ella nos detiene en las puertas delanteras talladas de Venezia, un conjunto de cuarteles elevados, luego nos introduce más allá de un aburrido guardia en la entrada y a través de la sala principal del edificio. El techo es lo suficientemente alto como para hacerme marear, y vislumbro banderas de la República y retratos del Elector colgando entre cada pilar de piedra que recubre las paredes. Los guardias ya se están apresurando para reemplazar los retratos por unos nuevos. Kaede nos guía a lo largo mientras parlotea sin parar de charlas al azar. Su cabello negro está aún más corto ahora, con un corte recto y a nivel de su barbilla, y sus suaves párpados están manchados con profunda sombra de ojos azul marino. Nunca me di cuenta de que ella y yo somos casi de la misma altura. Soldados pululan de ida y vuelta, y yo sigo esperando que uno de ellos me reconozca de mis anuncios de buscado y haga sonar la alarma. Notarán a June detrás de su disfraz. O se darán cuenta de que Kaede no es un verdadero soldado. Entonces van a estar todos encima de nosotros, y ni siquiera tendremos oportunidad contra ellos.

Pero nadie nos interroga, y mi cojera en realidad nos ayuda a mezclarnos aquí; puedo ver a varios otros soldados con brazos y piernas enyesados. Kaede nos guía hacia el ascensor, nunca he montado uno, porque nunca he estado en un edificio lleno de electricidad. Nos bajamos en el octavo piso. Menos soldados están aquí. De hecho, pasamos a través de una sección completamente vacía de pasillo.

Aquí, ella finalmente deja caer su fachada alegre.

—Ustedes dos se ven casi tan bien como ratas de alcantarilla —murmura Kaede mientras llama suavemente contra una de las puertas—. Esa pierna todavía sigue molestandote, ¿no? Eres muy terca si has venido hasta aquí para encontrarnos. —Se burla ella de June—. Esas extravagantes luces desagradables ensartadas en tu vestido casi me cegaron.

June intercambia una mirada conmigo. Sé exactamente lo que está pensando. *¿Cómo en el mundo puede un grupo de delincuentes vivir en uno de los mayores cuarteles militares de Vegas?*

Algo hace clic detrás de la puerta. Kaede la abre de golpe, luego camina con los brazos extendidos.

—Bienvenidos a nuestro humilde hogar —declara con una gran barrida de sus manos—. Por lo menos por los próximos días. No está mal, ¿no?





No sé lo que esperaba ver. Un grupo de adolescentes, tal vez, o una operación de bajo presupuesto.

En lugar de eso entramos en una habitación donde sólo otras dos personas están esperando por nosotros. Miro a mi alrededor, sorprendido. Nunca he estado en un verdadero cuartel de la República antes, pero éste debe ser reservado para oficiales: no hay manera de que usaran este para albergar soldados regulares. En primer lugar, no es una gran habitación con hileras de literas. Podría ser un apartamento de lujo para uno o dos funcionarios. Hay luz eléctrica en el techo y en las lámparas. Baldosas de mármol de plata y crema cubren el suelo, las paredes están pintadas en tonos de color hueso y un color vino profundo, y los sofás y las mesas tienen alfombras rojas gruesas amortiguando sus patas. Un pequeño monitor queda al ras contra una de las paredes, mostrando en silencio el mismo noticiero que se está reproduciendo en las pantallas gigantes en el exterior.



Dejo escapar un silbido.

—Nada mal en absoluto. —Sonríe, pero se desvanece cuando hecho un vistazo a June. Su rostro está tenso bajo su tatuaje del fénix. A pesar de que sus ojos se mantienen neutrales, ella está definitivamente infeliz y no tan impresionada como yo. Bueno, ¿por qué habría de estarlo? Apuesto a que su apartamento había sido tan bonito como este. Sus ojos vagan por la habitación en un barrido organizado, notando cosas que yo probablemente nunca vi. Aguda y calculada como buen soldado de la República. Una de sus manos persiste cerca de su cintura, donde guarda un par de cuchillos.

Un instante más tarde, mi atención se dirige a una niña de pie detrás del sofá central. Ella clava sus ojos en los míos y los entrecierra como si quisiera asegurarse de que está realmente viéndome. Su boca se abre en estado de shock, sus pequeños labios rosados conforman una O. Su cabello está demasiado corto para trenzarlo ahora, llega hasta la mitad de su cuello en un corte desigual. *Espera un segundo.* Mi corazón da un vuelco. No la había reconocido por ese cabello.

Tess.

—¡Estás aquí! —exclama. Antes de que pueda responder, Tess corre hacia mí y lanza sus brazos alrededor de mi cuello. Yo retrocedo cojeando, tratando de mantener el equilibrio—. Eres realmente tú... ¡no puedo creer que estés aquí! ¿Estás bien?

No puedo pensar con claridad. Por un segundo, ni siquiera puedo sentir el dolor en mi pierna. Todo lo que puedo hacer es envolver mis brazos apretados alrededor de la cintura de Tess, enterrar mi cabeza en su hombro, y cerrar los ojos. El peso en mi mente



se levanta y me deja débil con alivio. Tomo una respiración profunda, tomando consuelo en su calidez y el dulce aroma de su cabello. La había visto todos los días desde que tenía doce años; pero después de sólo unas pocas semanas separados, puedo de repente ver que ella ya no es esa niña de diez años que conocí en un callejón. Ella parece diferente. Más adulta. Siento que algo se agita en mi pecho.

—Me alegro de verte, prima —le susurro—. Te ves bien.

Tess solo me aprieta fuerte. Me doy cuenta de que está conteniendo la respiración; que está tratando de no llorar.

Kaede es quien interrumpe el momento.

—Basta ya —dice ella—. Este no es el maldito teatro. —Nos separamos a reír torpemente el uno al otro, y Tess se seca los ojos con el dorso de su mano. Ella intercambia una sonrisa incómoda con June. Finalmente, se da la vuelta y se apresura de nuevo a donde otra persona, un hombre, está esperando.

Kaede abre la boca para decir algo más, pero el hombre la detiene con una mano enguantada. Esto me sorprende. A juzgar por la forma en que ella es mandona, hubiera asumido que Kaede está a cargo del grupo. No puedo imaginar a esta chica recibir órdenes de nadie. Pero ahora sólo frunce los labios y se deja caer en el sofá mientras el hombre se alza para hablarnos. Es alto, probablemente de unos cuarenta años, y constituido con un poco de fuerza en los hombros. Su piel es de color marrón claro y su cabello rizado está recogido en una coleta corta y muy rizada. Un par de lentes delgadas, de marco negro, descansa sobre su nariz.

—Así que... Tú debes de ser del que todos hemos oído hablar mucho —dice—. Encantado de conocerte, Day.

Me gustaría poder hacer algo mejor que estar de pie encorvado por el dolor.

—Lo mismo digo. Gracias por recibirnos.

—Por favor perdónenme por no acompañarlos a los dos hasta Vegas nosotros mismos —dice en tono de disculpa, ajustándose las gafas—. Parece frío, pero no me gusta arriesgar a mis rebeldes sin necesidad. —Sus ojos se fijan en June—. Y supongo que eres la prodigo de la República.

June inclina la cabeza en un gesto que rezuma clase alta.

—Aunque, tu traje de acompañante es muy convincente. Vamos a llevar a cabo una prueba rápida para comprobar tu identidad. Por favor, cierra los ojos.





June vacila un segundo, luego lo hace.

El hombre ondea una mano hacia el frente de la sala.

—Ahora da en el blanco en la pared con uno de tus cuchillos.

Parpadeo, entonces estudio las paredes. ¿Blanco? Ni siquiera me había dado cuenta de que una diana con un objetivo apuntado está en una de las paredes cerca de la puerta por la que entramos. Pero June no pasa por alto nada. Ella saca un cuchillo de su cintura, da la vuelta, y lo lanza directamente hacia la diana sin abrir los ojos.

Este golpea profundamente en el tablero, a pocos centímetros del centro de la diana.

El hombre aplaude. Incluso Kaede profiere un gruñido de aprobación, seguido de entornar los ojos.

—Oh, por Dios —la escucho murmurar. June se vuelve de nuevo a nosotros y espera la respuesta del hombre. Permanezco sorprendido en silencio. Nunca en mi vida he visto a nadie manejar una cuchilla de esa forma. Y a pesar de que he visto un montón de cosas increíbles de parte de June, esta es la primera vez que he sido testigo de su uso de un arma. La vista provoca tanto una gran emoción como un escalofrío a través de mí, trayendo recuerdos que he forzado en un armario en mi mente, pensamientos que preciso mantener enterrados si quiero mantener la concentración, seguir adelante.

—Mucho gusto, señorita Iparis —dice el hombre, poniendo sus manos detrás de su espalda—. Ahora, dime. ¿Qué te trae por aquí?

June asiente hacia mí, así que hablo en su lugar.

—Necesitamos su ayuda —digo—. Por favor. Vine por Tess, pero también estoy tratando de encontrar a mi hermano Eden. No sé para qué lo está utilizando la República o dónde lo están reteniendo. Pensamos que ustedes eran las únicas personas fuera de las fuerzas armadas que podrían ser capaces de obtener información. Y, por último, parece que mi pierna tiene que ser operada. —Tomo aire cuando otro espasmo de agonía abrasa mi herida. El hombre mira hacia abajo a mi pierna; sus cejas se frunce de preocupación.

—Esa es toda una lista —dice él—. Deberías sentarte. Pareces un poco inestable en tus pies. —Él espera pacientemente a que me mueva, pero cuando no lo hago, se aclara la garganta—. Bueno, se han presentado a sí mismos; es justo para mí hacer lo mismo. Mi nombre es Razor, y actualmente dirijo a los Patriotas. He estado dirigiendo la organización desde hace unos años, más de lo que tú has estado causando problemas





en las calles de Lake. Quieres nuestra ayuda, Day, pero me parece recordar que declinaste nuestras invitaciones a unirte a nosotros. Varias veces.

Se vuelve hacia la ventana de vidrios polarizados que se enfrenta a los muelles de aterrizaje en forma de pirámide que recubren la zona. La vista desde aquí es increíble. Dirigibles se deslizan de ida y vuelta en el cielo nocturno, cubierto de luces, varias de ellas del acoplamiento justo por encima de la cima de las pirámides, como piezas de un rompecabezas. De vez en cuando vemos las formaciones de aviones de combate, negros de forma similar a un águila, despegando y aterrizando en las cubiertas de los dirigibles. Es una corriente sin fin de actividades. Mis ojos se lanzan de un edificio a otro; los muelles piramidales, en particular, serían los más fáciles de manejar, con ranuras cortadas en cada lado y crestas escalonadas bordeando sus orillas.

Me doy cuenta que Razor está a la espera de nuevo para que responda.



—Yo no estaba del todo cómodo con el número de muertos de tu organización —ofrezco.

—Pero ahora, al parecer, lo estás —dice Razor. Sus palabras son reñidas, pero su tono es simpático mientras pone sus manos juntas y presiona las puntas de los dedos en sus labios—. Debido a que tú nos necesita. ¿Correcto?

Bueno, no puedo discutir con eso.

—Lo siento —digo—. Nos estamos quedando sin opciones. Pero créeme, lo entenderé si nos rechazas. Eso sí, no nos entregues a la República, por favor. —Fuerzo una sonrisa.

Él se ríe de mi sarcasmo. Me concentro en la protuberancia de su nariz torcida y me pregunto si se la ha roto antes.

—Al principio, tuve la tentación de dejar que ambos vagaran en Vegas hasta que fueran capturados —continúa. Su voz tiene la suavidad de un aristócrata, culto y carismático—. Voy a ser franco contigo. Tus habilidades no son tan valiosas para mí como solían serlas, Day. Con los años, hemos contratado a otros corredores, y ahora, con todo el respeto, agregar a alguien a nuestro equipo no es una prioridad. Tu amiga ya sabe —se detiene para asentir a June—, que los Patriotas no son una obra de caridad. Nos está pidiendo una gran cantidad de ayuda. ¿Qué nos vas a dar a cambio? No puedes estar llevando mucho dinero.



June me da una mirada mordaz. Ella podría haberme advertido sobre esto en nuestro viaje en tren, pero no puedo rendirme ahora. Si los Patriotas nos rechazan, realmente vamos a estar por nuestra cuenta.

—No tenemos mucho dinero —reconozco—. No voy a hablar por June, pero si hay *algo* que pueda hacer a cambio de tu ayuda, sólo dilo.

Razor cruza sus brazos, luego camina hacia el bar del apartamento, un mostrador de granito elaborado incrustado en la pared y docenas de estanterías con botellas de vidrio de todas las formas y tamaños. Se toma su tiempo en verter una bebida; esperamos. Cuando termina su preparación, toma el vaso en una mano y se pasea de nuevo hacia nosotros.

—Hay algo que nos puedes ofrecer —comienza—. Afortunadamente, has llegado en una noche muy interesante. —Toma un sorbo de la bebida y se sienta en el sofá—. Como probablemente han aprendido mientras estaban allá abajo en la calle, el antiguo Elector Primo ha muerto hoy; algo que muchos en los círculos de élite de la República han visto venir. En cualquier caso, su hijo, Anden, es ahora el nuevo Elector de la República. Prácticamente un niño, y en *gran medida* repudiado por los senadores de su padre. —Se inclina hacia delante, diciendo cada palabra con cuidado y peso—. Pocas veces ha estado la República tan vulnerable como lo es ahora. Nunca habrá un mejor momento para iniciar una revolución. Tus habilidades físicas podrían ser prescindibles para nosotros, pero hay dos cosas que nos puede dar que los otros corredores no pueden. Uno: tu fama, tu condición de campeón entre la gente. Y dos —señala con su copa a June—, tu encantadora amiga.

Me tenso ante eso, pero los ojos de Razor son cálidos como la miel y me encuentro a la espera de escuchar el resto de su propuesta.

—Yo estaría encantado de recibirte, y los dos estarán bien cuidados. Day, podemos conseguirte un médico excelente, y pagar una operación que va a hacer que tu pierna mejore como nueva. No sé el paradero de tu hermano, pero podemos ayudarte a encontrarlo, y, finalmente, podemos ayudarlos a escapar en las Colonias, si eso es lo que quieren. A cambio, nos gustaría pedir tu ayuda con un proyecto nuevo. No se hacen preguntas. Pero ambos necesitarán prometer su lealtad a los Patriotas antes de que vaya a revelar ningún detalle acerca de lo que van a hacer. Estas son mis condiciones. ¿Qué piensas?

June ve de mí a Razor. Luego levanta la barbilla.

—Estoy dentro. Voy a jurar lealtad a los Patriotas.



Hay un ligero temblor en sus palabras, como si entendiera que está realmente dándole la espalda a la República. Trago saliva. No esperaba que ella aceptara con tanta rapidez; pensé que iba a necesitar algo de persuasión antes de comprometerse a un grupo que tan obviamente odiaba hace apenas unas semanas. El hecho de que dijo que sí tira de mi corazón. Si June se está dando a los Patriotas, entonces ella debe darse cuenta que no tenemos ninguna mejor opción. Y está haciendo esto por mí. Alzo mi voz.

—Yo también.

Razor sonríe, se levanta del sofá, y sostiene su copa como si brindara con nosotros. Luego la deja en la mesa de café y viene a darnos a cada uno un firme apretón de manos.

—Ya es oficial, entonces. Van a ayudarnos a asesinar al nuevo Elector Primo.





JUNE

Traducido por LizC y nelshia

Corregido por Monicab



No confío en Razor.

No me fío de él porque no entiendo cómo puede darse el lujo de esconderse en esos cuarteles tan acogedores. En el cuartel de un oficial, en Vegas de todos los lugares. Cada una de estas alfombras tiene un valor de al menos 29.000 Billetes, hechas de una especie de lujosa piel sintética. Diez luces eléctricas en una sola habitación, todas encendidas. Su uniforme es impecable y nuevo. Incluso tiene un arma personalizada colgando de su cinturón. Acero inoxidable, probablemente ligera, embellecida a mano. Mi hermano solía tener armas como esas. Dieciocho mil Billetes y hasta más sólo por una. Es más, el arma de Razor debe estar hackeada. De ninguna manera la República le está rastreando por huellas dactilares o localizaciones. ¿De dónde consiguen el dinero los Patriotas y las habilidades para modificar esos equipos avanzados?

Todo esto me lleva a dos teorías:

Uno: Razor debe ser una especie de comandante en la República, un oficial de doble cruce. ¿De qué otra forma puede alojarse en este apartamento en el cuartel sin ser detectado?

Dos: Los Patriotas están siendo financiados por alguien con mucho dinero. ¿Las Colonias? Es posible.

A pesar de todas mis sospechas y conjeturas, la oferta de Razor sigue siendo lo mejor que vamos a conseguir. No tenemos dinero para comprar ayuda en el mercado negro, y sin ayuda, no tenemos ninguna posibilidad de encontrar a Eden o llegar a las Colonias. Además, ni siquiera estoy segura de que podríamos haber rechazado la oferta de Razor.



Desde luego, no nos ha amenazado de ninguna manera, pero dudo que simplemente nos deje regresar de nuevo a la calle.

Por el rabillo de mi ojo, veo a Day esperando mi respuesta a la declaración de Razor. Todo lo que necesito ver es la palidez de sus labios y el dolor lacerando en su rostro, sólo unas de las decenas de señales de su desvanecida fuerza. A este punto, creo que su vida depende de nuestro acuerdo con Razor.

—Asesinar al nuevo Elector —digo—. Hecho. —Mis palabras suenan extrañas y distantes. Por un momento, pienso cuando conocí a Anden y su difunto padre en el baile de celebración de la captura de Day. La idea de matar a Anden hace que se me revuelva el estómago. *Él es el Elector de la República ahora.* Después de todo lo que le ha pasado a mi familia, debería estar feliz por la oportunidad de matarlo. Pero no lo estoy, y eso me confunde.

Si Razor nota mi vacilación, él no lo demuestra. En cambio, asiente aprobatoriamente.

—Voy a hacer una llamada urgente por un médico. Probablemente no serán capaces de llegar hasta la medianoche; que es cuando se hace el cambio de turnos. Es lo más rápido que podemos hacer en un horario tan apretado. Mientras tanto, vamos a quitarles esos disfraces y darles algo más presentable. —Él mira hacia Kaede. Ella está apoyada en el sofá con los hombros encorvados y una mueca irritada, masticando distraídamente un mechón de su cabello—. Muéstrales la ducha y dales un par de uniformes nuevos. Después, tendremos una cena tardía, y podemos hablar más acerca de nuestro plan. —Él extiende los brazos—. Bienvenidos a los Patriotas, mis jóvenes amigos. Estamos contentos de tenerlos.

Y así, estamos ligados oficialmente a ellos. Tal vez no es tan malo, tal vez yo nunca debí haber discutido con Day de esto en primer lugar. Kaede nos insta a seguirla hacia una sala contigua en el apartamento y nos guía a un amplio cuarto de baño, con azulejos de mármol y lavamanos de porcelana, espejo e inodoro, bañera y ducha con paredes de cristal esmerilado. No puedo evitar admirarlo todo. Esta es una riqueza que va más allá incluso de lo que yo tenía en mi apartamento en el sector Ruby.

—No tienen toda la noche para esto —dice—. Tomen turnos, o pónganse cómodos y dúchense juntos, si es más rápido. Simplemente regresen allí en media hora. —Kaede me sonríe (aunque la sonrisa no llega a sus ojos), luego le da a Day un pulgar en alto mientras él se apoya en gran medida en mi hombro. Ella se aleja y desaparece por el pasillo antes de que yo pueda contestar. No creo que ella me haya perdonado por completo por romper su brazo.



Day se encorva al instante que Kaede se ha ido.

—¿Puedes ayudarme a sentarme? —susurra.

Bajo la tapa del inodoro y lo siento muy despacio sobre ella. Él extiende su pierna buena, entonces tensa su mandíbula cuando intenta extender la pierna herida. Un gemido escapa de sus labios.

—Tengo que admitirlo —murmura—, he tenido días mejores.

—Por lo menos Tess está a salvo —le respondo.

Esto alivia un poco el dolor en sus ojos.

—Sí —repite, suspirando profundamente—. Por lo menos Tess está a salvo. —Siento una punzada imprevista de culpa. El rostro de Tess se había visto tan dulce, tan absolutamente bien. Y los dos se separaron por *mi* culpa.

¿Yo estoy bien? Realmente no lo sé.

Ayudo a Day a quitarse la chaqueta y la gorra. Su largo cabello se extiende en cortina a través de mis brazos.

—Déjame ver esa pierna. —Me arrodillo, y saco un cuchillo de mi cinturón. Deslizo la tela de su pantalón hasta la mitad del muslo. Sus músculos de las piernas son delgados y tensos, y mis manos tiemblan cuando rozan a lo largo de su piel.

Cautelosamente, retiro la tela para exponer la herida vendada. Los dos contenemos la respiración. La tela tiene una masiva mancha de sangre oscura y húmeda, y por debajo de ella, la herida está exudando e hinchándose.

—Será mejor que esos médicos lleguen aquí pronto —digo—. ¿Estás seguro de que puedes ducharte por tu cuenta?

Day aparta la mirada, y sus mejillas se vuelven rojas.

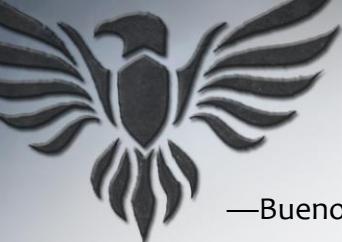
—Por supuesto que puedo.

Levanto una ceja.

—Ni siquiera puedes estar de pie.

—Bien. —Vacila, luego se sonroja—. Supongo que me vendría bien un poco de ayuda.

Trago fuerte.



—Bueno. Entonces, solo un baño. Vamos a hacer lo que tenemos que hacer.

Empiezo a llenar la bañera con agua caliente. Luego, tomo el cuchillo y corto lentamente a través de las vendas ensangrentadas envueltas alrededor de la herida de Day. Nos sentamos en silencio, ninguno de los dos mirando a los ojos del otro. La herida en sí misma está tan mala como siempre, una masa del tamaño de un puño de carne abierta que Day evita mirar.

—No tienes que hacer esto —murmura, rodando los hombros en un intento de relajarse.

—De acuerdo. —Le dedico una sonrisa irónica—. Voy a esperar fuera de la puerta del baño y venir a ayudar después de que resbales y te golpees por tu cuenta.

—No —responde Day—. Quiero decir, no tienes que unirte a los Patriotas.

Mi sonrisa se desvanece.

—Bueno, no tenemos muchas opciones, ¿verdad? Razor nos quiere a los dos a bordo, o no nos va a ayudar en absoluto.

La mano de Day toca mi brazo por un segundo, deteniéndome en medio de desatar sus botas.

—¿Qué piensas de su plan?

—¿Asesinar al nuevo Elector? —Me doy la vuelta, concentrándome en desatar, y luego aflojar tan cuidadosamente como puedo cada una de sus botas. Es una pregunta que no he considerado todavía, así que la evado—. Bueno, ¿qué crees? Quiero decir, te esfuerzas en evitar dañar a otras personas. Esto debe ser un poco sorpresivo.

Me sobresalto cuando Day sólo se encoge de hombros.

—Hay un momento y un lugar para todo. —Su voz es fría, más dura de lo habitual—. Nunca vi el punto de matar a soldados de la República. Quiero decir, los odio, pero no son la fuente. Ellos sólo obedecen a sus superiores. Sin embargo, ¿el Elector? No sé. Deshacerse de la persona a cargo de todo este elaborado sistema parece un pequeño precio a pagar por el inicio de una revolución. ¿No te parece?

No puedo dejar de sentir cierta admiración por la actitud de Day. Lo que dice tiene mucho sentido. Sin embargo, me pregunto si él habría dicho lo mismo hace unas semanas, antes de todo lo que había sucedido a su familia. No me atrevo a hablar de la



vez que me presenté a Anden en el baile de celebración. Es más difícil de reconciliar para sí mismo matar a alguien que realmente has conocido, y admirado, en persona.

—Bueno, como he dicho. No tenemos otra opción.

Los labios de Day se tensan. Él sabe que yo no le voy a decir lo que realmente pienso.

—Debe ser difícil para ti dar la espalda a tu Elector —dice. Sus manos permanecen holgadas a su lado.

Mantengo mi cabeza baja y empiezo a tirar de las botas.

Mientras dejo a un lado sus botas, Day se saca su chaqueta y empieza a desabrocharse el chaleco. Me recuerda a cuando lo conocí por primera vez en las calles de Lake. En aquel entonces, se quitaba el chaleco cada noche y se lo daba a Tess para utilizarlo como una almohada. Eso fue lo más que he visto desnudarse a Day. Ahora se desabrocha el cuello de su camisa, dejando al descubierto el resto de su garganta y un atisbo de su pecho. Veo el colgante atado alrededor de su cuello, el cuarto de dólar Estadounidense cubierto de metal liso en ambos lados. En el oscuro silencio del vagón, él me habló sobre su padre trayéndolo de vuelta desde el frente de guerra. Se detiene cuando termina de deshacer el último botón, luego cierra los ojos. Puedo ver el dolor cruzar por su rostro, y la vista me desgarra. El criminal más buscado de la República es sólo un niño, sentado frente a mí, de repente vulnerable, dejando al descubierto todas sus debilidades ante mi vista.

Me enderezo y llego hasta su camisa. Mis manos tocan la piel de sus hombros. Trato de mantener mi respiración nivelada, mi mente aguda y calculada. Pero a medida que le ayudo a quitar la camisa y revela sus brazos desnudos y pecho, puedo sentir las esquinas de mi lógica borrarse crecientemente. Day está en forma y delgado debajo de su ropa, su piel sorprendentemente suave a excepción de una cicatriz ocasional (tiene cuatro desvaneciéndose en el pecho y cintura, otra que es una línea diagonal fina que va desde la clavícula izquierda al hueso de la cadera derecha, y una costra de curación en su brazo). Él me sostiene con su mirada. Es difícil describir a Day a aquellos que nunca lo han visto antes: exótico, único, abrumador. Está muy cerca ahora, lo suficientemente cerca de mí para ver la diminuta imperfección ondulada en el océano de su ojo izquierdo. Sus respiraciones salen superficiales y calientes.

El calor sube hasta mis mejillas, pero no quiero girarme.

—Estamos en esto juntos, ¿verdad? —susurra—. ¿Tú y yo? Tú quieres estar aquí, ¿cierto?

Hay culpabilidad en sus preguntas.



—Sí —respondo—. Yo elegí esto.

Day me lleva lo suficientemente cerca para que nuestras narices se toquen.

—Te quiero.

Mi corazón revolotea con entusiasmo ante el deseo en su voz; pero al mismo tiempo, la parte técnica de mi cerebro se enciende al instante. Altamente *improbable*, se burla este. *Hace un mes, ni siquiera sabías que existía*. Así que dejo escapar:

—No, no lo haces. Todavía no.

Day frunce el entrecejo, como si le hubiera hecho daño.

—Lo digo en serio —dice contra mis labios.

Soy impotente ante el dolor en su voz. Pero aun así. *No son más que las palabras de un chico en el calor del momento*. Trato de esforzarme por decirle lo mismo a él, pero las palabras se congelan en mi lengua.

¿Cómo puede él estar tan seguro de esto? Yo desde luego no entiendo todos estos nuevos y extraños sentimientos dentro de mí; estoy aquí porque lo amo, ¿o porque se lo debo?

Day no espera a mi respuesta. Una de sus manos vaga alrededor de mi cintura y luego la aplasta contra mi espalda, empujándome más cerca de modo que estoy sentada sobre su pierna buena. Un suspiro se me escapa. Luego él presiona sus labios contra los míos, y mi boca se abre. Levanta su otra mano hasta tocar mi cara y cuello; sus dedos son a la vez toscos y refinados. Day mueve lentamente sus labios para besar a un lado de mi boca, mi mejilla, luego la línea de mi mandíbula. Mi pecho está ahora firmemente contra el suyo, y mis muslos rozan la suave cresta del hueso de su cadera. Cierro los ojos. Mis pensamientos se sienten ahogados y distantes, escondidos detrás de una nube trémula de calidez. Una corriente subterránea de detalles prácticos en mi mente lucha hasta la superficie.

—Kaede se fue hace ocho minutos —suspiro a través de los besos de Day—. Esperan que volvamos en veinte y dos.

Day enrosca su mano a través de mi cabello y tira suavemente mi cabeza hacia atrás, dejando al descubierto mi cuello.

—Que esperen —murmura. Siento sus labios trabajar suavemente a lo largo de la piel de mi garganta, cada beso más duro que el anterior, más impaciente, más urgente, más





hambriento. Sus labios vuelven a mi boca, y puedo sentir los restos de cualquier auto-control escapársele, reemplazado con algo instintivo y salvaje.

Te quiero, sus labios están tratando de convencerme. Me están debilitando tanto que estoy a punto de desplomarme en el suelo. He besado a unos cuantos chicos en el pasado... pero Day me hace sentir como si nunca hubiera besado a nadie antes. Como si el mundo se ha desvanecido en algo sin importancia.

De pronto se libera y gime suavemente en dolor. Lo veo apretar los ojos, luego tomar una respiración profunda, estremeciéndose. Mi corazón está golpeando con furia contra mis costillas. La pasión se ha esfumado entre nosotros, y mis pensamientos encajan en su lugar cuando recuerdo con una lenta sensación de hundimiento en dónde estamos y lo que todavía tenemos que hacer. Me había olvidado de que el agua seguía corriendo, la bañera está casi llena. Me acerco y doy vuelta a la llave. El suelo de baldosas se siente frío contra mis rodillas. Me estremezco por completo.

—¿Listo? —digo, tratando de estabilizarme. Day asiente sin decir nada. El momento ha terminado; el brillo de sus ojos se ha atenuado.

Viendo un poco de gel de baño líquido en la bañera y revuelvo el agua alrededor hasta que se forma espuma. Despues tomo una de las toallas colgando en el baño y la envuelvo alrededor de la cintura de Day. Ahora viene la parte difícil. Él se las arregla para hurgar debajo de la toalla y aflojar sus pantalones, y yo le ayudo a bajarlos. La toalla cubre todo lo que tiene que estar cubierto, pero aun así aparto mis ojos.

Ayudo a Day —ahora con nada excepto la toalla y el colgante— a ponerse de pie, y después de algunas dificultades, conseguimos meter su pierna sana en la bañera, así lo puedo bajar suavemente en el agua. Tengo cuidando de mantener su pierna herida en alto y seca. Day aprieta la mandíbula para no gritar de dolor. En el momento en que se instala en la bañera, sus mejillas están húmedas por las lágrimas.

Lleva quince minutos frotarlo, y limpiar todo su cabello. Cuando terminamos, le ayudo a ponerse de pie y cerrar los ojos mientras agarra una toalla seca para envolver alrededor de su cintura. La idea de abrir los ojos ahora mismo y verlo desnudo ante mí envía a correr mi sangre con fuerza en mis venas. *¿Cómo se ve un chico desnudo, de todos modos?* Estoy molesta por la forma obvia que el calor de mi rubor debe ser. Despues, el momento ha terminado; pasamos unos minutos más tratando de sacarlo de la bañera. Cuando por fin ha terminado y se sienta en la tapa del inodoro, me acerco a la puerta del baño. No me había dado cuenta antes, pero alguien había abierto un poco la puerta y nos dejó un par de uniformes de soldado para nosotros. Uniformes del batallón de



tierra, con botones de Nevada. Se va a sentir raro ser un soldado de la República otra vez. Pero los traigo adentro.

Day me da una sonrisa débil.

—Gracias. Se siente bien estar limpio.

Su dolor parece traer de vuelta a lo peor de sus recuerdos de las últimas semanas, y ahora toda su emoción se despliega claramente en su rostro. Sus sonrisas se han convertido en la mitad de lo que solían ser. Es como si la mayor parte de su felicidad murió la noche en que perdió a John, y sólo una pequeña porción de él permanece... en su mayoría una parte que guarda para Eden y Tess. En secreto, espero que guarde una parte de su alegría para mí también.

—Date la vuelta y ponte tu ropa —le digo—. Y espera afuera del baño por mí. Voy a ser rápida.



Regresamos a la sala de estar siete minutos tarde. Razor y Kaede nos están esperando. Tess se sienta sola en un rincón del sofá, con las piernas dobladas hasta la barbilla, mirándonos con una expresión reservada.

Un instante después, huelo el aroma de pollo y papas al horno. Mis ojos se lanzan a la mesa del comedor, donde cuatro platos llenos de comida están puestos cuidadosamente, haciéndonos señas. Trato de no reaccionar ante el olor, pero mi estómago ruge.

—Excelente —dice Razor, sonriéndonos. Él descansa su mirada sobre mí—. Se limpiaron muy bien. —Luego se gira a Day y sacude la cabeza—. Organizamos que trajeran un poco de comida para ser educados, pero ya que vas a tener una cirugía en las próximas horas, vas a tener que mantener tu estómago vacío. Lo siento, sé que debes estar hambriento. June, por favor, sírvete.

Los ojos de Day también se fijan en la comida.

—Eso es simplemente genial —murmura.

Me uno a los demás en la mesa, mientras Day se extiende en el sofá y se pone tan cómodo como puede. Estoy a punto de recoger mi plato y sentarme a su lado, pero Tess se me adelanta, sentándose en el borde del sofá de modo que su espalda toca el costado de Day. Mientras Razor, Kaede, y yo comemos en silencio en la mesa, de vez en cuando robo miradas al sofá. Day y Tess hablan y ríen con la facilidad de dos personas



que se conocen desde hace años. Me concentro en mi comida, la pasión de nuestro encuentro en el baño sigue ardiendo en mis labios.

He contado hasta cinco minutos en mi cabeza cuando Razor finalmente toma un sorbo de su bebida y se inclina hacia atrás.

Lo observo con atención, todavía me pregunto por qué uno de los líderes de los Patriotas —el jefe de un grupo al que siempre había asociado con el salvajismo— es tan amable.

—Señorita Iparis —dice—. ¿Cuánto sabe acerca de nuestro nuevo Elector?

Niego con la cabeza.

—No mucho, me temo. —A mi lado, Kaede resopla y sigue excavando en su cena.

—Sin embargo, lo has visto antes —dice Razor, revelando lo que había esperado mantener oculto de Day—. Esa noche en el baile, ¿el que se llevó a cabo para celebrar la captura de Day? Le besó la mano. ¿Correcto? —Day se detiene en su conversación con Tess. Me estremezco interiormente.

Razor no parece darse cuenta de mi malestar.

—Anden Stavropoulos es un joven interesante —dice—. El Elector difunto lo amaba mucho. Ahora que Anden es Elector, los senadores se sienten incómodos. La gente está enojada, y no les importa si Anden es diferente del último Elector. No importa qué discursos pueda dar Anden a favor de ellos, todo lo que van a ver es a un hombre rico que no tiene idea de cómo sanar sus sufrimientos. Están furiosos con Anden por permitir pasar la ejecución de Day, por cazarlo, por no decir una palabra en contra de las políticas de su padre, por poner un precio a la búsqueda de June... y la lista continúa. El Elector difunto tenía un férreo control sobre los militares. Ahora la gente sólo ve a un rey joven que tiene la oportunidad de levantarse y convertirse en otra versión de su padre. Estos son los puntos débiles que queremos explotar, y esto nos lleva al plan que tenemos en estos momentos en mente.

—Pareces saber mucho sobre el joven Elector. También pareces saber mucho acerca de lo que pasó en el baile de celebración —le respondo. No puedo contener mi sospecha por más tiempo—. Supongo que es porque fuiste también un invitado esa noche. Debes ser un oficial de la República, pero sin un rango lo suficientemente alto como para llegar a una audiencia con el Elector. —Estudio las ricas alfombras de terciopelo de la habitación y los mostradores de granito—. Estas son tus verdaderas oficinas en el cuartel, ¿no es así?





Razor parece un poco desilusionado por mi crítica a su rango (que, como siempre, es un hecho que yo no había tenido intención decir como un insulto), pero rápidamente lo deniega con una risa.

—Puedo ver que no habrá secretos contigo. Chica especial. Bueno, mi título oficial es comandante Andrew DeSoto, y manejo tres de las patrullas de la ciudad de la capital. Los Patriotas me dieron mi nombre de calle. He estado organizando la mayoría de sus misiones por un poco más de una década.

Day y Tess están escuchando con atención ahora.

—Eres un oficial de la República —repite Day vacilante, con los ojos pegados a Razor—. Un comandante de la capital. Hum. ¿Por qué estás ayudando a los Patriotas?

Razor asiente, apoyando ambos codos en la mesa y juntando sus manos.

—Supongo que debería empezar por darles a ambos algunos detalles sobre la forma en que trabajamos. Los Patriotas han estado alrededor de treinta años más o menos; comenzaron como un conjunto disperso de rebeldes. En los últimos quince años, se han unido en un intento de organizarse y a su causa.

—La llegada de Razor cambió todo, por lo que he oído —ofrece Kaede—. Habían cambiado a través de líderes todo el tiempo, y la financiación siempre había sido un problema. Las conexiones de Razor con las Colonias han estado trayendo más dinero para las misiones que nunca antes.

Metias *había* estado aún más ocupado el último par de años tratando con los ataques de los Patriotas en Los Ángeles, recuerdo.

Razor asiente a las palabras de Kaede.

—Estamos peleando por reunificar las Colonias y la República, para recobrar a los Estados Unidos a su antigua gloria. —Sus ojos muestran una mirada determinada—. Y estamos dispuestos a hacer lo que haga falta para lograr nuestro objetivo.

Los *antiguos Estados Unidos*, pienso, mientras Razor continúa. Day me había mencionado los Estados Unidos durante nuestro escape de Los Ángeles, sin embargo yo aún permanecía escéptica. Hasta ahora.

—¿Cómo funciona la organización? —pregunté.

—Mantenemos un ojo en las personas que tienen talentos y habilidades que necesitamos, y luego tratamos de reclutarlos —dijo Razor—. Normalmente somos



buenos atrayendo gente abordo, aunque algunas personas toman más tiempo que otras. —Hace una pausa mientras inclina el vaso en dirección de Day—. Soy considerado un Líder en los Patriotas; hay algunos de nosotros, trabajando desde adentro y estructurando las misiones rebeldes. Kaede aquí es una piloto. —Kaede ondea su mano mientras sigue devorando su comida—. Ella se nos unió después de que fue expulsada de la Academia de Aviación de las Colonias. El cirujano de Day es un médico certificado, y la joven Tess es un médico en entrenamiento. También tenemos luchadores, corredores, exploradores, hackers, escoltas, y más. Te colocaría como una luchadora, June, aunque tus habilidades parecen caer dentro de varias categorías. Y Day, por supuesto, es el mejor corredor que alguna vez he visto. —Razor sonríe un poco y termina su bebida—. Aunque, ustedes dos técnicamente deberían estar en una nueva categoría. Celebridades. Esa es la manera en la que serán de más utilidad para nosotros, y es por eso que no los arrojé a ambos de regreso a las calle.



—Tan amable de tu parte —dice Day—. ¿Cuál es el plan?

Razor me señala.

—Antes, te pregunté cuánto sabías acerca de nuestro Elector. Escuché algunos rumores hoy. Decían que Anden estuvo bastante prendado de ti en el baile. Alguien le escuchó preguntar si podrías ser transferida a una patrulla en la capital. Incluso existe el rumor de que quería que fueses entrenada como el próximo Princeps del Senado.

—¿El próximo Princeps? —Sacudí mi cabeza automáticamente, abrumada por la idea—. Probablemente nada más que un rumor. Ni siquiera diez años de entrenamiento serían suficientes para prepararme para eso.

Razor sólo se rio de mi declaración.

—¿Qué es un Princeps? —habló Day. Sonaba molesto—. Algunos de nosotros no somos muy versados en la jerarquía de la República.

—El Líder del Senado —contestó Razor en tono casual, sin voltear en su dirección—. La sombra del Elector. Él, o ella, es su compañero en el comando... y algunas veces más. Siempre resulta de esa manera al final, después del requisito de una década en entrenamiento. La madre de Anden fue la última Princeps, después de todo.

Miré instintivamente hacia Day. Su mandíbula estaba tensa, y estaba muy quieto, pequeñas señales que decían que prefería no estar escuchando lo que el Elector piensa de mí o que quizá me quiera como su futura compañera. Me aclaré la garganta.



—Esos rumores son exagerados —insistí de nuevo, tan incómoda con esta conversación como Day—. Aún si fueran ciertos, todavía sería uno de los muchos Princeps en entrenamiento; y te puedo garantizar que sus otras opciones serían senadores experimentados. Pero, ¿cómo planeas usar esa información en su asesinato? ¿Crees que yo voy a...?

Kaede interrumpió mis palabras con una carcajada.

—Te estás sonrojando, Iparis —dice—. ¿Te gusta la idea de Anden enamorándose de ti?

—¡No! —digo un poco rápido. Ahora siento el calor subiendo por mi cara, aunque estoy bastante segura de que es porque Kaede está irritándome.

—No seas tan malditamente arrogante —dice ella—. Anden es un hombre muy guapo con mucho de poder y muchas opciones. Está bien sentirse halagada. Estoy segura de que Day entiende.

Razor me salva de responderle frunciendo el ceño en desaprobación.

—Kaede. Por favor. —Ella le hace un mohín y regresa a su comida. Yo echo un vistazo hacia el sofá. Day está mirando al techo. Después de una corta pausa, Razor continúa—. Incluso ahora, Anden no puede estar seguro que tú hiciste todo en contra de la República, a propósito. Por todo lo que él sabe, podrías hacer sido tomada como rehén cuando Day escapó. O forzada a unirte a Day contra tu voluntad. Existe suficiente incertidumbre por su parte como para insistir que el gobierno te enlistara como una persona desaparecida en lugar de un buscado traidor. Mi punto es que: Anden está interesado en ti, y eso significa que puede ser influenciado por lo que le digas.

—Así que, ¿quieres que regrese a la República? —dije. Mis palabras parecieron hacerse eco. Desde la esquina de mi ojo, vi a Tess removarse infeliz en el sofá. Su boca tiembla con alguna frase no dicha.

Razor asiente.

—Exactamente. Originalmente, iba a usar espías de mis propias patrullas de la República para acercarme a Anden; pero ahora tenemos una mejor alternativa. Tú. Tú le dirás al Elector que los Patriotas están tratando de matarlo; pero el plan del que le hables será un sueño. Mientras todos estén distraídos con el plan falso, nosotros golpearemos con el real. Nuestro objetivo no es sólo matar a Anden, sino poner al país completamente contra él, para que así su régimen esté condenado aún si nuestro plan falla. Eso es lo que ustedes dos pueden hacer por nosotros. Ahora bien, hemos escuchado los reportes de que el nuevo Elector se estará dirigiendo al frente de guerra



en las próximas semanas, para tener actualizaciones y reportes de progreso de sus coroneles. El dirigible *Dynasty RS* será lanzada hacia el frente de guerra pronto, mañana por la tarde, y todos mis escuadrones estarán en ella. Day se unirá a mí, Kaede, y Tess en ese viaje. Nosotros organizaremos el asesinato real, y tú guiarás a Anden a él.

Razor se cruza de brazos y estudia nuestras caras, esperando por nuestras reacciones.

Day finalmente encuentra su voz y lo interrumpe.

—Esto será increíblemente peligroso para June —argumenta mientras se apoya sobre sí enderezándose en el sofá—. ¿Cómo puedes estar seguro de que ella incluso alcanzará al Elector después de que los militares estén sobre su espalda? ¿Cómo estás seguro de que ellos no sólo empezarán torturándola para sacarle información?

—Confía en mí, sé cómo evitar eso —replica Razor—. No me he olvidado de tu hermano tampoco... si June puede acercarse lo suficiente al Elector, ella podría averiguar en dónde está Eden por su cuenta.

Los ojos de Day se iluminan con eso, y Tess aprieta su hombro.

—En cuanto a ti, Day, nunca he visto un seguimiento público detrás de *nadie* del modo en que lo hacen por ti. ¿Sabías que ese rayado rojo en tu cabello, se ha convertido en la última moda de la noche a la mañana? —Razor ríe y ondea su mano hacia la cabeza de Day—. Eso es poder. Justo ahora, tú tienes probablemente tanta influencia como el Elector. Quizá más. Si podemos encontrar un modo de usar tu fama para hacer que las personas entren en un frenesí al momento que el asesinato ocurra, el Congreso estará indefenso para detener la revolución.

—Y, ¿qué planeas *hacer* con esa revolución? —pregunta Day.

Razor se inclina hacia adelante, su cara se torna determinada, incluso esperanzada.

—¿Quieres saber por qué me uní a los Patriotas? Por la misma razón que tú *has* trabajado contra la República. Los Patriotas saben cuánto has sufrido; todos hemos visto los sacrificios que has hecho por tu familia, el dolor que la República te ha causado. June —dice Razor, asintiendo hacia mí. Me estremezco; no quiero un recordatorio de lo que le pasó a Metias—. He visto tu sufrimiento también. Tu familia entera destruida por la nación que una vez amaste. He perdido la cuenta del número de Patriotas que han venido de circunstancias similares.



Day mira nuevamente al techo cuando mencionan a su familia. Sus ojos están secos, pero cuando Tess se extiende y toma su mano, él aprieta sus dedos alrededor de los tuyos.

—El mundo fuera de la República no es perfecto, pero la libertad y oportunidades existen ahí afuera, y todo lo que necesitamos hacer es dejar que esa luz brille sobre la República misma. Nuestro país está al borde, todo lo que necesitamos ahora es una mano para empujarlo. —Se levanta a mitad de su silla y apunta a su pecho—. Nosotros podemos ser esa mano. Con una revolución, la República empezará a derrumbarse, y junto con las Colonias podemos tomarla y reconstruirla en algo grandioso. Serán los Estados Unidos otra vez. Las personas vivirán libremente. Day, tu pequeño hermano crecerá en un lugar mejor. Eso es algo por lo que vale la pena arriesgar nuestras vidas. Eso es algo por lo que vale la pena morir. ¿Cierto?



Puedo notar que las palabras de Razor están agitando algo en Day, persuadiendo un brillo en sus ojos que me hace retroceder por su intensidad.

—Algo por lo que vale la pena morir —repite Day.

Yo debería estar emocionada también. Pero, de alguna manera, aún, el pensamiento de la República derrumbándose manda una oleada de nauseas a través de mí. No sé, si es el lavado de cerebro, años de la doctrina de la República perforando mi cerebro. La sensación persiste, sin embargo, junto a un torrente de vergüenza y odio a mí misma.

Todo lo que me era familiar, se ha ido.



DAY

Traducido por LizC y Otravaga

Corregido por Monicab



El médico aparece en algún momento frenético después de la medianoche. Ella me prepara.

Razor arrastra una mesa desde la sala de estar a una de las habitaciones más pequeñas, donde cajas de suministros al azar —comida, clavos, clips, cantimploras de agua, lo que sea, lo tienen— están apiladas en las esquinas. Ella y Kaede colocan una sábana de plástico grueso debajo de la mesa. Ellos me atan a la mesa con una serie de cintas. El médico dispone cuidadosamente sus instrumentos de metal. Mi pierna está expuesta y sangrando. June se queda a mi lado mientras ellos hacen todo esto, viendo al médico como si sólo con su supervisión se aseguraría de que la mujer no se equivoque. Espero con impaciencia. Cada momento que pasa nos acerca más a la búsqueda de Eden.

Las palabras de Razor me avivan cada vez que pienso en ellas. No sé, tal vez debería haberme unido a los Patriotas hace años.

Tess va y viene de manera eficiente por la sala como asistente del médico, poniéndose guantes en sus manos después de fregar todo, entregando los suministros, observando el proceso con atención cuando no hay nada para que ella haga. Se las arregla para evitar a June. Puedo decir por la expresión de Tess que está nerviosa como el infierno, pero ella no pronuncia ni una sola palabra al respecto. Los dos habíamos charlado entre sí con bastante facilidad durante la cena, cuando se había sentado en el sofá junto a mí; pero algo ha cambiado entre nosotros. No puedo descifrar qué. Si no lo supiera mejor, pensaría que Tess estaba *enamorada* de mí. Pero es una idea tan extraña, así que rápidamente la descarto. ¿Tess, quien es prácticamente mi hermana, la pequeña niña huérfana de sector Nima?



Excepto que ella ya no es más una niña huérfana. Ahora puedo ver signos claros de adultez en su rostro: menos grasa de bebé, pómulos altos, ojos que no parecen tan enormes como los recuerdo. Me pregunto por qué no me di cuenta de estos cambios antes. Sólo tomó un par de semanas de separación para ser obvio. Debo ser un jodido tonto, ¿no?

—Respira —dice June a mi lado. Ella toma una bocanada de aire como para demostrar cómo se hace.

Dejo de darle vueltas a Tess y me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración.

—¿Sabes cuánto tiempo va a tomar? —le pregunto a June. Ella acaricia mi mano con dulzura ante la tensión en mi tono, y siento un poco de culpa. Si no fuera por mí, ella estaría de camino a las Colonias en estos momentos.

—Unas pocas horas. —June se detiene cuando Razor toma lugar al lado del médico. Estrechan las manos, intercambiando dinero con ello. Tess ayuda al médico a ponerse una máscara, luego me da un pulgar en alto. June se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no me dijiste que habías conocido el Elector antes? —le susurro—. Siempre has hablado de él como si fuera un completo desconocido.

—Él es un completo desconocido —responde June. Espera un rato, como si estuviera comprobando sus palabras—. Simplemente no vi el punto en decírtelo; no lo conozco, y no tengo ningún sentimiento especial hacia él.

Vuelvo a pensar en nuestro beso en el baño. Entonces vislumbro el retrato del nuevo Elector y me imagino a una June mayor de pie junto a él como la futura Princeps del Senado. Del brazo del hombre más rico de la República. ¿Y qué soy yo, algún sujeto sucio de la calle con dos Billetes en el bolsillo, pensando que realmente voy a ser capaz de aferrarme a esta chica después de pasar unas semanas con ella? Además, ¿he olvidado ya que June perteneció a una élite familiar; que estuvo mezclándose con gente como el joven Elector en fiestas y banquetes de lujo antes, cuando yo todavía estaba a la caza de alimentos en los contenedores de basura en Lake? ¿Y ésta es la primera vez que la he imaginado con hombres de clase alta? De repente me siento tan estúpido por decirle que la quiero, como si fuera capaz de hacer que me quiera en cambio como una chica común de las calles. *No lo dije en respuesta, de todos modos.*

¿Por qué siquiera me importa? No debería doler tanto. ¿Debería? ¿No tengo cosas más importantes de qué preocuparme?





El médico se acerca a mí. June aprieta mi mano; soy reacio a dejarla ir. Ella es de un mundo diferente, pero lo dejó todo por mí. A veces me tomo esto por sentado, y entonces me pregunta cómo tengo el valor para dudar de ella, cuando está tan dispuesta a ponerse en peligro por mi causa. Ella fácilmente me podría dejar atrás. Pero no lo hace. Yo elegí esto, me dijo.

—Gracias —le digo. Es todo lo que puedo manejar.

June me estudia, luego me da un beso en los labios.

—Todo esto habrá terminado antes de que te des cuenta, y entonces, serás capaz de escalar edificios y correr por las paredes tan rápido como siempre lo has hecho. —Ella se queda por un momento más, luego se pone de pie y asiente hacia el médico y Tess. Luego se va.

Cierro los ojos y respiro tembloroso cuando el médico se acerca. Desde este punto de vista, no veo a Tess en absoluto. Bueno, sea como sea que esto se sentirá, no puede ser tan malo como recibir un disparo en la pierna. ¿Ciento?

El médico me tapa la boca con un paño húmedo. Me dejo llevar en un largo y oscuro túnel.



Luces. Recuerdos de un lugar distante.

Estoy sentado con John en nuestra mesita en la sala de estar, ambos iluminados por la luz vacilante de tres velas. Tengo nueve. Él tiene catorce años. La mesa está tan inestable como siempre lo ha sido; una de las patas se está pudriendo, y cada dos meses o así, tratamos de extender su vida clavando más placas de cartón a la misma. John tiene un grueso libro abierto delante de él. Sus cejas están fruncidas en concentración. Lee otra línea, se tropieza con dos de las palabras, y entonces pacientemente sigue a la siguiente.

—Te ves muy cansado —le digo—. Deberías ir a la cama. Mamá va a estar enojada si te ve todavía despierto.

—Vamos a terminar esta página —murmura John, sólo escuchando a medias—. A menos que tú tengas que ir a la cama.

Eso hace que me siente más erguido.

—No estoy cansado —insisto.



Los dos nos inclinamos sobre las páginas de nuevo, y John lee la siguiente línea en voz alta.

—“En Denver —dice lentamente—, después de la... finalización... del Muro norte, el Elector Primo... oficialmente... oficialmente...”

—“Consideró” —le digo, ayudándole a seguir.

—“Consideró... que es un crimen...” —John se detiene aquí durante unos segundos, y luego niega con la cabeza y suspira.

—“Contra” —digo.

John frunce el ceño en la página.

—¿Estás seguro? No puede ser la palabra correcta. Está bien, entonces. “Contra. Contra el Estado entrar en el...” —John se detiene, se inclina hacia atrás en su silla, y se frota los ojos—. Tienes razón, Danny —susurra—. Tal vez debería ir a la cama.

—¿Qué te pasa?

—Las letras siguen tornándose borrosas en la página. —John suspira y golpea un dedo contra el papel—. Me están mareando.

—Vamos. Nos detendremos después de esta línea. —Señalo a la línea donde se había detenido, y luego encuentro la palabra que le estaba dando problemas—. Capital —digo—. Un crimen contra el Estado por entrar en la Capital sin haber obtenido previamente autorización militar oficial.

John sonríe un poco mientras le leo la oración sin ningún problema.

—Lo harás muy bien en tus pruebas —dice cuando termino—. Tanto tú como Eden. Si yo pasé por los pelos, sé que tú pasarás con gran éxito. Tienes una buena cabeza sobre tus hombros, chico.

Me encojo de hombros ante su alabanza.

—No estoy *tan* entusiasmado con la escuela secundaria.

—Deberías. Al menos tendrás la oportunidad de ir. Y si lo haces lo suficientemente bien, la República podría incluso asignarte a una universidad y ponerte en el ejército. Eso es algo para estar entusiasmado, ¿no es así?

De repente, hay golpes en nuestra puerta. Yo salto. John me empuja detrás de él.



—¿Quién es? —grita. Los golpes se hacen más fuerte hasta que me tapo los oídos para bloquear el ruido. Mamá sale a la sala de estar, sosteniendo un soñoliento Eden en sus brazos, y nos pregunta qué está pasando. John da un paso hacia adelante como para abrir la puerta, pero antes de que pueda, la puerta se abre y una patrulla de la policía de calle armada irrumpen. Parada al frente está una chica con una larga y oscura cola de caballo alta y un destello dorado en sus ojos negros. Su nombre es June.

—Usted está bajo arresto —dice—, por el asesinato de nuestro glorioso Elector.

Ella levanta su arma y le dispara a John. Luego le dispara a mamá. Estoy gritando a todo pulmón, gritando con tanta fuerza que mis cuerdas vocales colapsan. Todo se vuelve negro.

Una punzada de dolor me recorre. Ahora tengo diez. Estoy de vuelta en el laboratorio del Hospital Central de Los Ángeles, encerrado con quién sabe cuántos más, todos atados a camillas separadas, cegados por luces fluorescentes. Doctores con mascarillas se ciernen sobre mí. Entorno los ojos hacia ellos. *¿Por qué están manteniéndome despierto?* Las luces son tan brillantes, me siento... lento, mi mente arrastrándose a través de un mar de niebla.

Veo los escalpelos en sus manos. Un enredo de palabras masculinadas pasa entre ellos. Entonces siento algo frío y metálico contra mi rodilla, y lo siguiente que sé, es que arqueo mi espalda y trato de gritar. Ningún sonido sale. Quiero decirles que dejen de cortar mi rodilla, pero entonces algo penetra en la parte posterior de mi cabeza y el dolor hace que mis pensamientos estallen lejos. Mi visión se estrecha hacia un blanco cegador.

Entonces abro mis ojos y estoy yaciendo en un sótano oscuro que se siente incómodamente caliente. Estoy vivo por algún loco accidente. El dolor en mi rodilla me hace querer gritar, pero sé que tengo que permanecer en silencio. Puedo ver formas oscuras a mi alrededor, la mayoría de ellos yacen en el suelo e inmóvil, mientras que adultos en batas de laboratorio caminan alrededor, inspeccionando los bultos en el suelo. Espero en silencio, tendido con los ojos cerrados en pequeñas rendijas, hasta que aquellos caminando se marchan de la recámara. Entonces me empujo en alto sobre mis pies y arranco la pierna del pantalón para atarla alrededor de mi rodilla sangrando. Me tropiezo a través de la oscuridad y palpo a lo largo de las paredes hasta encontrar una puerta que conduce al exterior, a continuación me arrastro a mí mismo en un callejón. Salgo a la luz, y en esta ocasión June está ahí, serena y sin miedo, tendiendo su mano fría para ayudarme.



—Vamos —susurra, poniendo su brazo alrededor de mi cintura. La sostengo cerca—. Estamos en esto juntos, ¿verdad? ¿Tú y yo? —Caminamos hasta la calle y dejamos el laboratorio del hospital atrás.

Pero todas las personas en la calle tienen los rizos rubio platino de Eden, cada uno con una raya de sangre color escarlata atravesando los mechones. Todas las puertas que pasamos tienen una gran X roja, pintada con spray con una línea que pasa por su centro. Eso significa que todo el mundo aquí tiene la peste. Una peste mutante. Vagamos por las calles durante lo que parecen días, a través del aire espeso como melaza. Estoy buscando la casa de mi madre. A lo lejos, puedo ver las brillantes ciudades de las Colonias haciéndome señas, con la promesa de un mundo mejor y una vida mejor. Voy a llevar a John, a mamá y a Eden allí, y al fin seremos libres de las garras de la República.



Finalmente, llegamos a la puerta de mi madre, pero cuando la empujo para abrirla, la sala de estar está vacía. Mi madre no está allí. John se ha ido. *Los soldados le dispararon*, recuerdo bruscamente. Miro a mi lado, pero June ha desaparecido, y estoy solo en la puerta. Sólo queda Eden... está acostado en la cama. Cuando llego lo suficientemente cerca para que él me oiga llegar, abre los ojos y levanta sus manos hacia mí.

Pero sus ojos no son azules. Son negros, porque sus iris están sangrando.

Salgo lenta, muy lentamente, de la oscuridad. La base de mi cuello palpita del modo en que lo hace cuando me estoy recuperando de uno de mis dolores de cabeza. Sé que he estado soñando, pero todo lo que recuerdo es una sensación persistente de miedo, de que algo horrible está al acecho detrás de una puerta cerrada. Una almohada está metida debajo de mi cabeza. Un tubo sobresale de mi brazo y corre a lo largo del suelo. Todo está fuera de foco. Me esfuerzo por aclarar mi visión, pero todo lo que puedo ver es el borde de una cama y una alfombra en el suelo, y una chica sentada allí con la cabeza apoyada en la cama. Al menos, creo que es una chica. Por un instante, creo que podría ser Eden, que de alguna manera los Patriotas lo rescataron y lo trajeron aquí.

La figura se mueve. Ahora veo que es Tess.

—Hola —murmuro. La palabra se arrastra fuera de mi boca—. ¿Qué pasa? ¿Dónde está June?

Tess agarra mi mano y se pone de pie, tropezando con su respuesta en su prisa.

—Estás despierto —dice ella—. Estás... ¿cómo te sientes?



—Lento. —Trato de tocar su rostro. Todavía no estoy del todo convencido de que ella es real.

Tess comprueba detrás de ella a la puerta de la habitación para asegurarse de que no hay nadie más allí. Ella sostiene un dedo sobre sus labios.

—No te preocupes —dice en voz baja—. No te sentirás lento por mucho tiempo. El médico parecía bastante feliz. Pronto estarás mejor que nuevo y podremos dirigirnos al frente de guerra para matar al Elector.

Es chocante oír la palabra *matar* viniendo con tanta facilidad de la boca de Tess. Luego, un instante después, me doy cuenta que mi pierna no duele, ni siquiera en lo más mínimo. Trato de levantarme para ver, y Tess empuja las almohadas detrás de mi espalda para que pueda sentarme. Echo un vistazo a mi pierna, casi asustado de mirar.



Tess se sienta a mi lado y desenvuelve las vendas blancas que cubren el área donde estaba la herida. Bajo la gasa hay placas lisas de acero, una rodilla mecánica donde solía estar mi rodilla mala, y hojas de metal que cubren la mitad de mi muslo. Miro eso boquiabierto. Las piezas de metal que se encuentran con la carne en mi muslo y mi pantorrilla se sienten bien moldeadas, juntas, pero sólo pequeños trozos de enrojecimiento e hinchazón bordean las orillas. Mi visión da vueltas.

Los dedos de Tess golpetean expectante en contra de mis sábanas, y se muerde la comisura del labio superior.

—¿Y bien? ¿Cómo se siente?

—Se siente como... nada. Ya no duele en absoluto. —Recorro un dedo tentativo sobre el frío metal, tratando de acostumbrarme a las partes extrañas incluidas en mi pierna—. ¿Ella hizo todo esto? ¿Cuándo puedo volver a caminar de nuevo? ¿Realmente ha sanado tan rápidamente?

Tess se hincha un poco de orgullo.

—Ayudé al médico. Se supone que no debes moverte mucho durante las próximas doce horas. Para permitir que los bálsamos curativos se establezcan y hagan su trabajo.

—Tess sonríe y la sonrisa arruga las esquinas de sus ojos de una manera familiar—. Es una operación estándar para los soldados heridos en el frente de guerra. Bastante impresionante, ¿no? Deberías ser capaz de utilizarla como una pierna normal después de eso, tal vez incluso mejor. La doctora que he ayudado es muy famosa en los hospitales al frente de guerra, pero también realiza trabajos en el mercado negro



paralelo, lo cual es una suerte. Mientras estaba allí, me mostró cómo reponer el brazo roto de Kaede también, para que así sane más rápido.

Me pregunto hasta qué punto los Patriotas gastan en este tipo de cirugía. Había visto a soldados con piezas de metal antes, desde tan poco como un recuadro de acero en sus brazos tanto como una pierna entera sustituida por metal. No puede ser una operación barata, y de la apariencia de mi pierna, la doctora ha utilizado bálsamos curativos de calidad militar. Ya puedo notar cuánto poder tendrá la pierna cuando me recupere, y cuánto más rápido podré conseguir moverme alrededor. Cuánto más pronto podré encontrar a Eden.

—Sí —le digo a Tess—. Es increíble. —Estiro mi cuello un poco para poder enfocar en la puerta de la habitación, pero esto me marea. Me duele la cabeza como una tormenta desatada ahora, y puedo escuchar voces bajas provenientes de lejos por el pasillo—. ¿Qué está haciendo todo el mundo?

Tess lanza una mirada por encima del hombro una vez más y luego de nuevo a mí.

—Están hablando de la primera fase del plan. Yo no estoy en ella, así que me senté afuera. —Ella me ayuda a descansar de nuevo contra la cama. Luego le sigue una pausa incómoda. Todavía no puedo acostumbrarme a cuán diferente se ve Tess. Ella me nota admirándola, vacila, y sonríe torpemente.

—Cuando todo esto haya terminado —comienzo—, quiero que vengas conmigo a las Colonias, ¿de acuerdo?

Tess rompe en una sonrisa, luego suaviza mis mantas nerviosamente con una mano mientras yo continúo.

—Si todo sale según los planes de los Patriotas, y la República realmente cae, no quiero que quedemos atrapados en el caos. Eden, June, tú y yo. ¿Lo entiendes, prima?

La explosión inicial de entusiasmo de Tess se desvanece. Ella duda.

—No lo sé, Day —dice, mirando hacia la puerta.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de los Patriotas o algo así?

—No... han sido buenos para mí hasta ahora.

—Entonces, ¿por qué no quieres venir? —le pregunto en voz baja. Estoy empezando a sentirme débil otra vez, y es difícil evitar que las cosas se tornen borrosas—. En Lake,





siempre dijimos que íbamos a escapar a las Colonias juntos si teníamos la oportunidad. Mi padre me dijo que las Colonias deben ser un lugar lleno de...

—Libertad y oportunidades. Lo sé. —Tess niega con la cabeza—. Es sólo que...

—¿Qué?

Una de las manos de Tess se desliza por debajo de la manta hasta encontrar la mía. La imagino como una niña otra vez, de vuelta a cuando la encontré por primera vez hurgando a través de ese cubo de basura en el sector Nima. ¿Es realmente la misma chica? Sus manos no son tan pequeñas como lo solían ser, aunque todavía encajan perfectamente entre las mías. Ella me mira.

—Day... estoy preocupada por ti.

Parpadeo confuso.



—¿Qué quieras decir? ¿La cirugía?

Tess me da una sacudida impaciente de su cabeza.

—No. Estoy preocupada por ti debido a June.

Respiro profundamente, esperando a que continuara, temeroso de lo que va a decir.

El tono de voz de Tess cambia a algo extraño, algo que no reconozco.

—Bueno... si June viaja con nosotros... quiero decir, sé cuán ligado estás a ella, pero hace tan sólo unas semanas era simplemente un soldado de la República. ¿No ves esa expresión que pone de vez en cuando? ¿Como si ella echara de menos la República, o quisiera regresar o algo así? ¿Y si trata de sabotear nuestro plan, o te entrega mientras estamos tratando de llegar a las Colonias? Los Patriotas ya están tomando precauciones...

—Detente. —Estoy un poco sorprendido por lo fuerte e irritado que sueno. Nunca le he levantado la voz a Tess antes, y me arrepiento al instante. Puedo oír los celos de Tess en cada palabra que dice, la forma en que escupe el nombre de June como si no pudiera esperar por acabar de una vez—. Entiendo que sólo han pasado unas pocas semanas desde que todo ha pasado. Por supuesto que va a tener momentos de incertidumbre. ¿Ciento? Aun así, ella ya no es leal a la República, y estamos en un lugar peligroso, incluso si no viajamos con ella. Además, June tiene habilidades que ninguno de nosotros tiene. Ella me sacó de la Intendencia de Batalla, por amor de Dios. Ella puede mantenernos a salvo.



Tess se muerde los labios.

—Bueno, ¿cómo te sientes acerca de lo que los Patriotas están planeando para ella? ¿Qué pasa con su relación con el Elector?

—¿Qué relación? —Levanto mis manos débilmente, tratando de fingir que no importa—. Todo esto es parte del juego. Ella ni siquiera lo conoce.

Tess se encoge de hombros.

—Lo hará pronto —susurra—. Cuando tenga que acercarse lo suficiente para manipularlo. —Baja la mirada de nuevo—. Yo iré contigo, Day. Iría a cualquier parte contigo. Pero sólo quería recordarte sobre... ella. En caso de que no hayas pensado en cosas como esas.

—Todo va a estar bien —me las arreglo para decir—. Sólo confía en mí.



La tensión finalmente pasa. El rostro de Tess se ablanda en su dulzura familiar, y mi irritación se esfuma tan rápido como había llegado.

—Siempre has cuidado de mí —le digo con una sonrisa—. Gracias, prima.

Tess sonríe.

—Alguien tiene que hacerlo, ¿no? —Ella señala a mis mangas enrolladas—. Me alegro de que el uniforme te quede, por cierto. Parecía demasiado grande cuando lo doblé, pero creo que salió bien. —De repente, ella se inclina y me da un beso rápido en la mejilla. Luego salta alejándose casi al instante. Su cara se torna de color rosa brillante. Tess me ha besado en la mejilla antes, cuando era más joven, pero esta es la primera vez que he sentido algo más en su gesto. Trato de imaginar cómo, en menos de un mes, Tess dejó atrás la niñez y se convirtió en un adulto. Toso incómodo. Es una nueva y extraña relación.

Entonces, ella se levanta y saca su mano. Mira hacia la puerta en vez de a mí.

—Lo siento, deberías estar descansando. Vendré a verte más tarde. Trata de volver a dormir.

Fue entonces cuando me doy cuenta que Tess debe haber sido la que dejó los uniformes en el baño. Ella debe haberme visto besando a June. Trato de pensar a través de la niebla en mi mente, para decirle algo antes de que se vaya, pero ella ya ha salido por la puerta y desapareció por el pasillo.



JUNE

Traducido por Vettina

Corregido por LizC

0545 HORAS.

VENECIA.

DÍA UNO COMO UN MIEMBRO OFICIAL DE LOS PATRIOTAS.



Página | 54

Decidí no estar en la habitación durante la cirugía; Tess, por supuesto, se quedó para asistir al médico. La imagen de Day acostada inconsciente en la mesa, su rostro pálido y vacío, la cabeza girada noventa grados hacia el techo, me recordaría demasiado la noche en que me había encorvado sobre el cuerpo muerto de Metias en el callejón del hospital. Prefería no dejar ver a los Patriotas mis debilidades. Así que me mantuve lejos, sentada sola en uno de los sofás en la habitación principal.

También mantuve mi distancia para realmente pensar sobre el plan de Razor para mí:

Voy a ser arrestada por los soldados de la República.

Voy a encontrar una manera de tener una audiencia privada con el Elector, y entonces voy a ganar su confianza.

Voy a decirle acerca de la conspiración de un falso asesinato que llevará a un completo perdón de todos mis crímenes contra la República.

Luego lo voy a atraer a su asesinato *real*.

Ese es mi rol. Pensar en eso es una cosa; lograrlo es otra. Estudio mis manos y me pregunto si estoy lista para tener sangre en ellas, si estoy lista para matar a alguien. ¿Qué era lo que me había dicho Metias? *“Pocas personas matan alguna vez por las razones correctas, June.”* Pero entonces recuerdo lo que Day dijo en el baño.



“Deshacerse de la persona a cargo de todo este elaborado sistema parece un pequeño precio a pagar por el inicio de una revolución. ¿No te parece?”

La República me quitó a Metias. Pienso en las Pruebas, las mentiras sobre las muertes de mis padres. Las pestes planificadas. Desde este lujoso edificio puedo ver el estadio de Pruebas de Vegas detrás de los rascacielos, brillando, en la distancia. Pocas personas matan por las razones correctas, pero si *alguna* razón es la correcta, debe ser esta. ¿Cierto?

Mis manos tiemblan ligeramente. Las estabilizo.

Ahora el apartamento está en silencio. Razor se ha ido nuevamente (salió a las 0332 en uniforme completo), y Kaeden está dormitando en el otro extremo del sofá. Si dejara caer un alfiler en el piso de mármol aquí, el sonido probablemente lastimaría mis oídos. Después de un rato, giro mi atención a la pequeña pantalla en la pared. Está en silencio, pero aún así observo el familiar ciclo de noticias. Advertencias de inundación, advertencias de tormenta. Horarios de llegadas y partidas de dirigibles. Victorias contra las Colonias a lo largo del frente de guerra. A veces me pregunto si la República inventa esas victorias también, y si en realidad estamos ganando o perdiendo la guerra. Los titulares ruedan. Hay incluso un anuncio público advirtiendo que cualquier ciudadano atrapado con un mechón rojo en su cabello será arrestado en el lugar.

El ciclo de las noticias termina abruptamente. Me enderezo cuando veo las siguientes imágenes: El nuevo Elector está a punto de dar su primer discurso en vivo al público.

Dudo, luego miro a Kaeden. Ella parece estar durmiendo muy profundamente. Me levanto, cruzo la habitación con pies ligeros, y luego muevo un dedo a través del monitor para subir el volumen.

El sonido es poco, pero suficiente para que escuche. Observo como Anden (o más bien, el Elector Primo) entra con gracia hacia el pódium. Asiente a la lluvia normal de reporteros designados por el gobierno frente a él. Se ve exactamente como lo recuerdo, una versión más joven de su padre, con gafas más delgadas y una inclinación regia de su barbilla, vestido de manera impecable en un formal uniforme dorado, con adornos negros con dobles filas de brillantes botones.

—Ahora es tiempo de gran cambio. Nuestra resolución está siendo puesta a prueba más que nunca, y la guerra con nuestro enemigo ha alcanzado su clímax —dice él. Habla como si su padre no hubiera muerto, como si él siempre hubiera sido nuestro Elector Primo—. Hemos ganado nuestras últimas tres batallas en el frente de guerra e incautamos tres de las ciudades sureñas de las Colonias. Estamos a punto de la victoria,



y no será mucho antes de que la República se expanda al borde del Océano Atlántico. Es nuestro destino manifiesto.

Continúa, asegurando a las personas de nuestra fuerza militar y prometiendo más tarde anuncios acerca de cambios que quiere implementar; quién sabe cuánto de esto es verdad. Vuelvo a estudiar su cara. Su voz no es diferente de la su padre, pero me encuentro atraída a la sinceridad en ella. Veinte años de edad. Tal vez él en verdad cree lo que está diciendo, o tal vez sólo hace un buen trabajo al esconder sus dudas. Me pregunto cómo se siente sobre la muerte de su padre, y cómo es capaz, en una conferencias de prensa como ésta, mantenerse lo suficientemente tranquilo para interpretar su rol. Sin duda el Congreso está ansioso por manipular a tan joven nuevo Elector, de tratar de dirigir el espectáculo detrás de escenas y empujarlo alrededor como una pieza de ajedrez. Basado en lo que Razor dijo, ellos deben estar en conflicto diariamente. Anden podría estar tan hambriento de poder como su padre lo estaba si se rehusara a escuchar al Senado por completo.

¿Cuáles son exactamente las diferencias entre Anden y su padre? ¿Cómo cree Anden que debería ser la República... y para el caso, cómo pienso yo que debería ser?

Silencio la pantalla otra vez y me alejo. No insistiré demasiado en quién es Anden. No puedo pensar en él como si fuera una persona real; una persona que tengo que matar.

Finalmente, al entrar los primeros rayos de amanecer en la habitación, Tess sale del dormitorio con las noticias de que Day está despierto y alerta.

—Está en buena forma —le dice a Kaeden—. Ahora está sentado, y debería ser capaz de caminar en unas horas. —Entonces me ve y su sonrisa desaparece—. Um. Puedes verlo siquieres.

Kaeden entrecierra un ojo, y se encoge de hombros, luego vuelve a dormirse. Le doy a Tess la sonrisa más amable que puedo lograr, luego tomo una respiración profunda y me dirijo a la habitación.

Day está apoyado con almohadas y cubierto hasta su pecho con una gruesa manta. Debe estar cansado, pero aún así guíña cuando me ve entrar, un gesto que hace a mi corazón saltar. Su cabello se extiende alrededor de él en un brillante círculo. Algunos sujetos papeles doblados yacen en su regazo (tomados de las cajas de suministros en la esquina; supongo que sí se levantó). Aparentemente está en medio de hacer algo con ellos. Dejo escapar un suspiro de alivio cuando puedo ver que no tiene dolor.

—Hola —le digo—. Me alegra ver que estás vivo.



—Me alegra ver que estoy vivo también —responde él. Sus ojos me siguen al sentarme junto a él en la cama—. ¿Me perdí algo mientras estaba fuera?

—Sí. Te perdiste escuchar a Kaeden roncar en el sofá. Para alguien que siempre está evadiendo la ley, la chica seguro es ruidosa al dormir.

Day se ríe un poco. Me maravillo ante su gran espíritu, algo que no he visto mucho las últimas semanas. Mi mirada vaga a donde la manta cubre la pierna sanando.

—¿Cómo está?

Day mueve a un lado la manta. Debajo, hay placas de suave metal (hierro y titanio) donde su herida había estado. El médico también reemplazó su rodilla mala con una artificial, y ahora un buen tercio de su pierna es metálica. Me recuerda a uno de esos soldados que vienen de un frente de guerra, con sus manos sintéticas y brazos y piernas, metal donde solía haber piel. El médico debe estar familiarizado con heridas de guerra. Sin duda las conexiones en la oficina de Razor ayudan a obtener algo tan caro como los bálsamos curativos que debió usar en Day. Extiendo mi palma abierta, y él pone la suya en la mía.

—¿Cómo se siente?

Day sacude su cabeza incrédulo.

—No siento nada. Completamente ligero y sin dolor. —Una traviesa sonrisa cruza su rostro—. Ahora podrás ver realmente cómo puedo correr un edificio, cariño. Ni siquiera una rodilla herida para retenerme, ¿bien? Qué buen regalo de cumpleaños.

—¿Cumpleaños? No sabía. Feliz cumpleaños atrasado —digo con una sonrisa. Mis ojos van a los sujetapapeles esparcidos a lo largo de su regazo—. ¿Qué estás haciendo?

—Oh. —Day recoge una de las cosas que está haciendo, algo que parece un círculo de metal—. Sólo pasando el tiempo. —Sostiene el círculo hacia la luz, y luego toma mi mano. Lo presiona en mi palma—. Un regalo para ti.

Lo estudio más de cerca. Está hecho de cuatro sujetapapeles desdoblados cuidadosamente entrelazados alrededor de otro en una espiral, y juntos de extremo a extremo para así formar un pequeño anillo. Simple y pulcro. Artístico, incluso. Puedo ver amor y cuidado en los giros del metal, las pequeños dobleces donde los dedos de Day trabajaron en el alambre una y otra vez hasta formar las curvas correctas. Él lo hizo para mí. Lo empujo en mi dedo y lo deslizo sin esfuerzo. Hermoso. Estoy avergonzada,





halagada hasta el silencio. No puedo recordar la última vez que alguien en realidad hizo algo para mí por su cuenta.

Day parece decepcionado por mi reacción, pero lo esconde detrás de una risa despreocupada.

—Sé que ustedes, la gente rica, tienen sus extravagantes tradiciones, pero en los sectores pobres, los compromisos y gestos de afecto normalmente van así.

—Compromisos? Mi corazón aletea en mi pecho. No puedo evitar sonreír.

—Con anillos de sujetapapeles?

Oh, no. Lo hice como una pregunta de honesta curiosidad, pero no me di cuenta que soné sarcástica hasta que mis palabras habían salido de mi boca.

Day se sonroja un poco; inmediatamente estoy enojada conmigo misma por arruinarlo de nuevo.

—Con algo hecho a mano —me corrige después de un latido. Él está mirando abajo, claramente avergonzado, y me siento horrible por haberlo desencadenado—. Lo siento, luce estúpido —dice en voz baja—. Me gustaría poder hacer algo más bonito para ti.

—No, no —le interrumpí, tratando de arreglar lo que acabo de decir—. Realmente me gusta. —Paso mis dedos por el pequeño anillo, manteniendo los ojos fijos en este para no tener que mirar a los ojos de Day. *¿Asume que no creo que sea lo suficientemente bueno? Di algo, June. Cualquier cosa.* Mis detalles surgen burbujeando—. Sin chapado, cableado de acero galvanizado. Este es un buen material, sabes. Más resistente que los de aleación, aún flexible, y no se oxida. Es...

Me detengo cuando veo la mirada devastada de Day.

—Me gusta —repito. *Respuesta idiota, June. Por qué no le das un puñetazo en la cara mientras estás en ello.* Me vuelvo aún más nerviosa cuando recuerdo que en realidad lo he golpeado en la cara antes. Romántico.

—De nada —dice, metiendo un par de sujetapapeles sin doblar en sus bolsillos.

Hay una larga pausa. No estoy segura de qué quería que respondiera, pero probablemente no era una lista de las propiedades físicas de un sujetapapeles. De repente insegura de mí misma, me acerco y descanso mi cabeza en el pecho de Day. Él toma una respiración rápida, como si lo hubiera tomado por sorpresa, y luego él coloca



su brazo suavemente alrededor de mí. Así, eso está mejor. Cierro mis ojos. Una de sus manos cepilla mi cabello, enviando escalofríos por mis brazos, y me permite disfrutar de un pequeño momento de fantasía: me lo imagino pasando un dedo a lo largo de mi mandíbula, acercando su rostro hacia el mío.

Day se inclina sobre mi oído.

—¿Cómo te sientes sobre el plan? —susurra.

Me encojo de hombros, empujando mi decepción lejos. Estúpido de mí por fantasear acerca de besar a Day en un momento como este.

—¿Alguien te ha dicho lo que se supone tienes que hacer?

—No. Pero estoy seguro de que va a haber algún tipo de difusión nacional para decirle al país que todavía estoy vivo. Se supone que debo crear problemas, ¿verdad? ¿Llevar a las personas a un frenesí? —Day se ríe secamente, pero su rostro no se ve divertido—. Lo que sea que me lleve a Eden, supongo.

—Supongo —digo.

El me endereza entonces, para que lo enfrente.

—No sé si nos dejarán comunicarnos entre nosotros —dice. Su voz baja tanto que apenas puedo oírlo—. El plan suena bien, pero si algo sale mal...

—Van a mantener estrecha vigilancia sobre mí, estoy segura —lo interrumpo—. Razor es un oficial de la República. Puede encontrar una manera de sacarme si empieza a desmoronarse. En cuanto a las comunicaciones... —Me muerdo el labio, pensando—. Voy a dar con algo.

Day toca mi barbilla, acercándose hasta que su nariz roza la mía.

—Si algo sale mal, si cambias de opinión, si necesitas ayuda, envía una señal, ¿me oyes?

Sus palabras envían escalofríos por mi cuello.

—Está bien —susurro.

Day me da un sutil asentimiento, y luego se aleja e inclina hacia atrás contra las almohadas. Dejo escapar el aliento.

—¿Estás lista? —pregunta. Hay mucho más en su oración, puedo notarlo, pero no lo dice. *¿Estás lista para matar al elector?*





Le doy una sonrisa forzada.

—Tanto como puedo estarlo.

Nos quedamos así por un largo tiempo, hasta que la luz filtrándose por las ventanas es brillante y escuchamos el juramento oficial matutino resonando a través de la ciudad. Finalmente, escucho la puerta principal abrirse y cerrarse, y luego la voz de Razor. Pasos se acercan a la habitación, y Razor se asoma mientras me enderezo y me siento.

—¿Cómo está esa pierna tuya? —pregunta a Day. Su rostro está tan tranquilo como siempre, sus ojos inexpresivos detrás de sus gafas.

Day asiente.

—Bien.

—Excelente. —Razor sonríe con simpatía—. Espero que haya tenido suficiente tiempo con su chico, señorita Iparis. Nos vamos en una hora.

—Pensé que el médico quería que descansara por... —comienza a decir Day.

—Lo siento —responde Razor mientras se aleja—. Tenemos un dirigible que alcanzar. No empujes la pierna muy fuerte todavía.





DAY

Traducido por LizC (SOS) y Wicca_82

Corregido por LizC



Los Patriotas me disfrazan antes de salir. Kaede me corta el cabello para que caiga justo debajo de mis hombros, luego tiñe las hebras rubio platino a un rojo parduzco oscuro. Ella usa algún tipo de aerosol para hacerlo, algo que pueden eliminar con un limpiador especial si tienen que retirar el color. Razor me da un par de lentes de contacto de color marrón que ocultan por completo el brillante azul de mis ojos. Sólo yo puedo decir que es artificial; todavía puedo ver las diminutas, motas pequeñas de color púrpura que salpican mis iris. Estos contactos son un lujo en sí —los ricos tontos las usan para cambiar su color de ojos— por diversión. Me habrían venido muy bien en las calles si hubiera tenido acceso a ellos. Kaede añade una cicatriz sintética a mi mejilla, y luego termina mi disfraz con un uniforme de la fuerza aérea de primer año; un traje negro completo con rayas rojas a lo largo de cada pierna del pantalón.

Por último, me dota de un pequeño auricular de color carne y micrófono: el primero integrado discretamente en mi oreja, el segundo dentro de mi mejilla.

El mismo Razor se engalana con un tradicional uniforme oficial de la República. Kaede lleva un impecable atuendo de aviador: un traje negro con rayas laterales de plata envueltas alrededor de las dos mangas, guantes cóndor blancos a juego, y gafas de piloto. Ella no es una piloto de los Patriotas por nada; según Razor, puede maniobrar un split-S en el aire mejor que nadie que jamás haya visto.

Kaede no debería tener problemas para pasar por un piloto caza de la República.

Tess ya se ha ido, se la llevaron hace media hora por un soldado que Razor dice es otro Patriota. Tess es demasiado joven para pasar por un soldado de cualquier nivel, por lo que meterla en el *Dynasty RS* significa vestirla en una simple camisa de cuello y



pantalones marrones, el atuendo de los trabajadores que operan cientos de las estufas de los dirigibles.

Y luego está June.

June mira en silencio mi transformación desde el sofá. Ella no ha dicho mucho desde nuestra última conversación sobre mi cama de recuperación. Mientras que el resto de nosotros tenemos nuestros diferentes atuendos, June va sin cambios; sin maquillaje, con los ojos todavía oscuros y penetrantes, con su cabello todavía recogido en esa coleta brillante. Ella está vestida con el simple uniforme de cadete que Razor nos dio anoche. De hecho, June no se ve muy diferente de la foto en su identificación militar. Es la única de nosotros que no está equipada con un micrófono y un auricular, por razones obvias. Trato de captar su mirada un par de veces mientras Kaede trabaja en mi apariencia.



Menos de una hora más tarde, nos dirigimos hacia la avenida principal de Vegas en el jeep oficial de Razor. Pasamos varias de las primeras pirámides: el muelle de la Alejandría, el Luxor, el Cairo, la Esfinge. Todas llevan el nombre de una antigua civilización pre-República, o por lo menos eso es lo que nos enseñaron antes cuando la República en realidad me dejó estar en la escuela. Se ven diferentes durante el día, con sus luces brillantes apagadas y bordes sin luz, surgiendo como sepulcros negros gigantes en el medio del desierto. Soldados se apresuran dentro y fuera de sus entradas. Es bueno ver tanta actividad; mientras más, mejor para nosotros mezclarnos. Voy con nuestros propios uniformes de nuevo. Pulido y auténtico. No puedo acostumbrarme a él, a pesar de que June y yo técnicamente hemos estado pasando como soldados por semana. El cuello rasguña mi cuello, y las mangas se sienten demasiado rígidas. No sé cómo June soportaba llevar estas cosas todo el tiempo. ¿A ella, al menos, le gusta cómo se ve en mí? Mis hombros se ven un poco más amplios.

—Deja de tirar de tu uniforme —susurra June cuando me ve jugando con los bordes de la chaqueta militar—. Estás arruinando su alineación.

Es lo más que le he oído decir en una hora.

—Estás igual de nerviosa —le respondo.

June vacila, luego se vuelve de nuevo. Su mandíbula está apretada como si estuviera evitando soltar algo impulsivamente.

—Sólo trato de ayudar —murmura.

Después de un rato, me acerco a apretar su mano una vez. Ella aprieta en respuesta.



Finalmente, llegamos al Faraón, el muelle de aterrizaje donde el *Dynasty RS* está descansando. Razor nos introduce, y a continuación nos detiene en posición de firmes. Sólo June cae fuera de lugar, deteniéndose junto a Razor y de cara a un lado de la calle. La observo discretamente.

Un segundo más tarde, otro soldado se funde entre la multitud y asiente a Razor, luego a June, quien endereza los hombros, se une detrás del soldado, y desaparece entre la multitud de la calle. Fuerza de vista, así como así. Exhalo, abatido por su repentina ausencia.

No voy a verla de nuevo hasta que todo esto acabe. Si todo va bien. *No pienses así. Va a ir bien.*

Nos dirigimos hacia el interior con las mareas de otros soldados entrando y saliendo del Faraón. El interior es enorme; más allá de la entrada principal, el techo se extiende todo el camino hasta la cima de la pirámide y termina con la base del *Dynasty RS*, donde puedo ver pequeñas figuras que suben a través de un laberinto de rampas y pasarelas. Filas de puertas acuarteladas se alinean en cada nivel de los lados de la pirámide. Largas marquesinas de texto corren a través de cada pared con un ataque sin fin de horas de salida y llegada. Ascensores diagonales corren a lo largo de cada uno de los cuatro bordes principales de la pirámide.

Aquí, Razor nos deja atrás. Un segundo está caminando por delante, y al siguiente toma un giro brusco entre la multitud y se funde con el mar de uniformes. Kaede sigue caminando sin dudarlo, pero se desacelera lo suficiente para así quedar uno al lado del otro. Apenas puedo ver sus labios moverse, pero su voz se repite con clara nitidez desde mi auricular.

—Razor abordará el *Dynasty* con los otros oficiales, pero no podemos ir hasta allí con los soldados o nos pedirán identificación. Así que colarnos furtivamente es nuestra segunda mejor opción...

Mis ojos se alzan hasta la base del dirigible, detallando a lo largo de los rincones y grietas que recubren sus lados. Pienso en el momento en que irrumpí en un dirigible en tierra y robé las dos bolsas de comida enlatada. O la vez que me escabullí en un dirigible más pequeño en el lago de Los Ángeles por la inundación de sus motores. Para ambos casos, hubo una manera fácil de conseguir entrar sin ser detectado.

—Conductos de basura —murmuro de vuelta a través de mi propio micrófono.

Kaede me da una rápida sonrisa en aprobación.



—Hablas como un verdadero corredor.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta llegar a un terminal de ascensores en una de las esquinas de la pirámide. Aquí nos mezclamos con el pequeño grupo de conductos frente a la puerta del ascensor. Kaede enciende su micro para tener una pequeña charla conmigo, y yo soy cuidadoso de no hacer contacto visual con los demás soldados. Muchos de ellos son más jóvenes de lo que había imaginado, incluso cerca de mi edad, y varios ya tienen lesiones permanentes: piernas de metales como la mía, una oreja menos, una mano cubierta de cicatrices de quemaduras. Levanto la vista de nuevo al *Dynasty*, esta vez el tiempo suficiente para observar todas las aberturas de los conductos de basura a lo largo de un lado del casco. Si vamos a sumergirnos en este dirigible, vamos a tener que hacerlo rápido.

Pronto llega el ascensor. Tomamos el paseo nauseabundo por el lado diagonal de la pirámide, y luego esperamos en la parte superior mientras todos los demás salen. Salimos de últimos. A medida que los otros se dispersan a cada lado del pasillo superior que conduce hacia las rampas de entrada del dirigible, Kaede se vuelve hacia mí.

—Un piso más para nosotros —dice ella, señalando a un conjunto más reducido de escaleras al final del pasillo que conduce hasta el techo en el interior de la pirámide. Lo estudio en silencio. Ella tiene razón. Estas escaleras van directo hacia el techo (y probablemente conducirá hasta la azotea), y a lo largo de este techo hay laberintos de andamios metálicos entrecruzados y vigas de soporte. Desde aquí, la parte de atrás del dirigible atracado proyecta una sombra en el techo que envuelve esta parte de él en la oscuridad. Si podemos saltar desde la mitad de este último tramo de escaleras y subir a ese lío de vigas de metal, podemos hacer nuestro camino hacia el dirigible sin ser detectados en las sombras y subir por el lado oscuro del casco. Además, las salidas de aire son ruidosas así de cerca. Eso, junto con el ruido y el bullicio de la base, debería enmascarar los sonidos que hagamos.

Aquí está la esperanza que mi nueva pierna aguante. Piso en ella dos veces para probarla. No me duele, pero hay un poco de presión en mi carne donde se encuentra con el metal, como si no se ha fusionado todavía totalmente.

Sin embargo, no puedo evitar sonreír.

—Esto va a ser divertido, ¿no? —digo. Ya casi estoy de vuelta en mi elemento, al menos por un rato, allá donde estoy en mi mejor momento.

Nos dirigimos hacia las escaleras oscuras, y luego cada uno de nosotros toma el pequeño salto hacia arriba en el andamio y se sube a las vigas. Kaede va de primero. Le



cuesta un poco con el brazo vendado, pero se las arregla para conseguir una buena adherencia después de un intento fallido. Entonces es mi turno. Me giro sin esfuerzo hacia las vigas y entretejo mi cuerpo en las sombras. La pierna va bien hasta ahora. Kaede me mira con aprobación.

—Me siento muy bien —le susurro.

—Puedo ver eso.

Viajamos en silencio. Mi colgante sobresale de mi camisa un par de veces y tengo que meterlo de nuevo. A veces miro hacia abajo o hacia el dirigible; el suelo de la base de aterrizaje está lleno de cadetes de todos los rangos, y ahora que la mayor parte de la tripulación anterior del *Dynasty* ha rotado fuera de la nave, los nuevos están empezando a formar largas colas en las rampas de entrada. Veo que cada uno pasa a través de una rápida inspección, verificación de identidad, y un escáner de cuerpo. Muy por debajo de nosotros, más cadetes se acumulan cerca de las puertas del ascensor.



De pronto me detengo.

—¿Cuál es el problema? —espeta Kaede.

Levanto un dedo. Mis ojos están fijos en el suelo, congelados en una figura familiar que está cortando su camino a través de la multitud.

Thomas.

Este imbécil nos ha seguido todo el camino desde Los Ángeles. Se detiene de vez en cuando a inspeccionar lo que parecen ser soldados al azar. Con él está un perro tan blanco que destaca como un faro desde esta altura. Me froto los ojos para asegurarme de que no estoy alucinando. Sí, todavía está allí. Sigue entretelando su camino a través de la multitud, con una mano en la pistola en la cintura, la otra sosteniendo la correa en el enorme pastor blanco. Una pequeña línea de soldados le siguen. Mis miembros se tornan entumecidos durante un instante, y de repente todo lo que veo es Thomas levantando su pistola y apuntando a mi madre, Thomas golpeándome en una sala de interrogatorios en la Intendencia de Batalla. Mi visión nada en rojo.

Kaede se da cuenta de lo que sostiene mi atención y vuelve la cabeza hacia abajo a la planta baja también. Su voz me devuelve al momento.

—Él está aquí por June —susurra—. Sigue moviéndote.

Inmediatamente empiezo a gatear de nuevo, a pesar que todo mi cuerpo está temblando.



—¿June? —susurro en respuesta. Puedo sentir mi ira en aumento—. ¿Ustedes lo pusieron, de todas las personas, en el camino de June?

—Fue por una buena razón.

—¿Y cuál es esa?

Kaede suspira con impaciencia.

—Thomas no le hará daño.

Mantén la calma, mantén la calma, mantén la calma. Me obligo a seguir adelante. Sin más remedio que confiar en Kaede ahora. *Ojos hacia adelante. No dejes de moverte.* Mis manos tiemblan y lucho por estabilizarlas, por empujar hacia abajo mi odio. El pensamiento de Thomas poniendo sus manos en June es más de lo que puedo soportar. Si me concentro en eso ahora, no voy a ser capaz de concentrarme en otra cosa.



Mantén. La. Calma.

Debajo de nosotros, la patrulla de Thomas sigue abriéndose paso a través de las masas. Él se está moviendo gradualmente hacia los ascensores.

Llegamos al casco de la nave. Desde aquí, puedo ver la línea de soldados esperando para entrar a través de las rampas. Es entonces cuando escucho el primer ladrido del pastor blanco. Thomas y sus soldados están ahora reunidos en uno de los terminales de ascensores. El mismo que hemos pasado. El perro está ladrando sin cesar, con la nariz apuntando a la puerta del ascensor, meneando la cola. *Ojos hacia adelante. No dejes de moverte.*

Miro hacia abajo al nivel del suelo. Thomas ha presionado fuertemente contra lo que debe ser su auricular. Él permanece allí de pie por un minuto, como si tratara de entender algo que está escuchando. Entonces, de repente, les grita a sus hombres y empiezan a partir lejos de los ascensores. De nuevo entre la multitud de soldados.

Deben de haber encontrado a June.

Nos abrimos paso a través de las sombras del techo de la pirámide hasta que nos encaramamos lo suficientemente cerca del lado oscuro del casco de la nave. Se extiende una buena docena de metros lejos de nosotros, con sólo una escalera de metal única que corre verticalmente por un lado de la parte superior de la cubierta de la nave. Kaede reajusta su equilibrio sobre las vigas de metal, y luego se vuelve hacia mí.



—Has el primer salto —dice ella—. Eres mejor.

Hora de moverse. Kaede se desplaza lo suficiente así puedo tener un buen ángulo del dirigible. Me equilibro, me preparo, espero que mi pierna se mantenga intacta y entonces doy un salto gigante. Mi cuerpo choca contra los barrotes de la escalera con un golpe seco y aprieto mis dientes para no chillar. El dolor recorre mi pierna curada.

Espero unos segundos, dejando que la tensión desaparezca antes de empezar a escalar de nuevo. No puedo ver a la patrulla más desde esta parte trasera, pero eso significa —afortunadamente— que ellos tampoco pueden vernos a nosotros. Mejor aún, espero que se hayan ido. Detrás de mí escucho a Kaede dar su propio salto y golpear la escalera varios pies por debajo de mí.

Finalmente, llego a la apertura del conducto de basura. Me lanzo desde la escalera; mis manos agarran el lado del conducto y mis brazos me balancean justo hacia la oscuridad. Hay otra sacudida de dolor, pero la pierna aún late con renovada energía, fuerte por primera vez desde hace mucho tiempo. Me sacudo el polvo y me pongo en pie. La primera cosa que noto dentro del conducto es el aire frío. Ellos deben mantener el interior del dirigible frío para el lanzamiento.

Momentos después, Kaede se balancea dentro también. Ella hace una mueca, frotándose a lo largo de su todavía brazo herido, luego me empuja por el pecho.

—No te pares de esa forma en medio de una escalada —espeta—. Siempre mantente en movimiento. No podemos darnos el lujo de que seas impulsivo.

—Entonces no me des una razón para ser impulsivo —le espeta de vuelta—. ¿Por qué no me habías dicho que Thomas venía por June?

—Conozco tu historia con el capitán —me responde Kaede. Ella entrecierra los ojos en la oscuridad, luego hace señas para empezar a escalar el conducto—. Y Razor pensó que no te haría ningún bien preocuparte con ello por adelantado.

Estoy listo para contraatacarla en respuesta, pero Kaede me lanza una mirada de advertencia. Con esfuerzo, me las arreglo para tragarme mi ira. Me recuerdo por qué estoy aquí. Esto es por Eden. Si Razor piensa que June está más segura bajo la vigilancia de Thomas, que así sea. Pero, ¿qué van a hacer con June una vez que la tengan? ¿Qué pasa si algo va mal, y el Congreso o los tribunales hacen algo que Razor no hubiese planeado? ¿Cómo puede estar tan seguro de que todo marchará sin problemas?

Kaede y yo hacemos nuestro camino por el conducto hasta llegar a los niveles más bajos del *Dynasty*.



Nos mantenemos escondidos detrás del hueco de la escalera en una solitaria sala de máquinas hasta el despegue, cuando los pistones de vapor vuelven a la vida y sentimos la presión del ascenso del dirigible a través de nuestros pies mientras se eleva libre desde la base de lanzamiento. Escucho cables gigantes soltándose de los lados de la nave y el rugido de aplausos de la tripulación desde la base alentando otro exitoso despegue.

Después de que pasa una hora y media, cuando mi enfado finalmente tuvo tiempo de enfriarse, salimos del hueco de la escalera.

—Vamos por aquí —murmura Kaede mientras llegamos a una pequeña habitación con dos caminos: uno conduce a las máquinas y el otro nos conduce directamente a las plantas inferiores—. Algunas veces ellos hacen inspecciones sorpresas en los accesos de la plataforma de base. Puede ser que tengamos menos problemas en la sala de máquinas. —Ella hace una pausa, presiona una mano en su oreja y frunce el ceño en señal de concentración.

—¿Qué pasa?

—Parece que Razor está dentro —responde ella.

Mi pierna se resiente un poco de dolor a medida que continuamos, y me encuentro caminando con una leve cojera.

Nos dirigimos a otra escalera que conduce a las salas de máquinas, chocando con un par de soldados en el camino, hasta que llegamos a una planta marcada con un “6”, donde las escaleras terminan. Paseamos a lo largo del pasillo por un momento antes de detenernos en una puerta estrecha. Un letrero dice: SALAS DE MÁQUINAS A, B, C, D.

Un solo guardia espera en la puerta. Levanta la vista, nos ve y se pone derecho.

—¿Qué quieren ustedes dos? —murmura.

Intercambiamos saludos.

—Hemos sido enviados aquí para ver a alguien —miente Kaede—. A un personal de la sala de máquinas.

—¿Sí? ¿A quién? —Mira de reojo a Kaede en desacuerdo—. Eres un piloto, ¿no es así? Deberías estar en la cubierta superior. Están haciendo inspecciones.

Kaede está lista para protestar, pero la interrumpo y pongo cara tímida. Digo la única cosa que creo que no me va a cuestionar.





—Muy bien, de soldado a soldado —murmuro hacia el guardia, echando una mirada de reojo a Kaede—. Nosotros, eh... estábamos a la caza de un buen sitio para... tu sabes. Pensamos que la sala de máquinas serviría. —Le guiño justificándome—. He estado intentando conseguir un beso de esta chica por semanas. Con operación de rodilla incluida en el camino. —Me detengo y le hago una demostración exagerada de mi cojera para él.

El guardia de repente sonríe y deja escapar una carcajada de sorpresa como si estuviera encantado de tener un papel en algo pícaro.

—Ah, ya veo —dice, mirando con simpatía mi pierna—. Ella es una hermosura. —Me río con él, mientras Kaede entra en el juego poniendo sus ojos en blanco.

—Como dijiste —le dice Kaede al guardia mientras él abre la puerta para nosotros—, voy tarde para las inspecciones. Seremos rápidos; estaremos de vuelta en la cubierta superior en 5 minutos.

—Buena suerte, pobres diablos —nos dice mientras entramos. Intercambiamos un vago saludo con él.

—Tenía realmente una buena historia para contarle —me susurra Kaede mientras nos vamos—. Sin embargo, bien cubierto por tu parte. ¿Has pensado en eso tú solo? —Ella sonríe furtivamente y me mira de la cabeza a los pies—. Lástima que me quedé atrapada con un compañero tan feo.

Levanto las manos en actitud defensiva.

—Lástima que me quedé atrapada con una mentirosa.

Caminamos a lo largo de un pasillo cilíndrico bañado por una tenue luz roja. Incluso aquí, las pantallas planas proyectan una serie de noticias y actualizaciones del dirigible. Están mostrando una lista de adónde se dirigen todos los dirigibles activos de la República, acompañadas de sus fechas y horarios. Aparentemente doce están en el aire en este momento. Al pasar por una de las pantallas, mis ojos echan un vistazo al *Dynasty RS*.

NAVE DE LA REPÚBLICA DYNASTY / SALIDA: 0851 HORA OCEÁNICA ESTÁNDAR, 01.13 DESDE MUELLE FARAOÓN, LAS VEGAS, NV / LLEGADA: 1704 HORA FRONTERIZA ESTÁNDAR, 01.13 A MUELLE BLACKWELL, LAMAR, CO.





Lamar. Vamos de camino a una ciudad en el frente de guerra al norte. *Un paso más cerca de Eden*, me recuerdo a mí mismo. June estará bien. Esta misión acabará pronto.

La primera habitación en la que entramos es enorme; hileras e hileras de calderas gigantes y respiraderos silbantes, con decenas de trabajadores operando en cada uno. Algunos están comprobando las temperaturas, mientras otros están vertiendo algo parecido a carbón blanco dentro de hornos. Todos ellos están vestidos con los mismos atuendos que Tess tenía puesto antes de que nos dejará en Venecia. Nos apresuramos a lo largo de una de las hileras de calderas hasta que atravesamos la siguiente puerta. Una escalera más. Y entonces salimos en la cubierta inferior del *Dynasty*.

Este dirigible es enorme. Había estado en dirigibles antes, por supuesto. Cuando tenía trece años, me metí en la cubierta de vuelo del *Pacífica RS* y robé combustible de tres aviones de combate F-170, luego lo vendí en el mercado negro por un buen precio. Pero nunca antes había estado en uno de este tamaño. Kaede nos guía fuera de la puerta de la escalera y hacia una pasarela metálica que muestra una vista de todos las plantas por encima de nosotros. Los soldados están por todas partes.

Caminamos con ellos, con cuidado de controlar nuestras expresiones faciales. Aquí en la planta baja, varias formaciones de tropas realizan inspecciones. Las puertas están alineadas en el pasillo, y entre cada cuatro puertas hay una pantalla plana mostrando noticias. El retrato del nuevo Elector cuelga encima de cada pantalla. Se mueven rápido, ¿no?

La oficina de Razor es una de la media docena que hay en la misma pared de la cubierta cuatro, con un sello plateado de la República incrustado en su puerta. Kaede golpea dos veces. Cuando ella escucha la voz de Razor llamándonos para entrar, nos apresura dentro, después cierra la puerta cuidadosamente detrás de ella y se pone en posición firme. Sigo su ejemplo. Nuestras botas resuenan sobre el duro piso de madera. Algo en la habitación huele como a jazmín, y mientras me fijo en las ornamentadas y esféricas lámparas de pared, en el retrato del Elector en la pared del fondo, me doy cuenta de lo frío que está aquí.

Razor se pone de pie detrás de su escritorio con las manos en la espalda, todo sofisticado en su uniforme formal de comandante, hablando a una mujer vestida con un atuendo similar.

Tardo un segundo en darme cuenta que esa mujer es la comandante Jameson.





Kaede y yo nos quedamos congelados en el sitio. Después de la impresión de ver a Thomas, había asumido simplemente que si la comandante Jameson estaba en algún lugar de Vegas, sería en el muelle piramidal, monitorizando el progreso de sus capitanes. Nunca pensé que ella estaría en la nave. ¿Por qué estaba yendo ella al frente de guerra?

Razor asiente en nuestra dirección mientras que ambos le saludamos.

—Descansen —nos dice a nosotros, luego vuelve su atención a la comandante Jameson. A mi lado, puedo sentir la tensión de Kaede. Mis instintos callejeros se activan de inmediato. Si Kaede está ansiosa, significa que los Patriotas no habían planeado que la comandante Jameson estuviera aquí. Mis ojos se mueven hacia la cerradura de la puerta; me imagino girando sobre mis talones, echando la puerta abajo, y oscilando sobre la barandilla del balcón hacia la cubierta inferior. El diseño de la nave aparece en mi mente como un mapa tridimensional. Necesito estar preparado para salir huyendo si ella me reconoce. Tener mi ruta de escape lista.

—Me han aconsejado mantener mis ojos abiertos —le dice la comandante Jameson a Razor. Él parece completamente imperturbable; sus hombros están relajados, y muestra una sencilla sonrisa—. Y tú también deberías, DeSoto. Si notas algo extraño, ven a mí. Estaré lista.

—Por supuesto. —Razor inclina su cabeza respetuosamente hacia la comandante Jameson, aún incluso cuando las insignias de su uniforme indican que él es su superior—. Todo lo mejor para ti, y para Los Ángeles.

Intercambian un cordial saludo. Luego la comandante Jameson comienza a caminar hacia la puerta. Me esfuerzo por permanecer quieto, pero cada uno de mis músculos está gritándome que escape.

La comandante Jameson me pasa, y espero tranquilamente mientras me examina de la cabeza a los pies. Por el rabillo del ojo, puedo ver las duras líneas de su rostro y la estrecha línea escarlata de sus labios. Detrás de su expresión hay una gélida nada: una completa falta de emociones que inyecta miedo y odio en mi sangre. Después noto que su mano está vendada. Aún herida de cuando me había mantenido cautivo en la Intendencia de Batalla, cuando le había mordido hasta casi alcanzar el hueso.

Ella sabe quién soy, pienso. Una gota de sudor se escurre por mi espalda. Ella lo debe saber.





Incluso con un breve vistazo, ella puede ver a través de mi disfraz, este cabello corto oscuro y la cicatriz sintética y contactos marrones. Espero a que dé la voz de alarma. Mis botas inclinándose contra el suelo, preparadas para correr. Mi pierna curada palpita.

Pero el instante pasa, y la mirada de la comandante Jameson gira hacia otro lado mientras llega a la puerta. Doy un paso atrás del precipicio.

—Tu uniforme está arrugado, soldado —me dice con repugnancia—. Si yo fuera el comandante DeSoto, te daría una docena de vueltas como castigo.

Se aleja, camina a través de la puerta y desaparece. Kaede cierra la puerta otra vez; sus hombros se encorvan, y la escucho dejar escapar un suspiro.

—Buena esa —le dice a Razor mientras se deja caer en el sofá de la oficina. Su voz desprende sarcasmo.

Razor me invita a que me siente también.

—Tenemos que darte las gracias, Kaede —dice él—. Por el disfraz de primera clase de nuestro joven amigo. —Kaede sonríe por su cumplido—. Pido perdón por la inesperada sorpresa. La comandante Jameson se ha enterado de la detención de June. Ella quiso subir a bordo de la nave para ver si algo más pasaba. —Se sienta detrás de su escritorio—. Ella va a tomar un avión de vuelta a Vegas ahora mismo.

Me siento débil. Mientras descanso en el sofá junto a Kaede, no puedo dejar de echarle un vistazo a las ventanas en caso de que la comandante Jameson vuelva por algo. Las ventanas están hechas de vidrio esmerilado. ¿Puede alguien abajo vernos aquí arriba?

Kaede ya relajada ahora, está charlando hasta por los codos con Razor sobre nuestros próximos pasos. A qué hora aterrizamos, cuándo deberíamos reagruparnos en Lamar, si los soldados señuelo de la capital están en su sitio o no. Pero yo sólo me siento y pienso acerca de la expresión de la comandante Jameson. De todos los oficiales de la República que me he cruzado, excepto quizás por Chian, solo los ojos de la comandante Jameson pueden congelarme hasta detener mi corazón. Lucho por desvanecer los recuerdos de como ella ordenó la muerte de mi madre... y la ejecución de John. Si Thomas tiene a June bajo arresto, ¿qué le hará la comandante Jameson a ella? ¿Puede Razor mantenerla protegida realmente? Cierro mis ojos e intento mandar un pensamiento silencioso a June.

Permanece a salvo. Quiero verte de nuevo cuando todo esto haya terminado.





JUNE

Traducido por LizC (SOS), Nelshia y Carmen170796

Corregido por July



No me atrevo a mirar otra vez a Day antes de dejarlo atrás. A medida que el Patriota de Razor me aleja de la entrada principal de la pirámide Faraón, mantengo mi rostro apartado firmemente de él. *Es lo mejor*, me digo. Si la misión sale bien, sólo será una breve separación.

Las preocupaciones de Day sobre mi bienestar están golpeándome realmente ahora. El plan de Razor para mí *suena bien*, pero algo podría salir mal. ¿Qué pasaría si, en lugar de llevarme a ver al Elector, me disparan al instante que me encuentren? O podrían atarme al revés en una sala de interrogatorios y golpearme hasta dejarme sin sentido. Lo he visto suceder muchas veces. Podría estar muerta antes de que acabe el día, mucho antes de que el Elector se entere que he sido encontrada. Un millón de cosas podrían salir mal.

Por eso tengo que concentrarme, me recuerdo a mí misma. Y no puedo hacer eso si miro a los ojos de Day.

Ahora el Patriota me guía dentro de la pirámide y por una estrecha pasarela que bordea un lado de una pared. Es ruidoso y caótico aquí. Cientos de soldados se arremolinan alrededor de la planta baja.

Razor me había dicho que me iban a poner en una de las habitaciones vacías del cuartel en la primera planta, donde pretendería haberme estado escondiendo antes de tratar de colarme a bordo del *Dynasty RS*. Cuando soldados de la República derriben la puerta y vengan a mí, yo tengo que supuestamente huir de ellos. Darles todo lo que tengo.

Mis pasos se aceleran hasta coincidir con mi guía. Ahora llegamos al final del pasillo, donde una puerta asegurada (un metro y medio de ancho, tres metros de alto) se aleja de la planta principal y en los pasillos de la primera planta de los cuarteles. El guía



desliza la tarjeta a través de la puerta. Esta emite un pitido, luego parpadea verde y se abre.

—Ponte a luchar cuando vengan a por ti —me dice el Patriota con una voz que apenas escucho. Su aspecto no es diferente de cualquiera de los otros soldados aquí, con el cabello peinado hacia atrás y un uniforme negro—. Asegúrate de que ellos crean que no quieras ser atrapada. Estabas tratando de entrar cerca de Denver. ¿De acuerdo?

Asiento.

Su atención se aparta de mí. Estudia el pasillo, inclinando la cabeza para inspeccionar el techo. Una fila de cámaras de seguridad se alinean en este pasillo, ocho en total, una mirando hacia el frente de cada puerta acuartelada.

Antes de que prosigamos hasta el final en la sala, el guía saca una navaja y la utiliza para desprender uno de los botones brillantes que recubren su chaqueta. Entonces él mismo se apoya contra la puerta, presiona un pie contra cada lado del marco de la puerta, y salta.

Echo un vistazo por el pasillo. No hay otros soldados aquí en este momento, pero ¿y si de pronto uno gira en la esquina? No es ninguna sorpresa si me capturan aquí (ese es nuestro objetivo, después de todo), pero, ¿qué pasa con mi guía?

Él llega hasta la primera cámara de seguridad, a continuación, utiliza el cuchillo para raspar un poco de la capa de goma protegiendo los cables de la cámara. Cuando un poco de la goma se rompe y expone los cables por debajo, envuelve sus dedos en la longitud de su manga y presiona el botón de metal contra los cables.

Una explosión silenciosa estalla en chispas. Para mi sorpresa, cada cámara de seguridad a lo largo del pasillo parpadea y se apaga.

—¿Cómo las apagaste todas con sólo un...? —empiezo a susurrar.

El guía salta de nuevo hacia el suelo y me señala a que me dé prisa.

—Soy un Hacker —susurra en respuesta a medida que corremos—. He alterado los centros de mando aquí antes. Recableé las cosas un poco para nuestra conveniencia.

—Sonríe con orgullo, mostrando unos dientes muy blancos—. Pero esto no es nada. Sólo tienes que esperar hasta que te enteres de lo que hemos hecho a la Torre del Capitolio de Denver.

Impresionante. Si Metias se uniera a los Patriotas, sería un Hacker también. Si estuviera vivo.



Corremos por el pasillo hasta que nos detenemos en una de las puertas. Barraca 4-A. Aquí él saca una tarjeta y la desliza por el panel de acceso de la puerta. Esta hace clic y se abre un poco; en el interior, ocho filas de literas y taquillas se alzan en la oscuridad.

El Hacker se vuelve hacia mí.

—Razor quiere que esperes aquí para asegurar que los soldados correctos te capturen. Tiene una patrulla específica en mente.

Por supuesto, tiene mucho sentido. Confirma que Razor no quiere que yo sea golpeada al dejar que cualquier patrulla de la República me arreste.

—¿Quién...? —empiezo a preguntar.

Pero él golpea el borde de su gorra militar antes de que pueda terminar.

—Todos estaremos viendo tu misión desde las cámaras. Buena suerte —susurra. Luego se ha ido, corriendo por el pasillo hasta que él rodea una esquina y no puedo verlo más.

Tomó una respiración profunda. Estoy sola. Tiempo de esperar a que los soldados me arresten.

Camino rápidamente dentro de la habitación y cierro la puerta de la barraca. Está absolutamente oscuro aquí dentro, sin ventanas, ni siquiera una rendija de luz debajo de la puerta. Sin duda un lugar lo suficientemente creíble para mí estar escondida. No me molesto en moverme más en la habitación; ya sé cuál es su diseño: filas de literas y un baño comunal. Acabo recostándome contra la pared junto a la puerta. Mejor quedarme aquí.

Extiendo la mano en la oscuridad y encuentro el pomo de la puerta. Usando mis manos para medir, calculo cuán lejos está el pomo del suelo (un metro y siete centímetros). Esa es probablemente la cantidad de espacio entre el pomo de la puerta y la parte superior del marco de la puerta también. Vuelvo a pensar en cuando estábamos todavía de pie en el pasillo, imaginando la cantidad de espacio entre el borde superior del marco de la puerta y el techo. Debe haber sido un poco menos de dos metros.

Muy bien. Ahora todos mis datos están en su lugar. Me recuesto con la espalda contra la pared, cierro los ojos, y espero.

Doce minutos se arrastran.

Luego, más abajo en el pasillo fuera, escuchó el ladrido de un perro.



Mis ojos se abren de golpe. *Ollie*. Reconocería ese ladrido en cualquier lugar; mi perro sigue vivo. Vivo, por algún milagro. Alegría y confusión pasan sobre mí. ¿Qué diablos está haciendo aquí? Presiono el oído contra la puerta y escucho. Varios segundos más de silencio pasan. Entonces, oigo el ladrido de nuevo.

Mi pastor blanco está aquí.

Ahora pensamientos están corriendo por toda mi mente. La única razón por la cual *Ollie* estaría aquí es porque está con una patrulla; la patrulla que me está cazando. Y sólo hay un soldado que podría pensar en usar mi propio perro para olfatearme: Thomas. Las palabras del Hacker vuelven a mí. Razor quería que “los soldados correctos” me capturen. Tenía una patrulla específica en mente.

Por supuesto la patrulla —la persona— que Razor tenía en mente sería Thomas.

Thomas debió haber sido asignado por la comandante Jameson para localizarme. Él está usando a *Ollie* como ayuda. Pero de todas las patrullas por las que prefiero ser arrestada, la de Thomas clasifica de últimas en la lista. Mis manos comienzan a temblar. Yo no quiero ver al asesino de mi hermano otra vez.

Los ladridos de *Ollie* crecen constantemente más fuertes. Con estos llegan los primeros sonidos de pasos y voces. Oigo la voz de Thomas en el pasillo, gritando a sus soldados. Aguanto la respiración y me recuerdo a mí misma los números que había calculado.

Están justo fuera de la puerta. Sus voces han quedado en silencio, sustituido por clics (los seguros de las armas cargadas, suena como algo de la serie M, algunos rifles edición-estándar).

Lo siguiente parece suceder en cámara lenta. La puerta cruce al abrirse y la luz se derrama en el interior. Inmediatamente hago un pequeño salto y alzo una pierna; mi pie aterriza en silencio en el pomo de la puerta cuando ésta se abre hacia mí. A medida que los soldados entran en la sala con sus armas en mano, me impulso y agarro la parte superior del marco de la puerta usando el pomo como escalón. Me elevo a mí misma. Sin hacer ruido, me poso en la parte superior de la puerta abierta como un gato.

Ellos no me ven. Es probable que no puedan ver nada excepto la oscuridad aquí dentro. Los cuento en un instante. Thomas lidera el grupo con *Ollie* a su lado (para mi sorpresa, Thomas no tiene su arma en mano), y detrás de él hay un grupo de cuatro soldados. Hay más soldados fuera de la habitación, pero no puedo decir cuántos.



—Ella está aquí —dice uno de ellos, con una mano presionada en su oreja—. No ha tenido la oportunidad de abordar los dirigibles todavía. El comandante DeSoto acaba de confirmar que uno de sus hombres la vio entrar.

Thomas no dice nada. Lo veo girarse para observar el cuarto oscuro. Luego su mirada se pasea por la puerta.

Nuestras miradas se encuentran.

Saltó y lo derribo al suelo. En un momento de furia ciega, en realidad quiero romper su cuello con mis propias manos. Sería tan fácil.

Los otros soldados claman por sus armas, pero en el caos escucho a Thomas exclamar asfixiadamente una orden.

—¡No disparen! ¡No disparen! —Agarra mi brazo. Casi me las arreglo para liberarme y me abalanzó a través de los soldados y por la puerta, pero un segundo soldado me derriba. Todos están sobre mí ahora, un torbellino de uniformes incautando mis brazos y arrastrándome a mis pies. Thomas sigue gritando a sus hombres que tengan cuidado.

Razor tenía razón acerca de Thomas. Querrá mantenerme con vida para la comandante Jameson.

Por último, esposan mis manos y me empujan con tanta fuerza contra el suelo, que no me puedo mover. Oigo la voz de Thomas por encima de mi cabeza.

—Me alegro de verte de nuevo, señorita Iparis. —Su voz tiembla—. Estás bajo arresto por agredir a soldados de la República, por crear una perturbación en la Intendencia de Batalla, y por abandonar tu puesto. Tienes el derecho a permanecer callada. Cualquier cosa que digas puede y será usado en tu contra en un tribunal de justicia. —Noto que no dice nada acerca de ayudar a un criminal. Todavía tiene que fingir que la República ejecutó a Day.

Me ponen de pie y me llevan de vuelta al final del pasillo. Para el momento en que estamos en la luz del sol, más que unos pocos soldados que pasaban se detienen a mirar. Los hombres de Thomas me empujan sin contemplaciones en el asiento trasero del jeep de una patrulla esperando, encadenan mis manos a la puerta, y encierran mis brazos hacia abajo con grilletes metálicos. Thomas se sienta a mi lado y apunta con su arma a mi cabeza. Ridículo. El jeep nos introduce a través de las calles.

Los otros dos soldados que se sientan delante del jeep me miran en el espejo retrovisor. Actúan como si fuera una especie de salvaje armada; y en cierto modo,



supongo que eso es cierto. La ironía de todo esto me da ganas de reír. Day es un soldado de la República a bordo del *Dynasty RS*, y yo soy la cautiva más valiosa de la República. Hemos cambiado lugares.

Thomas trata de ignorarme mientras viajamos, pero mis ojos nunca lo dejan. Parece cansado, con sus labios pálidos y oscuros círculos bordeando sus ojos. Tiene rastros de barba en su cara, una sorpresa en sí; Thomas normalmente no se mostraría sin estar perfectamente afeitado. La comandante Jameson debe haberle dado un mal rato por dejarme escapar de la Intendencia de Batalla. Probablemente lo interrogaron.

Los minutos se alargan. Ninguno de los soldados habla. El que nos conduce, mantiene sus ojos firmemente en el camino, y todo lo que podemos oír es el zumbido del motor del jeep y los sonidos apagados de fuera en las calles. Juro que los otros también pueden escuchar el martilleo de mi corazón. Desde aquí puedo ver el jeep que maneja delante de nosotros, y por su ventana trasera puedo ver destellos ocasionales de pelaje blanco que me hace sentir increíblemente feliz. *Ollie*. Desearía que él fuera en el mismo jeep conmigo.

Finalmente, me giro hacia Thomas.

—Gracias por no lastimar a *Ollie*.

No espero que me conteste. *Los Capitanes no hablan con los prisioneros*, solía decir él. Pero para mi sorpresa, se encuentra con mi mirada. Por mí, al parecer, él está dispuesto a romper el protocolo.

—Tu perro resultó ser de utilidad.

Él es el perro de Metias. Mi ira empieza a crecer otra vez, pero la empujo hacia abajo. Es inútil rabiar por algo que no ayudará en mis planes. En sí, es interesante que mantuviera a *Ollie* con vida; pudo haberme rastreado sin él. *Ollie* no es un perro policía, no tiene ningún entrenamiento en el olfateo de objetivos. No pudo haber ayudado cuando ellos estaban tratando de rastrearme al otro lado del país; sólo es útil en un rango muy cercano. Lo que significa que Thomas lo mantuvo vivo por otras razones. ¿Debido a que se preocupa por mí? O... quizás aún se preocupa por *Metias*. Ese pensamiento me asusta. Una imagen de Thomas se desliza cuando no respondo. Luego hay otro largo silencio.

—¿A dónde me llevan?

—Estarás detenida en la Penitenciaría High Desert hasta después de tu interrogatorio, y entonces los tribunales decidirán a dónde iras.





Tiempo de poner el plan de Razor en marcha.

—Después de mi interrogatorio, puedo garantizarte que los tribunales van a mandarme a Denver.

Uno de los guardias sentados enfrente entrecierra sus ojos hacia mí, pero Thomas levanta su mano.

—Déjala hablar —dijo—. Todo lo que importa es que la entreguemos ilesa. —Entonces mira fijamente hacia mí. También se ve más flaco desde la última vez que lo vi; incluso su cabello peinado de lado, luce apagado y lacio—. Y, ¿por qué es eso?

—Tengo información que el Elector podría considerar de mucho interés.

La boca de Thomas se crispa; está desesperado por interrogarme ahora, por descubrir cualquier secreto que pudiera tener. Pero eso está fuera del protocolo, y él ya ha roto suficientes reglas al conversar ociosamente conmigo.

Parece decidir entre presionarme aún más.

—Veremos que podemos obtener de ti.

Entonces me doy cuenta que es un poco extraño que me mandaran a la penitenciaría de Vegas para empezar. Debería ser interrogada y juzgada en mi estado natal.

—¿Por qué estoy siendo retenida *aquí*? —pregunto—. ¿No debería estar de camino a Los Ángeles?

Thomas mantiene sus ojos viendo al frente ahora.

—Cuarentena —replica.

Yo frunzo el ceño.

—¿Qué, también se extendió hasta el sector Batalla?

Su respuesta manda un escalofrío por toda mi columna.

—Los Ángeles está bajo cuarentena. Toda ella.

PENITENCIARÍA HIGH DESERT.

SALA 416 (20 x 12 METROS CUADRADOS).





2224 HORAS; MISMO DÍA DE MI CAPTURA.

Me senté algunos pasos separada de Thomas. Nada más que una endeble mesa nos separa... bueno, si no cuento el número de soldados parados detrás de él montando guardia. Ellos se remueven incómodos cada vez que mis ojos descansan en ellos. Me balanceo un poco en mi silla, luchando contra el agotamiento, y tintineando las cadenas que mantienen mis brazos asegurados a través de mi espalda. Mi mente está empezando a divagar; me mantengo pensando en lo que Thomas había dicho sobre Los Ángeles y su cuarentena. *No hay tiempo que perder en eso ahora*, me digo, pero los pensamientos no desaparecerán. Trato de imaginar la Universidad Drake marcada con los señalamientos de peste, las calles del sector Ruby atestadas con patrullas antipeste. ¿Cómo es posible? ¿Cómo podía estar la ciudad entera bajo cuarentena?



Hemos estado en esta habitación por seis horas y Thomas no ha llegado a ningún lado conmigo. Mis respuestas a sus preguntas nos mantienen dando círculos, y lo he estado haciendo de una forma tan sutil que no se ha dado cuenta que he estado manipulando la conversación hasta que él ha desperdiciado otra hora. Ha estado amenazando con matar a Ollie. A lo que amenacé con llevarme cualquier información que tenía a la tumba. Trató amenazándome a mí. A lo que le recordé el factor de llevarme cualquier información a la tumba. Ha intentando incluso algunos juegos mentales; ninguno de los cuales salieron remotamente bien. Simplemente seguí preguntándole por qué Los Ángeles está bajo cuarentena. Había sido entrenada en técnicas de interrogación tanto como él, y he estado contraatacando sobre él. Aún no se ha vuelto físicamente contra mí, del modo en que lo hizo con Day. (Este es otro detalle interesante. No importa lo mucho que Thomas se preocupe por mí; si sus superiores le ordenan usar la fuerza física, él lo hará. Dado que no me ha lastimado todavía, significa que la comandante Jameson le dijo que no lo hiciera. Extraño). Aun así, puedo decir que su paciencia conmigo se está agotando.

—Dígame, señorita Iparis —dice después de que nos quedamos en silencio por un momento—. ¿Qué me costará para que me digas algo útil?

Mantengo mi rostro sin expresión.

—Ya te lo he dicho. Te voy a cambiar una respuesta por una pregunta. Tengo información para el Elector.

—No estás en posición de negociar. Y no puedes seguir así indefinidamente. —Thomas se inclina hacia atrás en su silla y frunce el ceño. Las luces fluorescentes proyectan



largas sombras bajo sus ojos. Contra las paredes blancas sin decorar de la habitación (aparte de dos banderas de la República y el retrato del Elector), Thomas destaca siniestramente con su uniforme negro y rojo de capitán. Metias solía usar un uniforme como ese—. Sé que Day está vivo, y tú sabes cómo podemos encontrarlo. Hablarás después de unos días sin comida ni agua.

—No asumas lo que haré o no haré, Thomas —replico—. En cuanto a Day, pensaría que la respuesta es obvia. Si estuviera vivo, se dirigiría a rescatar a su hermano menor. Cualquier tonto podría adivinar eso.

Thomas trata de ignorar mi golpe, pero puedo ver la irritación en su cara.

—Si está vivo, él nunca encontrará a su hermano. Esa localización es clasificada. No necesito saber adónde quiere ir Day. Necesito saber en dónde está.

—No hace ninguna diferencia. Nunca lo atraparás de todas maneras. Él no caerá en el mismo truco dos veces.

Thomas se cruza de brazos. ¿Fue realmente sólo hace unas cuantas semanas atrás que ambos nos sentamos juntos, cenando en un café de Los Ángeles? El pensamiento sobre Los Ángeles me recuerda las noticias de la cuarentena, y me imagino el café vacío, cubierto de notificaciones de cuarentena.

—Señorita Iparis —dice Thomas, colocando sus manos extendidas sobre la mesa—. Podemos continuar así por siempre, puedes simplemente seguir siendo sarcástica y negando con la cabeza hasta que colapses de agotamiento. No quiero lastimarte. Tienes la oportunidad de redimirte a la República. A pesar de todo lo que has hecho, recibí la palabra de mis superiores de que aún te consideran valiosa.

Entonces. La comandante Jameson *estaba* asegurándose de que no me lastimen durante mi interrogatorio.

—Qué amable —replico, dejando que el sarcasmo se deslice en mis palabras—. Soy más suertuda que Metias.

Thomas suspira, inclina la cabeza y se aprieta el puente de la nariz con exasperación. Se sienta de esa forma por un momento. Entonces hace señas hacia los otros soldados.

—Todos fuera —espeta.

Cuando los soldados nos dejan solos, se voltea hacia mí y se inclina hacia delante hasta poner sus brazos sobre la mesa.



—Siento que tengas que estar aquí —dice quedamente—. Espero que entiendas, señorita Iparis, que estoy ligado a mi deber de hacer esto.

—¿En dónde está la comandante Jameson? —replico—. Es tu titiritero, ¿no? Habría pensado que ella vendría a interrogarme también.

Thomas no se inmuta con mi burla.

—Está conteniendo Los Ángeles por el momento, organizando la cuarentena y reportando la situación al Congreso. Con el debido respeto, el mundo no gira alrededor de ti.

Conteniendo Los Ángeles. Las palabras me dan escalofríos.

—¿Las pestes están realmente tan mal en este momento? —decidí preguntar eso otra vez, manteniendo mis ojos fijos en el rostro de Thomas—. ¿La cuarentena de L.A es debido a la enfermedad?

Él sacude la cabeza.

—Es Clasificado.

—¿Cuándo será levantada? ¿Están todos los sectores en cuarentena?

—Deja de preguntar. Te lo dije, la ciudad entera lo está. Aún si supiera cuándo será levantada, no tendría todavía una razón para decírtelo.

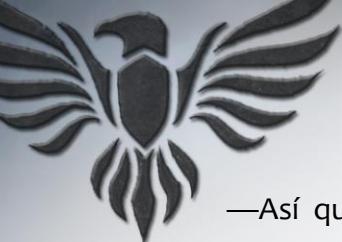
Sé al instante por su expresión lo que eso significa en realidad: *la comandante Jameson no me dijo lo que está pasando en la ciudad, así que no tengo idea.* ¿Por qué ella necesitaría mantenerlo en la oscuridad?

—¿Qué pasó en la ciudad? —presiono, esperando poder conseguir algo más de él.

—Eso no es relevante a tu interrogatorio —replica Thomas, tamborileando sus dedos impacientemente contra sus brazos—. Los Ángeles ya no es de tu incumbencia, señorita Iparis.

—Es mi ciudad natal —respondo—. Crecí ahí. Metias murió ahí. Por supuesto que me concierne.

Thomas se queda en silencio. Su mano se alza para apartar su oscuro cabello lejos de su cara, y sus ojos buscan los míos. Minutos pasan.



—Así que, de eso se trata todo esto —murmura finalmente. Me pregunto si está diciendo esto porque está demasiado cansado después de pasar seis horas en esta habitación—. Señorita Iparis, lo que le pasó a su hermano...

—Sé lo que pasó —le interrumpo. Mi voz tiembla, alzándose con ira—. Tú lo mataste. Lo vendiste al estado. —Las palabras lastiman tanto que apenas soy capaz de liberarlas.

Su expresión tiembla. Deja escapar una tos y se endereza en su silla.

—La orden vino directamente de la comandante Jameson, y la última cosa que haría es desobedecer una orden directa de ella. Deberías conocer esta regla tan bien como yo; sin embargo, debo admitir que nunca fuiste buena siguiéndolas.

—¿Qué, entonces estuviste dispuesto a entregarlo así, porque él descubrió cómo murieron nuestros padres? Él era tu *amigo*, Thomas. Creciste con él. La comandante Jameson no te habría dado ni la hora del día, no estarías sentado al otro lado de esta mesa ahora mismo, si Metias no te hubiera recomendado a su patrulla. ¿O has olvidado es? —Alzo mi voz—. ¿No pudiste arriesgar ni siquiera una fracción de tu propia seguridad para ayudarlo?

—*Era una orden directa* —repite Thomas—. La comandante Jameson no debe ser cuestionada. ¿Por qué no entiendes eso? Ella sabía que él hackeó la base de datos de las personas fallecidas, junto con un montón de registros del gobierno de seguridad alta. Tu hermano rompió la ley, varias veces. La comandante Jameson no podía tener un capitán muy respetado en su patrulla cometiendo crímenes bajo sus narices.

Entrecerré mis ojos.

—¿Y es por eso que lo mataste en un callejón oscuro, y después culpaste a Day? ¿Debido a que seguirías felizmente las órdenes de tu comandante sin pensarlo?

Thomas golpea la mesa con su mano lo suficiente fuerte para hacerme saltar.

—*Era una orden firmada por el Estado de California* —grita él—. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? No tenía otra opción. —Sigue hablando, ahora a un ritmo más acelerado, aparentemente determinado a borrar las palabras. Un extraño brillo resplandece en sus ojos, algo que no puedo precisar totalmente. ¿Qué es?—. Soy un soldado de la República. Cuando me uní al ejército hice un juramento de obedecer las órdenes de mis superiores a todo costo. Metias hizo el mismo juramento, y lo rompió.





Hay algo extraño en la manera en que se refiere a Metias, una clase de emoción escondida que me confunde.

—El *estado* está arruinado. —Respiro profundo—. Y tú eres un cobarde por dejar a Metias a su merced.

Los ojos de Thomas se estrechan como si lo hubiera apuñalado. Lo examino más de cerca, pero él nota que lo estoy analizando y aparta su rostro, girándose, escondiendo su cara en sus manos.

Pienso en mi hermano de nuevo, esta vez repasando mis recuerdos a través de sus años pasados en la compañía de Thomas. Metias había conocido a Thomas desde que eran niños, mucho antes de que yo naciera. Cada vez que su padre, el conserje de nuestro apartamento, traía a Thomas para acompañarlo durante sus turnos de trabajo, Thomas y Metias jugaban por horas sin parar. Video juegos militares. Armas de juguete. Desde que aparecí en la imagen, recuerdo las muchas conversaciones que los dos compartían en nuestra sala de estar, y cuán seguido estaban juntos. Recuerdo el puntaje de la Prueba de Thomas: 1365.

Bueno para un niño del sector pobre, pero promedio para niños del sector Ruby. Metias fue el primero en percatarse del intenso interés de Thomas en convertirse en un soldado. Él había pasado tardes completas enseñándole a Thomas todo lo que sabía. Thomas nunca habría llegado a la Universidad Highland del sector Esmerald sin la ayuda de mi hermano.

Mi respiración se vuelve superficial cuando algo encaja. Recuerdo la manera en que la mirada de Metias permanecía en Thomas durante sus sesiones de entrenamiento. Siempre había asumido que era sólo la manera en que mi hermano analizaba la postura y desempeño de Thomas para mayor exactitud. Recuerdo cuán paciente y gentil era Metias cuando le explicaba las cosas a Thomas. La manera en que su mano tocaba el hombro de Thomas. La noche cuando había comido *edame* en esa cafetería con Thomas y Metias, cuando Metias dejó de seguir a Chian. La manera en que la mano de Metias algunas veces descansaba en el brazo de Thomas por un poco más de tiempo de lo debido. La conversación que tuve con mi hermano cuando él me cuidó el día de su iniciación. Cómo se había reído. No necesito novias. Tengo una hermana pequeña que cuidar. Y era verdad. Había salido con un par de chicas en la universidad, pero nunca por más de una semana, y siempre con un cortés desinterés.

Tan obvio. ¿Cómo no había visto esto antes?





Por supuesto que Metias nunca me habló de ello. Las relaciones entre oficial y subalterno están estrictamente prohibidas. Severamente castigadas. Metias había sido quien recomendó a Thomas para la patrulla de la comandante Jameson... Él debe haberlo hecho por el bien de Thomas, aun cuando él sabía que significaba que cualquier posibilidad de una relación sería imposible.

Todo esto pasa rápidamente por mis pensamientos en cuestión de segundos.

—Metias estaba enamorado de ti —susurro.

Thomas no responde.

—¿Y bien? ¿Es verdad? Debes haberlo sabido.

Thomas todavía no responde. En cambio, mantiene su cabeza en sus manos y repite:

—Hice un juramento.

—Espera un minuto. No entiendo. —Me recuesto en mi silla y respiro profundo. Mis pensamientos ahora son un embrollo de confusión. El silencio de Thomas me dice mucho más de lo que él podría decir en voz alta.

—Metias te amaba —digo lentamente. Mis palabras están temblando—. E hizo tanto por ti. ¿Pero aun así lo entregaste? —Sacudo mi cabeza con incredulidad—. ¿Cómo pudiste?

Thomas me mira entre sus manos, un destello de confusión ilumina su cara.

—Nunca lo reporté.

Nos miramos el uno al otro por mucho tiempo. Finalmente, digo apretando los dientes:

—Dime qué pasó, entonces.

Thomas se queda mirando el vacío.

—Los administradores de seguridad encontraron rastros que dejó detrás cuando hackeó el sistema a través de un agujero —contesta—. En la base de datos de los civiles fallecidos. Los administradores me lo reportaron primero, con la condición de que yo le pasaría el mensaje a la comandante Jameson. Siempre le había advertido a Metias sobre hackear. Traicionas a la República muchas veces, y eventualmente eres atrapado. Permanece leal, permanece fiel. Pero él nunca me escuchó. Ninguno de ustedes lo hace.



—Entonces, ¿mantuviste su secreto?

Thomas deja caer su cabeza en sus manos de nuevo.

—Primero confronté a Metias sobre ello. Me lo admitió. Le prometí que no se lo diría a nadie, pero en lo profundo de mí ser, quería hacerlo. Nunca le he escondido algo a la comandante Jameson. —Se detiene aquí por un segundo—. Resulta que mi silencio no habría hecho una diferencia. Los administradores decidieron remitirle un mensaje a la comandante Jameson de todas formas. Así es como ella se enteró. Después me hizo encargarme de Metias.

Escucho en silencio impactada. *Thomas nunca había querido matar a Metias.* Trato de imaginar un escenario que pueda soportar. Tal vez incluso trató de hacer que la comandante Jameson le asignara la misión a alguien más. Pero ella se negó, y él escogió hacerlo de todas formas.

Me pregunto si Metias alguna vez actuó de acuerdo a su atracción, y si Thomas le correspondió. Conociendo a Thomas, lo dudo. ¿Él también amaba a Metias? Él *había* tratado de besarme esa noche después de la celebración de la captura de Day.

—El baile de celebración —medito, esta vez en voz alta. No necesito explicar esa noche para que Thomas sepa de qué estoy hablando—. Cuando trataste de...

Mis palabras se van apagando mientras Thomas continúa mirando el piso, su expresión oscilando entre dolor y vacío. Finalmente, pasa una mano por su cabello y murmura:

—Me arrodillé ante Metias y lo observé morir. Mi mano estaba en ese cuchillo. Él...

Espero, mareada por las palabras que está diciendo.

—Me dijo que no te lastimara —continúa Thomas—. Sus últimas palabras fueron acerca de ti. Y no lo sé. En la ejecución de Day, traté de encontrar una manera de evitar que la comandante Jameson te arrestara. Pero haces que sea muy difícil protegerte, June. Rompes tantas reglas. Como Metias. Esa noche en el baile, cuando te miré a la cara... —Su voz se quiebra—. Pensé que podía protegerte, y que la mejor manera podría ser manteniéndote cerca, tratar de ganarte. No lo sé —repite amargamente—. Incluso Metias tenía problemas cuidándote. ¿Qué oportunidad tenía yo de mantenerte a salvo?

La tarde de la ejecución de Day. ¿Thomas había estado tratando de ayudarme cuando me condujo a ver la electro-bomba en el depósito del sótano? ¿Y si la comandante Jameson



estaba preparándose para arrestarme, y Thomas trató de llegar a mí primero? ¿Para qué, ayudarme a escapar? No lo entiendo.

—Sabes, sí me preocupaba por él —dice durante mi silencio. Él simula bravuconería, alguna clase de falso profesionalismo. Aun así, escucho una nota de tristeza—. Pero también soy un soldado de la República. Hice lo que tenía que hacer.

Empujo la mesa a un lado y me lanzo hacia él, aun cuando sé que estoy encadenada a mi silla. Thomas salta hacia atrás. Lucho contra mis cadenas, caigo de rodillas, y después me estiro tratando de agarrar su pierna. Cualquier cosa. Eres un enfermo. Eres tan perverso. Quiero matarlo. Nunca he querido algo tanto en toda mi vida.

No, eso no es verdad. Quiero que Metias esté vivo de nuevo.

Los guardias afuera deben haber escuchado la conmoción porque entran, y antes de que lo sepa soy presionada contra el suelo por varios soldados, esposada con un par extra de grilletes, y liberada de mi silla.

Me ponen de pie bruscamente. Pateó furiosamente, repasando una lista en mi cabeza de cada ataque que he aprendido en la escuela, tratando frenéticamente de liberarme. Thomas está tan cerca. Él sólo está a un pie de distancia.

Thomas simplemente me mira. Sus manos cuelgan a sus costados.

—Era la forma más compasiva de que se fuera —dice. Me hace tener arcadas saber que tiene razón, y que Metias habría sido torturado seguramente hasta morir si Thomas no lo hubiera derribado en ese callejón. Pero no me importa. Estoy cegada, sofocada por mi enojo y confusión. ¿Cómo pudo hacerle eso a alguien que amaba? ¿Cómo podría intentar justificar esto? ¿Qué está *mal* con él?

Después de la muerte de Metias, en las noches cuando Thomas se sentaba solo en su casa, ¿alguna vez dejaba caer su fachada? ¿Alguna vez se deshizo del soldado y dejó que el civil llorara?

Soy arrastrada fuera de la sala y por el pasillo. Mis manos tiemblan; trato de estabilizar mi respiración, de calmar mi corazón a toda marcha, de empujar a Metias de vuelta a un rincón seguro en mi mente. Una pequeña parte de mí había esperado que estuviera equivocada sobre Thomas. Que él no hubiera sido el que asesinó a mi hermano.

Para la siguiente mañana, todo rastro de emoción ha desaparecido del rostro de Thomas. Me dice que la corte de Denver ha escuchado mi solicitud de ver al Elector y ha decidido transferirme a la Penitenciaría del Estado de Colorado.



Salgo hacia la capital.

PRODIGY
MARIE LU



Página | 88

LEGEND #2
BOOKZINGA



DAY

Traducido por Otravaga (SOS), Carmen170796 (SOS) y Wicca_82

Corregido por July



Aterrizamos en Lamar, Colorado, en una mañana fría y lluviosa, justo a tiempo. Razor se va con su escuadrón. Kaede y yo esperamos en la oscura escalera que conduce afuera desde la entrada trasera de su oficina hasta que los sonidos en el exterior se han calmado y la mayoría de la tripulación de la nave se ha ido. Esta vez no hay guardias realizando análisis de huellas dactilares o comprobaciones de identidad, así que podemos seguir al último de los soldados directamente por la rampa de salida. Nos mezclamos perfectamente con las tropas que en realidad están aquí para luchar por la República.

Cortinas de lluvia helada golpean con fuerza la base a medida que salimos del muelle de la pirámide y entramos al formidable gris de este lugar. El cielo está completamente cubierto por agitadas nubes de tormenta. Los muelles de aterrizaje están alineados a un lado de la agrietada calle de cemento, una siniestra fila de enormes pirámides negras se extiende en cualquier dirección, resbalosas y brillantes por la lluvia. El aire huele a rancio y húmedo. Jeeps repletos de soldados conducen de ida y vuelta, salpicando barro y grava a lo largo del pavimento. Los soldados aquí tienen una amplia franja negra pintada en los ojos de una oreja a la otra. Debe ser alguna clase de loco estilo de frente de guerra. El resto de la ciudad se cierne delante de nosotros: rascacielos grises que probablemente sirven como cuarteles para los soldados, algunos nuevos con paredes lisas y ventanas de cristal tintado, otros con agujeros y desmoronándose como si hubiesen sido alimentados con una dieta constante de granadas. Unos pocos son cenizas y ruinas, a algunos de ellos sólo les queda una pared, apuntando hacia arriba como un monumento roto. No hay edificios adosados aquí, ni explanadas verdes salpicadas de rebaños de ganado.

Nos apresuramos a lo largo de la calle con los rígidos cuellos de nuestras chaquetas volteados hacia arriba en un lamentable intento por protegernos de la lluvia.



—Este lugar ha sido bombardeado, ¿no? —le murmuro a Kaede. Mis dientes castañetean con cada palabra.

Kaede abre la boca con fingida sorpresa.

—Vaya. Eres un genio chiflado, ¿sabes?

—No lo entiendo. —Estudio los desmoronados edificios que salpican el horizonte—. ¿Qué pasa aquí con el aspecto de neurosis postguerra? ¿La verdadera lucha no está ocurriendo más lejos?

Kaede se inclina hacia adelante para que los demás soldados en la calle no nos oigan.

—Las Colonias han estado presionando a lo largo de esta parte de la frontera desde que yo tenía, ¿qué, diecisiete años? De todas formas, por años. Ellos probablemente han alcanzado un centenar de kilómetros desde donde la República afirma que está la línea de Colorado.

Después de tantos años de escuchar el constante bombardeo de propaganda de la República, es chocante escuchar que alguien me diga la verdad.

—¿Qué... así que estás diciendo que las Colonias están ganando la guerra, entonces? —pregunto en voz baja.

—Han estado ganando desde hace un tiempo ya. Lo escuchaste de mí en primer lugar. Dale unos cuantos años más, chico, y las Colonias estarán justo en tu patio trasero. —Suena un poco disgustada. Tal vez hay algo de resentimiento persistente que tiene en contra de las Colonias—. Has con eso lo que quieras —murmura—. Sólo estoy aquí por el dinero.

Me quedo en silencio. *Las Colonias serán los nuevos Estados Unidos.* ¿Puede realmente ser posible que después de tantos años de guerra, esto finalmente pudiera llegar a su fin? Trato de imaginar un mundo sin la República: sin el Elector, las Pruebas, las pestes. Las Colonias como el vencedor. Hombre, demasiado bueno para ser verdad. Y con el potencial asesinato del Elector, todo esto podría hacerse realidad incluso antes. Estoy tentado a presionarla más sobre ello, pero Kaede me hace callar antes de que pueda comenzar, y terminamos caminando en silencio.

Hacemos un giro a varias cuadras y seguimos una doble fila de vías del ferrocarril durante lo que se siente como varios kilómetros. Finalmente, nos detenemos al llegar a una esquina lejos de los cuarteles, oscurecida por las sombras de los edificios en ruinas junto a ésta. Soldados solitarios caminan por aquí y por allá.





—Hay una tregua en la lucha en estos momentos —murmura Kaede mientras echa un vistazo por la vía—. Ha sido por unos pocos días. Pero se retomará en breve. Vas a estar tan agradecido de andar con nosotros; ninguno de estos soldados de la República tendrá el lujo de esconderse bajo tierra cuando caigan las bombas.

—¿Bajo tierra?

Pero la atención de Kaede está fija en un soldado caminando directamente hacia nosotros a lo largo de un lado de las vías. Parpadeó para sacar el agua de mis ojos y trato de obtener una mejor vista de él. No está vestido de forma diferente a nosotros, con una empapada chaqueta de cadete con una solapa diagonal de tela que cubre parte de los botones, y una sola raya plateada a lo largo de cada hombro. Su piel oscura está resbaladiza detrás de las capas de una lluvia torrencial, y sus cortos rizos están pegados a su cabeza. Su aliento sale en nubes blancas. Cuando se acerca, puedo ver que sus ojos son de un sorprendente gris pálido.



Camina sin reconocernos y le da a Kaede el gesto más sutil: dos dedos de su mano derecha extendidos en una V.

Cruzamos las vías y continuamos por varias cuadras más. Aquí los edificios están abarrotados, muy juntos, y las calles son tan estrechas que sólo dos personas pueden caber en un callejón a la vez. Esta debe haber sido una vez un área donde vivían los civiles. Muchas de las ventanas han estallado y otras están cubiertas con jirones de tela. Veo un par de sombras de personas en su interior, iluminadas por velas parpadeantes. Quien no sea un soldado en esta ciudad debe estar haciendo lo que mi padre solía hacer: cocinar, limpiar y cuidar a las tropas. Papá también debe haber vivido así en la miseria cada vez que se dirigía hacia el frente de guerra para sus períodos de servicio.

Kaede me sacude fuera de mis pensamientos al halarme abruptamente hacia uno de los estrechos y oscuros callejones.

—Muévete rápido —susurra.

—Sabes con quien estás hablando, ¿cierto?

Me ignora, se arrodilla a lado del borde de una pared donde hay una reja de metal rayando el piso, después saca un pequeño aparato negro con su brazo bueno. Ella lo desliza rápidamente por el borde de la reja. Pasa un segundo. Después la reja se levanta del piso en dos bisagras y silenciosamente se abre, revelando un agujero negro. Está diseñado deliberadamente para estar desgastado y sucio, me doy cuenta, pero esta cosa ha sido modificada para ser una entrada secreta. Kaede se agacha y salta dentro



del agujero. La imito. Mis botas salpican en el charco de agua, y la reja sobre nosotros se cierra de nuevo.

Kaede agarra mi mano y me conduce por el túnel. Huele a algo rancio aquí, como piedra antigua, lluvia y metal oxidado. Agua helada gotea desde el techo y directo a mi cabello húmedo. Viajamos solo unos pocos pies antes de girar a la izquierda, dejando que la oscuridad nos trague.

—Solían haber miles de túneles como este en casi cada frontera de la ciudad —susurra Kaede en el silencio.

—¿Sí? ¿Para qué eran?

—Se dice que estos viejos túneles solían ser usados por americanos del este para tratar de escabullirse al oeste y escapar de las inundaciones. Incluso antes de que la guerra empezara. Así que cada uno de estos túneles pasa por debajo de las barricadas en el frente de batalla entre la República y las Colonias. —Kaede hace una señal con su mano mostrando el recorrido que apenas puedo ver en la penumbra—. Después de que la guerra empezó, ambos países empezaron a usarlos para atacar, así que la República destruyó todas las entradas dentro de sus fronteras y las Colonias lo hizo en el otro lado. Los Patriotas pudieron desenterrar y reconstruir cinco túneles en secreto. Usaremos este en Lamar —Se detiene para señalar el techo goteando—, y uno en Pierra. Una ciudad cercana.

Trato de imaginar cómo debió haber sido alguna vez, cuando no existía la República o las Colonias y un solo país cubría el medio de Norte América.

—¿Y nadie sabe que existen?

Kaede suelta un bufido.

—¿Crees que estaríamos usando estos si la República supiera de ellos? Ni siquiera lo saben las Colonias. Pero son buenos para las misiones de los Patriotas.

—¿Las Colonias los patrocinan, entonces?

Kaede sonríe un poco ante eso.

—¿Quién más nos daría suficiente dinero para mantener túneles como estos? Todavía no he conocido a nuestros patrocinadores por allí; Razor maneja esas relaciones. Pero el dinero sigue viniendo, así que deben estar satisfechos con el trabajo que estamos haciendo.





Caminamos por un momento sin hablar. Mis ojos se han ajustado lo suficiente a la oscuridad de modo que puedo ver como el óxido cubre los lados de los túneles. Riachuelos de agua bajan por las paredes de metal.

—¿Te alegra el que estén ganando la guerra? —digo después de unos minutos. Con suerte ella estará dispuesta a hablar sobre las Colonias de nuevo—. Quiero decir, ¿dado que prácticamente te echaron de su país? ¿Por qué te irías en primer lugar?

Kaede se ríe amargamente. El sonido de nuestras botas chapoteando a través del agua se hace eco en todo el túnel.

—Sí, supongo que estoy feliz —dice—. ¿Cuál es la otra alternativa? ¿Observar como la República gana? Tú dime que es mejor. Pero creciste en la República. Quién sabe qué pensabas de las Colonias. Podrías pensar que es el paraíso.

—¿Hay una razón por la que no deba hacerlo? —contesto—. Mi padre solía contarme historias sobre las Colonias. Dijo que había ciudades completamente iluminadas por electricidad.

—¿Tu papá trabajó para una resistencia o algo así?

—No estoy seguro. Nunca lo dijo en voz alta. Sin embargo, todos asumimos que debía haber estado haciendo algo a espaldas de la República. Él traía estas... baratijas relacionadas a los Estados Unidos. Cosas antiguas para que una persona normal tuviese. Él hablaba sobre sacarnos a todos de la República algún día. —Me detengo ahí, perdido por un momento en un viejo recuerdo. Mi colgante se siente pesado alrededor de mi cuello—. No creo que alguna vez sabré en que andaba realmente.

Kaede asiente.

—Bueno, crecí cerca de una de las costas en el este de las Colonias, donde rodea al Atlántico Sur. No he vuelto en años; estoy segura que el agua se ha extendido por los menos otros cuatro metros en tierra adentro. De todas formas, entré en una de las Academias de Aeronaves y me volví una de sus mejores pilotos en entrenamiento.

Si las Colonias no tienen las Pruebas, me pregunto cómo escogen a quién admitir en sus escuelas.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Maté a un chico —contesta Kaede. Lo dice como si fuera lo más natural en el mundo. En la oscuridad, se acerca a mí y mira con audacia mi rostro—. ¿Qué? Oye, no me des esa mirada... fue un accidente. Estaba celoso de que les agradara tanto a nuestros





comandantes de vuelo, así que trató de empujarme del borde de nuestro dirigible. Me lastimé uno de mis ojos durante esa pelea. Lo encontré en su vestidor después y lo noqueé. —Hace un sonido de disgusto—. Resultó que le había golpeado la cabeza muy fuerte, y nunca despertó. Mi patrocinador se retiró después de que ese pequeño incidente manchara mi reputación con las corporaciones; y no porque le maté, tampoco. ¿Quién quiere un empleado, un piloto de combate, con un ojo malo, después incluso de la cirugía? —Deja de caminar y se señala su ojo derecho—. Era mercancía dañada. Mi precio cayó empicado. De cualquier modo, la Academia me echó después de que mi patrocinador me dejara. Es una vergüenza, honestamente. Me perdí mi último año de entrenamiento por ese maldito estafador.

No entiendo algunos de los términos que Kaede usa: *corporaciones, empleados*; pero decido preguntarle por ellos en otro momento. Estoy seguro que obtendré gradualmente más información acerca de las Colonias de ella. Por ahora, todavía quiero saber más acerca de la gente para la que estoy trabajando.

—Y después, ¿te uniste a los Patriotas?

Voltea su mano en un gesto indiferente y estira sus brazos hacia delante. Estoy recordando lo alta que es Kaede, como sus hombros se alinean con los míos.

—En resumidas cuentas, Razor me paga. Algunas veces incluso llego a volar. Pero estoy aquí por el dinero, chico, y siempre que siga recibiendo mi dinero, haré lo que sea que tenga que hacer para ayudar a unir a los Estados Unidos de nuevo. Si eso significa dejar que la República colapse, bien. Si eso significa que las benditas Colonias se hagan cargo, bien. Acabar con esta guerra y que los ES sigan adelante. Conseguir que la gente viva una vida normal otra vez. Eso es lo que me importa.

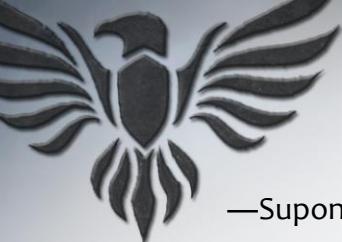
No puedo evitar sentirme un poco entretenido. Incluso a pesar de que Kaede intenta parecer indiferente, puedo decir que ella está orgullosa de ser una Patriota.

—Bien, parece que Tess te agrada lo suficiente —respondo—. Así que, supongo que debes estar bien.

Kaede se ríe de verdad.

—Tengo que admitirlo, ella es dulce. Me alegro no haberla matarlo en ese duelo Skiz. Verás, no hay un Patriota soltero a quien no le guste ella. No olvides mostrar un poco de amor a tu pequeña amiga de vez en cuando, ¿de acuerdo? Sé que te pones caliente por June, pero Tess está loca por ti. En caso de que no lo hayas notado.

Eso hace que mi sonrisa se desvanezca un poco.



—Supongo que nunca he pensado en ella de esa manera —murmuro.

—Con su pasado, ella merece algo de amor, ¿de acuerdo?

Pongo mi mano en alto y paro a Kaede.

—¿Te habló de su pasado?

Kaede me mira fijamente.

—Nunca te contó sus historias, ¿verdad? —dice, desconcertada realmente.

—Nunca pude sacárselas. Siempre lo eludía, y después de un tiempo simplemente dejé de intentarlo.

Kaede se pone seria.

—Probablemente no quiere que te sientas mal por ella —dijo finalmente—. Era la menor de cinco. Tenía nueve por aquel entonces, creo. Sus padres no podían permitirse el lujo de alimentarlos a todos, así que una noche ellos la echaron de casa cerrando la puerta y nunca la dejaron entrar de nuevo. Dijo que llamó a la puerta durante días.

No puedo decir que me sorprenda oír esto. La República es tan despreocupada cuando se trata de lidiar con huérfanos callejeros, que ninguno de nosotros tuvo una segunda oportunidad; el amor de mi familia era todo lo que tenía para aferrarme en los primeros años en la calle. Aparentemente, Tess ni siquiera tuvo eso. No me extraña que ella fuera tan pegajosa cuando la conocí por primera vez. Debo haber sido la única persona en el mundo que se preocupó por ella.

—No lo sabía —susurro.

—Bien, ya lo sabes —replica Kaede—. Quédate con ella, ustedes dos hacen una buena pareja —eso la hace reír—. Ambos son tan optimistas. Nunca he conocido a una pareja tan “rayito de sol y arco iris” de los sectores marginales.

No respondo. Está en lo cierto, obviamente, nunca me había parado a pensarlo, pero Tess y yo somos una buena pareja. Ella entiende íntimamente de dónde vengo. Puede animarme en mis días más oscuros. Es como si viniese de un perfecto hogar feliz en vez de donde me contó Kaede. Siento una calidez relajante ante mi pensamiento, dándome cuenta de repente cuánto estoy anticipando mi encuentro con Tess otra vez. Donde ella va, yo voy, y viceversa. Guisantes en una vaina.

Entonces, está June.



Incluso pensar en su nombre hace que me cueste respirar. Estoy casi avergonzando de mi reacción. ¿Somos June y yo una buena pareja? No. Es la primera palabra que surge en mi mente.

Y, sin embargo, sigue ahí.

Nuestra conversación se esfuma. Algunas veces echo un vistazo por encima de mi hombro, medio esperando ver un atisbo de luz, medio no esperándolo. Si no hay luz significa que el túnel no discurre debajo de todas las rejillas de la ciudad, visible a todo el que vaya caminando arriba. El suelo aún se siente inclinado. Estamos adentrándonos cada vez más profundo bajo tierra. Me fuerzo a mí mismo a respirar aunque las paredes se estrechan, acercándose a mí. Bendito túnel. Qué no daría por estar de vuelta al exterior.

Se tarda una eternidad, pero finalmente siento a Kaede llegar a un abrupto final. El eco de nuestras botas en el agua suena diferente ahora; pienso que hemos parado enfrente de una sólida estructura de algo. Quizás una pared.

—Esto solía ser los restos de un búnker para fugitivos —murmura—. Cerca de la parte trasera de este búnker el túnel continúa, justo sobre las Colonias. —Kaede trata de abrir la puerta con un pequeño dispositivo a un lado de esta, y cuando falla, golpea sus nudillos suavemente contra ella en una complicada serie de diez u once toques—. Rocket —llama. Esperamos, temblando.

Nada. Luego, un pequeño rectángulo oscuro en la pared se desliza abriéndose, y un par de ojos marrones amarillentos parpadea hacia nosotros.

—Hola, Kaede. El dirigible llegó justo a tiempo, ¿no? —dice la chica detrás de la pared antes de estrechar sus ojos en mí—. ¿Quién es tu amigo?

—Day —responde Kaede—. Ahora bien, es mejor que pares esta mierda y me dejes entrar. Me estoy congelando.

—Está bien, está bien. Sólo comprobaba. —Sus ojos me miran de arriba a abajo. Estoy sorprendido de que ella pueda ver algo en esta oscuridad. Finalmente, el pequeño rectángulo se abre. Escucho algunos pitidos y una segunda voz. La pared se desliza por completo para revelar un estrecho pasillo con una puerta en el otro extremo. Antes de que ninguno de nosotros haga un movimiento, tres personas dan un paso al frente desde detrás de la pared y apuntan sus armas hacia nuestras cabezas.





—Entren —nos ladra uno de ellos. Es la chica que acaba de abrir la mirilla de la pared. Hacemos lo que dice. La pared se cierra detrás de nosotros—. ¿El código de esta semana? —pregunta, masticando su chicle ruidosamente.

—Alexander Hamilton —responde Kaede impaciente.

Ahora las tres pistolas están apuntándome a mí en vez de a Kaede.

—Day, ¿eh? —dice la chica. Hace una gran pompa de chicle—. ¿Estás segura de eso?

Me toma un momento para darme cuenta que su segunda pregunta está dirigida a Kaede en vez de a mí. Kaede suspira exasperada y golpea el brazo de la chica.

—Sí, es él. Así que déjalo.

Las armas bajan. Dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba aguantando. La chica que nos dejó entrar nos señala que caminemos hacia la segunda puerta, y cuando llegamos a ella, desplaza un pequeño dispositivo similar al que Kaede había pasado por el lado de la puerta. Unos cuantos pitidos más.

—Sigan —nos dice ella. Luego levanta la barbilla hacia mí—. Cualquier movimiento repentino y te dispararé antes de que parpadees.

La segunda puerta se abre. El aire caliente se vierte sobre nosotros cuando entramos en una gran sala llena de gente alrededor de mesas y monitores colgados en la pared. Hay luces eléctricas en el techo; un ligero pero distintivo olor a moho y óxido flota en el aire. Debe haber veinte, o treinta personas aquí abajo, y aun así, la habitación es espaciosa.

Una gran proyección de una insignia decora la pared trasera de la sala, una que inmediatamente reconozco como la versión abreviada de la bandera oficial Patriota: una gran estrella plateada, con tres V de plata alineadas por debajo de ella. Inteligente proyectarla, me doy cuenta, así ellos pueden recogerla y moverla tan rápido como lo necesiten.

Algunos de los otros monitores muestran los horarios del dirigible que había visto cuando estaba a bordo del *Dynasty*. Otros muestran cámaras de seguridad; como secuencias en tiempo real de las habitaciones de los oficiales o amplias tomas de las calles de la ciudad de Lamar o vídeos de las cubiertas de los dirigibles justo en los cielos del frente de guerra. Uno incluso tiene un ciclo corto de propaganda Patriota para levantar el ánimo que me recuerda bastante a los anuncios de la República; decía: TRAER DE VUELTA LOS ESTADOS, seguido de: TIERRA DE LIBERTAD y luego: TODOS



SOMOS AMERICANOS. Incluso otros muestran vistas de la América continental llena de puntos multicolores... y dos de ellos muestran mapas del mundo.

Miro boquiabierto a este por un momento. Nunca en mi vida había visto un mapa del mundo. Ni siquiera estaba seguro de si existe alguno en la República. Pero aquí puedo ver los océanos que rodean a América del Norte, los territorios insulares hechos trozos etiquetados como AMÉRICA DEL SUR, un pequeño archipiélago llamado Islas Británicas, gigantescas masas de tierra llamadas África y Antártida, el país de China (con grupo de pequeños puntos rojos esparcidos justo en el océano alrededor del borde de esta tierra).

Este es el mundo *actual*, no el mundo que la República muestra a sus ciudadanos.

Todo el mundo en la sala me está mirando. Me alejo del mapa y espero a que Kaede diga algo. Ella sólo se encoge de hombros y me da una palmada en la espalda. Mi chaqueta mojada chapotea.

—Este es Day.

Todos esperan en silencio, aunque puedo ver reconocimiento en el brillo de sus ojos cuando escuchan mi nombre. Después alguien aúlla. Esto rompe la tensión; hay un coro de risitas y carcajadas, luego la mayoría de las personas vuelven a hacer lo que estuvieran haciendo antes.

Kaede me guía a través del desorden de mesas. Un par de personas están reunidas alrededor de algún diagrama, otro grupo está desembalando cajas; otros están relajándose, viendo repeticiones de alguna telenovela de la República. Dos Patriotas sentados enfrente de un monitor en la esquina están lanzándose desafíos mientras juegan un videojuego, corriendo con una especie de criaturas de color azul puntiagudas a través de la pantalla moviéndolas con sus manos. Incluso éstas parecen personalizadas por los Patriotas, puesto que todos los objetos del juego son azules y blancos.

Un chico se ríe disimuladamente mientras paso por su lado. Él tiene un mechón de cabello rubio teñido en puntas continuación de un falso halcón, oscura piel bronceada, y una ligera extensión del mismo en sus anchos hombros corpulentos como si estuviera permanentemente listo para abalanzarse. Le falta un trozo de carne en el lóbulo de su oreja. Me doy cuenta que es la misma persona que aulló antes.

—Entonces. Tú eres el que abandonó a Tess, ¿eh? —Hay una arrogancia en él que me molesta. Me echa un vistazo con desdén—. No sé por qué una chica como ella se





enganchó con un enclenque como tú. ¿Unas cuantas noches en las cárceles de la República te dejaron sin aire?

Doy un paso hacia él y sonrío alegremente.

—Con todo el debido respeto, no veo a la República clavando carteles de “Se Busca” con tu cara bonita en ellos.

—Cállense. —Kaede empuja entre nosotros y clava un dedo en el pecho del otro chico—. Baxter, ¿no deberías estar preparándote para la carrera de mañana por la noche?

El chico sólo gruñe y me da la espalda.

—Todavía no entiendo por qué estamos confiando en un amante de la República —refunfuña él.

Kaede me da un golpecito en el hombro y sigue caminando.

—No te preocupes por ese muchachito —me dice—. Baxter no es el mayor fan de tu chica June. Probablemente va a darte algunos problemas, así que simplemente trata de permanecer en su lado bueno, ¿sí? Vas a tener que trabajar con él. Él también es un corredor.

—¿Lo es? —digo. Yo no habría esperado que una persona tan musculosa fuese un rápido corredor; pero por otro lado, su fuerza puede ayudarlo a llegar a lugares a los que yo no puedo.

—Así es. Lo bajaste en la jerarquía de los corredores. —Kaede sonríe con suficiencia—. Y una vez echaste a perder una misión Patriota en la que él estaba. Ni siquiera te diste cuenta de ello.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué misión era esa?

—El bombardear el auto del Administrador Chian, en Los Ángeles.

Vaya... ha pasado un largo tiempo desde que me enfrenté a Chian. Ni idea de que los Patriotas habían planeado un ataque al mismo tiempo.

—Qué trágico —contesté, revisando los rostros en la sala después de la mención de Baxter sobre Tess.

—Si estás buscando a Tess, ella llegó aquí antes que nosotros. Está con los demás médicos. —Kaede señala hacia la parte posterior de la sala, donde varias puertas se



alinean en las paredes—. Probablemente en el ala médica buscando coser la herida de alguien. Es una rápida aprendiz, esa Tess.

Kaede me lleva más allá de las mesas y los demás Patriotas, luego se detiene delante del mapa del mundo.

—Apuesto a que nunca has visto nada como esto.

—Nop. —Estudio las masas continentales, todavía aturdido por la idea de que tantas sociedades estén funcionando más allá de las fronteras de la República. En la escuela primaria aprendimos que las partes del mundo no controladas por la República son sólo naciones destruidas que luchan por salir adelante. ¿Todas *estas* naciones están luchando por salir adelante? ¿O lo están haciendo bien... incluso prosperando?—. ¿Para qué necesitan mapas del mundo?

—Nuestro movimiento aquí ha generado otros similares en todo el mundo —responde Kaede, cruzando los brazos—. Dondequiera que la gente esté enojada con sus gobiernos. Es una especie de impulso moral el que lo veamos en la pared. —Cuando ve que sigo analizando el mapa con un ceño concentrado, ella pasa una mano rápida por la parte central de América del Norte—. Ahí está la República que todos conocemos y amamos. Y esas son las Colonias. —Ella apunta a una extensión de tierra más pequeña, y más destruida compartiendo la frontera oriental de la República. Estudio los círculos rojos que denotan las ciudades de las Colonias. Ciudad de Nueva York, Pittsburgh, St. Louis, Nashville. ¿Brillan como mi padre dijo?

Kaede continúa, barriendo la mano hacia el norte y hacia el sur.

—Canadá y México cada una guarda una estricta zona desmilitarizada entre ellas y entre la República y las Colonias. México tiene su propia porción de Patriotas. Y aquí está lo que queda de América del Sur. Todo esto solía ser un continente enorme también, sabes. Ahora están Brasil —apunta a una gran isla triangular al sur de la República—, Chile y Argentina.

Kaede alegremente señala cuáles son los continentes y lo que solían ser. Lo que veo como Noruega, Francia, España, Alemania y las Islas Británicas solía ser parte de un lugar más grande llamado Europa. El resto de los pueblos de Europa, dice, huyeron a África. Mongolia y Rusia no son naciones extintas, contrario a las enseñanzas de la República. Australia solía ser una sólida masa continental. Luego están las superpotencias. China es enorme, metrópolis flotantes están construidas totalmente sobre el agua y tienen cielos permanentemente negros.





—Hai Cheng —interviene Kaede—. Ciudades del Mar. —Me entero de que África no siempre fue el próspero continente tecnológicamente avanzado que es hoy, llenado poco a poco con universidades, rascacielos y refugiados internacionales. Y la Antártida, se crea o no, una vez estuvo deshabitada y totalmente cubierta de hielo. Ahora, al igual que China y África, alberga las capitales tecnológicas del mundo y atrae a una justa porción de turistas—. La República y las Colonias tienen una tecnología tan patética en comparación —agrega Kaede—. Me gustaría visitar la Antártida algún día. Se supone que es magnífica.

Me dice que los Estados Unidos solía ser una de esas superpotencias.

—Luego vino la guerra —añade Kaede—, y todos sus principales pensadores literalmente huyeron a terrenos más altos. La Antártida causó la inundación, sabes. Las cosas ya iban cuesta abajo, pero luego el sol se descompuso y todo el hielo de la Antártida se fundió. Inundaciones como tú y yo ni siquiera podríamos imaginar. Millones cayeron muertos por los cambios de temperatura. Ahora eso debe haber sido un espectáculo, ¿no? Con el tiempo el sol se reinició por sí mismo, pero el clima nunca lo hizo. Toda esa agua dulce se mezcló con agua de mar y nada ha sido igual desde entonces.

—La República nunca habla de nada de esto.

Kaede pone los ojos en blanco.

—Oh, vamos. Es la *República*. ¿Por qué lo harían? —Ella señala hacia un pequeño monitor en la esquina que parece estar transmitiendo titulares de noticias—. ¿Quieres ver cómo es la República desde la perspectiva de un extranjero? Ven, aquí.

Al prestar más atención a las noticias, me doy cuenta que la voz que escucho está en un idioma que no entiendo.

—Antártico —explica Kaede cuando miro inquisitivamente hacia ella—. Estamos metidos en uno de sus canales. Lee los subtítulos.

La pantalla muestra una vista aérea de un continente, con el texto REPÚBLICA DE AMÉRICA cerniéndose sobre la tierra. La voz de una mujer narra, y justo en la parte inferior de la pantalla está un cuadro de texto en desplazamiento con sus palabras traducidas:

“...para encontrar nuevas formas de negociar con este estado criminal fuertemente militarizado, sobre todo ahora que la transición del poder al nuevo Elector de la República está completa. El presidente africano Ntombi Okonjo propuso hoy un alto a la ayuda de las





Naciones Unidas para la República hasta que haya suficiente evidencia de un tratado de paz entre el país aislacionista y su vecino del este..."

Aislacionista. Militarizado. Criminal. Me quedo mirando las palabras. Para mí, la República había sido retratada como el epítome del poder, una máquina militar implacable e imparable. Kaede sonríe al ver la expresión en mi rostro cuando finalmente nos aleja de los monitores.

—De repente, la República no parece tan poderosa, ¿no es así? ¿Un pequeño estado reservado y enclenque, humillándose por ayuda internacional? Te lo digo, Day; todo lo que hace falta es una generación para lavarle el cerebro a una población y convencerlos de que la realidad no existe.

Caminamos hacia una mesa con dos delgadas computadoras puestas en ella. El joven cerniéndose sobre una de las computadoras es el mismo hombre que le había mostrado rápidamente una señal V a Kaede en la vía del tren, el que tiene la piel oscura y los ojos claros. Kaede le da un golpecito en el hombro. Él no reacciona de inmediato. En su lugar, teclea unas cuantas líneas más en lo que sea que está en la pantalla y luego se desliza hacia una posición sentada en la mesa. Me encuentro admirando su gracia. *De seguro es un corredor.* Se cruza de brazos y espera pacientemente que Kaede nos presente.

—Day, este es Pascao —me dice ella—. Pascao es el líder indiscutible de los corredores... ha estado ansioso por conocerte, por decirlo suavemente.

Pascao tiende una mano hacia mí, sus ojos claros fijos intensamente en los míos. Él me da una sonrisa blanca y brillante.

—Es un placer —dice en un emocionado torrente de palabras sin aliento. Sus mejillas se sonrojan cuando le devuelvo la sonrisa—. Basta con decir que todos hemos oído mucho sobre ti. Soy tu mayor admirador. Tu mayor admirador.

No creo que nunca antes alguien haya coqueteado conmigo tan descaradamente, excepto tal vez un chico que recuerdo del sector Blueridge.

—Es bueno conocer a otro corredor —contesto, estrechando su mano—. Estoy seguro de que tomaré algunos trucos nuevos de ti.

Él me da una sonrisa diabólica cuando ve cuán nervioso luzco.

—Oh, te gustará lo que viene. Créeme, no te arrepentirás de unirte a nosotros... vamos a dar paso a toda una nueva era para los Estados Unidos. La República no sabrá qué la





golpeó. —Se mete en una serie de gestos emocionados, primero abriendo los brazos ampliamente y luego pretendiendo desatar nudos en el aire—. Nuestros hackers pasaron las últimas semanas volviendo a cablear discretamente las cosas en la Torre del Capitolio de Denver. Ahora, todo lo que tenemos que hacer es retorcer un alambre en cualquiera de los altavoces del edificio... y *bam*, estamos transmitiendo a toda la República. —Da una palmada y chasquea los dedos—. *Todo el mundo te escuchará. Revolucionario, ¿cierto?*

Suena como una versión más elaborada de lo que hice en el callejón del diez segundo, cuando enfrenté por primera vez a June en un intento por conseguir la cura para la peste de Eden. Cuando había hecho un recableado crudo de los altavoces del callejón. Pero, ¿volver a cablear los altavoces de un edificio principal para transmitir a toda la República?

—Suena divertido —digo—. ¿Qué vamos a transmitir?



Pascoa parpadea hacia mí con sorpresa.

—El asesinato del Elector, por supuesto. —Sus ojos se mueven hacia Kaede, quien asiente, y luego él retira un pequeño dispositivo rectangular de su bolsillo. Lo abre—. Vamos a necesitar registrar todas las pruebas, hasta el último detalle mientras lo sacamos de su auto y metemos algunas balas en él. Los hackers estarán listos para ir a la Torre del Capitolio, donde han instalado las pantallas gigantes para transmitir el asesinato. Declararemos nuestra victoria por los altavoces a toda la República. Vamos a verlos tratar de detener eso.

El salvajismo del plan envía escalofríos por mi espina dorsal. Me recuerda la forma en que ellos habían grabado y difundido la muerte de John, *mi muerte*, a todo el país.

Pascoa se inclina hacia mí, pone su mano contra mi oído y susurra:

—Esa ni siquiera es la mejor parte, Day. —Él se aleja lo suficiente como para darme otra enorme sonrisa llena de dientes—. ¿Quieres saber cuál es la mejor parte?

Me tenso.

—¿Cuál es?

Pascoa se cruza de brazos con satisfacción.

—Razor piensa que tú deberías ser el que le dispare al Elector.



JUNE

Traducido por Nelshia, Shadowy, Lalaemk

Corregido por Clau12345

DENVER, COLORADO.

1937 HORAS.

- 4.4 °C.



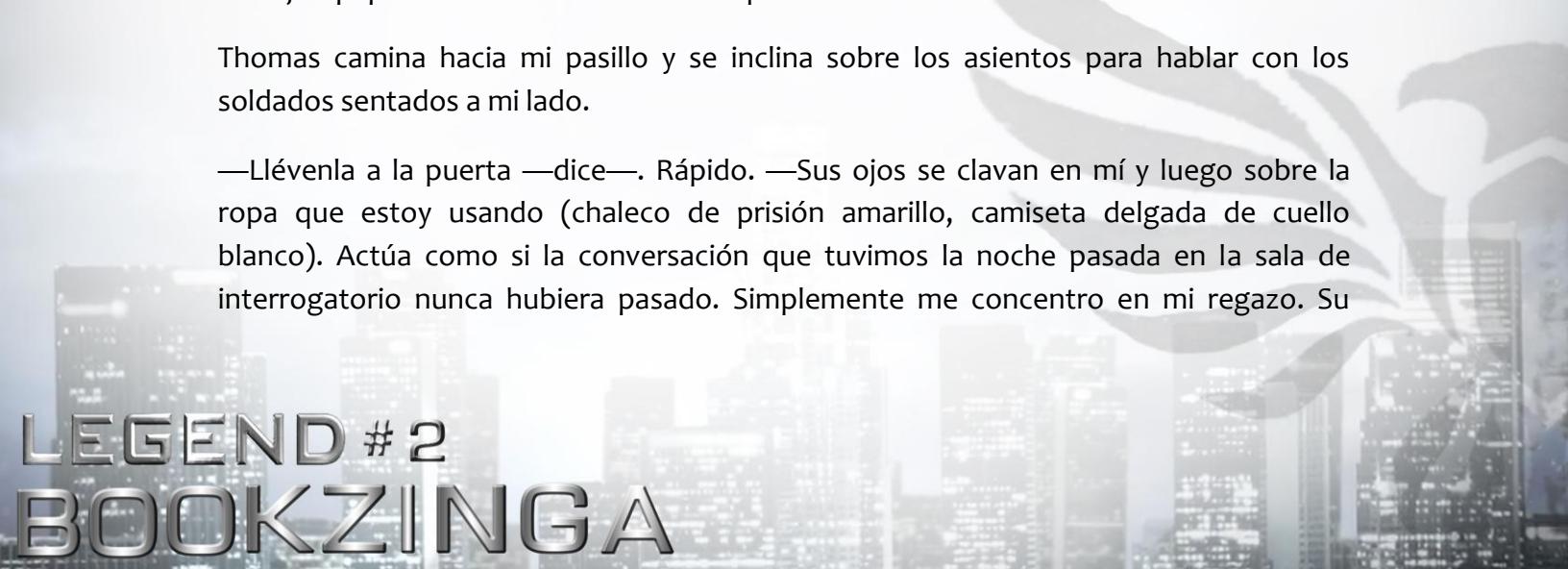
Llego a la capital en tren (estación 42 B) en medio de una tormenta de nieve, donde una multitud se ha reunido en la plataforma del tren para verme. Los vislumbro a través de mi helada ventana mientras reducimos la velocidad hasta detenernos. A pesar del frío congelante afuera, esos civiles están apretujados detrás de una malla metálica improvisada, empujándose unos a otros como si Lincoln o alguna otra estrella importante estuviera llegando. Nada menos que dos patrullas militares de la capital empuja contra ellos. Sus gritos ensordecidos me alcanzan.

—¡Retrocedan! Todo el mundo muévase detrás de las barreras. ¡Detrás de las barreras! Cualquier persona con una cámara a la vista será detenida.

Es extraño. La mayoría de los civiles aquí parecen pobres. Ayudar a Day debe haberme dado una buena reputación en los sectores marginales. Froto los finos cables del anillo de sujetapapeles en mi dedo. Un hábito que he desarrollado.

Thomas camina hacia mi pasillo y se inclina sobre los asientos para hablar con los soldados sentados a mi lado.

—Llévenla a la puerta —dice—. Rápido. —Sus ojos se clavan en mí y luego sobre la ropa que estoy usando (chaleco de prisión amarillo, camiseta delgada de cuello blanco). Actúa como si la conversación que tuvimos la noche pasada en la sala de interrogatorio nunca hubiera pasado. Simplemente me concentro en mi regazo. Su





rostro me hizo sentirme enferma del estómago—. Ella tendrá frío allá afuera —le dijo a sus hombres—. Asegúrense de que tenga un abrigo.

Los soldados apuntan sus armas en mí (Modelo XM-2500, 700m de rango, ráfagas cortas, pueden disparar a través de dos láminas de cemento), después me ponen de pie. Durante el recorrido en tren, observé a estos dos soldados con tanta intensidad que sus nervios deben estar completamente disparados para este momento.

Mis manos son encadenadas juntas por grilletes con un ruido seco. Con armas como esas, un tiro y probablemente moriría por pérdida de sangre sin importar en qué lugar de mi torso me alcance la bala. Probablemente piensan que estoy planeando alguna forma de arrebatárselas un arma cuando no estén prestando atención. (Una suposición ridícula, porque con los grilletes puestos no tendría forma de disparar correctamente el rifle).



Ahora me llevan por el pasillo hacia el final de nuestro vagón, donde cuatro soldados más esperan en la puerta abierta que nos conduce a la plataforma de la estación. Una ráfaga de viento frío nos golpea y aspiro mi aliento bruscamente. He estado cerca del frente de guerra una vez, en la época en que Metias y yo habíamos estado en una única misión juntos, pero eso había sido al oeste de Texas en el verano. Nunca había puesto un pie en una ciudad cubierta de nieve como esta.

Thomas está al frente de nuestra pequeña procesión y señala a uno de los soldados para que coloque un abrigo sobre mí. Lo tomo agradecida.

La multitud (cerca de noventa o cien personas) se queda completamente en silencio cuando ven mi brillante chaleco amarillo, y mientras hago mi camino bajando las escaleras, puedo sentir su atención quemando a través de mí como si fuera una lámpara caliente. La mayoría están temblando, pálidos y delgados con las ropas tan raídas que es imposible mantenerse caliente con este tiempo, usando zapatos desgastados con hoyos. No puedo entenderlo. A pesar del frío, están aquí afuera para verme *bajar del tren*; y quién sabe por cuánto tiempo han estado esperando. De pronto me siento culpable por aceptar el abrigo.

Logramos llegar al final de la plataforma y cerca de la entrada de la estación, cuando escucho a uno de los espectadores gritando. Giro antes de que los soldados puedan detenerme.

—¿Está Day con vida? —grita un chico. Probablemente es mayor que yo, apenas dejando su adolescencia, pero tan flaco y bajo que podría pasar por uno de mi edad si alguien no prestara atención a su rostro.



Levanto mi cara y sonrío. Entonces un guardia lo golpea en la cara con la culata de su rifle, y mis propios soldados me agarran de los brazos y me fuerzan a girarme. La multitud rompe en un alboroto, instantáneamente gritos llenan el aire. En medio de todo, oigo algunos gritos: *¡Day vive! ¡Day vive!*

—Sigan moviéndose —gruñe Thomas. Nos empujamos a través del vestíbulo y siento el aire frío cortar abruptamente mientras la puerta se cierra tras nosotros.

No dije nada, pero mi sonrisa fue suficiente. Sí. *Day* está vivo. Estoy segura de que los Patriotas apreciarán mi esfuerzo en este rumor para ellos.

Nos dirigimos a través de la estación y a un trío de jeeps que están a la espera. Al salir de la estación y dirigirnos a una autopista empinada, no puedo evitar quedar boquiabierta ante la ciudad que se extiende más allá de mi ventana. Usualmente necesitas una buena razón para venir a Denver. Nadie excepto nativos civiles pueden hacerlo sin un permiso especial. El hecho de que esté aquí obteniendo un vistazo del interior de la ciudad es inusual.

Todo está sofocado bajo una manta blanca: pero incluso a través de la nieve se puede ver el débil perfil de la vasta y oscura pared que atrapa a Denver como un dique gigante contra una inundación. La Armadura. Leí sobre ella en la escuela primaria, por supuesto, pero verlo con mis propios ojos es algo diferente. Los rascacielos aquí son tan altos que desaparecen dentro la niebla de nubes cargadas de nieve, cada nivel de terraza está cubierto con gruesas capas de nieve, cada lado asegurado con gigantes vigas de soporte metálicos. Entre los edificios, puedo entrever un vistazo de la Torre del Capitolio. De vez en cuando veo puntos brillantes barriendo el aire y helicópteros dando vueltas a los rascacielos. En un punto, cuatro aviones de combate pasan por encima de nosotros. Me detengo a admirarlos por un momento (son Reapers X-92, dirigibles experimentales que aún no están en producción fuera de la capital; pero deben haber pasado sus pruebas de funcionamiento si los ingenieros confían en ellos como para elevarse justo sobre el centro de la ciudad de Denver). La capital es cada pedazo que la ciudad militar Vegas es, y aún más intimidante de lo que había imaginado.

La voz de Thomas me regresa a la realidad.

—Estamos llevándote a la Intendencia de Colburn —dice desde el asiento del copiloto del jeep—. Es una sala comedor en la Plaza Capital donde los senadores se reúnen a veces para banquetes. El Elector cena ahí frecuentemente.





¿Colburn? Por lo que he oído, es un lugar de reunión muy lujoso, especialmente considerando que originalmente estaba destinada a permanecer en la penitenciaría de Denver. Esto también debe ser nueva información para Thomas. No creo que alguna vez haya estado dentro de la capital, pero como buen soldado, no desperdicia tiempo viendo embobado el paisaje. Me encuentro ansiosa de ver cómo luce la Plaza Capital; si es tan grande como lo he imaginado.

—Desde ahí mi patrulla te dejará atrás, y pasarás a una de las patrullas del comandante DeSoto. —Las patrullas de Razor, agrego para mí misma—. El Elector se reunirá contigo en la Cámara Real de la Intendencia. Sugiero que te comportes apropiadamente.

—Gracias por el viaje —respondo, sonriendo fríamente al reflejo de Thomas en el espejo retrovisor—. Me aseguraré de darle mi mejor reverencia. —En realidad, empiezo a sentirme nerviosa. El Elector es alguien a quien me han enseñado a venerar desde mi nacimiento, alguien por el que nunca dudaría dar mi vida. Incluso en este momento, aún después de todo lo que sé de la República, todavía siento ese arraigado compromiso tratando de resurgir, una manta familiar en la que me quiero envolver. Extraño. No me sentí de esta manera cuando supe de la muerte del Elector, o cuando vi el primer discurso televisado de Anden. Ha estado escondido hasta ahora, cuando estoy solo a unas horas de verlo en persona.

No soy la preciada prodigo que era cuando nos conocimos. ¿Qué pensará de mí?

INTENDECIA DE COLBURN,
CÁMARA DEL COMEDOR REAL.

Hay eco aquí. Me siento sola al final de una larga mesa (tres metros y medio de madera de cerezo oscuro, patas talladas a mano, oro recortado ornamentado pintado finamente con probablemente un pincel milimétrico), con mi espalda recta contra el acolchado terciopelo rojo de la silla. Lejos en la pared opuesta, una chimenea crepita, con un enorme portarretrato del nuevo Elector colgando sobre ella, y ocho lámparas de luz dorada a cada lado de la cámara. Los soldados de la patrulla de la capital están por todos lados: cincuenta y dos cubren las paredes, hombro con hombro, y seis permanecen a cada uno de mis lados en posición de firme. Aún permanece un poco frío afuera, pero aquí está lo suficientemente caliente para que los sirvientes me vistieran con un vestido ligero y botas de fino cuero. Mi cabello ha sido lavado, secado y cepillado, y cae recto y brillante hasta la mitad de mi espalda. Ha sido adornado con



hilos de diminutas perlas cultivadas (fácilmente valen dos mil Billetes una pieza). Al principio las admiré con toques suaves, pero luego recordé a la gente pobre reunida en la estación del tren con su ropa raída, y saqué mis dedos de mi cabello, disgustada conmigo misma. Otro sirviente ha adherido polvo translúcido a mis párpados para que brillaran a la luz del fuego. Mi vestido, de un blanco cremoso acentuado por una tormenta de tonos grises, flota hacia abajo a mis pies en capas de gasa. El corsé interno me deja corta de aliento. Un vestido costoso, sin duda; ¿cincuenta mil Billetes? ¿Sesenta?

La única cosa que parece fuera de lugar en esta imagen son los pesados grilletes que unen muy tobillos y muñecas, encadenándome a la silla.

Media hora ha pasado antes de que otro soldado (usando el distintivo abrigo negro-y-rojo de la patrulla de la capital) entra en la cámara. Este sostiene la puerta abierta, en posición militar de firme, y levanta su barbilla.

—Nuestro glorioso Elector Primo está en el edificio —anuncia—. Por favor, levántense.

Trata de verse como si estuviera hablando con nadie en particular, pero soy la única sentada. Me empujo de mi silla y me levanto con un tintineo de mis cadenas.

Cinco minutos más pasan. Luego, cuando estoy empezando a preguntarme si alguien va a venir en absoluto, un hombre joven pasa tranquilamente a través la puerta y asiente a los soldados en la entrada. Los guardias saludan automáticamente. Yo no puedo saludar con estas manos encadenadas, y no puedo inclinarme o hacer una reverencia apropiada tampoco, así que, sólo permanezco de ese modo en que estoy y encaro al Elector.

Anden luce casi exactamente como lució la primera vez que lo conocí en el baile de celebración: alto, regio y sofisticado, su oscuro cabello ordenado, su abrigo de noche un hermoso gris carbón con doradas rayas piloto en las mangas y albardillas de oro en sus hombros. Sin embargo, sus ojos verdes parecen solemnes, y hay una muy pequeña inclinación en sus hombros, como si un nuevo peso si hubiera establecido ahí. Parece como si la muerte de su padre lo hubiera afectado después de todo.

—Siéntese, por favor —dice, alzando una mano blanca enguantada (guantes de vuelo cóndor) en mi dirección. Su voz es muy suave, pero aún se desplaza en el largo salón—. Espero haya estado cómoda, señorita Iparis.

Yo hago lo que él dice.



—Lo estoy. Gracias.

Una vez que el mismo Anden se ha sentado en el otro extremo de la mesa y los soldados han regresado a sus posiciones normales, él habla otra vez.

—Recibí la noticia de que ha solicitado verme en persona. Me imagino que no le importa que esté usando las ropas que le he proporcionado. —Hace una pausa por una fracción de segundo, sólo el suficiente tiempo para que una tímida sonrisa ilumine su rostro—. Pensé que quizás no quisiera tomar la cena en un uniforme de prisión.

Hay algo controlado en su tono que me crispa los nervios. *¿Cómo se atreve a vestirme como una muñeca?*, piensa una parte indignada de mí. Al mismo tiempo, estoy impresionada por su aire de autoridad, dueño de su nuevo estatus. Llegó al poder de repente, un gran asunto en sí, y lo usa tan confiadamente que mis viejos sentimientos de lealtad presionan pesadamente en mi pecho. La incertidumbre que él tuvo hace un tiempo desapareció rápidamente. Este hombre nació para mandar. *Anden parece haber desarrollado una atracción por ti*, me había dicho Razor. Así que inclino mi cabeza hacia abajo y lo miro a través de mis pestañas.

—¿Por qué me estás tratando tan bien? Creí que ahora era un enemigo para el estado.

—Estaría avergonzado de tratar al más famoso prodigo de nuestra República como un prisionero —dice mientras cuidadosamente endereza sus tenedores, cuchillos y la copa de champaña en una alineación perfecta—. No encuentras esto desagradable, ¿o sí?

—Para nada. —Miro alrededor de la cámara otra vez, memorizando la posición de las lámparas, la decoración de la pared, la localización de cada soldado, y las armas que cargan. La elaborada elegancia de este encuentro me hace darme cuenta que Anden no ha arreglado el vestido y la cena sólo por ser coqueto. *Él quiere que la noticia acerca de lo bien que me está tratando se filtre al público*, pienso. *Quiere que la gente sepa que el nuevo Elector está tomando buen cuidado de la salvadora de Day*. Mi aversión inicial flaquea; este nuevo pensamiento me intriga. Anden debe estar muy consciente de su mala reputación pública. Tal vez, está esperando el apoyo del pueblo. Si ese es el caso, está poniendo especial cuidado en hacer algo por lo que nuestro último Elector se preocupaba poco. También me hace preguntarme: si Anden está realmente buscando la aprobación pública, ¿qué piensa de Day? Ciertamente él no se ganará a la personas anunciando una cacería humana por el criminal más famoso de la República.

Dos sirvientes traen las charolas con comida (una ensalada con fresas reales, y un exquisito vientre de puerco asado con corazones de palmito), mientras otros dos colocan servilletas de tela blanca atravesando nuestros regazos y sirven champaña en





nuestras copas. Estos sirvientes son de la clase alta (caminan con la firme precisión de la élite), aunque probablemente no de la categoría que mi familia tenía.

Entonces pasa la cosa más curiosa.

La sirviente vertiendo la champaña de Anden trae la botella demasiado cerca de su copa. Ésta se vuelca, y el líquido se derrama por todo el mantel, luego la copa rueda fuera de la mesa y se rompe en el suelo.

La sirviente deja escapar un chillido y cae sobre sus manos y rodillas. Rizos rojos salen del moño atado detrás de su cabeza; unos cuantos mechones caen a través de su rostro. Noto lo delicadas y perfectas que son sus manos, definitivamente una chica de clase alta.

—Lo siento mucho, Elector —dice una y otra vez—. Lo siento mucho. Cambiaré el mantel de inmediato y le conseguiré una copa nueva.

No sé qué esperaba que Anden hiciera. ¿Qué la regañara? ¿Le diera una advertencia severa? ¿Frunciera el ceño, al menos? Pero para mi sorpresa, él empuja su silla hacia atrás, se levanta, y tiende la mano hacia ella. La chica parece haberse congelado. Sus ojos marrones se amplían, y sus labios tiemblan. En un movimiento Anden se inclina, le toma ambas manos en las suyas, y la levanta.

—Es sólo una copa de champaña —dice a la ligera—. No te cortes. —Anden ondea una mano hacia uno de los soldados cerca de la puerta—. Una escoba y recogedor, por favor. Gracias.

El soldado asiente rápidamente.

—Por supuesto, Elector.

Mientras la sirviente se aleja apresurada por una nueva copa y un conserje viene a barrer seguramente la rota, Anden toma su asiento de nuevo con toda la gracia de la realeza. Levanta un tenedor y un cuchillo con impecable etiqueta, y luego corta un pequeño trozo de carne de cerdo.

—Entonces dime, agente Iparis. ¿Por qué querías verme en persona? ¿Y qué pasó en la tarde de la ejecución de Day?

Sigo su ejemplo, levantando mi propio tenedor y cuchillo, y cortando mi carne. Las cadenas en mis muñecas son exactamente lo suficientemente largas para que yo coma, como si alguien se hubiera tomado la molestia de medirlas. Empujo la sorpresa del





incidente de la champaña fuera de mi mente y comienzo a contar la historia que Razor inventó por mí.

—Yo sí ayudé a Day a escapar de su ejecución, y los Patriotas me ayudaron. Pero después de que todo terminó, no me dejaron ir. Parecía que por fin había conseguido alejarme de ellos cuando tus guardias me arrestaron.

Anden parpadea lentamente. Me pregunta si cree algo de lo que estoy diciendo.

—¿Has estado con los Patriotas por las últimas dos semanas? —dice después de que yo he terminado de masticar un trozo de carne de cerdo. La comida es exquisita; la carne tan tierna que prácticamente se deshace en mi boca.

—Sí.

—Ya veo. —La voz de Anden se tensa con desconfianza. Limpia su boca con una servilleta de tela, luego baja sus cubiertos de plata y se inclina hacia atrás—. Entonces. ¿Day está vivo, o lo estaba cuando lo dejaste? ¿Él también está trabajando con los Patriotas?

—Cuando me fui, él lo estaba. No sé ahora.

—¿Por qué está trabajando con ellos, cuando él siempre los evitó en el pasado?

Me encojo de hombros un poco, tratando de fingir asombro.

—Necesita ayuda para encontrar a su hermano, y está en deuda con los Patriotas por arreglar su pierna. Tenía una herida de bala infectada de... todo esto.

Anden hace una pausa el tiempo suficiente para tomar un pequeño sorbo de champaña.

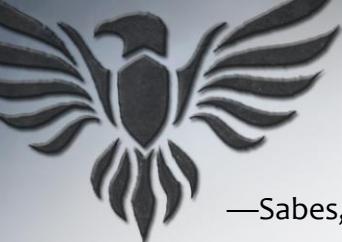
—¿Por qué lo ayudaste a escapar?

Flexiono mi muñeca para que las esposas no dejen huellas en mi piel. Mis cadenas repiquetean sonoramente unas contra otras.

—Porque él no mató a mi hermano.

—Capitán Metias Iparis. —El sonido del nombre completo de mi hermano envía una ola de angustia a través de mí. ¿Sabe él cómo murió mi hermano?—. Lo siento por tu pérdida. —Anden inclina la cabeza un poco, un gesto inesperado de respeto que hace que un nudo se levante en mi garganta.





—Sabes, recuerdo leer sobre tu hermano cuando era más joven —continúa—. Leí sobre sus calificaciones en la escuela, lo bien que se desempeñó en su Prueba, y especialmente lo bueno que era con las computadoras.

Pincho una fresa, la mastico pensativamente, luego trago.

—Nunca supe que mi hermano tenía un admirador tan estimado.

—No era un admirador de él, en sí mismo, aunque sin duda era impresionante. —Anden levanta su nueva copa de champaña y bebe—. Yo era un admirador tuyo.

Recuerda, sé obvia. Hazle pensar que estás halagada. Y atraída a él. Él es guapo, claro está, así que intento enfocarme en eso. La luz de las lámparas de pared capturan los bordes ondulados de su cabello, haciéndolo brillar; su piel aceitunada tiene un resplandor cálido y dorado; sus ojos son ricos con el color de las hojas de primavera. Gradualmente siento un rubor creciendo en mis mejillas. Bien, sigue. Tiene alguna mezcla de sangre latina, pero la siempre tan ligera inclinación de sus grandes ojos y la delicadeza de su frente revelan un toque de herencia asiática. Al igual que Day. De repente, mi atención se dispersa, y todo lo que puedo ver es a mí y a Day besándonos en ese baño en Vegas. Recuerdo su pecho desnudo, su labios contra mi cuello, su intoxicante resistencia que hace a Anden palidecer en comparación. El rubor sutil en mis mejillas se intensifica en calor brillante.

El Elector inclina la cabeza a un lado y sonríe. Respiro profundo y me calmo. Gracias a Dios aun así logré conseguir la reacción que estaba buscando.

—¿Has pensado por qué la República ha sido tan indulgente, dada tu traición al estado? —dice Anden, jugando distraídamente con su tenedor—. Cualquier otro ya habría sido ejecutado. Pero tú no. —Se endereza en su asiento—. La República ha estado observándote desde que sacaste ese perfecto mil quinientos en tu Prueba. He escuchado sobre tus calificaciones, y tu desempeño en los entrenamientos de la tarde de Drake. Varios Congresistas te nominaron para asignaciones políticas incluso antes de que terminaras tu primer año en Drake. Pero en última instancia, decidieron asignarte a las militares en cambio, debido a que tu personalidad tiene “oficial” escrito por todas partes. Eres una celebridad en los círculos internos. Tu ser declarado culpable de deslealtad sería una tremenda pérdida para la República.

¿Anden sabe la verdad de cómo mis padres y Metias fueron asesinados? ¿Que su deslealtad les costó sus vidas? ¿La República me valora tanto que está dudando ejecutarme a pesar de mi crimen reciente y los lazos familiares traidores?





—¿Cómo me viste en el campus de Drake? —digo—. No recuerdo escuchar que visitaras la universidad.

Anden corta un corazón de palmito en su plato.

—Oh, no. No lo habrías escuchado.

Lo doy un ceño interrogante.

—¿Eras... un estudiante en Drake mientras yo estaba allí?

Anden asiente.

—La administración mantuvo mi identidad en secreto. Yo tenía diecisiete años, un estudiante de segundo año, cuando viniste a Drake a los doce. Todos escuchamos mucho sobre ti, obviamente... y tus travesuras. —Sonríe ante eso, y sus ojos brillan con malicia.

El hijo del Elector había estado caminando entre el resto de nosotros en Drake, y yo ni siquiera lo sabía. Mi pecho se hincha de orgullo al pensar en el líder de la República dándose cuenta de mí en el campus. Entonces sacudo mi cabeza, culpable por gustarme la atención.

—Bueno, espero que no todo lo que escucharas fuera malo.

Anden revela un hoyuelo en su mejilla izquierda cuando se ríe. Es un sonido relajante.

—No. No todo.

Incluso yo tengo que sonreír.

—Mis calificaciones eran buenas, pero estoy bastante segura de que la secretaria de mi decano está feliz de que ya no estaré apareciendo más en su oficina.

—¿La señorita Whitaker? —Anden niega con la cabeza. Por un momento deja caer su fachada formal, ignorando la etiqueta al encorvarse en su silla y hacer un gesto circular con su tenedor—. Había sido llamado a su oficina también, lo cual era divertido porque ella no tenía idea de quién era yo. Me había metido en problemas por cambiar los pesados rifles de práctica en el gimnasio por unos de espuma.

—¿Ese fuiste tú? —exclamé. Recuerdo bien ese incidente. Primer año, clases de tiro. Los rifles de espuma habían parecido tan reales. Cuando los estudiantes se habían agachado al unísono para recoger lo que pensaban que eran armas pesadas, todos habían levantado la espuma tan fuerte que la mitad de los estudiantes se cayeron hacia





atrás por la fuerza. El recuerdo me saca una risa real—. Eso fue brillante. El entrenador de tiro estaba tan enojado.

—Todo el mundo necesita meterse en problemas al menos una vez en la universidad, ¿cierto? —Anden sonríe y tamborilea los dedos en su copa de champaña—. Sin embargo, tú siempre parecías causar la mayoría de los problemas. ¿No fuiste obligada a dejar una de tus clases?

—Sí. Historia de la República Tres-Cero-Dos. —Intento frotar mi cuello de vergüenza momentánea, pero mis grilletes me detienen—. El estudiante de último año sentado a mi lado me dijo que no sería capaz de golpear la alarma de incendios con su arma de entrenamiento.

—Ah. Puedo ver que siempre has hecho buenas elecciones.

—Era una estudiante de tercero. Todavía un poco inmadura, lo admito —respondo.

—No estoy de acuerdo. Considerando todas las cosas, yo diría que tenías muchos más que tus años. —Sonríe, y mis mejillas se vuelven rosadas de nuevo—. Tienes el porte de alguien mucho mayor de quince años. Me alegré de conocerte por fin en el baile de celebración esa noche.

¿Realmente estoy aquí sentada, comiendo la cena y recordando los buenos viejos tiempos en la Academia con el Elector Primo? Surrealista. Estoy sorprendida por lo fácil que es hablar con él, esta discusión de cosas familiares en un momento cuando tanta extrañeza rodea mi vida, una conversación donde no puedo ofender accidentalmente a nadie con una observación de pasada relacionada a la clase social.

Entonces recuerdo por qué estoy realmente aquí. La comida en mi boca se convierte en cenizas. *Todo esto es por Day.* El resentimiento me inunda, a pesar de que estoy equivocada por sentirlo. ¿Lo estoy? Me pregunto si realmente estoy lista para asesinar a alguien por su bien.

Un soldado mira a través de la entrada de la cámara. Saluda a Anden, y luego se aclara la garganta incómodamente al darse cuenta de que debe haber interrumpido al Elector en el medio de nuestra conversación. Anden le da una sonrisa simpática y le indica con una mano que entre.

—Señor, el senador Baruse Kamion quiere hablar con usted —dice el soldado.

—Dile al senador que estoy ocupado —responde Anden—. Me pondré en contacto con él después de mi cena.





—Me temo que insistió en que hable con él ahora. Es sobre los, ah... —El soldado me considera, luego se apresura a susurrar en el oído de Anden. Sin embargo, todavía atrapo algo de ello—. Los estadios. Él quiere dar... mensaje... debería terminar su cena de inmediato.

Anden levanta una ceja.

—¿Es eso lo que él dijo? Bueno. Yo decidiré cuando termina mi propia cena —dice—. Entrégale ese mensaje de vuelta al senador Kamion cuando mejor te parezca. Dile que la próxima vez que el senador me envíe un mensaje impertinente, responderá directamente a mí.

El soldado saluda vigorosamente, su pecho hinchado un poco ante la idea de entregar un mensaje como este a un senador.

—Sí, señor. De inmediato.



—¿Cuál es tu nombre, soldado? —pregunta Anden antes de que pueda irse.

—Teniente Felipe Garza, señor.

Anden sonríe.

—Gracias, Teniente Garza —dice—. Recordaré este favor.

El soldado intenta mantener una cara seria, pero puedo ver el orgullo en sus ojos y la sonrisa justo bajo la superficie. Se inclina ante Anden.

—Elector, me honra. Gracias, señor. —Luego sale.

Observo el intercambio con fascinación. Razor había tenido razón en una cosa: definitivamente hay tensión entre el Senado y su nuevo Elector. Pero Anden no es ningún tonto. Él ha estado en el poder por menos de una semana, y ya está haciendo exactamente lo que debería hacer: tratar de cimentar la lealtad de los militares a él. Me pregunto qué más está haciendo para ganar su confianza. El ejército de la República había sido ferozmente fiel a su padre; de hecho, esa lealtad fue probablemente lo que hizo al difunto Elector tan poderoso. Anden sabe esto, y está haciendo su movimiento tan pronto como es posible. Las quejas del Senado son inútiles contra un ejército que respalda a Anden sin cuestionarse.

Pero *ellos* no respaldan a Anden sin cuestionarse, me recuerdo. Está Razor, y sus hombres. Traidores en la tropa militar se están moviendo en lugar.



—Así que —Anden delicadamente corta otra rebanada de carne de cerdo—. ¿Me trajiste hasta aquí para decirme que ayudaste a escapar a un criminal?

Por un momento no hay sonido alguno excepto el tintineo del tenedor de Anden contra su plato. Las instrucciones de Razor hacen eco en mi mente; las cosas que necesito decir, el orden en que lo tengo que decir.

—No... vine aquí para decirte acerca del complot de asesinato en tu contra.

Anden baja su tenedor y sostiene dos dedos delgados en dirección a los soldados.

—Déjennos.

—Elector, señor —comienza a decir uno de ellos—. No vamos a dejarlo solo.

Anden saca un arma de su cinturón (un elegante modelo negro que nunca he visto antes) y lo coloca en la mesa junto a su plato.

—Está bien, Capitán —dice él—. Voy a estar a salvo. Ahora, por favor, todos. Retírense.

La mujer que Anden llamó Capitán le hace gestos a sus soldados, y salen en silencio de la habitación. Incluso los seis guardias junto a mí se van. Estoy a solas en esta cámara con el mismo Elector, separados por tres metros y medio de madera de cerezo.

Anden apoya ambos codos en la mesa y entrelaza sus dedos.

—¿Viniste a advertirme?

—Lo hice.

—Pero escuché que fuiste *atrapada* en Vegas. ¿Por qué no te entregaste?

—Estaba en mi camino hacia aquí, a la capital. Quería llegar a Denver antes de entregarme, para tener una mejor oportunidad de hablar contigo. Definitivamente no tenía planeado ser arrestada por una patrulla al azar en Vegas.

—¿Y cómo te alejaste de los Patriotas? —Anden me da una mirada escéptica y vacilante—. ¿Dónde están ahora? Seguramente deben estar persiguiéndote.

Hago una pausa, bajo la mirada, y aclaro mi garganta.

—Salté de un tren con destino a Vegas la noche que logré escapar.

Anden se queda en silencio por un momento, luego pone abajo su tenedor y se toca la boca. No estoy segura si cree en mi escape o no.



—¿Y cuáles eran sus planes para ti, si es que no hubieras escapado?

Mantenlo vago por ahora.

—No conozco todos los detalles acerca de lo que tenían planeado para mí —replico—. Pero sí sé que están planeando algún tipo de ataque en una de tus paradas para aumentar la moral a lo largo del frente de guerra, y ahí es donde se supone que los ayudaría. Lamar, Westwick, y Burlington fueron los lugares mencionados. Los Patriotas tienen gente en el lugar también, Anden; gente aquí en tu círculo interno.

Sé que estoy tomando un riesgo en usar su primer nombre, pero estoy tratando de mantener nuestra nueva relación en curso. Anden no parece notarlo, él sólo se inclina sobre su plato y me estudia.

—¿Cómo sabes esto? —dice—. ¿Los Patriotas saben que lo sabes? ¿Day también está involucrado en esto?

Niego con mi cabeza.

—No se suponía que me enterara. No he hablado con Day desde el día en que me fui.

—¿Se podría decir que eres amiga de él?

Una pregunta un poco extraña. ¿Tal vez quiere encontrar a Day?

—Sí —respondo, tratando de no distraerme con los recuerdos de las manos de Day entrelazadas en mi cabello—. Él tiene sus razones para quedarse, yo tengo las mías para irme. Pero sí, eso creo.

Anden asiente su agradecimiento.

—Dijiste que hay gente en mi círculo interno del que necesito saber. ¿Quién?

Bajo mi tenedor y me inclino sobre la mesa.

—Hay dos soldados en tu guardia personal que van a hacer un atentado.

Anden palidece.

—Mis guardias son cuidadosamente escogidos para mí. Muy cuidadosamente.

—¿Y quién los escoge? —Cruzo mis brazos. Mi cabello cae sobre un hombro, y puedo ver las perlas brillantes por el rabillo del ojo—. No importa si me crees o no. Investiga. O estoy en lo cierto, y no estarás muerto, o estoy equivocada, y entonces yo estaré muerta.





Para mi sorpresa, Anden sale de su silla, se endereza, y camina al final de la mesa donde yo estoy. Se sienta en la silla junto a la mía y se escabulle más cerca de mí. Parpadeo mientras estudia mi rostro.

—June. —Su voz es suave, apenas un susurro—. Quiero confiar en ti... y quiero que tú confíes en mí.

Él sabe que estoy escondiendo algo. Puede ver a través de mi engaño, y quiere que yo lo sepa. Anden se apoya contra la mesa y mete sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Cuando mi padre murió —comienza, diciendo cada palabra lentamente y en voz baja, como si estuviera introduciéndose en aguas peligrosas—, estaba completamente solo. Me senté a su lado mientras fallecía. Aun así, estoy agradecido por ello, nunca tuve esa oportunidad con mi madre. Sé cómo se siente, June, ser el único que queda.

Mi garganta se aprieta dolorosamente. *Gana su confianza.* Ese es mi rol, mi única razón de estar aquí.

—Lamento escuchar eso —susurro—. Y acerca de tu madre.

Anden inclina su cabeza, aceptando mis condolencias.

—Mi madre era la Princeps del Senado. Mi padre nunca hablaba de ella... pero me alegra que estén juntos ahora.

Había escuchado rumores acerca de la última Princeps. Cómo había muerto de alguna enfermedad autoinmune después de dar a luz. Sólo el Elector puede nombrar a un líder para el Senado, así que no ha habido uno en dos décadas, no desde que la madre de Anden murió. Trato de olvidar el confort que sentí cuando hablé con él acerca de Drake, pero es más difícil de lo que pensé. *Piensa en Day.* Me recuerdo lo emocionado que había estado por el plan de los Patriotas, y acerca de una nueva República.

—Me alegra que tus padres estén en paz —digo—. Entiendo cómo se siente perder a tus seres queridos.

Anden contempla mis palabras con dos dedos presionados contra sus labios. Su mandíbula parece tensa e incómoda. *Puede que haya tomado posesión de su cargo,* pero sigue siendo un muchacho, me doy cuenta. Su padre era una figura temible, ¿pero Anden? *No es lo suficientemente fuerte para mantener a su país unido por sí mismo.*

De repente recuerdo las primeras noches después del asesinato de Metias, cuando lloraba hasta las altas horas antes del amanecer con el rostro sin vida de mi hermano quemando en mis pensamientos. ¿Anden también tiene las mismas noches sin dormir?





¿Cómo debe sentirse perder a un padre al que no tienes permitido llorarle en público, sin importar lo malvado que fuera? ¿Anden lo *amaba*?

Espero mientras él me observa, mi cena ya olvidada. Después de lo que se siente como horas, Anden baja sus manos y suspira.

—No es un secreto que había estado enfermo durante mucho tiempo. Cuando has estado esperando que un ser amado muera... por años... —Él hace una mueca visible en este momento, permitiéndome ver un dolor desnudo—. Bueno, estoy seguro que es un sentimiento diferente cuando eso llega... inesperadamente. —Me mira fijamente mientras dice la última palabra.

No estoy segura si se está refiriendo a mis padres o a Metias, quizás a ambos, pero la forma en que lo dice deja una pequeña duda en mi mente. Quiere decir que sabe lo que le pasó a mi familia. Y que lo *desaprueba*.



—Conozco cuál es tu experiencia con la suposición. Algunas personas piensan que envenené a mi padre, para poder tomar su lugar.

Es casi como si quisiera hablarme en código. Una vez asumiste que Day asesinó a tu hermano. Que *las muertes de tus padres fueron accidentes*. Pero ahora sabes la verdad.

—Las personas de la República *asume* que soy su enemigo. Que soy el mismo hombre que era mi padre. Que no quiero que este país cambie. Piensan que soy un ser vacío, una marioneta que simplemente heredó un trono por la voluntad de mi padre. —Después de una breve vacilación, vuelve su mirada hacia mí con una intensidad que me quita el aliento—. No lo soy. Pero si permanezco solo... si soy el único que queda, entonces no puedo cambiar nada. Si permanezco solo, soy igual que mi padre.

No es de extrañar que quisiera esta cena conmigo. Algo revolucionario se agita en Anden. Y me necesita. No tiene el apoyo de la gente, y no tiene el del Senado. Necesita que alguien gane a la gente para él. Y las dos personas en la República con mayor poder en la gente... somos Day y yo.

El giro de la conversación me confunde. Anden no es —no parece ser— el hombre que describieron los Patriotas; una figura de adorno parado en el camino de una revolución gloriosa. Si lo que él quiere es *ganarse* a la gente, si Anden está diciéndome la verdad... ¿por qué los Patriotas lo querrían muerto? *Tal vez me estoy perdiendo algo. Tal vez hay algo acerca de Anden que Razor sabe y que yo no.*

—¿Puedo confiar en ti? —dice Anden. Su expresión se ha convertido en algo serio, con las cejas elevadas y sus ojos abiertos de par en par.



Levanto mi barbilla y encuentro su mirada. ¿Puedo yo confiar en él? No estoy segura, pero por ahora, susurro la respuesta segura.

—Sí.

Anden se endereza y se aleja de la mesa. No puedo descifrar si me cree.

—Mantendremos esto entre nosotros. Les diré a mis guardias acerca de tu advertencia. Espero que encontremos a tu par de traidores. —Anden me sonríe, luego inclina la cabeza y sonríe—. Si los encontramos, June, me gustaría que volviéramos a hablar. Parece que tenemos demasiado en común. —Sus palabras hacen que mis mejillas quemen.

Y eso es todo.

—Por favor, termina la cena en tu tiempo libre. Mis soldados te llevarán de vuelta a tu celda cuando estés lista.

Murmuro un silencioso gracias. Anden se voltea y se dirige fuera de la cámara mientras los soldados vuelven, el eco de sus botas rompen el silencio que había impregnado este espacio momentos antes. Bajo mi cabeza y pretendo recoger el resto de mi comida. Hay más en Anden de lo que había pensado. Sólo ahora me doy cuenta que mi aliento sale más entrecortado de lo usual, y que mi corazón está acelerado. ¿Puedo confiar en Anden? ¿O debo confiar en Razor? Me estabilizo en el borde la mesa. Cualquiera que sea la verdad, tengo que jugar esto muy cuidadosamente.

Después de la cena, en vez de ser llevada a una típica celda de cárcel, soy llevada a un limpio y lujoso apartamento, una cámara alfombrada con dos puertas gruesas y una gran cama suave. No hay ventanas. Aparte de la cama, no hay muebles en la habitación en absoluto, nada para que lo tome y convierta en un arma. La única decoración es el omnipresente retrato de Anden, incrustado en el yeso de la pared. Ubico la cámara de seguridad de inmediato, está justo por encima de las puertas dobles, una pequeña perilla sutil, en el techo. Media docena de guardias permaneces listos en el exterior.

Me quedo dormida a ratos durante la noche. Los soldados rotan en turnos. Temprano en la mañana un guardia me despierta.

—Hasta ahora, todo bien —susurra ella—. Recuerda quién es el enemigo. —Entonces sale de la cámara y un nuevo guardia la sustituye.





Me visto en silencio con un camisón de terciopelo cálido, mis sentidos ahora en estado de alerta, mis manos tiemblan ligeramente. Los grilletes en mis muñecas repiquetean suavemente. No podría haber estado segura antes, pero ahora sé que los Patriotas están observando cada uno de mis pasos. Los soldados de Razor se están acercando lentamente a su posición. Podría ser que nunca vea al guardia de nuevo, pero ahora estudio la cara de todos los soldados a mi alrededor, preguntándome quién es leal, y quién es un Patriota.





DAY

Traducido por Vettina

Corregido por Clau12345



Otra sueño.

Me levanto demasiado temprano la mañana de mi octavo cumpleaños. Luz apenas ha comenzado a filtrarse a través de nuestras ventanas, ahuyentando el azul marino y gris de una noche desapareciendo. Me siento en la cama y froto mis ojos. Un vaso medio vacío de agua se balancea cerca del borde de la vieja mesa de noche. Nuestra única planta —una hidra que Eden arrastró a casa de algún basurero— se encuentra en la esquina, vides serpenteando a través del suelo, buscando el sol. John ronca ruidosamente en su esquina. Sus pies sobresalieron debajo de una manta parchada y cuelgan del extremo del catre. Eden no está por ningún lugar; probablemente está con mamá.

Normalmente si me despierto demasiado temprano puedo quedarme acostado y pensar en algo calmante, como un ave o un lago, y eventualmente me relajo lo suficiente como para dormir un poco más. Pero no funciona hoy. Balanceo mis piernas sobre el costado de la cama y halo mis calcetines dispares sobre mis pies.

Al instante en el que entro en la sala de estar, sé que algo no está bien. Mamá yace dormida en el sofá con Eden en sus brazos, la manta colocada hasta los hombros. Pero papá no está aquí. Mis ojos se mueven alrededor de la habitación. Él acaba de volver del frente de guerra anoche, y normalmente se queda en casa por al menos tres o cuatro días. Es demasiado pronto para que se haya ido.

—¿Papá? —susurro. Mamá se remueve un poco y cae en silencio otra vez.

Entonces escucho el débil sonido de nuestra puerta de tela mosquitera contra la madera. Mis ojos se amplían. Me apresuro a la puerta y asomo mi cabeza. Una corriente de aire frío me recibe.

—¿Papá? —susurro de nuevo.



Al principio, no hay nada allí. Entonces veo su figura emerger de las sombras. Papá.

Comienzo a correr; no me importa si la tierra y el pavimento me rasguñan a través de la harapienta tela de mis calcetines. La figura en las sombras camina unos pasos más, entonces me escucha y se gira. Ahora veo el cabello castaño claro de mi padre y los estrechos ojos color miel, esa débil barba en su quijada, su alto marco, su postura elegante sin esfuerzo. Mamá siempre decía que lucía como si hubiera salido de alguna fábula mongola. Rompo en una carrera.

—Papá —digo cuando lo alcanzo en las sombras. Él se arrodilla y me recoge entre sus brazos—. ¿Te vas ya?

—Lo siento, Daniel —susurra. Suena cansado—. He sido llamado de vuelta al frente de guerra.

Mis ojos se llenan de lágrimas.



—¿Tan pronto?

—Tienes que volver a la casa ahora. No dejes que la policía callejera te vea causando una escena.

—Pero acabas de llegar aquí —trato de argumentar—. Tú... hoy es mi cumpleaños, y yo...

Mi padre pone una mano a cada lado de mis hombros. Sus ojos son dos advertencias, llenas de todo lo que desea poder decir en voz alta. *Quiero quedarme*, está tratando de decirme. *Pero tengo que irme*. Conoces la rutina. No hables de esto. En su lugar dice:

—Vuelve a casa, Daniel. Besa a tu madre por mí.

Mi voz comienza a temblar, pero me digo a mí mismo que debo ser valiente.

—¿Cuándo te veremos otra vez?

—Volveré pronto. Te amo. —Pone una mano en mi cabeza—. Mantente vigilando para cuando vuelva, ¿de acuerdo?

Asiento. Se queda conmigo por un momento, luego se levanta y se aleja. Regreso a casa.

Esa fue la última vez que lo vi.





Un día pasó. Estoy sentado solo en mi cama de Patriota asignada en una de las habitaciones con literas, estudiando el colgante alrededor de mi cuello. Mi cabello cae alrededor de mi cara, haciéndome sentir como que estoy viendo el colgante a través de un brillante velo. Antes de mi ducha más temprano, Kaede me había dado una botella de gel que quitó el color falso de mi cabello. *Para la siguiente parte del plan, me había dicho ella.*

Alguien toca la puerta.

—¿Day? —la voz suena apagada desde el otro lado de la madera. Me toma un segundo reorientarme y reconocer a Tess. Había despertado de una pesadilla sobre mi octavo cumpleaños. Aún puedo ver todo como si hubiera pasado ayer, y mis ojos se sienten rojos e hinchados por llorar. Cuando desperté, mi mente comenzó a producir imágenes de Eden atado a una camilla, gritando mientras técnicos de laboratorio le inyectan productos químicos, y John de pie con los ojos vendados ante un pelotón de soldados. Y mamá. No puedo detener todas estas benditas cosas reproduciéndose en mi cabeza, y me molesta tanto. Si encuentro a Eden, ¿entonces qué? ¿Cómo demonios me lo llevo de la República? Tengo que asumir que Razor será capaz de ayudarme a traerlo de vuelta. Y para poder traerlo de vuelta, tengo que asegurarme completamente de que Anden muera.

Mis brazos están adoloridos por pasar casi toda la mañana bajo la supervisión de Keade y Pascao, aprendiendo a disparar un arma.

—No te preocupes si fallas al Elector —dijo Pascao mientras trabajábamos en mi puntería. Pasó sus manos por mi brazo lo suficiente para hacerme sonrojar—. No importará. Habrá otros contigo que terminarán el trabajo, sin importar. Razor sólo quiere la *imagen* de ti apuntando un arma al Elector. ¿No es perfecto? El Elector, en el frente de guerra dando discursos para aumentar la moral a los soldados, baleado con cientos de tropas en los alrededores. ¡Oh, la ironía! —Pascao luego me dio una de sus típicas sonrisas—. El héroe del pueblo mata al tirano. Qué historia será.

Sí. Qué historia, ciertamente.

—¿Day? —dice Tess de detrás de la puerta—. ¿Estás ahí? Razor quiere hablar contigo.
—Oh, cierto. Ella todavía está ahí, llamándome.

—Sí, puedes entrar —respondo.

Tess asoma su cabeza dentro.

—Hola —dice ella—. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?



Sé bueno con ella, me había dicho Kaede. Ustedes dos hacen una buena pareja. Lanzo a Tess una pequeña sonrisa a modo de saludo.

—Ni idea —respondo—. Estaba descansando un poco. Un par de horas, ¿tal vez?

—Razor está preguntando por ti en la sala principal. Están corriendo una transmisión en vivo de June. Pensé que podrías...

¿Transmisión en vivo? *Ella debió lograrlo. Ella aún está bien.* Salto a mis pies. Por fin, una actualización de June; la idea de volver a verla, incluso si es en una cámara de seguridad granulosa, me marea con anticipación.

—Ya salgo.

Al dirigirnos por el corto pasillo hacia la sala principal, un número de otros Patriotas saludan a Tess. Ella sonríe cada vez, intercambiando bromas ligeras y ríe como si los conociera desde siempre. Dos chicos le dan palmadas bondadosas en su hombro.

—Dense prisa, chicos. No quiero seguir haciendo esperar a Razor. —Ambos nos giramos para ver a Kaede pasarnos trotando en dirección a la sala principal. Hace una pausa para colocar su brazo alrededor del cuello de Tess, entonces despeina su cabello cariñosamente y planta un beso juguetón en su mejilla—. Lo juro, eres la más lenta del grupo, cariño.

Tess se ríe y la empuja. Kaede guiña de vuelta antes de retomar su paso, desapareciendo alrededor de la esquina dentro de la habitación principal. Miro, un poco sorprendido por la demostración de afecto de Kaede. No es algo que esperara de ella. Nunca había pensado en ello antes, pero ahora me doy cuenta cuán buena es Tess formando nuevos lazos ; siento que los Patriotas se sienten cómodos a su alrededor, la misma comodidad que siempre sentí con ella en las calles. Esa es su fortaleza, sin duda. Ella sana. Es reconfortante.

Luego Baxter nos pasa. Tess baja la mirada cuando él roza su brazo, y me doy cuenta de él dándole un breve asentimiento antes de fulminarme con la mirada. Cuando está fuera del alcance del oído, me inclino a Tess.

—¿Cuál es su problema? —susurro.

Ella se encoge de hombros y roza mi brazo con su mano.

—No le hagas caso —responde ella, repitiendo lo que Kaede había dicho cuando llegué al túnel—. Tiene cambios de humor.





Dímelo a mí, pienso oscuramente.

—Si te da un mal rato, házmelo saber —murmuro.

Tess se encoge de hombros otra vez.

—Está bien, Day. Puedo manejarlo.

De repente me siento un poco estúpido, ofreciendo mi ayuda como un arrogante caballero de brillante armadura cuando Tess probablemente tiene decenas de nuevos amigos con ganas de ayudarla. Cuando ella puede ayudarse a sí misma.

Para el momento en que llegamos a la sala principal, una pequeña multitud se ha reunido frente a una de las pantallas de pared más grandes, donde imágenes de una cinta de seguridad está reproduciéndose. Razor está cerca del frente de la multitud con sus brazos casualmente cruzados, mientras Pascao y Kaede están junto a él. Me ven y hacen señas para que me acerque.

—Day —dice Razor, dándome una palmada en el hombro. Kaede me da un rápido asentimiento en señal de saludo—. Me alegra verte aquí. ¿Estás bien? He oído que has estado un poco decaído esta mañana.

Su preocupación en realidad es un poco agradable; me recuerda a la forma en que mi padre solía hablar conmigo.

—Estoy bien —respondo—. Sólo cansado por el viaje.

—Comprendible. Fue un vuelo agotador. —Hace un gesto a la pantalla—. Nuestros hackers nos consiguieron imágenes de June. El audio está separado, pero podrás escucharlo pronto. Pensé que te gustaría ver el video sin importar.

Mis ojos están pegados a la pantalla. Las imágenes son nítidas y coloridas, como si estuviéramos flotando justo en la esquina de la habitación. Veo una cámara adornada con una mesa elegantemente decorada y soldados alineados en las paredes. El joven Elector está sentado en un extremo de la mesa. June se sienta en el otro, vistiendo un vestido precioso que hace a mi corazón acelerarse. Cuando yo había sido el prisionero de la República, me habían golpeado a palos y me tiraron en una celda sucia. El encarcelamiento de June parece más como unas vacaciones. Estoy aliviado por ella, pero al mismo tiempo, estoy un poco amargado. Incluso después de traicionar a la República, las personas con el pedigree de June se mantienen a flote, mientras que la gente como yo, sufren.

Todo el mundo me observa mirar a June.



—Me alegro de que le esté yendo bien —digo a la pantalla. Ya disgustado conmigo mismo por insistir en tan malos pensamientos.

—Inteligente de su parte comenzar hablar con el Elector de sus años universitarios en Drake —dice Razor, resumiendo el audio mientras se reproduce el vídeo—. Ella plantó la historia. Ellos van a hacerla tomar una prueba de detector de mentiras después, me imagino, y tendremos un camino directo a Anden si es lo suficientemente buena como para pasarlo. Nuestra siguiente fase mañana por la noche debería funcionar sin problemas.

Si es lo suficientemente buena como para pasarlo. Un vínculo temprano.

—Bien —respondo, tratando de no dejar que mi rostro traicione mis pensamientos. Pero mientras las imágenes continúan, y veo a Anden ordenar salir a los soldados de la cámara, siento un nudo apretar mi garganta. Este tipo es toda sofisticación, poder y autoridad. Se inclina para decirle algo a June, y se ríen y beben champaña. Puedo imaginarlos juntos. Ellos hacen buena pareja.

—Ella está haciendo un buen trabajo —dice Tess, metiendo su cabello detrás de sus orejas—. El Elector está completamente pendiente de ella.

Quiero discutir esto, pero Pascao interviene brillantemente.

—Tess tiene toda la razón... ¿ven ese brillo en sus ojos? Ese es un hombre atraído allí, puedo decir eso. Él está cayendo por nuestra chica. Lo tendrá enganchado por completo en un par de días.

Razor asiente, pero su entusiasmo es más moderado.

—Es cierto —dice—. Pero tendremos que asegurarnos de que Anden no se meta en la cabeza de June también. Es un político nato. Encontraré una manera de hablar con June.

Me alegro de que Razor hable de sentido y prudencia en un momento como este, pero tengo que alejarme de la pantalla ahora. Nunca consideré la idea de que él podría ser capaz de entrar en la cabeza de June.

Los comentarios de todos se desvanecen a medida que dejo de escuchar. Tess tiene razón, por supuesto; puedo ver el deseo en el rostro del Elector. Se levanta ahora y camina hacia donde June está sentada encadenada a la silla, luego se inclina cerca para hablar con ella. Me estremezco. ¿Cómo podría alguien resistirse a June? Ella es perfecta en muchos sentidos. Entonces, me doy cuenta que no estoy molesto por la atracción





de Anden a ella; él va a morir pronto, ¿cierto? Lo que me enferma es que June no se ve como si estuviera fingiendo su risa en este video. Casi parece estar pasando un buen momento. Ella está a la par con hombres como él: aristócratas. Hechos para la vida de la clase alta de la República. ¿Cómo puede ser feliz con alguien como yo, alguien con nada más que un puñado de sujetapapeles en sus bolsillos? Me doy vuelta y me alejo de la multitud. He visto todo lo que quería ver.

—¡Espera!

Miro sobre mi hombro para ver a Tess corriendo tras de mí, con el cabello volando en su rostro. Derrapa hasta caminar junto a mí.

—¿Estás bien? —pregunta, estudiando mi expresión mientras nos dirigimos por el pasillo hacia mi habitación.

—Voy a estarlo —respondo—. ¿Por qué no lo estaría? Todo va justo... a la perfección.
—Le doy una sonrisa tensa.

—Está bien. Lo sé. Sólo quiero asegurarme. —Tess me da una sonrisa con hoyuelos, y me ablando de nuevo con ella.

—Estoy bien, prima. En serio. Estás a salvo, estoy a salvo, los Patriotas están en camino, y me ayudarán a encontrar a Eden. Eso es todo lo que puedo pedir.

Tess se ilumina ante mis palabras, y sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—Ha habido algunos chismes sobre ti, sabes.

Levanto mis cejas juguetonamente.

—¿En serio? ¿Qué clase de chismes?

—Rumores de que estás vivo y también se están extendiendo como un reguero de pólvora, es todo de lo que están hablando. Tu nombre está pintado en spray en las paredes de todo el país, incluso sobre los retratos del Elector en algunos lugares. ¿Puedes creerlo? Están apareciendo protestas todas partes. Todos están gritando tu nombre. —La energía de Tess mengua un poco—. Incluso las personas en cuarentena en Los Ángeles. Supongo que toda la ciudad está en cuarentena ahora.

—¿Han sellado Los Ángeles? —Esto me toma por sorpresa. Nos enteramos que los sectores gemas están cercados, pero nunca escuché de una cuarentena tan grande—.
—¿Por qué? ¿Pestes?





—No por las pestes. —Los ojos de Tess se abren con emoción—. Por los *disturbios*. La República está transmitiéndolo oficialmente como una cuarentena por peste, pero la verdad es que toda la ciudad está rebelándose contra el nuevo Elector. Se están extendiendo los rumores de que el Elector te está cazando con todo lo que tiene, y algunos Patriotas están diciendo a la gente que Anden fue quien ordenó... eh... quien ordenó a tu familia... —Tess duda, volviéndose de color rojo brillante—. De todos modos, los Patriotas están tratando de hacer quedar mal a Anden, peor que su padre. Razor dice que las protestas en L.A son una gran oportunidad para nosotros. La capital ha tenido que llamar a miles de tropas adicionales.

—Una gran oportunidad —repito, recordando que la República había reducido la última protesta en Los Ángeles.

—Sí, y es todo gracias a ti, Day. Tú lo provocaste, o, al menos, el rumor de que estás vivo lo hizo. Están inspirados por tu escape, y enojados por la forma en que estás siendo tratado. Tú pareces la única cosa que la República no puede controlar. Todo el mundo está pendiente de ti, Day. Están esperando tu próximo movimiento.

Trago, no atreviéndome a creerlo. Eso no puede ser posible; la República nunca dejaría que las rebeliones llegaran tan fuera de control en una de las ciudades más grandes del país. ¿Cierto? ¿Están las personas realmente abrumando al ejército local allí? ¿Y se están rebelando por mi causa? Están esperando tu próximo movimiento. Pero demonios si siquiera supiera lo que se supone que debo hacer. Sólo estoy tratando de encontrar a mi hermano, eso es todo... eso es todo. Sacudo mi cabeza, forzando abajo a una repentina corriente de miedo. Quería tener poder para luchar, ¿no? Eso era lo que estaba tratando de hacer todos estos años, ¿cierto? Ahora me están entregando el poder a mí... pero no sé qué hacer con él.

—Sí, claro —logro contestar—. ¿Estás bromeando? Soy sólo un callejero de Los Ángeles.

—Sí. Uno famoso. —La sonrisa contagiosa de Tess al instante ilumina mi estado de ánimo. Me da un codazo en el brazo cuando llegamos a la puerta de mi habitación. Entramos—. Vamos, Day. ¿No recuerdas por qué terminaron reclutándote los Patriotas en primer lugar? Razor dijo que podrías llegar a ser tan poderoso como el nuevo Elector mismo. Todo el mundo en el país sabe quién eres. Y a la mayoría realmente le gustas. Algo para estar orgullosos, ¿no?

Sólo camino a mi cama y me siento. Ni siquiera me doy cuenta enseguida que Tess se sienta junto a mí.





Ella se pone seria ante mi silencio.

—¿De verdad te preocupas por esta, no? —dice ella, alisando las sábanas sobre la cama con una mano—. Ella no es como las chicas con las que solías perder el tiempo en Lake.

—¿Qué? —respondo, confundido por un segundo. Tess piensa que todavía estoy meditando sobre el enamoramiento de Anden con June. Las mejillas de Tess se están volviendo rosadas ahora, y de repente me siento incómodamente cálido sentado solo con ella, sus grandes ojos fijados en mí, su enamoramiento inconfundible. Siempre he sido suave al manejar a las chicas a las que les he gustado, pero eran extrañas. Chicas que pasaron por mi vida sin consecuencias. Tess es diferente. No sé qué hacer con la idea de que podríamos ser más que amigos—. Bueno, ¿qué quieres que diga? —pregunto. Me quiero golpear tan pronto como las palabras salen de mi boca.

—Deja de preocuparte, estoy segura que ella estará *bien* —dice la última palabra con un repentino veneno, entonces se queda callada de nuevo. Sí, definitivamente dije la cosa equivocada.

—No me uní a los Patriotas porque quería, sabes. —Tess se levanta de la cama y se cierne por encima de mí, su espalda rígida, sus manos abriéndose y cerrándose—. Me uní a los Patriotas por ti. Porque estaba preocupada por ti después de que June te llevó y arrestó. Pensé que podría convencerlos de salvarte, pero no tengo el poder de negociación que tiene June. Ella puede hacerte lo que quiera, y tú aún la recibirías de vuelta. Puede hacer lo que quiera a la *República*, y ellos también la recibirían de vuelta. —Tess levanta su voz—. Siempre que June necesita algo, consigue resultados, pero mis necesidades no valen ni un cubo de sangre de cerdo. Tal vez si yo fuera la querida de la *República*, te preocuparías por mí también.

Sus palabras cortaron profundo.

—Eso no es cierto —digo, levantándome y sujetando sus manos—. ¿Cómo puedes incluso decir eso? Hemos crecido en las calles juntos. ¿Tienes idea de lo que eso significa para mí?

Ella frunce sus labios fuertemente y mira hacia arriba, tratando de no llorar.

—Day —comienza de nuevo—, ¿alguna vez te has preguntado por qué te gusta tanto June? Quiero decir, bueno, dado como fuiste arrestado y todo...

Niego con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?



Ella toma una respiración profunda.

—He oído hablar de esto antes en alguna parte, en las pantallas gigantes o algo así, donde estaban hablando de prisioneros de las Colonias. Acerca de cómo víctimas de secuestro se enamoraban de sus captores.

Frunzo el ceño. La Tess que conozco está desapareciendo en una nube de sospechas y pensamientos oscuros.

—¿Crees que me gusta June porque ella me *arrestó*? ¿De verdad crees que estoy tan mal de la cabeza?

—¿Day? —dice Tess con cuidado—. June te entregó.

Dejo caer las manos de Tess.

—No quiero hablar de esto.

Tess sacude su cabeza con tristeza, sus ojos brillantes con las lágrimas contenidas.

—Ella mató a tu madre, Day.

Doy un paso atrás de Tess. Me siento como si hubiera sido abofeteado en la cara.

—*Ella* no lo hizo —digo.

—Bien podría haberlo hecho —susurra Tess.

Puedo sentir mis defensas levantándose de nuevo, encerrándome.

—Te olvidas de que ella también me ayudó a escapar. Ella me salvó. Mira, estás...

—Yo te he salvado decenas de veces. Pero si yo te entregara, y tu familia *muriera* por ello, ¿me perdonarías?

Trago duramente.

—Tess, te perdonaría casi cualquier cosa.

—¿Incluso si fuera responsable de la muerte de tu madre? No, no creo que lo hicieras.

—Ella fija su mirada en la mía. Su voz lleva un toque de dureza ahora, armada con un borde de acero—. Eso es lo que quiero decir. Tratas a June diferente.

—Eso no significa que no me preocupo por ti.

Tess ignora mi respuesta y continúa.



—Si tuvieras que elegir entre salvarme a mí o a June, y no tienes tiempo que perder... ¿qué harías?

Puedo sentir mi cara volverse roja al crecer mi frustración.

—A quién salvarías? —Tess utiliza una manga para limpiar su cara y espera mi respuesta.

Suspiro con impaciencia. *Sólo dile la bendita verdad.*

—A ti, ¿de acuerdo? Te salvaría a ti.

Ella se ablanda, y en ese momento la fealdad de los celos y el odio se calma. Todo lo que se necesita es un poco de dulzura para que Tess se vuelva un ángel.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Paso una mano a través de mi cabello, incapaz de averiguar por qué no puedo tomar control de esta conversación—. Porque June no necesitaría mi ayuda.

Estúpido, tan estúpido. Casi no pude haber dicho algo peor. Las palabras salen antes de que me pueda detener, y ahora es demasiado tarde para retractarme. *Esa ni siquiera es la razón real.* Salvaría a Tess porque es Tess, porque no puedo soportar imaginar que algo le pase. Pero no tengo tiempo de explicar eso. Tess se gira y se aleja de mí.

—Gracias por tu lástima —dice.

Me apresuro hacia ella, pero cuando tomo su mano, se aleja.

—Lo siento. Eso no es lo que quise decir. No te tengo lástima. Tess, yo...

—Está bien —dice bruscamente—. Es sólo la verdad, ¿no? Bueno, te reunirás con June lo suficientemente pronto. Si ella decide no volver a la República. —Sabe cuán frías son sus palabras, pero no trata de endulzarlas—. Sabes, Baxter piensa que vas a traicionarnos. Por eso es que no le agradas. Ha tratado de convencerme de eso desde que me uní al principio. No lo sé... quizás tiene razón.

Ella me deja solo en el pasillo. La culpa se desliza a través de mi piel, abriendo venas al avanzar. Una parte de mí está enojado: quiero defender a June, y decirle a Tess todas las cosas a las que June ha renunciado por mí. Pero... ¿estaré Tess en lo cierto? ¿Estoy engañándome a mí mismo?



JUNE

Traducido por Vero y Otravaga (SOS)

Corregido por Akanet

Anoche tuve una pesadilla. Soñé que Anden perdonaba a Day por todos sus crímenes. Luego vi a los Patriotas arrastrando a Day dentro de una calle oscura y poniéndole una bala en el pecho. Razor se giró hacia mí y dijo:



—Su castigo, señorita Iparis, por trabajar con el elector.

Me desperté bañada en sudor, temblando incontrolablemente.

Un día y noche (más específicamente veintitrés horas) pasan antes de ver al Elector de nuevo. Esta vez me encuentro con él en una sala de detección de mentiras.

Mientras los guardias me llevaban por el pasillo hacia un conjunto de jeeps esperando fuera, pienso en todas las cosas que he aprendido en Drake acerca de cómo trabajan los detectores de mentira. El examinador va a tratar de intimidarme, van a usar mis debilidades en mi contra. Usarán la muerte de Metias, o a mis padres, o tal vez incluso a Ollie. Desde luego, usarán a Day. Así que me concentro en el pasillo por el que estamos caminando, pensando en cada uno de mis puntos débiles en cambio, y a continuación, presiono cada uno profundamente en el fondo de mi mente. Los silencio.

Conducimos a través de la capital por varias cuadras. Esta vez veo la ciudad cubierta con el resplandor medio gris de una mañana nevada, soldados y trabajadores apresurándose por las aceras a través de los puntos de luz que proyectan las farolas en el pavimento resbaladizo. Las pantallas gigantes aquí son enormes, algunas sobrepasando las quince plantas, y los altavoces revistiendo los edificios son más nuevos que los de L.A; no hacen crujir la voz del locutor. Pasamos la Torre del Capitolio. Estudio sus paredes resbaladizas, cómo las placas de vidrio protegen cada balcón para que así cualquiera dando un discurso esté debidamente protegido. El antiguo Elector una vez había sido atacado de esa manera, antes de que el vidrio subiera; alguien había intentado disparar contra él en el piso cuarenta. La República había sido veloz en poner



las barreras después de eso. Las pantallas gigantes de la Torre tienen marcas de humedad distorsionando las imágenes en sus pantallas, pero aun así puedo leer algunos de los titulares a medida que los pasamos.

Uno conocido llama mi atención.

**DANIEL ALTAN WING EJECUTADO EL 26 DE DICIEMBRE POR EL
PELOTÓN DE FUSILAMIENTO**

¿Por qué siguen emitiendo eso, cuando todos los otros titulares de la misma época hace mucho que han dado paso a noticias más recientes? *Tal vez están tratando de convencer a la gente de que es verdad.*

Otro apareció.

**EL ELECTOR ANUNCIA LA PRIMERA LEY DEL NUEVO AÑO HOY EN LA
TORRE DEL CAPITOLIO EN DENVER**

Quiero detenerme y leer este titular de nuevo, pero el auto acelera y luego el viaje ha terminado. Se abre la puerta del auto. Los soldados agarran mis brazos y me sacan. Estoy inmediatamente ensordecida por los gritos de la multitud de curiosos y decenas de reporteros de prensa federales haciendo clic en las pequeñas pantallas cuadradas de sus cámaras apuntadas hacia mí. Cuando me fijo en las personas que nos rodean, me doy cuenta de que además de los que están aquí sólo para verme, hay otros. Una gran cantidad de otros. Están protestando en las calles, gritando insultos sobre el Elector, y siendo arrastrados por la policía. Varios ondean pancartas sobre sus cabezas, incluso mientras los guardias se los llevan.

¡June Iparis es inocente! dice uno.

¿Dónde está Day? dice otro.

Uno de los guardias me da un codazo para que siga adelante.

—No hay nada para que veas —chasquea, apresurándose por una larga serie de escalones y dentro del gigante pasillo de un edificio del gobierno. Detrás de nosotros, el ruido de afuera se desvanece en el eco de nuestros pasos. Noventa y dos segundos más tarde, nos detenemos ante un conjunto de amplias puertas de vidrio. Luego alguien escanea una tarjeta delgada (alrededor de siete por doce centímetros de tamaño, negra, con un reflejo brillante y un logotipo dorado del sello de la República en una esquina) a través de la pantalla de entrada, y entramos.





La sala de detección de mentiras es cilíndrica, con un bajo techo abovedado y doce columnas plateadas que recubren la pared redondeada. Los guardias me sujetan de pie en una máquina que ciñe mis brazos y muñecas con bandas de metal, y presionan nudos de metal frío (catorce de ellos) en mi cuello, mejillas y frente, mis palmas de las manos, tobillos y pies. Hay tantos soldados aquí... veinte en total. Seis de ellos son el equipo de examinación, con brazaletes blancos y tonos color verde transparente. Las puertas son de cristal perfectamente claro (están impresas con un débil símbolo de un círculo cortado por la mitad, lo que significa que es vidrio a prueba de balas en un único sentido, por lo que si de alguna manera me libero, los soldados fuera de la sala podrían dispararme a través del cristal, pero yo no sería capaz de disparar hacia ellos o romperlo). Fuera de la sala, veo a Anden de pie con dos senadores y veinticuatro guardias más. Se ve infeliz, y está enfrascado en una conversación con los senadores, quienes tratan de ocultar su descontento con falsas sonrisas obedientes.



—Señorita Iparis —dice la examinadora principal. Sus ojos son de un verde muy pálido, su cabello rubio, su piel de porcelana blanca. Ella examina mi rostro con calma antes de pulsar un pequeño aparato negro que sostiene en su mano derecha—. Mi nombre es Dra. Sadhwani. Vamos a hacerle una serie de preguntas. Como usted es una ex-agente de la República, estoy segura de que entiende tan bien como yo lo capaces que son estas máquinas. Captaremos hasta la más pequeña contracción de movimiento de su parte. El más leve temblor de sus manos. Le aconsejo fuertemente que nos diga la verdad.

Sus palabras son sólo exageraciones previas, está tratando de convencerme de la potencia total de este dispositivo de detección de mentiras. Piensa que mientras más le temo, más reacción mostraré. Me encuentro con sus ojos. *Toma respiraciones lentas y normales. Ojos relajados, boca recta.*

—Me parece muy bien —le respondo—. No tengo nada que ocultar.

La doctora se entretiene estudiando los nudos pegados a mi piel, a continuación, las proyecciones de mi rostro, que probablemente están siendo transmitidas alrededor de la habitación detrás de mí. Sus propios ojos están lanzando miradas como dardos nerviosamente a su alrededor, y pequeñas gotas de sudor están salpicando la parte superior de su frente. Probablemente ella nunca antes puso a prueba a un enemigo del estado tan conocido, y mucho menos frente a alguien tan importante como el Elector.

Como era de esperar, la Dra. Sadhwani comienza con preguntas sencillas, irrelevantes.

—¿Su nombre es June Iparis?



—Sí.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

—11 de Julio.

—¿Y su edad?

—Quince años, cinco meses, y veintiocho días. —Mi tono permanece plano y sin emociones. Cada vez que respondo, me detengo unos segundos y dejo que mi respiración se vuelva menos profunda, lo que a su vez hace que mi corazón late más rápido. Si están midiendo mis signos vitales, entonces dejémoslos ver fluctuaciones durante las preguntas de control. Eso hará que sea más difícil decir cuándo estoy mintiendo en realidad.

—¿A qué escuela primaria asistió?

—Harion Gold.

—¿Y después de eso?

—Sea específica —le respondo.

La Dra. Sadhwani retrocede ligeramente, luego se recupera.

—Muy bien, señorita Iparis —dice, esta vez con irritación en su voz—. ¿A qué escuela secundaria asistió después de Harion Gold?

Enfrento a la audiencia mirándome detrás del vidrio. Los senadores evitan mi mirada, fingiendo fascinación por los cables serpenteando a mi alrededor, pero Anden me mira sin vacilación.

—Harion High.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos años.

—Y luego...

Dejé que mi temperamento aflorara, de esa forma ellos podrían pensar que estoy teniendo problemas controlando mis emociones, (y mis resultados del examen).





—Y luego me pasé tres años en la Universidad de Drake —chasqueé—. Me aceptaron cuando tenía doce y me gradué cuando tenía quince años, porque era *así* de buena. ¿Responde eso a su pregunta?

Ahora me odia.

—Sí —dice, con los dientes apretados.

—Bien. Entonces prosiga.

La examinadora frunce sus labios y mira hacia abajo a su dispositivo negro, así no tiene que encontrar mis ojos.

—¿Ha mentido alguna vez antes? —pregunta.

Está pasando a preguntas más complicadas. Acelero mi respiración otra vez.

—Sí.

—¿Ha mentido a algún militar o funcionario del gobierno?

—Sí.

Justo después de responder a esta pregunta, veo una extraña serie de destellos en los bordes de mi visión. Parpadeo dos veces. Desaparecen, y la habitación vuelve a enfocarse. Vacilo por un segundo, pero cuando la Dra. Sadhwani se da cuenta de esto y escribe algo en su dispositivo, me obliga a regresar a la mente en blanco.

—¿Alguna vez ha mentido a alguno de sus profesores de Drake?

—No.

—¿Alguna vez ha mentido a su hermano?

De repente, la habitación se desvanece. Una imagen brillante la reemplaza, una familiar sala de estar bañada en la cálida luz de la tarde entra en foco, y un perrito blanco duerme junto a mis pies. Un adolescente alto, de cabello oscuro se sienta a mi lado, con los brazos cruzados. Es Metias. Frunce el ceño y se inclina hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Alguna vez me has mentido, June?

Parpadeo en estado de shock ante la escena. *Todo esto es falso, me digo. El detector de mentiras está conjurando ilusiones que están diseñadas para hacerme caer.* Había oído hablar de dispositivos como éste siendo utilizados cerca del frente de guerra, donde



una máquina puede simular secuencias para jugar con tu mente copiando la capacidad del cerebro para crear sueños vívidos. Pero Metias luce tan real, es como si pudiera extender la mano y meter su oscuro cabello detrás de sus orejas, o sentir mi pequeña mano en la suya grande. Casi puedo creer que estoy justo ahí en la habitación con él. Cierro los ojos, pero la imagen se queda incrustada en mi mente, brillante como la luz del día.

—Sí —digo. Es la verdad. Los ojos de Metias se agrandan con asombro y tristeza, y luego se desvanece junto con Ollie y el resto del apartamento. Estoy de regreso en el centro de la gris habitación de detección de mentiras, de pie ante la Dra. Sadhwani mientras toma más notas. Me da un gesto de aprobación por responder correctamente. Trato de calmar mis manos mientras éstas permanecen apretadas y temblando en mis costados.

—Muy bien —murmura un momento después.

Mis palabras suenan tan frías como el hielo.

—¿Planea utilizar a mi hermano contra mí en el resto de estas preguntas?

Aparta la mirada de sus notas.

—¿Viste a tu hermano? —Parece más relajada ahora, y el sudor de su frente se ha desvanecido.

Así que. Ellos no pueden controlar lo que aparece en las visiones, y no pueden ver lo que veo. Sin embargo, son capaces de accionar algo que obliga a estas memorias a emerger a la superficie. Mantengo mi cabeza en alto y los ojos en la doctora.

—Sí.

Las preguntas continúan.

¿Qué grado se adelantó durante su tiempo en Drake? Segundo año.

¿Cuántas advertencias de conducta recibió cuando estaba en Drake? Dieciocho.

Antes de la muerte de su hermano, ¿había tenido pensamientos negativos acerca de la República? No.

Y así sucesivamente. Ella está tratando de insensibilizar mi cerebro, me doy cuenta, para hacerme bajar la guardia de modo que será capaz de ver una reacción física cuando pregunte algo relevante. Dos veces más veo a Metias. Cada vez que sucede, tomo una respiración profunda y me obligo a mantenerla durante varios segundos.



Ellos me interrogan sobre cómo me escapé de los Patriotas, para qué era la misión de bombardeo. Repito lo que le había dicho a Anden en nuestra cena. Hasta el momento, todo bien. El detector dice que he dicho la verdad.

—¿Day está vivo?

Y entonces Day se materializa en frente de mí. Está de pie a pocos metros de distancia, con los ojos azules tan reflectantes que me veo en ellos. Una sonrisa fácil ilumina su rostro cuando me ve. De repente, sufro por él, tanto que siento que estoy cayendo. Él no es real. Todo esto es una simulación. Mantengo mi respiración acompasada.

—Sí.

—¿Por qué ayudó a escapar a Day, cuando sabía que él es buscado por tantos crímenes en contra de la República? ¿Podría tener sentimientos por él?

Una pregunta peligrosa. Endurezco mi corazón contra ella.

—No. Simplemente no quería que muera a mis manos por un crimen que no cometió.

La doctora hace una pausa en su toma de notas para elevar una ceja.

—Se arriesgó muchísimo por alguien que apenas conoce.

Entrecierro mis ojos.

—Eso no dice mucho sobre su carácter. Tal vez debería esperar hasta que alguien esté a punto de ser ejecutado por un error que usted cometió.

Ella no responde al ácido en mis palabras. La ilusión de Day se desvanece. Recibo algunas preguntas más de control irrelevantes, entonces:

—¿Están usted y Day asociados a los Patriotas?

Day aparece otra vez. Esta vez se inclina lo suficientemente cerca para que su cabello roce, ligero como la seda, contra mis mejillas. Tira de mí hacia él en un largo beso. La escena se desvanece, reemplazada abruptamente por una noche de tormenta y Day luchando a través de la lluvia, la sangre goteando de su pierna y dejando una estela tras de sí. Se deja caer sobre sus rodillas delante de Razor antes de que toda la escena desaparezca de nuevo. Lucho por mantener la voz firme.

—Yo lo estaba.

—¿Va a haber un intento de asesinato contra nuestro glorioso Elector?



No necesito mentir en este caso. Dejo que mi mirada se desvíe hacia Anden, quien asiente hacia mí, en lo que supongo que es ánimo.

—Sí.

—¿Y son conscientes los Patriotas de que usted sabe acerca de sus planes de asesinato?

—No, no lo son.

La Dra. Sadhwani mira a sus compañeros, y después de varios segundos asiente y se vuelve hacia mí. *El detector dice que he dicho la verdad.*

—¿Hay soldados cerca del Elector que pueden apoyar esta tentativa de asesinato?

—Sí.

Varios segundos más de silencio mientras comprueba con sus colegas mi respuesta. Una vez más, asiente. Esta vez, se da la vuelta para hacer frente a Anden y sus senadores.

—Está diciendo la verdad.

Anden asiente en respuesta.

—Bien —dice, con la voz amortiguada por el cristal—. Continúe, por favor. —Los senadores mantienen sus brazos cruzados y los labios apretados.

Las preguntas de la Dra. Sadhwani son incesantes, ahogándome en su torrente sin fin.

¿Cuándo tendrá lugar el atentado? En la ruta del Elector planeada a la ciudad del frente de guerra de Lamar, Colorado.

¿Sabes dónde estará a salvo el Elector? Sí.

¿Dónde debería ir en su lugar? A una ciudad fronteriza diferente.

¿Day va a ser parte de este intento de asesinato? Sí.

¿Por qué está involucrado? Él está en deuda con los Patriotas por arreglar su pierna lesionada.

—Lamar —murmura la Dra. Sadhwani mientras escribe más notas en su dispositivo negro—. Supongo que el Elector modificará su ruta.

Otra parte del plan cae en su lugar.



Las preguntas finalmente llegan a su fin. La Dra. Sadhwani se aparta de mí para hablar con las demás, mientras yo dejo escapar una exhalación y me hundo en contra de la máquina detectora. He estado aquí exactamente por dos horas y cinco minutos. Mis ojos se encuentran con los de Anden. Él todavía está parado cerca de las puertas de vidrio, rodeado a ambos lados por soldados, con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

—Esperen —dice él. Los examinadores hacen una pausa en sus deliberaciones para darle un vistazo a su Elector—. Tengo una última pregunta para nuestra invitada.

La Dra. Sadhwani parpadea y hace un gesto hacia mí.

—Por supuesto, Elector. Por favor.

Anden se acerca más al cristal que nos separa.

—¿Por qué me estás ayudando?

Empujo mis hombros hacia atrás y encuentro sus ojos.

—Porque quiero ser perdonada.

—¿Es usted leal a la República?

Una mezcla final de recuerdos se hace patente. Me veo a mí misma tomada de la mano de mi hermano en las calles de nuestro sector Ruby, nuestros brazos en alto en señal de saludo a las pantallas gigantes mientras recitamos el juramento. Ahí está el rostro de Metias, su sonrisa y también su tensa mirada de preocupación en la última noche que lo vi. Veo las banderas de la República en el funeral de mi hermano. Las secretas anotaciones en línea de Metias desplazándose más allá de mis ojos: sus palabras de advertencia, su ira contra la República. Veo a Thomas apuntando su arma a la madre de Day; veo su cabeza rebotando hacia atrás por el impacto de la bala. Ella se desploma. Es mi culpa. Veo a Thomas agarrándose la cabeza en la sala de interrogatorios, torturado, cegadoramente obediente, atrapado para siempre en lo que hizo.

Ya no soy leal. ¿Sigo siendo leal? Estoy justo aquí en la capital de la República, ayudando a los Patriotas a asesinar al nuevo Elector. Un hombre al que una vez le prometí mi lealtad. Voy a matarlo, y luego voy a huir. Sé que el detector de mentiras va a revelar mi traición... estoy distraída, consumida por el conflicto de tener que hacer las cosas bien con Day, pero odiando dejar la República a merced de los Patriotas.





Un escalofrío me recorre. Son sólo imágenes. Sólo recuerdos. Me quedo en silencio hasta que los latidos de mi corazón se estabilizan. Cierro los ojos, respiro hondo y los abro de nuevo.

—Sí —digo—. Soy leal a la República.

Espero que el detector de mentiras destelle en rojo, que pite, que revele que estoy mintiendo. Pero la máquina está en silencio. La Dra. Sadhwani mantiene la cabeza gacha y escribe en su bloc de notas.

—Ella está diciendo la verdad —dice finalmente la Dra. Sadhwani.

He pasado. No puedo creerlo. La máquina dice que estoy diciendo la verdad. Pero es sólo una máquina.



Más tarde esa noche, me siento en el borde de la cama con la cabeza entre las manos. Los grilletes todavía cuelgan de mis muñecas, pero por lo demás estoy libre para moverme. Sin embargo, todavía puedo oír los sonidos de una ocasional conversación amortiguada fuera de mi habitación. Esos guardias siguen ahí.

Estoy tan cansada. No debería estarlo, técnicamente, ya que no he hecho nada de esfuerzo físico desde que fui arrestada. Pero las preguntas de la Dra. Sadhwani giran en mi mente y se combinan con las cosas que Thomas me había dicho, persiguiéndome hasta que tengo que agarrarme la cabeza en un intento por evitar el dolor de cabeza. En algún lugar ahí fuera, el gobierno está debatiendo si deberían o no perdonarme. Estoy temblando un poco, a pesar de que sé que la habitación es cálida.

Clásicos signos de una próxima enfermedad, pienso oscuramente. *Tal vez es la peste.* La ironía de eso envía un dejo de tristeza —y de miedo— a través de mí. *Pero estoy vacunada.* Es probable que sólo sea un resfriado... después de todo, Metias siempre había dicho que yo era un poco sensible a los cambios en el clima.

Metias. Ahora que estoy sola, me permito preocuparme. Mi última respuesta durante la prueba del detector de mentiras debería haber lanzado una señal de alerta. Pero no lo hizo. ¿Significa eso que sigo siendo fiel a la República, sin ni siquiera ser consciente de ello? En algún lugar, en el fondo, la máquina pudo sentir mis dudas acerca de llevar a cabo el asesinato.

Pero si decido no jugar mi papel, ¿qué pasará con Day? Necesitaré una manera de ponerme en contacto con él sin que Razor lo averigüe. ¿Y luego qué? Day ciertamente



no va a ver al Elector de la manera en que yo lo veo. Y además, no tengo ningún plan de respaldo. Piensa, June. Tengo que conseguir una alternativa que nos mantendrá a todos vivos.

Si quieres rebelarte, me había dicho Metias, rebélate desde el interior del sistema. Sigo afligiéndome por su recuerdo, aunque mis temblores hacen que sea difícil concentrarme.

De repente escucho un alboroto fuera de la puerta. Ahí está el sonido de tacones resonando secamente al juntarse, el signo revelador de un funcionario viniendo a verme. Espero en silencio. El pomo de la puerta finalmente gira. Anden entra.

—Elector, señor, ¿está seguro de que no quiere algunos guardias con usted...?

Anden simplemente sacude la cabeza y agita una mano a los soldados fuera de la puerta.

—Por favor, no se preocupen —dice—. Me gustaría hablar en privado con la señorita Iparis. Sólo será un minuto. —Sus palabras me recuerdan las que dije cuando había visitado a Day en su celda en la Intendencia de Batalla.

El soldado le da a Anden un saludo rápido y cierra la puerta, dejándonos solos. Levanto la mirada desde donde estoy sentada en el borde de mi cama. Los grilletes que están atados a mis manos tintinean en el silencio. El Elector no está en su habitual atuendo formal; en cambio, lleva un largo abrigo negro con una raya roja que pasa por la parte delantera, y el resto de su ropa es elegantemente sencilla (camisa negra de cuello, chaleco oscuro con seis botones brillantes, pantalones negros, botas negras de piloto). Su cabello está brillante y pulcramente peinado. Una solitaria arma de fuego cuelga de su cintura, pero no será capaz de sacarla lo suficientemente rápido como para matarme si decidiera atacarlo. Él realmente está tratando de mostrar su fe en mí.

Razor me había dicho que si era capaz de encontrar un momento en el que pudiera asesinar a Anden por mi cuenta, debería hacerlo. Aprovechar la oportunidad. Pero ahora aquí está él, inesperadamente vulnerable ante mí, y no hago ni un sólo gesto. Además, si trato de matarlo aquí, no hay ninguna posibilidad de que veré de nuevo a Day... o de sobrevivir.

Anden se sienta a mi lado, con cuidado de dejar cierta distancia entre nosotros. De repente me siento avergonzada por mi apariencia: encorvada y fatigada, con el cabello despeinado y en ropa de dormir, sentada al lado del apuesto príncipe de la República.





Pero aun así me endereo e inclino la cabeza con tanta gracia como puedo. Soy June Iparis, me recuerdo a mí misma. No voy a dejarlo ver el caos que estoy sintiendo.

—Quería dejarte saber que tenías razón —comienza él. Hay una cordialidad genuina en su voz—. Dos soldados de mi guardia desaparecieron esta tarde. Se escaparon.

Los dos sueños Patriotas han escapado, como estaba previsto. Suspiro y le doy una ensayada mirada de alivio, por si acaso Razor está mirando.

—¿Dónde están ahora?

—No estamos seguros. Los exploradores están tratando de seguirles la pista. —Anden frota sus manos enguantadas por un momento—. El comandante DeSoto ha instaurado una nueva rotación de soldados que nos acompañarán.

Razor. Él está poniendo sus propios soldados en su lugar, avanzando gradualmente para el asesinato.

—Me gustaría darte las gracias por tu ayuda, June —continúa Anden—. Quiero pedirte disculpas por la prueba con el detector de mentiras a la que tuviste que someterte. Sé que debe haber sido desagradable para ti, pero era necesario. En cualquier caso, estoy agradecido por tus respuestas sinceras. Te quedarás aquí con nosotros durante unos días más, hasta que estemos seguros de que ha pasado el peligro de los planes de los Patriotas. Es posible que todavía tengamos algunas preguntas para ti. Después de eso, encontraremos la manera de integrarte de nuevo a las filas de la República.

—Gracias —digo, a pesar de que la palabra es completamente falsa.

Anden se inclina.

—Quise decir lo que dije en nuestra cena —susurra, con palabras apresuradas y su boca apenas moviéndose. Está nervioso. Una repentina paranoia se apodera de mí, me toca los labios con un dedo y le doy una mirada mordaz. Sus ojos se ensanchan, pero no se asusta. Él toca suavemente mi barbilla, luego me hal a hacia él como si fuera a besarme. Detiene sus labios justo al lado de los míos, dejándolos descansar ligeramente sobre la piel de mi mejilla inferior. Un hormigueo corre por mi espalda y junto con eso, una corriente subterránea de culpa.

—Así las cámaras no lo captarán —susurra. Esta es una mejor manera de hablar en privado; si un guardia fuera a asomar la cabeza por la puerta, parecería como si Anden estuviera robándome un beso en vez de susurrar conmigo. Un rumor más seguro para





que se extienda. Y los Patriotas simplemente pensarían que estoy siguiendo con sus planes.

El aliento de Anden es cálido contra mi piel.

—Necesito tu ayuda —murmura—. Si fueras perdonada de todos los crímenes contra la República y puesta en libertad, ¿serías capaz de ponerte en contacto con Day? ¿O tu relación con él ha acabado ahora que no estás con los Patriotas?

Me muerdo el labio. La forma en que Anden dice *relación* hace que suene como si él pensara que una vez hubo algo entre Day y yo. Una vez.

—¿Por qué quieres que me comunique con él? —pregunto.

Sus palabras tienen una tranquila urgencia dominante que me pone la piel de gallina.

—Tú y Day son las personas más célebres de la República. Si puedo formar una alianza con ustedes dos, puedo ganarme a la gente. Entonces, en lugar de sofocar rebeliones y tratar de evitar que las cosas se caigan a pedazos, puedo concentrarme en implementar los cambios que este país necesita.

Me siento mareada. Esto es repentino, sorprendente, y por un momento ni siquiera puedo pensar en una buena respuesta. Anden está corriendo un riesgo enorme al hablar así. Trago, con mi mejilla todavía ardiendo por su proximidad. Me muevo un poco de modo que pueda ver sus ojos.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti? —digo, mi voz firme—. ¿Qué te hace pensar que Day quiere ayudarte?

Los ojos de Anden están claros, con un propósito.

—Voy a cambiar la República, y voy a comenzar liberando al hermano de Day.

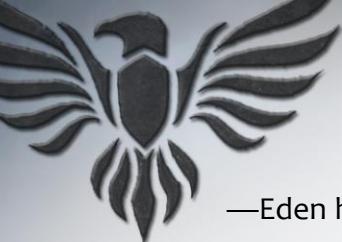
Mi boca se seca. De repente, me gustaría que estuviéramos hablando lo suficientemente alto como para que Day escuche.

—¿Vas a liberar a Eden?

—Él nunca debería haber sido capturado en primer lugar. Voy a ponerlo en libertad junto con cualquier otro que esté siendo utilizado a lo largo del frente de guerra.

—¿Dónde está él? —susurro—. ¿Cuándo vas a...?





—Eden ha estado viajando a lo largo del frente de guerra durante las últimas semanas. Mi padre se lo ha llevado, junto con otra docena de personas, como parte de su nueva iniciativa de guerra. Básicamente están siendo utilizados como armas biológicas vivientes. —El rostro de Anden se oscurece—. Voy a detener este demente circo. Mañana saldrá mi orden: Eden será sacado del frente de guerra y atendido en la capital.

Esto es nuevo. Esto lo cambia todo.

Tengo que encontrar una manera de decirle a Day sobre la liberación de Eden, antes de que él y los Patriotas maten a la única persona con el poder de liberarlo. ¿Cuál es la mejor manera de comunicarse con él? *Los Patriotas deben estar vigilando todos mis movimientos desde las cámaras*, pienso, dejando que mi mente gire. Necesitaré hacerle una señal. El rostro de Day aparece en mis pensamientos y quiero correr hacia él. Deseo tanto contarle la buena noticia.



¿Es una buena noticia? Mi lado práctico tira de mí, advirtiéndome que tome esto lentamente. Anden podría estar mintiendo, y todo esto podría ser una trampa. Pero si fuera sólo otro intento de arrestar a Day, entonces, ¿por qué no amenazaría con matar a Eden? Eso sacaría a Day de su escondite. En cambio, está dejando ir a Eden.

Anden espera pacientemente a través de mi silencio.

—Necesito que Day confíe en mí —murmura.

Pongo mis brazos alrededor de su cuello y muevo mis labios a su oreja. Huele a madera de sándalo y lana limpia.

—Voy a tener que encontrar una manera de ponerme en contacto con él, y convencerlo. Pero si dejas en libertad a su hermano, él confiará en ti —susurro en respuesta.

—Voy a ganar tu confianza también. Quiero que tengas fe en mí. Tengo fe en ti. He tenido fe en ti durante mucho tiempo. —Se queda en silencio por un segundo. Su respiración se ha acelerado, y sus ojos cambiaron abruptamente. Ese sentido de distante autoridad ha desaparecido, y en este momento él es sólo un joven, un ser humano, y la electricidad entre nosotros es demasiada. En un instante, gira su rostro y sus labios se encuentran con los míos.

Cierro los ojos. Es tan ligero. Apenas allí, pero no puedo dejar de desear un poco más. Con Day, hay un fuego y un hambre entre nosotros, incluso ira, una profunda desesperación y necesidad. Con Anden, sin embargo, el beso es todo delicadeza y gracia refinada, modales aristocráticos, poder y elegancia. El placer y la vergüenza se



arrastran a través de mí. ¿Day puede ver esto a través de las cámaras? El pensamiento me apuñala.

Dura unos meros segundos, luego Anden se aleja. Dejo escapar un suspiro, abro los ojos, y permito que el resto de la habitación vuelva a enfocarse. Él ha pasado bastante tiempo aquí... mucho más y los guardias afuera podrían empezar a preocuparse.

—Lamento molestarte —dice él, inclinando la cabeza un poco antes de levantarse y enderezar su abrigo. Ha retrocedido al refugio de la formalidad, pero hay una ligera incomodidad en su postura, y una leve sonrisa en las comisuras de sus labios—. Descansa un poco. Hablaremos mañana.

Una vez que se ha ido y la habitación ha vuelto a caer en un silencio espeso, me acurruco con mis rodillas en mi barbilla. Mis labios queman por su contacto. Dejo que mi mente se envuelva alrededor de lo que Anden me acaba de decir, y mis dedos pasan repetidamente sobre el anillo de sujetapapeles en mi mano. Los Patriotas habían querido que Day y yo nos uniéramos a ellos en el asesinato de este joven Elector. Asesinándolo, según ellos, estaríamos alimentando el fuego de una revolución que nos liberaría de la República. Que podríamos traer de vuelta la gloria de los antiguos Estados Unidos. Pero, ¿qué significa eso realmente? ¿Qué tienen los Estados Unidos que Anden no pueda darle a la República? ¿Libertad? ¿Paz? ¿Prosperidad? ¿Se convertirá la República en un país lleno de rascacielos hermosamente iluminados y de sectores limpios y pudientes? Los Patriotas le habían prometido a Day que iban a encontrar a su hermano y nos ayudarían a escapar a las Colonias. Pero si Anden puede hacer todas estas cosas con el apoyo adecuado y la determinación correcta, si no tenemos que huir a las Colonias, entonces, ¿cuál es la finalidad de este asesinato? Anden no es ni remotamente parecido a su padre. De hecho, su primer acto oficial como Elector es deshacer algo que su padre había puesto en marcha: va a la liberar a Eden, tal vez incluso detendrá los experimentos de peste. Si lo mantenemos en el poder, ¿él cambiará la República para mejor? ¿No será él el catalizador que Metias había deseado en sus desafiantes apuntes en los diarios?

Hay un problema más grande alrededor del cual no puedo envolver mi cabeza. Razor debe saber, en algún nivel, que Anden no es un dictador como lo era su padre. Después de todo, Razor tiene un rango lo suficientemente alto como para escuchar los rumores de la naturaleza rebelde de Anden. Nos había dicho a Day y a mí que al Congreso no le gustaba Anden... pero nunca nos dijo por qué estaban discrepando.

¿Por qué él iba a querer matar a un joven Elector que podría ayudar a los Patriotas a establecer una nueva República?



Sin embargo, en medio de mis pensamientos agitados, uno queda claro.

Sé con certeza dónde yacen ahora mis lealtades. No voy a ayudar a Razor a asesinar al Elector. Pero tengo que advertir a Day, de modo que no siga adelante con los planes de los Patriotas.

Necesito una señal.

Entonces me doy cuenta de que podría haber una manera de hacerlo, siempre y cuando él esté viendo imágenes de mí junto con el resto de los Patriotas. No sabrá por qué lo estoy haciendo, pero es mejor que nada. Bajo mi cabeza un poco, luego levanto la mano con el anillo de sujetapapeles de Day en él y presiono dos dedos contra un lado de mi frente. Nuestra señal acordada cuando llegamos por primera vez a las calles de Las Vegas.

Alto.





DAY

Traducido por Shadowy y nelshia

Corregido por Akanet



Más tarde esa noche, me dirijo a la sala principal de conferencias y me uno a los otros para escuchar sobre la próxima fase de la misión. Razor está de vuelta otra vez. Cuatro Patriotas continúan trabajando en un grupo pequeño en un rincón de la sala, la mayoría hackers por lo que puedo decir, analizando cómo están montados los altavoces en un edificio u otro. Estoy empezando a reconocer a algunos de ellos: uno de los hackers es calvo y constituido como un tanque, aunque un poco bajo; otro tiene una nariz gigante situada entre ojos de media luna en una cara muy delgada; una tercera es una chica a la que le falta un ojo. Casi todos tienen una cicatriz de algún tipo. Mi atención se desvía a Razor, quien está dirigiéndose a la multitud en el frente de la sala, su figura perfilada a la luz de todas las pantallas de mapa del mundo detrás de él. Estiro mi cuello para ver si puedo atrapar a Tess deambulando con los otros, para llevarla a un lado y tratar de disculparme. Sin embargo, cuando por fin alcanzo a verla, está parada con algunos otros médicos en formación, sosteniendo algún tipo de hierba verde en su palma y explicando pacientemente cómo usarla. O eso creo. Decido guardar mi disculpa para más tarde. No parece como que ella me necesite en este momento. El pensamiento me pone triste y extrañamente incómodo.

—¡Day! —Tess finalmente me nota. Le doy un saludo rápido en respuesta.

Ella se dirige hacia mí, entonces saca dos píldoras y un pequeño rollo de vendajes limpios de su bolsillo. Los mete en mis manos.

—Mantente a salvo esta noche, ¿de acuerdo? —dice sin aliento, fijándose con una mirada firme. No hay señal de la tensión de antes entre nosotros—. Sé cómo te pones cuando tu adrenalina está bombeando. No hagas nada demasiado loco. —Tess asiente hacia las píldoras azules en mi mano—. Te calentarán si está demasiado frío allá afuera.



Actúa con la edad suficiente para ser mi cuidadora, lo juro. La preocupación de Tess deja una sensación cálida en mi estómago.

—Gracias, prima —respondo, metiendo sus regalos en mis propios bolsillos—. Oye, yo...

Ella detiene mi disculpa con una mano en mi brazo. Sus ojos están tan abiertos ampliamente como siempre, tan reconfortante que me encuentro deseando que pudiera venir conmigo.

—Lo que sea. Sólo... prométeme que tendrás cuidado.

Tan rápida para perdonar, a pesar de todo. ¿Me había dicho esas cosas antes en el calor del momento? ¿Sigue enojada? Me inclino y le doy un breve abrazo.

—Lo prometo. Y tú también mantente a salvo. —Me aprieta la cintura en respuesta, y luego se dirige a reunirse a los otros médicos jóvenes antes de que pueda intentar mi disculpa de nuevo.

Después de que ella se ha ido, vuelvo mi atención otra vez a Razor. Él señala un vídeo borroso que muestra alguna calle cerca de las vías del tren de Lamar que Kaede y yo pasamos antes. Un par de soldados corren a través de la pantalla, sus cuellos levantados contra el aguanieve cayendo, cada uno de ellos comiendo empanadas humeantes. Mi boca se hace agua a la vista. La comida enlatada de los Patriotas es un lujo, pero, hombre, lo que no daría yo por un pastel de carne caliente.

—En primer lugar, me gustaría asegurarle a todos que nuestros planes van por buen camino —dice—. Nuestra agente se ha reunido exitosamente con el Elector y le contó sobre nuestro plan del asesinato señuelo. —Circunda un área de la pantalla con su dedo—. Originalmente, el Elector había planeado visitar San Angelo en su gira para levantar la moral, luego dirigirse aquí, a Lamar. Ahora se dice que vendrá a Pierra en cambio. Algunos de nuestros soldados estarán acompañando al Elector en lugar de su tropa original. —Los ojos de Razor pasan sobre mí, luego hace un gesto a la pantalla y se queda en silencio.

Un vídeo reemplaza la escena borrosa de la vía del tren de Lamar; estamos viendo imágenes de un dormitorio. Lo primero que noto es una figura delgada sentada en el borde de una cama, con las rodillas metidas bajo su barbilla. ¿June? Pero la habitación es de las buenas —ciertamente no parece una celda de prisión para mí— y la cama se ve suave y con una capa gruesa de mantas por las que yo hubiera matado por tener de vuelta en Lake.





Alguien agarra mi brazo.

—Hola. Ahí estás, campeón. —Pascao se detiene a mi lado, con esa sonrisa permanentemente alegre plasmada en toda su cara y esos ojos grises pálidos pulsando con emoción.

—Hola —respondo, dándole un rápido asentimiento en saludo antes de volver mi atención a la pantalla. Razor ha empezado a darle al grupo un panorama general de la siguiente fase de los planes, pero Pascao tira de mi manga de nuevo.

—Tú, yo, y algunos de los otros corredores vamos a salir en un par de horas. —Sus ojos parpadean hacia el vídeo antes de volver a mí—. Escucha. Razor quería que le diera a mi equipo un resumen más específico del que está entregándole al grupo. Acabo de informar a Baxter y a Jordan.

Apenas estoy prestándole atención a Pascao ya, porque ahora puedo decir que la pequeña figura en la cama es June. Debe ser ella, con la forma en que empuja su cabello detrás de sus hombros y analiza la habitación con una mirada extensa. Está vestida con ropa de dormir de aspecto bastante acogedora, pero está temblando como si la habitación estuviera fría. ¿Este elegante dormitorio es realmente su celda? Las palabras de Tess vuelven a mí.

Day, ¿lo has olvidado? June mató a tu madre.

Pascao tira de mi brazo de nuevo y me obliga a enfrentarlo, luego me lleva a la parte posterior del grupo.

—Escucha, Day —susurra de nuevo—. Hay un envío entrando a Lamar esta noche, por tren. Tendrá vagones cargados de armas, equipo, comida, y todo lo demás para los soldados en el frente de guerra, junto con todo un conjunto de equipos de laboratorio. Vamos a robar algunos suministros y a destruir un vagón lleno de granadas en ello. Ésa es nuestra misión esta noche.

Ahora June está hablando con el guardia cerca de la puerta, pero apenas puedo oírla. Razor ha terminado de dirigirse a la habitación y ha caído en conversación profunda con otros dos Patriotas, ambos de ellos señalando de vez en cuando hacia la pantalla, luego estirando algo en sus palmas.

—¿Cuál es el punto de estallar un vagón cargado de granadas? —pregunto.

—Esta misión es el asesinato señuelo. El Elector estaba programado originalmente para venir aquí a Lamar, al menos antes de que June tuviera una charla con él. Nuestra





misión esta noche debería convencer al Elector, si no está convencido ya, de que June estaba diciéndole la verdad. Además, será una buena oportunidad para robar unas cuantas granadas. —Pascao frota sus manos con un regocijo casi maníaco—. Mmmm. Nitroglicerina. —Yo levanto una ceja—. Yo y otros tres corredores vamos a hacer el trabajo del tren, pero necesitaremos un corredor especial para distraer a los soldados y guardias.

—¿Qué quieres decir con, *especial*?

—Lo que quiero decir —dice Pascao enfáticamente—, es que éste es el por qué Razor decidió reclutarte, Day. Esta es nuestra primera oportunidad para mostrarle a la República que estás vivo. Es por eso que Kaede te hizo quitar el tinte de cabello. Cuando se corra la voz de que fuiste visto en Lamar, destruyendo un tren de la República, la gente se va a volver loca. ¿El pequeño criminal notorio de la República, sigue en pie incluso después del intento del gobierno para ejecutarlo? Si eso no despierta el sentido de rebelión de la gente, nada lo hará. Eso es lo que estamos buscando: el caos. Para cuando hayamos terminado, el público estará tan entusiasmado sobre ti que estarán salivando por revolución. Es la atmósfera perfecta para el asesinato del Elector.

El entusiasmo de Pascao me hace sonreír un poco. ¿Meterme con la República? Esto es lo que nací para hacer.

—Dame más detalles —digo, moviendo mi mano en un gesto insinuante.

Pascao revisa para asegurarse de que Razor sigue repasando los planes con los otros, entonces me guiña el ojo.

—Nuestro equipo va a desenganchar el vagón de granadas a un par de kilómetros de la estación, para cuando lleguemos allí, no quiero que haya más que un puñado de soldados custodiando el tren. Ahora bien, ten cuidado. Por lo general no hay muchas tropas cerca de esas vías del tren, pero esta noche es diferente. La República estará a la caza de nosotros después de oír la advertencia de June sobre el asesinato señuelo. Estate atento por soldados adicionales. Cómpranos el tiempo que necesitamos, y asegúrate de que te vean.

—Bien. Te conseguiré tu tiempo. —Cruzo mis brazos y lo señalo—. Sólo dime a dónde tengo que ir.

Pascao sonríe y me da una palmada fuerte en la espalda.





—Genial. Eres el mejor corredor de nosotros por mucho; te desharás de esos soldados sin problemas. Encuéntrame en dos horas cerca a la entrada por donde entrase. Vamos a tener un baile. —Él chasquea los dedos—. Oh, y no te preocupes por Baxter. Sólo está resentido de que obtengas un trato especial de mí y Tess.

Tan pronto como él se aleja, mis ojos vuelven a la pantalla de vídeo y se quedan congelados en la figura de June. Mientras éste continúa reproduciéndose, trozos de la conversación de Razor con los otros Patriotas llegan a mí.

—...suficiente para escuchar lo que está pasando —está diciendo—. Ella lo tiene en posición.

En el vídeo, June parece estar dormitando, con sus rodillas metidas bajo la barbilla. No hay sonido en absoluto esta vez, pero no pienso mucho en ello. Entonces veo a alguien entrar a su celda, un hombre joven con cabello oscuro y un elegante abrigo negro. Es el Elector. Él se inclina y comienza a hablar con ella, pero no puedo entender lo que está diciendo. Cuando él se acerca a ella, June se tensa. Puedo sentir la sangre drenándose de mi cara. Toda la charla y el bullicio a mi alrededor se desvanece en la distancia. El Elector pone una mano bajo la barbilla de June y lleva el rostro de ella hacia el suyo. Él está tomando algo que pensaba que era sólo para mí, y siento una repentina y devastadora sensación de pérdida. Quiero arrancar los ojos del lugar, pero incluso desde la esquina de mi visión, todavía puedo verlo besándola. Parece que dura para siempre.

Miro entumecido mientras finalmente se alejan el uno del otro y el Elector sale de la habitación, dejando a June sola, acurrucada en la cama. ¿Qué está pasando por su mente en este momento? No puedo ver por más tiempo. Estoy a punto de darle la espalda, listo para seguir a Pascao fuera de la multitud y lejos de esta escena.

Pero entonces algo llama mi atención. Levanto la vista hacia el monitor. Y justo a tiempo, veo a June levantar dos dedos a su frente en nuestra señal.

Es pasada la medianoche cuando Pascao, yo, y otros tres corredores pintamos anchas rayas negras a través de nuestros ojos y nos metemos en uniformes del frente de guerra y gorras militares. Luego salimos de la guarida subterránea de los Patriotas por primera vez desde que llegué. Un par de soldados vagan cerca de vez en cuando, pero vemos más grupos de soldados mientras nos dirigimos más lejos de nuestro vecindario y cruzamos las vías del tren. El cielo todavía está completamente cubierto de nubes, y bajo las tenues farolas, puedo ver delgadas hojas de aguanieve cayendo. El pavimento





es resbaladizo con llovizna y hielo medio derretido, y el aire huele rancio, como una mezcla de humo y moho. Tiro de mi cuello rígido más alto, trago una de las píldoras azules de Tess, y en realidad deseo que pudiera estar con ella en los húmedos barrios marginales de Los Ángeles. Toco la bomba de polvo escondida dentro de mi chaqueta, revisando dos veces que esté seca. En el fondo de mi mente, la escena entre June y el Elector se reproduce en repetición.

La señal de June era para mí. ¿Cuál parte del plan quiere ella que detenga? ¿Quiere que abandone la misión de los Patriotas y escape? Si deserto ahora, ¿qué pasará con ella? La señal podría haber significado un millón de cosas. Incluso podría significar que ella ha decidido quedarse con la República. Me sacudo el pensamiento con furia de mi mente. No, ella no haría eso. *¿Ni siquiera si el propio Elector la quisiera?* ¿Eso la haría quedarse?

También recuerdo que el vídeo de ellos no tenía sonido en él. Todos los otros vídeos que hemos visto han tenido un sonido claro; Razor incluso insistió en asegurarse de que el volumen estuviera subido. ¿Los Patriotas lo habían quitado de éste? ¿Están ocultando algo?

Pascao nos detiene en las sombras de un callejón no lejos de la estación del tren.

—El tren llega en quince minutos —dice, su aliento levantándose en nubes—. Baxter, Iris, ustedes dos vengan conmigo. —La chica llamada Iris (alta y delgada, con ojos hundidos constantemente en movimientos alrededor), sonríe, pero Baxter pone mala cara y aprieta su mandíbula. Lo ignoro y trato de no pensar en lo que sea que está tratando de poner en la mente de Tess sobre mí. Pascao señala a la tercera corredora, una chica pequeña con trenzas de color cobre que sigue mirándome a escondidas—. Jordan, tú vas a identificar el vagón correcto para nosotros. —Ella le da a Pascao un pulgar en alto.

Los ojos de Pascao se mueven hacia mí.

—Day —susurra—. Conoces tu misión.

Tiro del borde de mi gorra.

—Lo tengo, primo. —Lo que sea que June quiso decir, este no es el momento para que deje a los Patriotas atrás. Tess todavía está allí en el búnker, y no tengo idea de dónde está Eden. De ninguna manera voy a poner a ambos en peligro.

—Mantén a esos soldados ocupados, ¿sí? Has que te odien.





—Esa es mi especialidad. —Hago un gesto hacia los techos inclinados y muros desmoronados a nuestro alrededor. Para un corredor, esos techos son como toboganes gigantes suavizados por hielo. Doy un silencioso agradecimiento a Tess; la píldora azul ya está calentándose desde adentro hacia afuera, tan reconfortante como un plato de sopa caliente en una noche helada.

Pascao me da una amplia sonrisa.

—Bueno, entonces. Vamos a darles un buen rato.

Miro a los demás alejarse deprisa a lo largo de las vías del tren a través del velo de aguanieve. Entonces me adentro más en las sombras y estudio los edificios. Cada uno es viejo y acribillado con puntos de apoyo; y para hacer las cosas aún más divertidas, todos tienen vigas metálicas oxidadas cruzando sus muros. Algunos tienen plantas superiores que están completamente destruidas y abiertas al cielo nocturno. Otros tienen techos inclinados de tejas. A pesar de todo, no puedo evitar sentir una punzada de anticipación. Estos edificios son un paraíso para un corredor.

Me vuelvo por la calle hacia la estación del tren. Hay por lo menos dos grupos de soldados, tal vez más que no puedo ver en el otro lado. Algunos estás alineados a lo largo de las vías a la espera, sus rifles izados, las rayas negras en sus ojos brillando húmedamente en la lluvia. Levanto mi mano a mi cara y reviso mi propia raya. Entonces tiro hacia abajo mi gorra militar más apretada en mi cabeza. Hora del espectáculo.

Consigo un buen punto de apoyo en una pared y me contoneo en mi camino hacia el techo. Cada vez que meto mi pierna, mi pantorrilla roza mi implante de pierna artificial. El metal está helado, incluso a través de la tela. Varios segundos después, estoy encaramado detrás de una chimenea desmoronándose tres pisos arriba. Desde aquí puedo ver que, justo como esperaba, hay un tercer grupo de soldados en el otro lado de la estación del tren. Me abro paso al otro extremo del edificio y luego salto silenciosamente de edificio a edificio hasta que estoy en lo alto de un techo inclinado. Ahora estoy lo suficientemente cerca para ver las expresiones en los rostros de los soldados. Meto la mano en mi chaqueta, asegurándome de que mi bomba de polvo siga en su mayoría seca, y luego me agacho allí en el techo a esperar.

Unos cuantos minutos pasan.

Entonces me levanto, saco la bomba de polvo, y la lanzo lo más lejos de la estación del tren que puedo.





Boom. Explota en una nube gigante al momento que golpea el suelo. Al instante, el polvo se traga toda esa cuadra y corre por las calles en olas ondulantes. Escucho gritos de los soldados cerca de la estación del tren, uno de ellos grita—: ¡Allí! ¡Tres cuadras abajo! —Qué manera de declarar lo obvio, soldado. Un grupo de ellos se separa de la estación y empiezan a correr hacia donde la nube de polvo ha cubierto las calles.

Me deslizo por el techo inclinado. Las tejas se rompen aquí y allá, enviando una lluvia de neblina helada en el aire, pero a través de todo el criterio y carreras por debajo de mí, ni siquiera puedo escucharme yo mismo. El techo en sí es resbaladizo como el cristal mojado. Tomo velocidad. El aguanieve azota con más fuerza contra mis mejillas, me preparo mientras llego a la parte inferior del techo y entonces me lanzo en el aire. Desde el suelo, probablemente parezco una especie de fantasma.

Mis botas golpean el techo inclinado del edificio de al lado, éste justo al lado de la estación del tren. Los soldados que siguen allí están distraídos, mirando por la calle hacia el polvo. Hago un pequeño salto en la parte inferior de este segundo techo, y luego me agarro al lado de una farola y me deslizo por el poste hasta el suelo. Aterrizo con un crujido rápido y ahogado en las vetas de hielo del pavimento.

—¡Síganme! —le grito a los soldados. Ellos me ven por primera vez, sólo otro soldado insulto con un uniforme oscuro y una raya negra en los ojos—. Hay un ataque a uno de nuestros almacenes. Podrían ser los Patriotas finalmente mostrando sus caras. —Hago un gesto a los dos grupos que quedan—. Todos. ¡Órdenes del comandante, apúrense! —Entonces me vuelvo sobre mis talones y comienzo a correr lejos de ellos.

Efectivamente, el sonido de sus botas golpeando pronto me sigue. De ninguna manera estos soldados se atreverían a correr el riesgo de desobedecer a su comandante, incluso si eso significa dejar la estación momentáneamente sin vigilancia. A veces tienes que amar la férrea disciplina de la República.

Sigo corriendo.

Cuando he llevado a los soldados cuatro o cinco cuadras hacia abajo, más allá de la nube de polvo y varios almacenes, de repente me desvío por un pasillo estrecho. Antes de que puedan girar la esquina, corro directo hacia uno de los muros del callejón, y cuando estoy a varios metros de distancia, salto y pateo contra el ladrillo. Mis manos salen disparadas. Me agarro a la cornisa del segundo piso y es sólo cuestión de un momento saltar a ella. Mis pies aterrizan sólidamente en la cornisa.

Para el momento en que los soldados se han apresurado en el mismo callejón, yo me he fundido en la grieta sombreada de una ventana del segundo piso. Escucho a los



primeros detenerse, luego sus exclamaciones desconcertadas. Ahora es un momento tan bueno como cualquiera, pienso. Levanto mi mano y me quito la gorra, dejando suelto mi cabello rubio platinado. Uno de los soldados gira la cabeza hacia arriba lo suficientemente rápido para verme salir como un rayo de la grieta en la ventana y dar vuelta a la esquina desde la cornisa del segundo piso.

—¿Viste eso? —grita alguien con incredulidad—. ¿Ese era Day? —Mientras atasco mis pies en los espacios de viejos ladrillos y me impulso hasta el tercer piso, los tonos de los soldados van de confundidos hasta enojados. Alguien grita a los otros que me disparen. Yo sólo aprieto los dientes y salto al tercer piso.

Las primeras balas rebasan en la pared. Una golpea a centímetros de mi mano. No me detengo, en lugar de eso me lanza hacia el piso superior y me balanceo sobre la inclinada azotea en un movimiento. Más chispas iluminan los ladrillos debajo de mí. Lejos en la distancia veo la estación, el tren ha llegado, medio escondido tras el vapor, y está estacionado desatendido a excepción de varios soldados que han bajado del tren mismo.

Correto por el techo y me deslizo por la otra mitad, luego tomo otro salto volando al siguiente techo. Abajo, algunos soldados han comenzado a precipitarse hacia el tren. Tal vez, finalmente se dieron cuenta de que esto era una distracción. Mis ojos dejan la estación sólo cuando estoy volando hacia otro techo.

Dos cuadras de distancia.

Entonces, una explosión. Una brillante, furiosa nube se enrolla más allá de las vías del tren, y aun así mi punto de ventaja en el techo se estremece. El impacto me hace perder el equilibrio y caigo de rodillas. *Esa es la explosión que Pascao había mencionado.* Asimismo el infierno por un momento, considerándolo. Muchos de los soldados estarán dirigiéndose hacia allá, es peligroso, pero si mi trabajo es dejar que la República sepa que estoy vivo, mejor me aseguro de ser visto por tanta gente como sea posible.

Me obligo a levantarme de nuevo y correr más rápido, embutiendo mi cabello de nuevo dentro de mi gorra mientras lo hago. Los soldados abajo se han dividido en dos grupos: uno arrancando hacia la explosión, el otro continúa rastreándome.

De pronto, derrapo al detenerme. Los soldados se precipitan justo delante del edificio en el que estoy. Sin perder otro segundo, me deslizo por el techo y me balanceo por el borde del canal. Golpeo un punto de apoyo. Uno después de otro. Salto hacia el pavimento. Los soldados probablemente *acaban* de darse cuenta que me perdieron, pero ya estoy mezclándome con las sombras en el piso. Ahora estoy corriendo a un





ritmo constante a lo largo de la calle como si fuera sólo otro soldado más. Me dirijo hacia el tren.

El aguanieve está cayendo con más fuerza. El incendio causado por la explosión ilumina el cielo nocturno, y estoy lo suficientemente cerca del tren para escuchar gritos y pies golpeando. ¿Pascao y los otros lograron salir ilesos? Acelero mis pasos. Otros soldados se materializan a través del aguanieve, y caigo suavemente en la fila con ellos mientras trotamos por un lado del tren. Se apresuran hacia el fuego.

—¿Qué pasó? —le grita uno de ellos a otro.

—No lo sé... oí que una chispa encendió la carga.

—¡Eso es imposible! Todos los vagones están cubiertos...

—Que alguien contacte al comandante DeSoto. Los Patriotas hicieron su movimiento... manden un informe al Elector... ellos están...

Ellos continuaron y perdí la última parte de ese enunciado. Gradualmente bajé de velocidad hasta que estoy al final de la fila, entonces me precipito lejos por la pequeña abertura entre dos vagones. Todos los soldados que puedo ver aún se dirigen a las llamas. Otros están en el área donde detoné la bomba de polvo, y los otros que estaban persiguiéndome probablemente siguen aturdidos, barriendo las calles por las que había estado corriendo. Esperé hasta que tuve la certeza de que no había nadie más cerca de mí. Entonces, me deslicé entre los vagones y corrí a lo largo del lado opuesto de las vías donde los otros soldados estaban. Dejo mi cabello suelto otra vez. Ahora sólo necesito escoger el momento correcto para hacer mi gran entrada.

Hay pequeñas marcas en cada vagón que paso. Carbón. Armas de seguimiento. Municiones. Comida. Estoy tentado a detenerme en este último, pero eso es sólo la parte de Lake en mí hablando. Me recuerdo que ya no estoy hurgando en las calles y que los Patriotas tienen una despensa completa en su base. Me fuerzo a seguir adelante. Más marcas. Más suministros de guerra.

Entonces paso una marca que me obliga a detenerme. Un escalofrío recorre mis brazos y piernas. Rápidamente troto de regreso para ver el vagón marcado de nuevo, sólo en caso de que lo haya imaginado.

Nop. Ahí está, resaltada en el metal. La única que reconocería en donde fuera.

Las tres X alineadas. Mi mente gira; veo el símbolo rojo pintado con spray marcando la puerta de mi madre, las patrullas antíopeste avanzando de casa en casa en Lake, Eden





siendo alejado. No hay forma de que este símbolo signifique alguna otra cosa que el hecho de que mi hermano, o algo relacionado a él, está en este tren. Todo mi interés en el plan de los Patriotas sale de mi cabeza. *Eden podría estar aquí.*

Puedo notar que las dos puertas corredizas del vagón están bloqueadas, así que retrocedo algunos pasos, luego corro hacia ellas. Cuando estoy lo suficientemente cerca, salto, tomo tres rápidos pasos contra el costado del vagón, agarro la punta del borde superior del este, y me impulso hacia arriba.

Hay un sello metálico circular en el medio del techo de este vagón que probablemente es usado para acceder al interior. Me arrastro sobre él, paso mis dedos a lo largo de los bordes, y encuentro cuatro circuitos electrónicos manteniendo el sello cerrado. Fervientemente los desencajo. Los soldados deberían estar regresando en cualquier segundo. Presiono contra el sello con toda la fuerza que tengo. Se desliza abriendo una grieta, sólo lo suficiente para saltar dentro.

Aterrizo con un ruido sordo. Está demasiado oscuro, así que no puedo ver nada al principio. Extiendo mis manos y toco lo que parece ser una superficie redonda de cristal. Lentamente empiezo a reconocer mis alrededores.

Estoy parado frente a un cilindro de cristal casi tan alto y ancho como el vagón, con una tapa de metal liso en la parte superior e inferior. Emite un muy ligero brillo azul. Dentro, una pequeña figura está recostada en el piso, con tubos saliendo de uno de sus brazos, sé al momento que es un niño. Su cabello es corto y limpio y un lío de rizos suaves, y está vestido con un overol blanco que lo hace destacarse contra la oscuridad.

Un fuerte zumbido en mis oídos bloquea a todo y a todos. Es Eden. Es Eden. Debe ser él. He ganado el premio mayor; no puedo creer mi suerte. Él está justo aquí, lo he encontrado a la mitad de la nada, en toda la inmensidad de la República, en una descabellada coincidencia. Puedo sacarlo. Podemos escapar a las Colonias aún más pronto de lo que pensé posible. Podemos escapar esta noche.

Me precipito hacia el contenedor y estrello mi puño contra el cristal, medio esperando que estalle aun cuando puedo decir que tiene como un pie de grueso y es casi seguro a prueba de balas. Por un instante no sé si puede escucharlo. Pero entonces sus ojos se abren. Dan vueltas de un modo raro, desenfocados antes de tratar de quedarse en mí.

Me toma un largo momento procesar el hecho de que este niño no es Eden.

Un sabor amargo de decepción arde en mi lengua. Es tan pequeño, tan cercano a la edad de mi hermano, que no puedo evitar abrumarme al imaginarme el rostro de Eden.





—Existen otros que también han sido marcados con cepas poco comunes de la peste? Bueno, por supuesto que los habría. ¿Por qué sería Eden el único en todo el país?

El niño y yo sólo nos miramos por un tiempo. Creo que puede verme, pero no puede fijar su vista; continúa entrecerrando sus ojos de una manera que me recuerda la miopía de Tess. Eden. Recuerdo la forma en que los iris de sus ojos sangraban por la peste... por la forma en que este niño está tratando de evaluarme, puedo decir que él está casi ciego. Un síntoma que mi hermano probablemente también tiene.

Repentinamente sale de su trance y gatea hacia mí lo más rápido que puede. Presiona ambas manos sobre el cristal. Sus ojos son pálidos, café opaco, no el espeluznante negro que Eden tenía la última vez lo vi, pero la mitad inferior de sus iris están de un púrpura oscuro con sangre. ¿Quiere decir eso que el niño, como Eden, está mejorando, porque la sangre está drenándose, o peor, porque la sangre está drenándose hacia dentro? Los iris de Eden habían estado completamente llenos de sangre la última vez que lo vi.

—¿Quién está ahí? —dice él. El cristal ensordece su voz. Aún no puede enfocarse en mí, incluso estando cerca.

Me sacudo de mi trance también.

—Un amigo —respondo roncamente—. Voy a sacarte de ahí. —Con eso sus ojos se abren; la esperanza florece en su pequeña cara. Mis manos recorren el cristal buscando por algo, *lo que sea*, que pueda abrir el bendito cilindro—. ¿Cómo operas esta cosa? ¿Es seguro?

El chico golpea frenéticamente contra el cristal. Él está aterrado.

—Ayúdame, por favor! —exclama con su voz temblando—. ¡Sácame, por favor, sácame de aquí!

Sus palabras rompen mi corazón. ¿Es esto lo que Eden está haciendo, aterrado y ciego, esperando en algún vagón oscuro para que lo salve? Tengo que sacar a este niño. Me estabilizo contra el cilindro.

—Tienes que calmarte, niño. ¿De acuerdo? No te asustes. ¿Cuál es tu nombre? ¿De qué ciudad es tu familia?

Lágrimas han empezado a deslizarse por el rostro del niño.





—Mi nombre es Sam Vatanchi, mi familia está en Helena, Montana. —Sacude su cabeza vigorosamente—. Ellos no saben a dónde fui. ¿Puedes decirles que quiero ir a casa? ¿Puedes...?

No, no puedo. Estoy tan malditamente impotente. Quiero golpear directamente hacia los lados metálicos del vagón.

—Haré lo que pueda. ¿Cómo abres este cilindro? —le pregunto otra vez—. ¿Es seguro abrirlo?

El niño apunta frenéticamente hacia el otro lado del cilindro. Puedo decir que está esforzándose por esconder su miedo.

—Bien, bien. —Se detiene un momento intentando pensar—. Um, es seguro. Creo. Hay algo ahí en lo que escriben —responde él—. Puedo oír unos pitidos y luego el tubo se abre.

Corro hacia donde está señalando. *¿Es mi imaginación o puedo oír el débil sonido de botas golpeando el pavimento?*

—Es alguna clase de pantalla de cristal —digo. La palabra CERRADO aparece en color rojo a lo largo de ella. Me volteo hacia el niño y toco el cristal. Sus ojos giran hacia el sonido—. ¿Hay alguna contraseña? ¿Cómo la introducen?

—¡No lo sé! —El niño alza sus manos, sus palabras cortando en un sollozo—. Por favor, sólo...

Maldición, me recuerda demasiado a Eden. Sus lágrimas hacen que mis ojos se llenen de agua.

—Vamos —lo convenzo, luchando por mantener mis palabras fuertes. Tengo que estar en control—. Piensa. ¿Hay algún otro modo de abrir esto, además del teclado?

Él sacude la cabeza.

—No lo sé. ¡No lo sé!

Ya puedo imaginar lo que Eden diría, si fuera este chico. Habría dicho algo técnico, pensando como el pequeño ingeniero que es. Algo así como: *¿Tienes algún objeto afilado? ¡Trata de encontrar el dispositivo manual!*

Fortalécete. Saco el cuchillo que siempre está en mi cinturón. He visto a Eden desarmar artefactos antes y reconfigurar todo el cableado interno y paneles de circuitos. Tal vez debería intentar la misma cosa.



Coloco la hojilla contra la pequeña abertura recorriendo todo el borde del teclado y cuidadosamente aplico presión. Cuando nada sucede, presiono más fuerte hasta que la hoja se dobla. No ayuda en nada.

—Está muy apretado —murmuro. Si tan sólo June estuviera aquí. Ella probablemente descubriría cómo funciona esta cosa en medio segundo. El niño y yo compartimos un breve momento de silencio. Su barbilla cae hasta su pecho y sus ojos se cierran; él sabe que no hay manera de abrirlo.

Necesito rescatarlo. Necesito *salvar a Eden*. Eso me hace querer gritar.

No es mi imaginación; oigo a los soldados acercándose. Deben estar revisando los compartimentos.

—Habla conmigo, Sam —digo—. ¿Aún estás enfermo? ¿Qué te están haciendo?



El niño limpia su nariz. La luz de esperanza ya se ha desvanecido de su cara.

—¿Quién eres?

—Alguien que quiere ayudar —susurro—. Mientras más me digas, más fácil será para mí arreglar esto.

—Ya no estoy enfermo —responde Sam rápidamente, sabe que estamos quedándonos sin tiempo—, pero dicen que tengo algo en mi sangre. Los llaman un *virus latente*. —Se detiene a pensar—. Me dan medicina para evitar que me enferme otra vez. —Se frota sus ojos ciegos, sin palabras rogándome que lo salve—. Cada vez que el tren se detiene, me toman una muestra de sangre.

—¿Alguna idea de en qué ciudades has estado?

—No sé... oí el nombre de Bismarck una vez... —El niño se pausa mientras piensa—. Y ¿Yankton?

Ambas son ciudades frentes de guerra en Dakota. Pienso en el transporte que están usando para él. Probablemente mantiene el ambiente estéril, así las personas pueden entrar y tomar la muestra de sangre, luego mezclarla con lo que sea que active el virus latente. Los tubos en sus brazos quizás sólo sean para alimentarlo.

Mi mejor conjetura es que lo están usando como un arma biológica contra las Colonias. *Ha sido convertido en una rata de laboratorio*. Justo como Eden. El pensamiento de mi hermano siendo transportado alrededor así amenaza con ahogarme.

—¿Adónde te llevarán después? —demando.



—¡No lo sé! Sólo... ¡quiero ir a casa!

En algún lugar en el frente de guerra. Sólo puedo imaginar cuántos otros desfilaron dentro y fuera del frente de guerra. Me imagino a Eden acurrucado en uno de estos trenes. El niño ha empezado a gemir otra vez, pero me fuerzo a detenerlo.

—Escúchame, ¿conoces a un chico llamado Eden? ¿Has oído mencionar ese nombre en algún lado?

Sus chillidos son más ruidosos.

—¡No... yo no... sé quién...!

No puedo demorarme más. De alguna manera me las arreglo para desplazar mis ojos lejos del niño y correr a las puertas corredizas. Los pasos de los soldados son más fuertes en este momento, no pueden estar más allá de cinco o seis vagones. Doy un vistazo atrás hacia el niño.

—Lo siento. Tengo que irme. —Me mata decir esas palabras.

El niño empieza a llorar otra vez. Sus manos golpean contra el grueso cristal.

—¡No! —Su voz se quiebra—. Te dije todo lo que sé, ¡por favor no me dejes aquí!

No puedo soportar escucharlo más. Me fuerzo a pararme al lado de los seguros de una puerta corrediza y acercarme lo suficiente al techo del vagón para agarrar el borde superior del sello circular. Me halo hacia arriba al aire nocturno otra vez, de regreso al aguanieve que pica mis ojos y fustiga hielo contra mi cara, y lUCHO por recomponer mi compostura. Estoy tan avergonzado de mí mismo. Este chico me ha dado toda la ayuda que podía, y ¿así es como le pago? ¿Corriendo por mi vida?

Los soldados están inspeccionando los vagones a quince metros. Deslizo el sello de nuevo en su lugar y me contoneo pegado contra el techo hasta que he alcanzado el borde. Me balanceo hacia abajo y aterrizo en el suelo.

Pascao se materializa de entre las sombras, sus ojos gris pálido brillando en la oscuridad. Debe haber estado buscándome.

—¿Por qué demonios estás aquí? —murmura—. Deberías de haber hecho una escena cerca de la explosión, ¿sí? ¿Dónde estabas?

No estoy de humor para jugar limpio.



—Ahora no —digo bruscamente y empiezo a correr al lado de Pascao. Tiempo de regresar a nuestro túnel bajo suelo. Todo pasa zumbando en una niebla surrealista.

Pascao abre su boca para decir algo más, duda cuando ve mi rostro, y decide dejarlo pasar.

—Er... —empieza otra vez, esta vez más tranquilamente—, bueno, lo hiciste bastante bien. Probablemente ya se extendió la voz de que estás vivo, aún sin todo el extra de los fuegos artificiales. Tu carrera arriba en los techos fue bastante sorprendente. Veremos mañana en la mañana cómo el público reacciona a tu aparición aquí. — Cuando no respondo, el muerde su labio, y lo deja así.

No tengo más opción que esperar hasta que Razor termine con el asesinato antes de que me ayuden a rescatar a Eden. Una marea de ira sobre el joven Elector se desata en mí. *Te odio. Te odio con todo lo que tengo, y juro que voy a poner una bala en ti en la primera oportunidad que tenga.* Por primera vez desde que me uní a los Patriotas, me encuentro emocionado por el asesinato. Voy a hacer todo para asegurarme de que la República nunca toque a mi hermano de nuevo.

Entre el caos del incendio ardiendo y los gritos de las tropas, nos deslizamos hacia el otro lado de la ciudad y de regreso a la noche.





JUNE

Traducido por LizC (SOS) y Wicca_82

Corregido por LizC



Menos de dos días antes del asesinato del Elector actual. Treinta horas para que lo detenga.

El sol acaba de ponerse cuando el Elector, junto con seis senadores y al menos cuatro patrullas de guardias (cuarenta y ocho soldados), abordan un tren dirigido al frente de guerra de la ciudad de Pierra. Estoy en camino con ellos también. Esta es la primera vez que estoy viajando como pasajero en lugar de un prisionero, así que esta noche estoy vestida con medias de invierno cálidas y botas de cuero suaves (sin tacones ni zapatos de acero, de modo que no puedo usarlos como armas) y una capa con capucha de lona que es de un profundo color escarlata con pasador de plata. No más cadenas. Anden incluso se asegura de que tenga guantes (de cuero suave, negro y rojo), y por primera vez desde que llegué a Denver, mis dedos no sienten frío. Mi cabello está de la forma en que siempre ha sido, limpio y seco, recogido en una coleta alta. A pesar de todo esto, mi cabeza se siente caliente y me duelen los músculos. Todas las lámparas a lo largo de la plataforma de la estación están apagadas, y nadie aparte de la unidad del Elector está a la vista. Abordamos el tren en completo silencio.

El repentino desvío de Anden desde Lamar a Pierra es probablemente algo que la mayoría de los senadores ni siquiera saben.

Mis guardias me llevan a mi propio vagón privado, un coche tan lujoso que sé que estoy aquí sólo porque Anden insistió en ello. Es dos veces más largo que los vagones normales (unos buenos novecientos metros cuadrados, con seis cortinas de terciopelo y el omnipresente retrato de Anden colgando contra la pared de la derecha). Los guardias me llevan a la mesa en medio del coche, y luego sacan un asiento para mí. Siento un extraño desapego de todo, como si nada de esto es real; es como si estuviera



exactamente donde solía estar, una chica rica tomando su legítimo lugar entre la élite de la República.

—Si necesita algo, háganoslo saber —dice uno de ellos. Suena amable, pero la tensión de su mandíbula delata lo nervioso que está a mi alrededor.

No hay sonidos ya, a excepción del sutil traqueteo del tren en las vías. Trato de no centrarme directamente en los soldados, pero por el rabillo de mi ojo, los vigilo de cerca. ¿Hay Patriotas disfrazados de soldados en este tren? Si es así, ¿sospechan de mis lealtades cambiantes?

Esperamos juntos en un silencio espeso. La nieve ha comenzado a caer de nuevo, acumulándose contra las esquinas exteriores de mi ventana. Rizos de la helada blanca adornan el cristal. Me recuerda el funeral de Metias, de mi vestido blanco y el traje blanco pulido de Thomas, las lilas blancas y las alfombras blancas.



El tren toma velocidad. Me inclino en la ventana hasta que mi mejilla casi toca el vidrio frío, observando en silencio como nos acercamos inminente a la Armadura que rodea Denver. Incluso en la oscuridad puedo ver los túneles del tren tallados en la Armadura; algunos de ellos están completamente sellados con compuertas de metal sólido, mientras que otros permanecen abiertos para que las cargas nocturnas pasen a través de él. Nuestro tren se precipita en uno de los túneles; supongo que los trenes que salen de la capital no tienen que detenerse para una inspección, sobre todo si el Elector lo ha aprobado. Al dejar la enorme pared de atrás, veo un tren entrante desacelerando para su inspección en un puesto de control.

Nosotros seguimos adelante, adentrándonos en la noche. Los rascacielos desgastados por la lluvia de los sectores marginales pasan más allá de las ventanas, la vista, ahora familiar, de cómo vive la gente en las afueras de una ciudad. Estoy demasiado cansada como para prestar mucha atención a los detalles. Mi mente va sobre lo que me dijo Anden la última noche, lo que me lleva de nuevo al problema interminable de cómo advertir a Anden y mantener a Day a salvo al mismo tiempo. Los Patriotas sabrán que les he traicionado si revelo el complot para asesinar a Anden antes de tiempo. Necesito sincronizar mis pasos para cualquier desviación del plan que ocurra justo antes del asesinato, cuando pueda llegar a Day fácilmente.

Me gustaría poder decirle a Anden ahora. Decirle todo, acabar de una vez. En un mundo sin Day, eso es lo que yo haría. *En un mundo sin Day, muchas cosas serían diferentes.* Pienso en las pesadillas que he estado teniendo, la idea obsesiva de Razor poniendo una bala en el pecho de Day. El anillo de sujetapapeles pesa en mi dedo. Una vez más, levanto dos dedos a mi frente. Si Day no entendió mi primera señal, espero



que vea ésta. Los guardias no parecen pensar que estoy haciendo algo inusual; parece que sólo estoy descansando mi cabeza. Los vagones se balancean hacia un lado y una ola de vértigo se apodera de mí.

Tal vez este resfriado que he estado manifestando —si realmente es un resfriado, es decir, y no algo más grave— está empezando a afectar mi lógica. Sin embargo, no levanto una solicitud para médicos o medicamentos. La medicina inhibe el sistema inmunológico real, por lo que siempre he preferido luchar contra las enfermedades por mi cuenta (mucho para la exasperación de Metias).

¿Por qué muchos de mis pensamientos conducen de nuevo a Metias?

La voz agravada de un hombre me distrae de mis pensamientos errantes. Me aparto de la ventana y vuelvo a la parte interior de mi vagón. Suena como un hombre mayor. Me siento erguida en la silla y puedo ver dos figuras caminando hacia mí a través de la pequeña ventana de la puerta de mi vagón. Uno de ellos es el hombre que acababa de oír, bajo y con forma de pera, con una barba gris desaliñada y, nariz bulbosa pequeña. El otro es Anden.



Me esfuerzo por escuchar lo que están diciendo, en un primer momento, lo único que puedo oír son pedazos aislados de su conversación, pero sus palabras se agudizan a medida que se acercan a mi vagón.

—Elector, por favor, le estoy diciendo esto por su propio bien. Los actos de rebeldía se deben atender con castigos severos. Si no reacciona adecuadamente, sólo será cuestión de tiempo antes de que todo se vea inmerso en la agitación.

Anden escucha pacientemente, con las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia abajo, hacia el hombre.

—Gracias por su preocupación, Senador Kamion, pero mi decisión está tomada. Ahora difícilmente es hora de atender los disturbios en Los Ángeles con fuerza militar.

Mis orejas se animan ante esto. El hombre mayor extiende los brazos en un gesto de irritación.

—Empuje a la gente de nuevo en línea. Necesita eso en este momento, Elector. Demuestre su voluntad.

Anden niega con la cabeza.



—Eso llevará a la gente sobre el borde, Senador. ¿Usar fuerza letal antes de que tenga la oportunidad de dar a conocer todos los cambios que tengo en mente? No. No voy a emitir una orden como tal. *Esa* es mi voluntad.

El Senador se rasca su barba con irritación y pone una mano en el codo de Anden.

—El público ya está en pie de guerra contra ti, y tu clemencia se verá como debilidad, no sólo externamente, sino también internamente. Los administradores de Pruebas en L.A se quejan de nuestra falta de respuesta; las protestas los han obligado a cancelar un valor de varios días de exámenes.

La boca de Anden se tensa en una línea severa.

—Creo que ya sabes lo que pienso de las Pruebas, Senador.

—Lo hago —responde el Senador malhumorado—. Esa es una discusión para otro momento. Pero si no ejecuta órdenes que nos permitan detener los disturbios, puedo garantizar que usted estará recibiendo una diatriba del Senado y las patrullas de Los Ángeles.

Anden hace una pausa para levantar una ceja.

—¿Es así? Lo siento. Estaba bajo la impresión de que nuestro Senado y nuestros militares entienden *exactamente* cuánto peso llevan mis palabras.

El Senador se limpia el sudor de la frente.

—Bueno, así es, por supuesto el Senado se inclinará a su gusto, señor, pero yo sólo quería decir, bueno...

—Ayúdame a convencer a los demás Senadores que este es un mal momento para nosotros arremeter en el público. —Anden se detiene para mirar al hombre y le palmea en el hombro—. No quiero hacer enemigos en el Congreso, Senador. Quiero que sus compañeros delegados y los tribunales nacionales respeten mis decisiones como lo hicieron con mi padre. El uso de fuerza letal para reprimir manifestantes sólo incitará más ira hacia el estado.

—Pero, señor...

Anden se detiene fuera de mi vagón.

—Vamos a terminar esta discusión más tarde —dice—. Estoy cansado. —A pesar de que su respuesta es amortiguada por las puertas entre nosotros, puedo oír el acero en sus palabras.



El Senador murmura algo y baja la cabeza. Cuando Anden asiente, el hombre se da la vuelta y se apresura lejos. Anden lo observa irse, luego abre la puerta de mi vagón. Los guardias le saludan.

Nos asentimos el uno al otro.

—He venido a entregar tus términos de liberación, June. —Anden me habla con una formalidad distante, tal vez debido a la conversación glacial que acaba de tener con el Senador. El beso que me había dado ayer por la noche se siente como una alucinación. Aún así, el verlo me da un sentido peculiar de comodidad, y me sorprende recordándome contra la silla como si estuviera en compañía de un viejo amigo—. Ayer por la noche recibimos la noticia de que *hubo* un ataque en Lamar. Un tren fue destruido en una explosión; el tren en el que tenía que estar. No sé la última palabra sobre quién es el responsable, y no pudimos atrapar a ninguno de los atacantes, pero suponemos que fueron los Patriotas. Contamos con equipos cazándolos ahora mismo.

—Contenta de estar a la orden, Elector —le digo. Mis manos se agarran entre sí firmemente en mi regazo, recordándome la suavidad lujosa de mis guantes. ¿Debo sentirme tan segura y a salvo en este vagón de élite mientras Day está probablemente huyendo con los Patriotas?

—Si puede pensar en otros detalles, señorita Iparis, no dude en compartirlos por favor. Está de vuelta en la República ahora; eres uno de nosotros, y te doy mi palabra de que no tienes nada que temer. Una vez que lleguemos a Pierra, tu registro será borrado. Yo personalmente veré que sea reintegrada a su antiguo rango, aunque será colocada en una patrulla diferente de la ciudad. —Anden se lleva una mano a la boca y se aclara la garganta—. Yo te he recomendado para un equipo en Denver.

—Gracias —le respondo en voz baja. Anden está cayendo justo en la trampa de los Patriotas.

—Algunos Senadores creen que hemos sido demasiado generosos contigo, pero todo el mundo está de acuerdo en que tú eres nuestra mejor esperanza de localizar a los líderes de los Patriotas. —Anden se acerca más y se sienta frente a mí—. Estoy seguro de que van a tratar de atacar de nuevo, y quiero que guíes a mis hombres para interceptar los intentos futuros.

—Es usted muy amable, Elector. Me siento honrada —le respondo, bajando la cabeza en una medio reverencia—. Y si no es mucho preguntar, ¿mi perro será perdonado también?



Anden se ríe un poco.

—Tu perro está siendo atendido en la capital; estará esperando a tu llegada.

Me encuentro con los ojos de Anden y los retengo por un momento. Sus pupilas se dilatan y sus mejillas se sonrojan ligeramente.

—Puedo ver por qué el Senado no estaría contento con tu clemencia —digo finalmente—. Pero es cierto que nadie puede mantenerte más a salvo que yo. —Necesito un minuto a solas con él—. Aunque tiene que haber otra razón por la que estás siendo tan amable conmigo. ¿Cierto?

Anden traga y mira hacia su propio retrato. Mis ojos se mueven a los guardias de pie a las puertas del vagón. Como si supiera lo que estoy pensando, Anden ondea una mano a los soldados, luego apunta arriba a las cámaras en el vagón. Los soldados se van, y un momento después las luces rojas de las cámaras, parpadean hasta apagarse. Por primera vez, nadie nos está mirando. Estamos verdaderamente solos.

—La verdad es que —continúa Anden—, te has hecho muy popular entre el público. Si se corre la voz de que la prodigo más dotada del país está siendo condenada por traición, o incluso degradada por deslealtad, bueno, puedes ver cuán mal se reflejaría sobre la República. Y en mí. Incluso el Congreso lo sabe.

Mis manos se encogen y las recojo en mi regazo.

—Tu padre era del Senado y de alguna forma tú tienes diferentes códigos morales —digo, dándole vueltas a la conversación que había oído entre Andes y el Senador Kamion hace unos momentos—. O al menos eso tengo entendido.

Él sacude su cabeza y sonríe con amargura.

—Por decirlo suavemente.

—No sabía que te disgustaban tanto las Pruebas.

Anden asiente. No parece sorprendido de que haya escuchado su conversación.

—Las Pruebas son una forma anticuada de elegir lo mejor y más brillante de nuestro país.

Es raro escuchar esto saliendo de la propia boca del Elector.

—¿Por qué está el Senado tan concentrado en mantenerlas? ¿Cuál es su inversión en las Pruebas?



Anden se encoge de hombros.

—Es una larga historia. Antes, cuando la República las implantó por primera vez, eran... de alguna forma diferentes.

Me inclino hacia delante. Nunca he oído historias de la República que no fueran filtradas por las escuelas del país o por sistemas de mensajería pública; y ahora el Elector mismo me está contando una.

—¿Cómo eran diferentes? —pregunto.

—Mi padre era... muy carismático. —Anden de hecho suena un poco a la defensiva.

Extraña respuesta.

—Estoy segura que él debe haber tenido sus maneras —digo, intentando cuidadosamente parecer neutral.

Anden cruza sus piernas y se inclina hacia atrás.

—No me gusta en lo que la República se ha convertido —dice, pronunciando cada palabra lenta y pensativamente—. Pero no puedo decir que no entiendo por qué las cosas son así. Mi padre tuvo sus razones para hacer lo que hizo.

Frunzo el ceño. Confundida. ¿No lo acababa de escuchar discutiendo en contra de tomar medidas energéticas hacia los manifestantes?

—¿Qué quieras decir?

Anden abre y cierra su boca como tratando de encontrar las palabras correctas.

—Antes de que mi padre se hiciera el Elector, las Pruebas eran voluntarias. —Se pausa cuando me escucha contener la respiración—. Casi nadie sabe esto... fue hace mucho tiempo.

Las Pruebas fueron voluntarias una vez. La idea es completamente extraña para mí.

—¿Por qué las cambió? —digo.

—Como he dicho, es una larga historia. La mayoría de las personas nunca sabrán la verdad acerca de la formación de la República, y por buenas razones. —Pasa una mano a través de su cabello ondulado, luego apoya un codo en el alféizar de la ventana—. ¿Quieres saberla?



Qué pregunta retórica más perfecta. Detrás de las palabras de Anden hay una cierta soledad. No lo había pensado antes, pero ahora me doy cuenta que quizás yo soy una de las únicas personas con las que él ha hablado alguna vez libremente. Me inclino hacia adelante, asiento, y espero a que continúe.

—La República se formó originalmente en el medio de la peor crisis de Norte América, y del mundo de hecho, nunca antes vista —comienza—. Las inundaciones habían destruido la costa este de América, y millones de personas del este se trasladaron al oeste. Había demasiadas personas para acoger en nuestros estados. Sin trabajo. Sin comida, sin refugio. El país se había vuelto demente de miedo y pánico. Los disturbios estaban fuera de control. Los manifestantes estaban arrastrando a soldados, policías y fuerzas del orden fuera de sus coches, luego golpeándolos hasta la muerte o prendiéndoles fuego. Cada tienda fue saqueada, cada ventana rota. —Inspira hondo—. El gobierno federal intentó hacer lo que pudo para mantener el orden, pero un desastre detrás de otro lo hizo imposible. No tenían dinero para arreglar todas estas crisis. Se convirtió en la anarquía absoluta.

¿Un tiempo en que la República no tenía control sobre la población? Imposible. Me tomo un tiempo imaginarme esto, hasta que me doy cuenta que quizás Anden se está refiriendo al gobierno de los antiguos Estados Unidos.

—Entonces nuestro primer Elector se alzó en el poder. Él era un joven oficial del ejército, sólo unos años mayor de lo que yo lo soy ahora, y con ambición suficiente para ganar el apoyo de las tropas descontentas del oeste. Declaró la República como un país independiente, separado de la Unión, y puso al oeste bajo la ley marcial. Los soldados podían disparar a voluntad, y después de ver a sus camaradas torturados y asesinados en las calles, ellos tomaron nueva ventaja en su nuevo poder. Se convirtió en nosotros contra ello: los militares contra las personas. —Anden mira hacia abajo a sus brillantes mocasines como si se avergonzara—. Muchas personas fueron asesinadas antes de que los soldados fueran capaces de hacerse con el control de la República.

No puedo dejar de preguntarme qué habría pensado Metias de esto. O mis padres. ¿Lo habrían aprobado? ¿Habrían sido forzados a tomar el orden en un caos como este?

—¿Qué hay de las Colonias? —pregunto—. ¿Tomaron ventaja de todo esto?

—La parte este de Norte América estaba incluso peor ese tiempo. La mitad de sus tierras estaban inundadas. Cuando el primer Elector de la República selló las fronteras, su gente no tuvo a donde ir. Así que nos declararon la guerra. —Anden se endereza—. Después de todo esto, el Elector prometió no dejar nunca a la República caer de esta forma de nuevo, así que él y el Senado le dieron al ejército un nivel de poder sin





precedentes, el cual se ha mantenido hasta el día de hoy. Mi padre y los Electores anteriores a él se han asegurado de que esto siga así.

Él sacude su cabeza y se frota el rostro con sus manos antes de continuar.

—Las Pruebas se suponían que iban a fomentar el trabajo duro y el atletismo, para producir más militares cualificados... y lo hicieron. Pero también fueron utilizadas para eliminar a los débiles; y a los rebeldes. Y gradualmente, han sido usadas también para controlar la superpoblación.

Los débiles y los rebeldes. Me estremezco. Day había entrado en la última categoría.

—Así que, ¿sabes qué les pasa a los niños que fallan la Prueba? —digo—. ¿Se hizo para controlar a la población?

—Sí. —Anden se estremece incluso cuando intenta explicarlo—. Las Pruebas tenían sentido al principio. Tenían la intención de atraer a los mejores y más aptos para unirse al ejército. Con el tiempo, se empezaron a ofrecer en todas las escuelas. Sin embargo, eso no fue suficiente para mi padre... él sólo buscaba lo mejor para sobrevivir. Cualquier otro más era, francamente, considerado un desperdicio de espacio y recursos. Mi padre siempre me dijo que las Pruebas eran absolutamente necesarias para que la República prosperara. Y él ganó un montón de apoyo en el Senado por hacer los exámenes obligatorios, especialmente después de que empezáramos a ganar más batallas por ello.

Mis manos están entrelazadas tan fuerte en mi regazo que están empezando a sentirse insensibles.

—Bueno, ¿piensas que las políticas de trabajo de tu padre funcionaron? —le pregunto en voz baja.

Anden agacha la cabeza. Busca las palabras correctas.

—¿Cómo puedo responder a eso? Sus políticas hicieron su trabajo. Las Pruebas hicieron a nuestro ejército más fuerte. Sin embargo, ¿eso hace que lo que él hizo fuera correcto? Pienso en ello todo el tiempo.

Me muerdo el labio, de repente entendiendo la confusión que Anden debe sentir, el amor a su padre en guerra con su visión de la República.

—Lo que es correcto es relativo, ¿cierto? —pregunto.

Anden asiente.



—De alguna forma, no importa por qué empezó todo, o si fue lo correcto. La cosa es que, con el tiempo, las leyes evolucionaron y se retorcieron. Las cosas cambiaron. Al principio las Pruebas no se hacían a los niños, y no favorecían a los más fuertes. Las pestes... —Él duda en esto, luego se aleja del tema por completo—. El público está enfadado, pero el Senado tiene miedo de cambiar cosas que quizás les haga perder el control otra vez. Y para ellos, las Pruebas son una manera de reforzar el poder de la República.

Hay una profunda tristeza en el rostro de Anden. Puedo sentir la vergüenza que él siente por pertenecer a ese legado.

—Lo siento —digo en voz baja. Siento una urgente necesidad de tocar su mano, de encontrar una manera de reconfortarlo.

Los labios de Anden se curvan hacia arriba en una sonrisa vacilante. Puedo ver claramente su deseo, su debilidad peligrosa, la manera en la que él me desea. Si alguna vez lo dudé antes, ahora lo sé con certeza. Me giro rápidamente, medio esperando que contemplar un paisaje nevado quizás traiga algo de frescura a mis mejillas.

—Dime —murmura—. ¿Qué harías si fueras yo? ¿Cuál sería tu primera acción como el Elector de la República?

Respondo sin dudarlo.

—Ganarme a la gente —digo—. El Senado no tendría poder sobre ti si el público pudiera amenazarlos con la revolución. Tú necesitas a la gente de tu lado, y ellos necesitan a un líder.

Anden se inclina hacia atrás en su silla; algunas de las farolas del vagón se reflejan en su abrigo y lo rodean con un halo dorado. Algo en nuestra conversación le ha inspirado una idea; quizás es una idea que ha tenido durante un tiempo.

—Tú serías una buena Senadora, June —dice—. Serías una buena aliada de tu Elector... y el público te ama.

Mi mente empieza a girar. Podría quedarme aquí en la República y ayudar a Anden. Ser una Senadora cuando sea lo suficiente mayor. Volver a mi vida anterior. Dejar a Day con los Patriotas. Sé lo egoísta que es este pensamiento, pero no puedo detenerme. *¿Qué hay de malo en ser egoísta, de todos modos?* Pienso amargamente. Podría decirle a Anden todo acerca de los planes de los Patriotas ahora mismo; sin importar si se correrá la voz a los Patriotas o si ellos harán daño a Day debido a ello; y volver a vivir





una vida sana y segura, como trabajadora de élite del gobierno. Podría honrar la memoria de mi hermano cambiando al país lentamente desde dentro. ¿Podría hacerlo?

Horrible. Dejo ir esta oscura fantasía. La idea de dejar a Day atrás de esta manera, de traicionarlo completamente, de nunca envolverlo con mis brazos de nuevo, de nunca volver a verlo una vez más, me hace apretar los dientes de dolor. Cierro mis ojos por un segundo y recuerdo sus gentiles, encallecidas manos, su ferocidad apasionada. No, no podría hacerlo. Sé esto con tal certeza ciega que me asusta. Después de todo lo que hemos sacrificado ambos, seguramente merecemos una vida —o algo— juntos después de que todo esto acabe. ¿Escapar a las Colonias, o reconstruyendo a la República? Anden busca la ayuda de Day; podemos trabajar todos juntos. ¿Cómo podría soportar alejarme de esa luz al final del túnel? Necesito volver a él. Necesito contarle todo a Day.



Lo primero es lo primero. Intento formular la mejor manera de advertir a Anden ahora que finalmente estamos solos.

No hay mucho que pueda decir con seguridad. Decirle demasiado y él quizás pueda hacer algo que alarme a los Patriotas. Aun así, decido hacer un esfuerzo. Por lo menos, necesito que él confíe en mí sin dudarlo. Lo necesito detrás de mí cuando sabotee el desvío de los Patriotas.

—¿Crees en mí? —Esta vez rozó su mano con la mía.

Anden se pone rígido, pero no se aparta. Sus ojos estudian mi rostro, quizás preguntándose qué había pasado por mi mente cuando cerré mis ojos.

—A lo mejor debería hacerte la misma pregunta —me responde, con una sonrisa vacilante en sus labios.

Ambos estamos hablando en dos niveles, refiriéndonos a secretos compartidos. Asiento hacia él, esperando que se tome mis palabras en serio.

—Entonces haz lo que te diga cuando lleguemos a Pierra. ¿Me lo prometes? Todo lo que diga.

Inclina la cabeza, sus cejas fruncidas con perplejidad, entonces se encoge de hombros y asiente en señal de conformidad. Parece entender que estoy tratando de decirle algo sin hacerlo en voz alta. Cuando sea la hora de los Patriotas de actuar, espero que Anden recuerde su promesa.



DAY

Traducido por Carmen170796

Corregido por LizC



Yo, Pascao y los otros corredores pasamos la mitad del día sobre el suelo después del trabajo del tren, acurrucados en callejones o en techos abandonados, esquivando a los soldados que escudriñan las calles cerca de la estación. No es hasta que el sol empieza a ponerse que finalmente tenemos la oportunidad de volver, uno por uno, a los cuarteles subterráneos de los Patriotas. Ni Pascao ni yo hablamos de lo que pasó en el tren. Jordan, la tímida corredora con trenzas cobrizas, me pregunta dos veces si estoy bien. Yo simplemente no le hago caso.

Sí, algo está mal. No es ese el eufemismo del año.

Para cuando volvemos, todos están preparándose para irnos a Pierra; algunos están destruyendo documentos, mientras otros están borrando información de los ordenadores. La voz de Pascao es una distracción agradable.

—Bien hecho, Day —dice él. Está sentando en una mesa contra la pared trasera del refugio. Él abre un bolsillo de su chaqueta, donde ha guardado docenas de granadas robadas del tren. Cuidadosamente empaca cada una dentro de una caja apilada hecha de cajas vacías de huevos. Él señala el monitor a la izquierda de la pared trasera. Está mostrando imágenes de una gran plaza, donde un grupo de personas se ha reunido alrededor de algo pintado con spray contra un lado de un edificio—. Mira eso.

Leo lo que la gente ha pintado en la pared. *¡Day vive!* está garabateado a lo largo del edificio al menos tres o cuatro veces. Los testigos están animados; algunos incluso están sosteniendo carteles hechos a mano con la misma frase escrita en ellos.

Si no estuviera pensando en el paradero de Eden o la señal enigmática de June o en Tess, estaría emocionado de ver lo que he provocado.



—Gracias —respondo, tal vez un poco demasiado brusco—. Me alegra que les gustara nuestra artimaña.

Pascao tararea animadamente en voz baja, ignorante de mi tono.

—Ve a ver si puedes ayudar a Jordan.

Mientras camino por el pasillo, me cruzo con Tess. Baxter está caminando a su lado; me toma un segundo darme cuenta que está tratando de poner un brazo alrededor de su cuello y murmurar algo en su oído. Tess lo aleja cuando me ve. Estoy a punto de decirle algo cuando Baxter me golpea fuerte en el hombro, lo suficientemente fuerte para hacerme retroceder un par de pasos y sacar volando mi gorra de mi cabeza. Mi cabello se viene abajo.

Baxter me sonríe satisfecho, la franja negra de soldado aun ocultando la mayor parte de su rostro.

—Haz algo de espacio —dice bruscamente—. ¿Crees que eres dueño de este lugar?

Aprieto mis dientes, pero los ojos tan abiertos de Tess me contienen. *Él es inofensivo*, me digo.

—Sólo salte de mi maldito camino —contesto fríamente, alejándome.

Detrás de mí escucho a Baxter murmurar algo en voz baja. Es suficiente para hacer que me detenga y lo enfrente de nuevo. Entrecierro mis ojos.

—Di eso de nuevo.

Él sonríe, mete sus manos en sus bolsillos, y levanta su barbilla.

—Dije: ¿celoso de que tu chica esté puteando con el Elector?

Casi soy capaz de soportar eso. Casi. Pero en ese momento, Tess rompe su silencio y empuja a Baxter con ambas manos.

—Oye —dice—. Déjalo en paz, ¿de acuerdo? Ha tenido una mala noche.

Baxter gruñe algo irritado. Despues empuja bruscamente a Tess.

—Eres una idiota por creer en este aficionado de la República, pequeña.

Mi rabia explota. Nunca me ha gustado pelear a puñetazos; siempre traté de mantenerme alejado de eso en las calles de Lake. Pero toda la rabia que se ha estado acumulando dentro de mí me abruma cuando veo que Baxter toca a Tess.



Me lanza hacia adelante y lo golpeo en la quijada tan fuerte como puedo.

Él choca contra una de las mesas y cae al piso. Instantáneamente los otros cerca del lugar empiezan a animar y gritar, formando un círculo improvisado alrededor de nosotros dos. Antes de que Baxter pueda ponerse de pie, salto hacia él. Mi puño conecta dos veces con su rostro.

Él deja escapar un gruñido. De repente la ventaja de su peso toma el control. Él me empuja lo suficiente fuerte para lanzarme hacia un lado de un escritorio, después me levanta, agarra mi chaqueta, y me golpea contra la pared. Él me mantiene en el aire, después me deja caer y me golpea con su puño en el estómago, dejándome sin aliento.

—No eres uno de nosotros. Eres uno de *ellos* —sisea—. ¿Te desviaste de nuestra misión en el tren a propósito? —Siento como una rodilla me embiste en el costado—. Bueno, voy a matarte, tú maldito pedazo de mierda. Voy a despellarte vivo.

Estoy demasiado furioso para sentir el dolor. Logro levantar una de mis piernas, después lo golpeo en el pecho tan fuerte como puedo. Desde el rabillo de mi ojo noto como algunos de los Patriotas rápidamente intercambian apuestas. Un improvisado duelo Skiz. Por un instante Baxter me recuerda a Thomas, y de repente todo lo que veo es mi antigua calle en Lake, con Thomas apuntando su arma a mi madre y los soldados arrastrando a John hacia un jeep esperando. Atando a Eden a esa camilla de laboratorio. Arrestando a June. Lastimando a Tess. Mi visión se vuelve roja. Arremeto contra él de nuevo y me muevo hacia su cara.

Pero Baxter está listo para mí. Él golpea mi brazo fuera del camino y se lanza contra mí con todo su peso. Mi espalda choca fuertemente contra el suelo. Baxter sonríe, después me agarra del cuello y se prepara para golpearme en un lado de mi cara.

De repente me deja ir. Respiro profundo cuando su peso deja mi pecho, después agarro mi cabeza mientras uno de mis dolores de cabeza estalla a gran escala de agonía. En algún lado encima de mí puedo escuchar a Tess, luego a Pascao gritándole a Baxter que se aleje. Todos están hablando a la vez. Uno... dos... tres...uento los números en mi cabeza, esperando que este pequeño ejercicio me distraiga del dolor. Solía ser mucho más fácil mantener a raya estos dolores de cabeza. Tal vez Baxter me golpeó en la cabeza y ni siquiera lo sé.

—¿Estás bien? —Ahora las manos de Tess están en mi brazo y poniéndome de pie.

Todavía estoy mareado por mi dolor de cabeza, pero la rabia ha pasado. De repente soy consciente del abrasador dolor en mi costado.



—Bien —respondo con voz ronca, inspeccionando su cara—. ¿Él te lastimó? —Baxter me está fulminando con la mirada desde donde Pascao está tratando de disuadirlo. Ya los otros alrededor de nosotros han vuelto a sus tareas, probablemente decepcionados de que la pelea no durara mucho. Me pregunto quién han decidido que es el ganador.

—Estoy bien —dice Tess. Ella pasa una mano a toda prisa por su cabello corto—. No te preocupes.

—¡Tess! —grita Pascao—. Ve si Day necesita vendas. Estamos bajo horario por aquí.

Tess me guía por el corredor y lejos de la sala común. Entramos en una de las habitaciones con literas que ha sido convertida en un hospital improvisado, después cierra la puerta. Estamos rodeados por estanterías llenas con variedad de botellas de píldoras y cajas de vendas. Hay una mesa en el medio del cuarto, dejando sólo un espacio angosto para caminar. Ahora me apoyo contra la mesa mientras Tess se sube sus mangas.

—¿Te duele algo? —pregunta.

—Estoy bien —repito. Pero en el momento que digo eso, me doblo del dolor y agarro mi costado—. Bueno, tal vez un poco machacado.

—Déjame ver —dice Tess firmemente. Hace a un lado mi mano, después desabotona mi camisa. No es como si Tess nunca me hubiera visto sin camisa (he perdido la cuenta del número de veces que ha tenido que vendarme), pero ahora hay una incomodidad que cuelga entre nosotros. Sus mejillas se tornan de un rosa brillante mientras pasa su mano por mi pecho, a lo largo de mi estómago, después presiona sus dedos contra mis costados.

Inhalo bruscamente cuando ella toca un lugar sensible.

—Sí, ahí es donde su rodilla me golpeó.

Tess examina mi rostro.

—¿Tienes nauseas?

—No.

—No debiste haber hecho eso —dice mientras trabaja—. Di “ah.” —Abro mi boca. Ella lleva un pañuelo a mi nariz, inspecciona mis dos oídos, y después sale por un momento. Ella vuelve con un paquete de hielo—. Toma. Pon esto en el lugar.

Hago lo que me dice.



—Te has vuelto muy profesional.

—He aprendido mucho de los Patriotas —contesta Tess. Cuando deja de inspeccionar mi pecho lo suficiente para mirarme, ella sostiene mi mirada con la suya—. A Baxter no le gusta tu... atracción a una ex soldado de la República —murmura—. Pero no dejes que te moleste, ¿está bien? No tiene punto conseguir que te maten.

Recuerdo el brazo alrededor del cuello de Tess; mi temperamento estalla de nuevo, y de repente siento la necesidad de cuidar a Tess de la manera en que lo hacía en las calles.

—Oye, prima —digo suavemente—. Realmente lamento lo que te dije. Sobre... ya sabes.

El sonrojo de Tess se intensifica.



Lucho por encontrar las palabras adecuadas.

—No necesitas que te cuide —digo con una risa avergonzada, después le doy un golpecito a su nariz—. Quiero decir, probablemente te has preocupado por mí unas mil veces. Siempre he necesitado más de tu ayuda de la que tú has necesitado la mía.

Tess se acerca y baja su mirada tímidamente, un gesto que me ayuda a olvidar mis problemas.

Algunas veces se me olvida cuán agradable es la dedicación constante de Tess, una roca en la que siempre podía apoyarme durante los peores momentos. Aun cuando nuestros días en Lake fueron una lucha, ahora mismo parecen mucho más simples. Me encuentro deseando poder volver a eso, compartiendo trozos de comida y cualquier otra cosa que podíamos aprovechar. Si June estuviera aquí, ¿qué habría pasado? Ella probablemente habría atacado a Baxter por sí misma. Y probablemente habría hecho un mejor trabajo que yo, justo como en todo lo demás. No me habría necesitado en absoluto.

La mano de Tess permanece en mi pecho, pero ella ya no está buscando moretones. Me vuelvo consciente de cuán cerca está. Sus ojos deambulan de nuevo hacia los míos, grandes y de un marrón líquido... y a diferencia de los de June, tan fáciles de leer. La imagen de June besando al Elector aparece en mi mente de nuevo, un recuerdo que retuerce mi estómago como un cuchillo. Antes de que pueda pensar en algo más, Tess se inclina hacia adelante y presiona sus labios contra los míos. Mi mente está en blanco, completamente retirada. Un breve estremecimiento me recorre.



En mi aturdimiento, la dejo perdurar.

Después me alejo. Mis palmas empiezan a sudar frío. ¿Qué fue eso? Debí haber venido esto y detenerme ahí mismo. Pongo mis manos en sus hombros. Cuando veo el dolor en sus ojos, me doy cuenta de cuán grande es el error que he cometido.

—No puedo, Tess.

Tess resopla irritada.

—¿Qué, ahora estás casado con June?

—No. Yo sólo... —Mis palabras salen revoloteando, tristes e impotentes—. Lo siento. No debí haber hecho eso; al menos, no ahora.

—¿Qué hay del hecho que June está besando *al Elector*? ¿Qué hay de eso? ¿Realmente vas a serle tan leal a alguien que ni siquiera tienes?

June, siempre June. La odio por un momento, y me pregunto si todo habría sido mejor si nunca nos hubiéramos conocido.

—Esto no es sobre June —le digo—. June está interpretando un papel, Tess. —Me alejo de Tess hasta que estamos separados por unos cuantos centímetros—. No estoy listo para que esto pase entre nosotros. Eres mi mejor amiga; no quiero confundirte cuando ni siquiera yo sé qué estoy haciendo.

Tess levanta sus manos indignada.

—Besas a chicas al azar en la calle sin pensarlo dos veces. Pero ni siquiera...

—No eres una chica al azar en la calle —digo bruscamente—. Eres Tess.

Sus ojos se mueven rápidamente hacia mí y se desquita con su labio, mordiéndolo tan fuerte que sangra.

—No te entiendo, Day. —Cada palabra me golpea con una fuerza moderada—. No te entiendo para nada, pero voy a tratar de ayudarte de todas formas. ¿Realmente no puedes ver cómo tu preciosa June ha cambiado tu vida?

Cierro mis ojos y presiono ambas manos contra mis sienes.

—Detente.

—Crees que estás enamorado de una chica que has conocido por menos de un mes, una chica que... ¿que es responsable de *la muerte de tu madre*? ¿De la de John?



Lo que me ha dicho resuena en el búnker.

—Maldita sea, Tess. No fue su culpa...

—*¿No lo fue?* —escupe Tess—. Day, *¡le dispararon a tu madre debido a June!* ¿Pero actúas como si la *amaras*? No he hecho nada excepto *ayudarte*; he estado a tu lado siempre desde el día que nos conocimos. *¿Crees que estoy siendo infantil?* Bueno, no me importa. Nunca he dicho nada sobre las otras chicas con las que has estado, pero no puedo soportar verte escoger a una chica que no ha hecho nada más que *lastimarte*. *¿Siquiera June se ha disculpado por lo que pasó, ha tenido que esforzarse para lograr tu perdón?* *¿Qué te pasa?* —Ante mi silencio, ella pone una mano en mi brazo—. *¿Bueno, la amas?* —dice en voz más baja—. *¿Ella te ama?*

¿Amarla? Se lo había dicho en el baño de Vegas, y lo había dicho en serio. Pero *ella* no me respondió, *¿cierto?* Tal vez ella nunca sintió lo mismo; tal vez sólo estoy engañándome.

—No lo sé, *¿de acuerdo?* —contesto. Mis palabras suenan como si estuviera más enojado de lo que realmente estoy.

Tess está temblando. Ahora ella asiente, silenciosamente quita el paquete de hielo de mi costado, y abotonan mi camisa. El abismo entre nosotros se ensancha. Me pregunto si alguna vez seré capaz de llegar al otro lado de nuevo.

—Deberías estar bien —dice ella con una voz monótona mientras me da la espalda. Ella se detiene frente a la puerta, dándome la espalda—. Confía en mí, Day. Estoy diciendo esto por tu bien. June romperá tu corazón. Ya puedo verlo. Te romperá en un millón de pedazos.



JUNE

Traducido por Lalaemk

Corregido por Nony_mo

SALÓN OLAN DEL TRIBUNAL DE PIERRA.

EN ALGÚN MOMENTO ALREDEDOR DE LAS 0900 HORAS.

-1°C EN EL EXTERIOR.



Página | 183

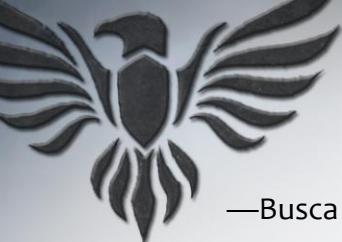
El día finalmente ha llegado para el asesinato de Anden, y tengo tres horas antes de que los Patriotas hagan su movimiento.

La noche anterior tuve otra visita del mismo guardia que una vez me había dado un mensaje de los Patriotas.

—Buen trabajo —había susurrado ella en mi oído mientras yacía en la cama, completamente despierta—. Mañana serás perdonada por el Elector y sus Senadores, y te soltarán en la Salón Olan del Tribunal de Pierra. Ahora, escucha con atención. Cuando hayas terminado en el Salón del Tribunal, los jeeps del Elector te escoltarán de vuelta a los cuarteles principales militares de Pierra. Los Patriotas te estarán esperando a lo largo de esa ruta.

La soldado se detuvo para ver si tenía alguna pregunta. Pero sólo me quedé mirando al frente. Podía adivinar lo que los Patriotas querían que hiciera, de todos modos: ellos querían que separara a Anden de sus guardias. A continuación, los Patriotas lo arrastrarán fuera de su jeep y le dispararán. Lo grabarán, luego lo anunciarán a toda la República usando los altavoces y las pantallas gigantes de la Torre del Capitolio de Denver.

Cuando no dije nada, la soldado se aclaró la garganta y continuó con voz apresurada.



—Busca una explosión en la carretera. Cuando la oigas apresúrate, haz que Anden haga que su convoy tome una ruta diferente. Asegúrate de separar al Elector de sus guardias; dile que confíe en ti. Si has hecho tu trabajo, él te seguirá. —La soldado me sonrió brevemente—. Una vez que Anden esté separado de los otros jeeps, déjanos el resto a nosotros.

Paso el resto de esa noche en un estado espasmódico.

Ahora, mientras soy siendo escoltada al edificio principal del Salón del Tribunal, compruebo los tejados y callejones de los otros edificios a lo largo de la calle, en busca de los Patriotas, preguntándome si un par de ellos estarán de un brillante azul. Day estará entre los Patriotas hoy. Dentro de mis guantes negros, mis manos están frías con sudor. Incluso si él vio mi señal, ¿entenderá lo que quiero decir con ella? ¿Sabrá dejar lo que está haciendo y tomará el riesgo? Mientras me dirijo hacia la gran entrada de las habitaciones del tribunal, memorizo los nombres de las calles y locaciones fuera de lo normal: en dónde está la principal base militar, dónde el hospital Pierra se eleva en la distancia. Siento como si pudiera sentir a los Patriotas poniéndose en posición. Hay una quietud en el aire, incluso aunque los edificios aquí están cuidadosamente establecidos y las calles son estrechas; tanto soldados como civiles (la mayoría de ellos pobres y asignados a atender a las tropas) atiborran bulliciosos a lo largo de las carreteras. Algunos de los soldados uniformados en la calle nos miran más de la cuenta. Los observo cuidadosamente. Deben ser Patriotas vigilándonos. Incluso el interior del salón está lo suficientemente frío como para que mi aliento salga en forma de nube, por lo que tiemblo sin parar. (El techo tiene, por lo menos, seis metros de altura, y los pisos son de madera sintética pulida; a juzgar por el sonido de las botas contra ella. No es muy propicio para retener el calor en invierno).

—¿Cuánto tiempo nos va a tomar? —pregunto a unos de los guardias que me escoltan para sentarme al frente del salón. Mis botas (de piel cálida y a prueba de agua) hacen eco contra el piso. Me estremezco a pesar de la doble capa que tengo.

La guardia con quien hablo me da un asentimiento incómodo.

—No mucho, señorita Iparis —replica ella con una educación practicada—. El Elector y los Senadores están en deliberaciones finales. Probablemente va a tomar otra media hora. —Es interesante, en serio. Ya que el Elector por sí mismo me estará perdonando hoy, los guardias no están muy seguros de cómo comportarse. ¿Escoltarlo como un criminal? ¿O adularme como si fuera una agente de alto rango en una de las patrullas de la capital?





La espera causa estragos. Me siento ligeramente mareada. Me han dado algo de medicina después de finalmente mencionar mis síntomas a Anden más temprano, pero no ayudó. Mi cabeza aún se siente caliente, y estoy teniendo problema en mantener la cuenta en mi cabeza.

Finalmente, cuando he contado veintiséis minutos (posiblemente fuera por tres o cuatro segundos), Anden emerge de las puertas al final de la habitación con un equipo de oficiales detrás de él. Está claro que no todos están felices; algunos Senadores se quedan atrás, sus bocas presionadas en líneas rectas. Reconozco al Senador Kamion entre ellos, el hombre con el que Anden había estado discutiendo en el tren. Su cabello grisáceo luce revuelto. Otra Senadora que recuerdo de titulares ocasionales, la Senadora O'Connor, una mujer con el cabello rojo y una boca no muy diferente a la de una rana. No conozco a los otros. Al lado de los Senadores, dos jóvenes periodistas flanquean a Anden. Uno tiene su rostro bajo, tomando nota furiosamente en un bloc de notas, mientras que el segundo se esfuerza por tener su grabadora de voz lo suficientemente cerca de Anden.

Me levanto cuando llegan hasta mí. Los Senadores que discutían entre ellos guardan silencio. Anden asiente a mis guardias.

—June Iparis, el Congreso te ha perdonado todos los delitos contra la República con la condición de que seguirás para servir a tu país en la medida de tus capacidades. ¿Tenemos un acuerdo, señorita Iparis?

Asiento. Incluso este pequeño movimiento me hace marearme.

—Sí, Elector. —El que escribe al lado de Anden anota frenéticamente nuestras palabras. La pantalla de su bloc parpadea bajo sus dedos veloces.

Anden se da cuenta de mi decaimiento. Puede notar que mi condición no ha mejorado.

—Entrarás a un período de prueba que me fue aconsejado por mis Senadores, durante ese tiempo serás examinada muy de cerca hasta que todos podamos acordar que estás lista para regresar a tu trabajo. Serás asignada a las patrullas de la capital. Vamos a discutir a qué patrulla te unirás una vez que nos hayamos establecido en la base de Pierra esta tarde. —Levanta las cejas y voltea a ver a su derecha y a su izquierda—. ¿Senadores? ¿Algún comentario?

Ellos permanecen en silencio. Uno finalmente habla a través de un desprecio apenas disimulado.





—Entienda que usted aún no está absuelta, agente Iparis. Será vigilada en todo momento. Debe tener en cuenta que nuestra decisión es un acto de gran misericordia.

—Gracias, Elector —replico, golpeando mi cabeza con un breve saludo como haría cualquier soldado—. Gracias, Senadores.

—Gracias a *ti* por toda tu ayuda —dice Anden con una ligera inclinación. Mantengo mi cabeza baja, así no tengo que mirarlo a los ojos para ver la doble capa de significado en sus palabras: me está dando las gracias por la supuesta ayuda que le di para protegerlo, y la ayuda que quiere tanto de Day como de mí.

En algún lugar fuera, Day está en posición con los otros. El pensamiento me hace sentir náuseas de la ansiedad.

Los soldados comienzan a escoltar nuestro grupo de vuelta al frente de la sala de conferencias, y hacia nuestros respectivos caminos. Tomo cada paso deliberadamente, tratando duramente de mantener mi enfoque. Ahora no es momento de fallar debido a una enfermedad. Mantengo mis ojos en la entrada de la sala. Desde nuestro último viaje en tren, ésta es la única idea que se me ha ocurrido que podría funcionar. Algo para deshacerme de toda la sincronización de los Patriotas; algo que pueda hacer para prevenir que nos dirijamos de vuelta a la base principal militar de Pierra.

Espero que esto funcione. No creo poder permitirme ningún error.

A diez pies de la puerta, me tropiezo. Instantáneamente, me enderezo y continúo caminando, pero luego tropiezo de nuevo. Murmullos de los Senadores se levantan detrás de mí. Uno de ellos dice de golpe:

—¿Qué pasa?

Entonces Anden está allí, su rostro se cierne sobre mí. Dos de sus guardias saltan delante de él.

—Elector, señor —dice uno—. Por favor, quédese atrás. Nosotros nos ocuparemos de esto.

—¿Qué pasó? —pregunta Anden, primero a los soldados, y luego a mí—. ¿Estás herida?

No es demasiado difícil fingir que estoy a punto de desmayarme. El mundo a mi alrededor se desvanece, entonces se agudiza otra vez. Me duele la cabeza. Levanto la cabeza y hago contacto visual con Anden. Entonces me dejo colapsar en el suelo.





Exclamaciones sorprendidas resuenan a mi alrededor. Entonces mis oídos se agudizan cuando escucho la de Anden encima de todos ellos, diciendo exactamente lo que yo esperaba que dijera:

—Llévenla al hospital. Inmediatamente. —Recuerda mi último consejo hacia él, lo que le había dicho en el tren.

—Pero, Elector... —protesta el mismo guardia que le había protegido anteriormente.

Anden adquiere un tono de acero.

—¿Me está cuestionando, soldado?

Fuertes manos me ayudan a volver a mis pies. Vamos a través de las puertas y volvemos a salir a la luz de una mañana nublada. Entorno los ojos en los alrededores, todavía buscando por caras sospechosas. ¿Los guardias sosteniéndome son Patriotas potencialmente encubiertos? Echo una mirada hacia ellos, pero sus expresiones están totalmente en blanco. La adrenalina está corriendo a través de mí... he hecho mi movimiento. Los Patriotas saben que me he desviado del plan, pero no saben si lo hice intencionalmente. Lo importante es que el hospital se encuentra en una ruta opuesta a la que lleva a la base Pierra, donde los patriotas están listos y esperando. Anden me va a seguir. Los Patriotas no tendrán tiempo para reajustar sus posiciones.

Y si los demás Patriotas se enteran de esto, también lo hará Day. Cierro los ojos y espero que él pueda seguir adelante en esto. Trato de enviarle un mensaje silencioso. *Huye. Cuando escuches que me he desviado del plan, corre tan rápido como puedas.*

Un guardia me sube en el asiento trasero de uno de los jeeps en espera. Anden y sus soldados entran en el jeep frente a nosotros. Los Senadores, perplejos e indignados, van a sus coches regulares. Tengo que forzar una sonrisa en mi rostro cuando me siento sin fuerzas en mi asiento, mirando por las ventanas. El jeep ruge a la vida y sale hacia adelante. A través del parabrisas, veo el jeep de Anden conduciéndonos lejos de la sala de conferencias.

Entonces, justo cuando estoy a punto de felicitarme por un gran plan estelar, me doy cuenta que nuestros jeeps siguen dirigiéndose a la base. No van hacia el hospital en absoluto. Mi alegría momentánea se desvanece. El miedo lo reemplaza.

Uno de mis guardias lo nota también.





—Oye, chofer —le grita al soldado que está manejando—. Camino equivocado. El hospital está al lado izquierdo de la ciudad. —Suspira—. Que alguien hable con el conductor del Elector por el micrófono. Estamos...

El conductor lo desestima con la mano, presiona una gruesa mano contra su oreja en concentración, y a continuación, nos da una mirada con el ceño fruncido.

—Negativo. Acabamos de recibir órdenes de permanecer en nuestro curso original —responde él—. El comandante DeSoto dice que el Elector quiere que, en su lugar, la señorita Iparis sea llevada al hospital después.

Me congelo. Razor le debe estar mintiendo al conductor de Anden; realmente dudo que Anden le haya dado a los conductores dicha orden. Razor sigue adelante con el plan; va a obligarnos a tomar la ruta prevista por cualquier medio que pueda.

No importa cuál sea la razón. Seguimos dirigiéndonos directamente a la base Pierra... directamente a los brazos de los Patriotas.





DAY

Traducido por Shadowy

Corregido por Nony_mo



El día del asesinato del Elector por fin está aquí. Llega como un huracán inminente de cambio, prometiendo todo lo que estoy anticipando y temiendo. Anticipando: la muerte del Elector. Temiendo: la señal de June.

O tal vez es al revés.

Todavía no sé qué pensar de ello. Eso me deja al borde cuando de otra manera no sentiría nada, excepto una creciente sensación de entusiasmo. Toco inquietamente la empuñadura de mi navaja. *Ten cuidado, June.* Ese es el único pensamiento certero pasando por mi cabeza. *Ten cuidado... por tu bien, y por el nuestro.*

Estoy encaramado precariamente en el borde de una ventana desmoronándose en un viejo armazón de un edificio, a cuatro pisos de altura y oculto de la calle, con dos granadas y un arma metida aseguradamente en mi cinturón. Como el resto de los Patriotas, estoy vestido con un abrigo negro de la República, así desde la distancia me veo como un soldado de la República. Una raya negra pasa a través de mis ojos de nuevo. Lo único que nos distingue es una banda blanca en nuestro brazo izquierdo (en lugar del derecho). Desde aquí, puedo ver las vías del tren que pasan a lo largo de una calle vecina, cortando a Pierra por la mitad.

A mi derecha, en un pequeño callejón tres edificios más abajo, se encuentra la entrada al túnel de los Patriotas en Pierra. Su búnker subterráneo está vacío ahora. Yo estoy solo en este edificio abandonado, aunque estoy bastante seguro de que Pascao puede verme desde su posición ventajosa sobre un techo al otro lado de la calle. El golpe de mi corazón contra mis costillas probablemente puede ser escuchado a kilómetros.

Empiezo a pensar, por centésima vez, en por qué June quiere que detenga el asesinato. ¿Descubrió algo que los Patriotas me están manteniendo en secreto? ¿O hizo lo que



Tess había insinuado que podría hacer... nos traidor? Me deshago del pensamiento tercamente.

June nunca haría eso. No después de lo que la República le hizo a su hermano.

Tal vez June quiere detener el asesinato porque se está enamorando del Elector. Cierro mis ojos mientras la imagen de ellos besándose aparece en mi mente. De ninguna manera. *¿La June que yo conozco sería tan sentimental?*

Todos los Patriotas están en posición: corredores en los techos, preparados con explosivos; hackers a un edificio de distancia de la entrada del túnel, listos para grabar y transmitir el asesinato del Elector; luchadores situados a lo largo de la calle debajo de nosotros en atuendo de soldado o civil, listos para derribar los guardias del Elector. Tess y unos cuantos médicos están esparcidos, listos para llevar a los heridos en los túneles. Tess específicamente está escondida en la estrecha calle que bordea el lado izquierdo de mi edificio. Después del asesinato, tendremos que estar listos para escapar, y ella será a la primera que buscaré.

Y luego estoy yo. Según el plan, se supone que June aleje al Elector de la protección de sus guardias. Cuando veamos su jeep acelerar solo, los corredores cortarán sus rutas de escape con explosivos. Entonces yo bajaré a la calle. Después de que los Patriotas hayan arrastrado a Anden fuera de su auto, voy a dispararle.

Es media tarde, pero las nubes mantienen el mundo a mi alrededor de un gris frío y ominoso. Compruebo mi reloj. Está puesto en un temporizador para cuando se espera que el jeep del Elector venga zumbando alrededor de la esquina.

Quince minutos hasta la hora del espectáculo.

Estoy temblando. ¿El Elector realmente va a estar muerto en quince minutos... por mi mano? ¿Este plan realmente va a funcionar? Después de que todo haya terminado, ¿cuándo van los Patriotas a ayudarme a encontrar y rescatar a Eden? Cuando le había contado a Razor sobre ver a ese chico a bordo del tren, él me había dado una respuesta simpática y dicho que ya ha comenzado a trabajar para rastrear a Eden. Todo lo que puedo hacer es creerle. Trato de imaginarme a la República en el completo caos, con el asesinato del Elector transmitido públicamente en cada pantalla gigante en la nación. Si la gente ya está en motín, sólo puedo imaginarme cómo reaccionarán cuando me vean disparándole al Elector. ¿Y luego, qué? ¿Las Colonias tomarán ventaja de la situación y entrarán en la República, irrumpiendo más allá del frente de guerra que ha mantenido las dos partes separadas por tanto tiempo?





Un nuevo gobierno. Un nuevo orden. Me estremezco con la energía acumulada.

Por supuesto, esto no toma en cuenta la señal de June. Trato de flexionar mis dedos; mis manos están húmedas de sudor frío. ¡Y por un demonio si sé lo que *realmente* va a suceder hoy!

Hay zumbidos estáticos en mi auricular, y capto algunas palabras entrecortadas de Pascao.

—... calles Orange y Echo, despejadas... —Su voz se agudiza—. ¿Day?

—Estoy aquí.

—Quince minutos —dice—. Revisión rápida. Jordan está desencadenando la primera explosión. Cuando la caravana del jeep del Elector llegue a su calle, ella lanzará su granada. June separará el auto del Elector de los otros. Yo lanzaré mi granada, luego ellos girarán por tu calle. Tú lanzas la tuya cuando veas la caravana. Acorrala ese jeep... y luego baja al suelo. ¿Entendido?

—Sí. Entendido —replico—. Sólo date prisa, maldita sea, y ponte en tu propia posición.

Esperar aquí me da una sensación enfermiza en el estómago, llevándome de vuelta a esa noche cuando había esperado a que las patrullas antíopeste aparecieran en la puerta de mi madre. Incluso esa noche parece mejor que hoy. Mi familia estaba viva en ese entonces, y Tess y yo todavía estábamos en buenos términos. Practico tomando varias respiraciones profundas y dejándolas salir lentamente. En menos de quince minutos, voy a ver la caravana del Elector —y a June— venir por esta calle. Mis dedos recorren los bordes de la granada en mi cinturón.

Un minuto pasa, luego otro.

Tres minutos. Cuatro minutos. Cinco minutos. Cada uno se arrastra más lento que el anterior. Mi respiración se acelera. ¿Qué hará June? ¿Ella tiene razón? ¿Y si se equivoca? Creo que estoy listo para matar al Elector; he estado convenciéndome a mí mismo durante los últimos días, incluso emocionándome sobre ello. ¿Estoy listo para salvar su vida, a alguien en quien no puedo pensar sin sentirme furioso? ¿Estoy listo para tener su sangre en mis manos? ¿Qué sabe June que yo no sé? ¿Qué sabe ella que lo hace a él tan digno de salvar?

Ocho minutos.

Entonces, de repente, Pascao vuelve a encender la comunicación.





—Estén preparados. Tenemos un retraso.

Me tenso.

—¿Por qué?

Hay una larga pausa.

—Algo pasa con June —dice Pascao en un susurro apurado—. Se desmayó mientras dejaban el palacio de justicia. Pero no te asistes... Razor dice que está bien. Estamos restableciendo los relojes para un retraso de dos minutos. ¿Entendido?

Me levanto un poco de mis cuclillas. *Ella está haciendo su movimiento.* Sé esto al instante. Algo hormiguea en la parte posterior de mi mente, un sexto sentido, advirtiéndome que cualquier cosa que yo había planeado hacerle al Elector cambiará dependiendo de lo que June haga a continuación.



—¿Por qué se desmayó? —pregunto.

—No lo sé. Los exploradores dicen que parece que se mareó o algo así.

—Entonces, ¿ella está de nuevo en marcha ahora?

—Suena como que todavía estamos avanzando.

¿Todavía avanzando? ¿Se había frustrado el plan de June? Me levanto, paseo por unos cuantos pasos, y luego vuelvo a mis cuclillas. Algo no está bien en este escenario. Si vamos a seguir adelante con el plan, ¿todavía voy a verla pasar en el mismo jeep como se esperaba... y contra su voluntad? ¿Los Patriotas van a saber que ella trató de desviarse? El mal presentimiento se niega a desaparecer, sin importar lo fuerte que intento ignorarlo. Algo está *realmente* mal.

Dos agonizantes minutos pasan. En mi ansiedad, he erosionado una gran parte de la pintura de la empuñadura de mi navaja. Mi pulgar está cubierto de escamas negras.

A varias calles de distancia, la primera granada explota. La tierra tiembla, el edificio se estremece, y una nube de polvo llueve desde el techo. El jeep del Elector debe haber hecho su aparición.

Dejo mi punto de ventaja en el alféizar de la ventana, luego me dirijo hacia el techo por el hueco de la escalera. Me mantengo bajo, con cuidado de quedarme fuera de vista. Desde aquí, tengo una mejor vista de donde el humo de la primera explosión está elevándose, y puedo escuchar los gritos sorprendidos de los soldados cerca de ello. Están a casi tres cuadras de distancia. Me aplasto sobre los azulejos rotos del techo



mientras varios guardias vienen corriendo por la calle. Están gritando algo incomprensible; estoy dispuesto a apostar que están llevando refuerzos a la zona de bombardeo. Demasiado tarde. Para el momento en que ellos lleguen allí, el jeep del Elector habrá girado en la esquina que queríamos que girara.

Saco una de mis granadas y la sostengo con cautela en mi mano, recordándome cómo funciona, recordándome que si la lanzo a tiempo, iré en contra de la advertencia de June. *“Es una granada de impacto,” había dicho Pascao. “Explota al segundo que golpea. Acciona la palanca de encendido. Tira de la clavija. Lanza, y prepárate.”* A lo lejos, otra explosión estremece las calles y una nube acompañante se levanta. Baxter estaba a cargo de esa —ahora él está en algún lugar al nivel del suelo por ahí— escondido en un callejón.

Dos cuadras de distancia. El Elector está cada vez más cerca.

Una tercera explosión suena. Ésta mucho más cerca; el jeep debe estar a solo una cuadra de distancia. Me estabilizo mientras la tierra tiembla por el impacto. Mi turno se acerca. June, pienso. *¿Dónde estás? Si ella hace un movimiento repentino, ¿qué haré yo?* Por mi auricular, Pascao suena urgente.

—Prepárate —dice él.

Y entonces veo algo que me hace olvidar todo lo que he prometido hacer por los Patriotas. La puerta del segundo jeep se abre de golpe, y sale rodando una chica con una larga cola de caballo oscura. Ella rueda un par de veces, luego se esfuerza por ponerse de pie. Levanta la mirada hacia los tejados y mueve sus manos frenéticamente en el aire.

Es June. Ella está aquí. Y no hay duda ahora de que no quiere que yo separe al Elector de sus guardias.

La voz de Pascao surge de nuevo.

—Mantén el rumbo —sisea—. Ignora a June... mantén el rumbo, ¿me escuchas?

No sé qué me invade; un estremecimiento eléctrico pasa por mi columna. No... June, no puedes detenerlo ahora, dice una parte de mí. Yo quiero al Elector muerto. Quiero recuperar a Eden.

Pero luego allí está June, agitando sus brazos en medio de una calle llena de peligros, arriesgando su vida para darme la alarma. Sea cual sea su razón, debe ser buena. Debe





serlo. ¿Qué hago? *Confía en ella*, dice algo muy dentro de mí. Cierro mis ojos e inclino mi cabeza.

Cada segundo que pasa ahora es un puente entre la vida y la muerte.

Confía en ella.

De repente me levanto de un salto y corro a través del techo. Pascao me grita algo enojado por el auricular. Lo ignoro. Mientras los vehículos pasan al lado del edificio en el que estoy, halo la clavija de mi granada y la lanzo lo más lejos como puedo por la cuadra. Justo en frente de donde los Patriotas quieren que vayan.

—¡Day! —grita la voz frenética de Pascao—. ¡No... qué estás...!

La granada golpea la calle. Me tapo los oídos y al instante soy arrojado fuera de mis pies mientras una explosión sacude la tierra. Los jeeps se detienen con un chillido frente a la explosión; el jeep del Elector intenta esquivar los escombros, pero uno de sus neumáticos estalla y lo obliga a detenerse. He bloqueado por completo la calle por la que se supone que fueran, donde los Patriotas están esperando por el Elector. Y el resto de los jeeps del Elector aún están allí, toda la caravana de ellos.

Ahora June está corriendo hacia el vehículo del Elector. Si está tratando de salvarlo, entonces no tengo tiempo que perder. Salto de nuevo a mis pies, me balanceo por el costado del techo, y me agarro a la canaleta en el borde del edificio. Luego me deslizo hacia abajo. La canaleta se desprende del edificio, haciéndome perder el equilibrio, pero me lanzo fuera de ella y agarro el borde de un alféizar cercano. Mis pies aterrizan en la cornisa del segundo piso. Salto al primer piso y ruedo.

La calle es un caos absoluto. A través de los gritos y el humo, puedo ver a los soldados de la República corriendo hacia los jeeps mientras los soldados en los otros jeeps salen apresurados para llegar al Elector. Algunos de los Patriotas de incógnito están dudando, confundidos por mi explosión a destiempo. Es demasiado tarde para separar el jeep del Elector de los demás ahora; simplemente hay demasiados soldados. Enjambres de ellos vienen por la calle. Me siento entumecido, en algunos aspectos tan desconcertado como ellos están, todavía inseguro de por qué estoy yendo en contra de todo lo que planeaba hacer.

—¡Tess! —grito. Ella está justo donde se supone que esté, congelada contra las sombras de mi edificio. Llego a ella y agarro sus hombros.

—¿Qué está pasando? —grita en respuesta, pero yo sólo le doy la vuelta.





—Entra al túnel, ¿de acuerdo? ¡No pregunes! —La apunto en dirección del búnker de los Patriotas. Donde se supone que nos esconderíamos después del asesinato. La boca de Tess está abierta de miedo crudo, pero hace lo que le digo, lanzándose a la seguridad de la sombras del edificio y desapareciendo de vista.

Otra explosión estremece la calle detrás de mí. La granada debe haber venido de uno de los otros corredores. A pesar de que no van a llevar al Elector a su ubicación planeada, están tratando de bloquear los jeeps para hacer un intento. Los Patriotas deben estar corriendo por todas partes. Ellos literalmente van a matarme por lo que hice. Tess y yo tenemos que llegar al túnel antes de que nos encuentren.

Corro hacia June cuando ella llega al jeep del Elector. Hay un hombre dentro con cabello oscuro y ondulado, y ella está gritándole mientras presiona sus manos contra su ventana. Otra explosión suena en alguna parte, obligando a June a caer de rodillas. Me lanzo sobre ella mientras restos y escombros llueven sobre nosotros desde todas las direcciones. Un bloque de cemento golpea mi hombro, haciéndome estremecer de dolor. Los Patriotas sin duda están tratando de recuperar el tiempo perdido, pero el retraso ya les ha costado muchísimo. Si se desesperan, sé que simplemente se olvidarán de emitir una verdadera matanza y volarán el jeep del Elector en su lugar. Los soldados de la República están llegando a la calle. Estoy seguro de que ya me han visto, también. Espero que Tess esté segura en el escondite.

—June! —Ella se ve aturdida y desconcertada, pero luego me reconoce. No hay tiempo para saludos ahora.

Una bala pasa por encima. Me agacho y escudo a June de nuevo; uno de los soldados cerca de nosotros recibe un disparo en la pierna. *Por favor, por el amor de...* *Por favor deja que Tess logre llegar a salvo a la entrada del túnel.* Me doy la vuelta y encuentro los grandes ojos del Elector a través de la ventana. Así que, este es el tipo que besó a June; es alto, guapo y rico, y va a mantener todas las leyes de su padre. Él es el niño rey que simboliza todo lo que la República es; la guerra con las Colonias que condujo a la enfermedad de Eden, las leyes que pusieron a mi familia en los barrios marginados y los llevó a sus muertes, las leyes que me enviaron a ser ejecutado porque había fallado una estúpida maldita prueba cuando tenía diez años. Este tipo es la República. Debería matarlo ahora mismo.

Pero luego pienso en June. Si June conoce una razón por la que deberíamos protegerlo de los Patriotas, y la cree lo suficiente para arriesgar su vida —y la mía— entonces voy a confiar en ella. Si me negara, estaría rompiendo los lazos con ella para siempre. ¿Puedo vivir con eso? La idea de eso me hiela hasta los huesos. Señalo por la calle hacia





la explosión y hago algo que nunca pensé que haría en toda mi vida. Grito tan fuerte como puedo a los soldados:

—*¡Retrocedan los jeeps! ¡Cierren con barricadas la calle! ¡Protejan al Elector!* —Luego, mientras otros soldados llegan al Elector, les grito frenéticamente—: *¡Saquen al Elector de este auto! ¡Llévenlo lejos de aquí... ellos lo harán explotar!*

June nos tira hacia abajo mientras otra bala golpea el suelo cerca de nosotros.

—Vamos —le grito. Ella me sigue. Detrás de nosotros, docenas de soldados de la República han llegado a la escena. Captamos un vistazo rápido del Elector saliendo de su jeep, luego siendo alejado rápidamente detrás de la protección de sus soldados. Las balas vuelan. ¿Acabo de ver una golpear al Elector en el pecho? No... sólo su brazo superior. Entonces desaparece, perdido detrás de un mar de soldados.

Él está a salvo. Va a lograrlo. Yo apenas puedo respirar ante la idea; no sé si debería estar feliz o furioso. Después de todo ese preámbulo, el asesinato del Elector ha fallado debido a June y a mí.

¿Qué he hecho?

—*¡Ese es Day!* —grita alguien—. *¡Está vivo!* —Pero no me atrevo a dar la vuelta otra vez. Aprieto más la mano de June y nos movemos rápido alrededor de los escombros y el humo.

Nos topamos con nuestro primer Patriota. Baxter. Él se detiene en seco por un segundo cuando nos ve, luego agarra el brazo de June.

—*Tú!* —escupe. Sin embargo, ella es demasiado rápida para él. Antes de que yo pueda llegar al arma en mi cintura, June se ha deslizado fuera de su agarre. Él se extiende por nosotros de nuevo; pero alguien más lo golpea de brúces antes de que podamos hacer otro movimiento. Me encuentro con los ojos abrasadores de Kaede.

Ella agita sus manos furiosamente hacia nosotros.

—*Pónganse a salvo!* —grita—. *¡Antes de que los otros los encuentren!* —Hay una conmoción profunda en su rostro, ¿está aturdida de que el plan se derrumbara? ¿Sabe que tuvimos algo que ver con ello? Debe saberlo. *¿Por qué ella también está volviéndose contra los Patriotas?* Luego ella se aleja corriendo. Dejo que mis ojos la sigan por un instante. Efectivamente, Anden no está en ningún lugar a la vista y los soldados de la República han comenzado a devolver los disparos hacia los techos.





Anden no está en ningún lugar a la vista, pienso de nuevo. ¿El intento de asesinato ha fracasado oficialmente?

Seguimos corriendo hasta que estamos al otro lado de la explosión. De repente hay Patriotas en todas partes; algunos están corriendo hacia los soldados y buscando una forma de dispararle al Elector, otros están huyendo por el túnel. Corremos tras nosotros.

Otra explosión sacude la calle; alguien ha tratado en vano de detener al Elector con otra granada. Tal vez finalmente lograron hacer explotar su jeep. ¿Dónde está Razor? ¿Está a la caza de nuestra sangre ahora? Me imagino su rostro calmado y paternal encendido de rabia.

Finalmente llegamos al callejón angosto que lleva al túnel, apenas por delante de los Patriotas en nuestros talones.



Tess está allí, acurrucada en las sombras contra la pared. Quiero gritar. ¿Por qué no saltó al túnel y se dirigió al escondite?

—Adentro, ahora —digo—. No se suponía que me esperaras.

Pero ella no se mueve. En cambio se para frente a nosotros con los puños apretados, sus ojos pasando de ida y vuelta entre June y yo. Me apresuro y agarro su mano, luego tiro de ella junto a nosotros hacia una de las pequeñas rejillas metálicas que se alinean donde las paredes del callejón se encuentran con el suelo. Puedo escuchar los primeros signos de Patriotas detrás de nosotros. Por favor, ruego en silencio. Por favor permítenos ser los primeros en llegar al escondite.

—Ya vienen —dice June, sus ojos fijos en un punto por el callejón.

—Déjalos que intenten atraparnos. —Paso mis manos frenéticamente a través de la rejilla de metal, luego la abro.

Los Patriotas se están acercando. Demasiado cerca.

Me pongo de pie.

—Apártense —les digo a Tess y June. Luego saco una segunda granada de mi cinturón, tiro de la clavija, y la lanzo hacia la apertura del callejón. Nos arrojamos al suelo y nos cubrimos las cabezas con las manos.

¡Boom! Una explosión ensordecedora. Eso debería desacelerar a los Patriotas un poco, pero ya puedo ver siluetas viniendo a través de los escombros y hacia nosotros.



June corre a la entrada abierta del túnel a mi lado. La dejo saltar de primero, luego me vuelvo hacia Tess y extiendo mi mano.

—Vamos, Tess —digo—. No tenemos mucho tiempo.

Tess mira mi mano abierta y da un paso atrás. En ese instante, el mundo a nuestro alrededor parece congelarse. Ella no va a venir con nosotros. Hay rabia y conmoción, culpa y tristeza, envolviendo todo en su pequeño rostro delgado.

Lo intento otra vez.

—¡Vamos! —grito—. Por favor, Tess... No puedo dejarte aquí.

Los ojos de Tess rasgan a través de mí.

—Lo siento, Day —jadea—. Pero puedo cuidar de mí misma. Así que no trates de venir tras de mí. —Luego ella aleja su mirada de mí y corre de vuelta hacia los Patriotas. ¿Está reincorporándose a ellos? La veo irse, aturrido en silencio, con mi mano todavía extendida. Los Patriotas están tan cerca ahora.

Las palabras de Baxter. Él había advertido a Tess todo este tiempo de que yo los traicionaría. Y lo hice. Hice exactamente lo que Baxter dijo que haría, y ahora Tess tiene que vivir con ello. *La he decepcionado tanto.*

June es la única que me salva.

—¡Day, salta! —me grita, sacándome del momento.

Me obligo a girarme lejos de Tess y saltar en el agujero. Mis botas chapotean en agua superficial y helada, justo cuando escucho a los primeros Patriotas llegar a nosotros. June agarra mi mano.

—¡Vamos! —sisea.

Corremos por el túnel negro. Detrás de nosotros oigo a alguien más caer y empezar a correr tras nosotros. Luego otro. Todos están viniendo.

—¿Tienes alguna otra granada? —grita June mientras corremos.

Llego a mi cinturón.

—Una. —Saco la última granada, y luego tiro de la clavija. Si usamos esta, no hay vuelta atrás. Podríamos estar atrapados aquí para siempre... pero no hay otra opción, y June lo sabe.





Grito una advertencia detrás de nosotros, y lanzo la granada. El Patriota más cercano me ve hacerlo y se detiene súbitamente. Entonces él comienza a gritarles a los demás que retrocedan. Nosotros seguimos corriendo.

La explosión nos levanta de nuestros pies y nos envía volando. Golpeo el suelo con fuerza, resbalando a través del agua helada y aguanieve por varios segundos antes de detenerme. Mi cabeza resuena, presiono mis palmas con fuerza contra mis sienes en un intento de detenerlo. Sin embargo, no funciona. Un dolor de cabeza abre mi mente con un estallido, ahogando todos mis pensamientos, y cierro los ojos con fuerza ante el dolor cegador. Uno, dos, tres...

Largos segundos pasan. Mi cabeza palpita con el impacto de miles de martillos. Lucho por respirar.

Entonces, misericordiosamente, comienza a desvanecerse. Abro mis ojos en la oscuridad, el suelo se ha asentado de nuevo, y aunque todavía puedo oír a la gente hablando detrás de nosotros, suenan amortiguados, como si viniera del otro lado de una gruesa puerta. Cautelosamente me pongo en una posición sentada. June está apoyada contra el costado del túnel, frotándose el brazo. Ambos estamos de frente al espacio por donde habíamos venido.

Un túnel hueco estaba allí hace sólo unos segundos, pero ahora una pila de concreto y escombros han sellado por completo la entrada.

Lo hemos logrado. Pero todo lo que siento es vacío.



JUNE

Traducido por LizC

Corregido por Monicab



Cuando tenía cinco años, Metias me llevó a ver las tumbas de nuestros padres. Era la primera vez que había estado en el lugar desde el funeral en sí. No creo que él pudiera soportar recordar lo que había sucedido. A la mayoría de los civiles de Los Ángeles, incluso un buen número de la clase alta, se les asigna un espacio de un metro cuadrado en el cementerio local de gran categoría y una sola caja de cristal opaco en el que almacenar las cenizas de un ser querido. Pero Metias les pagó a los funcionarios del cementerio y nos dieron un espacio de cuatro metros cuadrados para mamá y papá, junto con lápidas de cristal grabado. Nos quedamos allí, frente a las lápidas con nuestra ropa blanca y flores blancas. Me pasé todo el tiempo mirando a Metias. Todavía recuerdo su mandíbula apretada, su cabello cuidadosamente peinado, sus mejillas húmedas y relucientes. Sobre todo me acuerdo de sus ojos, cargados de tristeza, demasiados viejos para un chico de diecisiete años de edad.

Day se vio de esa manera cuando se enteró de la muerte de su hermano John. Y ahora, mientras nos abrimos paso a lo largo del túnel subterráneo y fuera de Pierra, tiene de nuevo esos ojos.

Pasamos cincuenta y dos minutos (¿o cincuenta y uno? No estoy segura. Mi cabeza se siente febril y ligera) corriendo a través de la humedad oscura del túnel. Durante un tiempo estuvimos escuchando gritos furiosos viniendo desde el otro lado de la montaña de cemento retorcido que nos separa de los Patriotas y los soldados de la República. Pero con el tiempo esos sonidos se desvanecieron al silencio a medida que nos precipitamos cada vez más en el túnel.



Los Patriotas probablemente tuvieron que huir de las tropas que se acercaban. Tal vez los soldados están tratando de excavar los escombros del túnel. No tenemos ni idea, así que seguimos adelante.

Está tranquilo ahora. Los únicos sonidos son nuestras respiraciones entrecortadas, nuestras botas chapoteando en los charcos fangosos poco profundos, y el goteo sin cesar de agua helada desde el techo que escurre por nuestros cuellos. Day aprieta mi mano con fuerza mientras corremos. Sus dedos están fríos y resbaladizos con humedad, pero aun así me aferro a ellos. Está tan oscuro aquí que apenas puedo ver la silueta de Day delante de mí.

¿Anden sobrevivió el asalto? Me pregunto. ¿O los Patriotas se las arreglaron para asesinarlo? El pensamiento hace que la sangre se agolpe en mis oídos. La última vez que jugué el papel de agente doble, había conseguido que alguien fuera asesinado. Anden había puesto su fe en mí, y por eso, él podría haber muerto hoy... tal vez murió. El precio que las personas parecen pagar por cruzarse en mi camino.

Este pensamiento desencadena otro. *¿Por qué Tess no vino con nosotros? Quiero preguntar, pero por extraño que parezca, Day no ha dicho ni una sola palabra acerca de ella desde que entramos en el túnel. Habían tenido una discusión, eso lo sé. Espero que ella esté bien. ¿Había optado por quedarse con los Patriotas?*

Finalmente, Day se detiene frente a una pared. Casi me derrumbo contra él, y una repentina oleada de alivio y pánico me golpea. Debería ser capaz de correr más que esto, pero estoy agotada. *¿Es este un callejón sin salida? ¿Parte del túnel se había derrumbado sobre sí mismo, y ahora estábamos atrapados desde ambos lados?*

Pero Day pone su mano sobre la superficie en la oscuridad.

—Podemos descansar aquí —susurra. Son las primeras palabras que ha dicho desde que llegamos aquí—. Me alojé en uno de estos en Lamar.

Razor había mencionado que los Patriotas escaparon a los túneles una vez. Day pasa la mano por el borde de la puerta donde se encuentra con la pared. Finalmente, encuentra lo que está buscando, una palanca deslizante pequeña que sobresale de una ranura delgada de treinta centímetros. Él tira de un extremo al otro. La puerta se abre con un crujido.

En un primer momento, sólo entramos en un agujero negro. Aunque no puedo ver nada, escucho atentamente cómo nuestros pasos se están haciendo eco por toda la habitación y supongo que hay un techo bajo, probablemente sólo unos pocos metros





más alto que el propio túnel (dos, quizá tres metros de altura), y cuando llevo una mano a lo largo de una pared puedo decir que es recta, no curva. Una sala rectangular.

—Aquí está —murmura Day. Le oigo presionar y soltar algo, y una luz artificial inunda el espacio—. Esperemos que esté vacío.

No es una gran cámara, pero sería lo suficientemente grande como para caber veinte o treinta personas cómodamente, incluso hasta cien si estuvieran hacinados. Contra la pared del fondo hay dos puertas que conducen fuera a los pasillos oscuros. Todas las paredes tienen monitores, gruesos y toscos a lo largo de los bordes, con un diseño más tosco que los que se utilizan en la mayoría de los pasillos en la República. Me pregunto si los Patriotas instalaron estos o si son de la vieja tecnología sobrante de cuando estos túneles fueron construidos por primera vez.

Mientras Day se pasea por el primer salón en la parte trasera de la sala principal, su arma en mano, compruebo el segundo. Hay dos salas más pequeñas aquí, con cinco juegos de literas en cada una, y en el otro extremo de la sala hay una pequeña puerta que conduce de nuevo en la oscuridad, en un túnel sin fin. Estoy dispuesta a apostar que la sala en la que Day está también tiene una entrada al túnel. A medida que me paseo de litera en litera, paso la mano por la pared donde personas han garabateado su nombre e iniciales. *Este camino es la salvación. J. D. Edward*, dice uno.

La única salida es la muerte. Maria Márques, dice otro.

—¿Todo bien? —dice Day detrás de mí.

Asiento hacia él.

—Despejado. Creo que estamos a salvo por ahora.

Él suspira, deja que sus hombros caigan, luego se pasa la mano con cansancio a través de su cabello enmarañado. Sólo han pasado unos días desde la última vez que lo vi, pero de alguna manera se siente como mucho más tiempo. Me acerco a él. Sus ojos se pierden por mi rostro como si se fijara en mí por primera vez. Debe tener un millón de preguntas para mí, pero él sólo levanta una mano y pone un mechón de mi cabello en su lugar. No estoy segura de si me siento mareada por la enfermedad o la emoción. Casi había olvidado cómo me hace sentir su toque. Quiero caer en la pureza que es Day, sumergirme en su sencilla sinceridad, su corazón que se encuentra abierto y golpeando a simple vista.

—Hola —murmura.





Envuelvo mis brazos alrededor de él, y nos abrazamos con fuerza el uno al otro. Cierro mis ojos, dejándome hundir contra el cuerpo de Day y el calor de su aliento en mi cuello. Sus manos rozan mi cabello y corren por mi espalda, aferrándose a mí como si tuviera miedo de dejarme ir. Él se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos. Se inclina hacia delante como si fuera a besarme... pero luego, por alguna razón, se detiene a sí mismo, y me tira de vuelta en un abrazo. Sostenerlo es reconfortante, pero aún así.

Algo ha cambiado.

Nos dirigimos a la cocina (doscientos ocho metros cuadrados, a juzgar por el número de azulejos en el suelo cuadrado), excavamos por dos latas de comida y botellas de agua, nos apretamos contra los mostradores, y nos sentamos para un descanso. Day está en silencio. Espero con expectación mientras compartimos una lata de pasta ahogándose en salsa de tomate, pero todavía no pronuncia una palabra. Parece que está pensando. ¿Sobre el plan frustrado? ¿Acerca de Tess?

O tal vez él no está pensando en nada, sino aún está aturdido guardando silencio. Me quedo en silencio también. Preferiría no poner palabras en su boca.

—Vi tu señal de advertencia desde uno de los videos de la cámara de seguridad —dice finalmente después de transcurridos diecisiete minutos—. No sabía exactamente lo que querías que hiciera, pero me dio una idea en general.

Noto que no menciona el beso entre Anden y yo, aunque estoy segura de que él lo vio.

—Gracias. —Mi visión se oscurece por un segundo y parpadeó rápidamente para tratar de enfocar. Tal vez necesite más medicamento—. Yo... lamento haberte obligado a una situación difícil. Traté de hacer que los jeeps tomaran una ruta diferente en Pierra, pero no funcionó.

—Eso fue todo el retraso cuando colapsaste, ¿verdad? Tenía miedo de que te hubieran hecho daño.

Mastico pensativa por un momento. La comida debería saber muy bien ahora, pero no tengo hambre en absoluto. Debo decirle acerca de la libertad de Eden de inmediato, pero el tono de Day —de alguna manera como una tormenta en el horizonte— hace que me contenga. ¿Los Patriotas habían podido escuchar todas mis conversaciones con Anden?

Si es así, entonces Day podría saberlo ya.



—Razor nos ha estado mintiendo acerca de por qué quiere muerto al Elector. No sé por qué todavía, pero las cosas que nos ha dicho simplemente no cuadran. —Hago una pausa, preguntándome si Razor ya ha sido detenido por los funcionarios de la República. Si no lo está ahora, entonces lo estaré pronto. La República debería saber antes de finales de hoy que Razor instruyó específicamente a los conductores del jeep a mantener el rumbo, llevando a Anden directo en la trampa.

Day se encoge de hombros y se concentra en la comida.

—¿Quién *sabe* lo que él y los Patriotas están haciendo ahora?

Me pregunto si él dice esto porque está pensando en Tess. La forma en que ella lo había mirado antes de que nos escapáramos en el túnel... Decido no preguntar acerca de lo que podría haber pasado entre ellos. Aun así, mi imaginación evoca una visión de ellos en el sofá juntos, tan cómodos y relajados como habían estado cuando encontramos a los Patriotas la primera vez en Vegas, Day apoyando la cabeza en el regazo de Tess. Ella inclinándose para rozar sus labios con los suyos. Mi estómago se aprieta en malestar. Pero *ella no vino*, me recuerdo a mí misma. ¿Qué pasó entre ellos? Me imagino a Tess discutiendo con Day sobre mí.

—Entonces —dice en un tono monótono—. Dime qué descubriste acerca del Elector que te hizo decidir que debíamos traicionar a los Patriotas.

Él no sabe nada de Eden, después de todo. Dejé el agua en la mesa y aprieto mis labios.

—El Elector ha liberado a tu hermano.

El tenedor de Day se detiene en el aire.

—¿Qué?

—Anden lo dejó ir, el día después de que te di la señal. Eden se encuentra bajo protección federal en Denver. Anden odia lo que la República le hizo a tu familia... y quiere volver a ganar nuestra confianza: la tuya y la mía. —Busco la mano de Day, pero él la arrebata. Mi aliento se me escapa en un suspiro de decepción. No estaba segura de cómo iba a tomar esta noticia, pero una parte de mí esperaba que él sólo estuviera... feliz.

—Anden se opone totalmente a la política del último Elector —sigo—. Él quiere detener las Pruebas y los experimentos con pestes. —Vacilo. Day sigue mirando fijamente a la lata de pasta, tenedor en la mano, pero ya no está comiendo—. Él quiere





hacer todos estos cambios radicales, pero necesita ganar el favor del público primero. Él básicamente me rogó por nuestra ayuda.

La expresión de Day tiembla.

—¿Eso es todo? ¿Es por eso que decidiste lanzar el plan entero de los Patriotas por la ventana? —responde con amargura—. ¿Para que el Elector pueda sobornarme a cambio de mi ayuda? Suena como una maldita broma, si me preguntas. ¿Cómo sabes que está diciendo la verdad, June? ¿En realidad te dieron pruebas de que él liberó a Eden?

Puse mi mano en su brazo. Esto es exactamente lo que temía de Day, pero tiene todo el derecho a sospechar. ¿Cómo puedo explicar el instinto que tengo sobre la personalidad de Anden, o el hecho de que yo había visto la sinceridad en sus ojos? Sé que Anden liberó al hermano de Day. Lo sé. Pero Day no estaba allí en la habitación. Él no conoce a Anden. No tiene ninguna razón para confiar en él.

—Anden es diferente. Tienes que creerme, Day. Soltó a Eden, y no sólo porque quiere que hagamos algo por él.

Las palabras de Day son frías y distantes.

—Dije, ¿tienes alguna prueba?

Suspiro, retirando mi mano de su brazo.

—No —lo reconozco—. No la tengo.

Day sale de su aturdimiento y clava su tenedor de nuevo en la lata. Lo hace con tanta fuerza que dobla el mango del tenedor.

—Te engaño. A ti, de todas las personas. La República no va a cambiar. En este momento el nuevo Elector es joven, estúpido como el infierno, y arrogante, y lo único que quiere hacer es que la gente lo tome en serio. Él va a decir cualquier cosa. Una vez que las cosas se calmen, verás su verdadera cara. Te lo garantizo. Él no es diferente de su padre; no es más que otro imbécil rico con mucho dinero y la boca llena de mentiras.

Me irrita que Day piense que soy tan crédula.

—¿Joven y arrogante? —Le doy a Day un leve empujón, tratando de aligerar el ambiente—. Me recuerda a alguien.

Una vez esto habría hecho reír a Day, pero ahora sólo me mira fijamente.





—Vi a un niño en Lamar —continúa—. Él tenía la edad de mi hermano. Por un momento, pensé que era Eden. Estaba siendo transportado en un tubo de cristal gigante, como una especie de experimento científico. Traté de sacarlo, pero no pude. La sangre del niño estaba siendo utilizada como un arma biológica que están tratando de lanzar en las Colonias. —Day lanza su tenedor en el fregadero—. Eso es lo que tú bonito Elector le está haciendo a mi hermano. Ahora, ¿todavía piensas que él lo dejó en libertad?

Me acerco y pongo mi mano sobre la suya.

—El Congreso envió a Eden al frente de guerra antes de que Anden fuera Elector. Él sólo lo dejó en libertad el otro día. Está...

Day me aparta, su expresión una mezcla de frustración y confusión. Se reajusta las mangas de su camisa de cuello hasta arriba en sus codos.

—¿Por qué crees tanto en este tipo?

—¿Qué quieres decir?

Se pone más furioso a medida que continúa.

—Quiero decir, la única razón por la que no destrocé la ventana del coche de tu Elector y puse un cuchillo en su garganta fue por ti. Porque sabía que tú debías haber tenido una buena razón. Pero ahora parece que sólo tomaste sus palabras en fe. ¿Qué pasó con toda esa lógica tuya?

No me gusta la forma en que él llama a Anden *mi* Elector, como si Day y yo estuviéramos todavía en lados opuestos.

—Te estoy diciendo la verdad —le digo en voz baja—. Además, la última vez que comprobé, no eras un asesino.

Day se aleja de mí y murmura algo entre dientes que no termino de entender. Cruzo los brazos.

—¿Te acuerdas cuando confié en *ti*, a pesar de que todos lo que conocía me decían que tú eras el enemigo? Te di el beneficio de la duda, y sacrificué todo por lo que yo creí. Te puedo asegurar ahora mismo que asesinar a Anden no va a resolver nada. Él es la única persona que la República realmente necesita: alguien dentro del sistema con el poder suficiente para cambiar las cosas. ¿Cómo podrías vivir contigo mismo después de matar a una persona así? Anden es bueno.





—¿Y qué si lo es? —dice Day con frialdad. Está agarrando el mostrador con tanta fuerza que sus nudillos se han vuelto blancos—. Bueno, malo, ¿qué importa? Él es el Elector.

Entrecierro mis ojos.

—¿De verdad crees eso?

Day niega con la cabeza y se ríe con amargura.

—Los Patriotas están tratando de iniciar una revolución. Eso es lo que este país necesita, no un nuevo Elector, sino ningún Elector. La República está destrozada sin remedio. Deja que las Colonias se encarguen.

—No sabes ni siquiera cómo son las Colonias.

—Sé que tienen que ser mejor que este infierno —gruñe Day.



Puedo notar que él no está enfadado sólo conmigo, pero está empezando a sonar infantil y esto me aleja por el camino equivocado.

—¿Sabes por qué estuve de acuerdo en ayudar a los Patriotas? —Puse una mano en su brazo, sintiendo la silueta de una cicatriz debajo de la tela. Day se tensa ante mi tacto—. Porque quería ayudarte. Crees que todo es mi culpa, ¿cierto? Es mi culpa que estén experimentando con tu hermano. Es mi culpa que hayas tenido que dejar a los Patriotas. Es mi culpa que Tess se negara a venir.

—No... —Day se detiene mientras retuerce sus manos en frustración—. No todo es tu culpa. Y Tess... Tess es definitivamente mi culpa. —Hay verdadero dolor en su rostro; en este punto, no puedo decir por quién es qué.

Han pasado tantas cosas. Siento una extraña punzada de resentimiento que hace correr la sangre a mis oídos aun cuando me avergüenza. No es justo para mí estar celosa. Después de todo, Day ha conocido a Tess durante años, mucho más de lo que me conoce, así que, ¿por qué no iba a sentirse unido a ella? Además, Tess es dulce, generosa, sanadora. Yo no lo soy. Por supuesto que sé por qué Tess lo abandonó. Es por mi culpa.

Estudio su rostro.

—¿Qué pasó entre tú y Tess?

Day fija su mirada en la pared frente a nosotros, perdido en sus pensamientos, y tengo que tocar su pie con el mío para hacerlo volver.



—Tess me besó —murmura—. Y siente que en cierto modo la traicioné... contigo.

Mis mejillas enrojecen. Cierro los ojos, obligando a la imagen de ellos besándose fuera de mis pensamientos. *Esto es tan estúpido.* ¿Certo? Tess conoce a Day de años, ella tiene todo el derecho a darle un beso. ¿Y el Elector no me había besado también? ¿No me había gustado? Anden de repente se siente a un millón de kilómetros de distancia, como si no importara en absoluto. Lo único que puedo ver es a Day y Tess juntos. Es como un puñetazo en el estómago. *Estamos en medio de una guerra. No seas ridícula.*

—¿Por qué me dices eso?

—¿Preferirías que lo mantuviera en secreto? —Él se ve avergonzado, y frunce los labios.

No sé por qué, pero Day parece no tener ningún problema haciéndome sentir como una tonta. Intento fingir que no me molesta.

—Tess te perdonará. —Mis palabras, con la intención de ser reconfortantes y maduras, suenan huecas y falsas en su lugar. Pasé la prueba del detector de mentiras sin ningún problema mientras estaba bajo arresto; ¿por qué es tan difícil para mí lidiar con esto?

Después de un tiempo, dice con voz tranquila:

—¿Qué piensas de él? ¿En serio?

—Creo que es honesto —le digo, impresionada con lo tranquilo que suena. Me alegra dirigir nuestra conversación en una dirección diferente—. Ambicioso y compasivo, incluso si lo hace poco práctico. Definitivamente no es el brutal dictador que los Patriotas dicen que va a llegar a ser. Es joven, y necesita a la gente de la República de su lado. Y él va a necesitar ayuda en caso de que él vaya a cambiar las cosas.

—June, apenas nos alejamos de los Patriotas. ¿Estás tratando de decir que debemos ayudar a Anden más de lo que ya hemos hecho... que debemos seguir arriesgando nuestras vidas por este maldito extraño rico que apenas conoces? —El veneno en sus ojos cuando escupe la palabra rico me asusta, haciéndome sentir como si estuviera insultándome también.

—¿Qué tiene que ver la clase con esto? —Ahora estoy irritada también—. ¿De verdad estás diciendo que estarías encantado de verlo muerto?

—Sí. Estaría encantado de ver a Anden muerto —dice Day, con los dientes apretados—. Y estaría feliz de ver a cada persona en su gobierno también muerta, si eso significara que puedo tener a mi familia de vuelta.





—Esto no es de ti. La muerte de Anden no *arreglará* las cosas —insisto. ¿Cómo puedo hacerle ver?—. No puedes envolver a todo el mundo en la misma categoría, Day. No todos los que trabajan para la República son malvados. ¿Qué hay de mí? ¿O mi hermano y padres? Hay gente buena en el gobierno; y son los que pueden encabezar los cambios permanentes de la República.

—¿Cómo puedes defender al gobierno después de todo lo que te han hecho? ¿Cómo no puedes querer ver el colapso de la República?

—Bueno, no lo sé —le digo con enojo—. Quiero ver que *cambie* para mejor. La República tuvo sus razones en un principio para controlar a las personas...

—Vaya. Espera un minuto. —Day levanta sus manos. Sus ojos están ahora iluminados por una rabia que nunca he visto—. Repíteme eso otra vez. Te reto. ¿La República tuvo sus razones en un principio? ¿Las acciones de la República son razonables?

—No sabes toda la historia de cómo se formó la República. Anden me dijo cómo el país comenzó a partir de la anarquía, y que las personas fueron quienes...

—¿Así que ahora crees todo lo que él dice? ¿Estás tratando de decirme que es culpa de la gente que la República sea de la manera que es? —Day eleva la voz—. ¿Que nosotros provocamos toda este bendito caos en nosotros mismos? ¿Esa es la justificación de por qué su gobierno tortura a los pobres?

—No, no estoy tratando de justificar eso... —De alguna manera, la historia suena mucho menos viable de lo que lo hizo cuando Anden la contaba.

—¿Y ahora crees que Anden puede *arreglarnos* con sus ideas imbéciles? ¿Este niño rico va a salvarnos a todos?

—¡Deja de llamarlo así! Son sus *ideas* las que podrían hacerlo, no su *dinero*. El dinero no significa nada cuando...

Day apunta un dedo hacia mí.

—No vuelvas a decir eso a mi cara de nuevo. El dinero lo es todo.

Mis mejillas se ruborizan.

—No, no es así.

—Debido a que tú nunca has estado sin él.



Me estremezco. Quiero desesperadamente responder, explicar que eso no es lo que quise decir. *El dinero no me define, o a Anden, o a cualquiera de nosotros.* ¿Por qué no he dicho eso? ¿Por qué es Day la única persona con la que tengo problemas para hacer un argumento coherente?

—Day, por favor... —empiezo.

Él salta del mostrador.

—Sabes, tal vez Tess tenía razón sobre ti.

—¿Perdón? —espeto en respuesta—. ¿De qué tiene razón Tess?

—Es posible que hayas cambiado un poco en las últimas semanas, pero en el fondo, sigues siendo un soldado de la República. Hasta la médula. Sigues siendo fiel a esos asesinos. ¿Has olvidado cómo mi madre y mi hermano murieron? ¿Has olvidado quién mató a tu familia?

Mi propia ira se enciende. *¿Estás negándote deliberadamente a ver las cosas desde mi punto de vista?* Me bajo del mostrador para enfrentarlo.

—Yo nunca olvido nada. Estoy aquí por tu bien, he dejado todo por ti. ¿Cómo te atreves a traer a mi familia en esto?

—Tú has traído a mi familia en esto! —grita—. ¡En todo esto! ¡Tú y tú querida República! —Day extiende sus brazos—. ¿Cómo te atreves tú a defenderlos, cómo te atreves tú a tratar de razonar contigo misma sobre por qué son como son? ¿Es tan fácil para ti decir eso, no es así, cuando has vivido toda tu vida en uno de sus palacios de gran categoría? Apuesto a que no serías tan rápida de aplicar tu lógica en descifrar todo si hubieras pasado tu vida excavando la basura para comer en los barrios marginados. ¿*Lo harías*?

Estoy tan furiosa y herida que estoy teniendo problemas para controlar mi respiración.

—Eso no es justo, Day. Yo no elegí nacer de esta forma. Nunca quise hacerle daño a tu familia...

—Bueno, lo hiciste. —Me siento temblar y desmoronarme bajo su mirada fulminante—. Tú dirigiste a los soldados directamente a la puerta de mi familia. Tú eres la razón por la que están muertos. —Day vuelve la espalda a mí y sale furioso de la cocina. Me quedo de pie sola en el silencio repentino, por primera vez perdida en qué hacer. El nudo en mi garganta amenaza con asfixiarme. Mi visión nada en lágrimas.





Day piensa que estoy siendo ciegamente fiel al Elector en lugar de ser lógica. Que no me es posible estar de su lado y todavía ser leal al estado. Bueno, *¿sigo siendo fiel?* ¿Acaso no había respondido a esa pregunta correctamente en la cámara del detector de mentiras? ¿Estoy celosa de Tess? ¿Celosa porque ella es una persona mejor que yo?

Y entonces, el pensamiento tan doloroso que casi no puedo soportarlo, sin importar lo enojada que sus palabras me pusieron: Tiene razón. No puedo negarlo. Yo soy la razón por la que Day perdió todo lo que le importaba.





DAY

Traducido por Vettina, Otravaga y LizC

Corregido por Monicab



No debí gritarle. Una cosa terrible por hacer, y lo sé. Pero en lugar de disculparme, voy alrededor del refugio y reviso las habitaciones otra vez. Mis manos aún están temblorosas; mi mente está aún peleando el subidón de adrenalina. Lo había dicho; las palabras que habían estado rondando en mi cabeza por semanas. Están afuera ahora, y no hay vuelta atrás. Bueno, ¿entonces qué? Me alegra que lo sepa. Ella *debería* saber. Y decir que el dinero no significaba nada... esa frase sólo fluyó de su boca, natural como el agua.

Recuerdos llenan mi cabeza de todas las veces que necesitamos más, de todo lo que pudo ser mejor con más. Hubo una tarde, durante una semana particularmente mala, cuando había llegado temprano de la escuela primaria para encontrar a Eden de cuatro años hurgando en el refrigerador. Saltó cuando me vio entrar en la casa. En sus manos había una lata vacía de carne deshidratada. Había estado medio llena esa mañana, preciosas sobras de la noche anterior que mamá había cuidadosamente envuelto en papel aluminio y guardado para la cena de la noche siguiente. Cuando Eden me vio mirando la lata vacía en su mano, la dejó caer en el piso de la cocina y rompió a llorar.

—Por favor no le digas a mamá —suplicó.

Corré hacia él y lo tomé en mis brazos. Sujetó mi camiseta con manos de bebé, enterrando su rostro contra mí.

—No lo haré —le susurré—. Lo prometo. —Aún puedo recordar cuán delgados eran sus brazos. Más tarde esa noche, cuando mamá y John habían finalmente llegado a casa, le dije a mamá que yo había cedido y comido las sobras de comida. Me dio una



cachetada fuerte, me dijo que era lo suficiente mayor para saberlo mejor. John me dio un discurso de decepción. ¿Pero a quién le importaba? A mí no.

Cerré una puerta de golpe por enojo. ¿Alguna vez se había tenido que preocupar June acerca de robar media lata de carne deshidratada? Si ella hubiera sido pobre, ¿sería tan rápida para perdonar a la República?

El arma que los Patriotas me dieron se siente pesada en mi cinturón. El asesinato del Elector les habría dado a los Patriotas la oportunidad de derrumbar la República. Habría sido la chispa que encendiera un barril de pólvora —pero debido a nosotros— debido a June, falló. ¿Y para qué? ¿Para ver a este Elector continuar y convertirse justo como su padre? Quiero reírme ante la idea de él liberando a Eden. Qué mentira de la República. Y ahora no estoy más cerca de salvarlo, y he perdido a Tess, estoy de vuelta al principio. Huyendo.

Esa es la historia de mi vida, ¿cierto?

Cuando vuelvo a la cocina media hora después, June ya no está allí. Probablemente está fuera en uno de los pasillos, haciendo notas mentales para sí misma sobre cada bendita grieta en la pared.

Abro los cajones de la cocina, vaciando uno de los sacos de estopa, y comienzo a ordenar montones de cada tipo de comida en él. Arroz. Maíz. Papas y sopas de hongos. Tres cajas de galletas. (Cuán lindo; todo se va al infierno, pero al menos aún puedo llenar mi estómago). Tomo varias botellas de agua para cada uno y luego cierro el saco. Suficiente por ahora. Pronto tendremos que estar de camino otra vez, y quién sabe cuánto tiempo estaremos a lo largo del resto de este túnel o cuándo llegaremos a otro refugio. Tenemos que seguir adelante dentro de las Colonias. Quizás estén dispuestas a ayudarnos cuando lleguemos al otro lado. Pero entonces, puede que tengamos que mantener un perfil bajo. Nosotros arruinamos el asesinato que las Colonias estaban patrocinando. Suspiro profundamente, deseando tener más tiempo de charlar con Kaede, para conseguir sacar todas sus historias sobre vivir en el otro lado del frente de guerra.

¿Cómo se convirtieron nuestros planes en tal desastre?

Suena un ligero golpe en la puerta abierta de la cocina, me doy vuelta para ver a June de pie ahí con sus brazos cruzados. Desabotonó su abrigo de la República, y el cuello de la camisa y chaleco debajo lucen arrugado. Sus mejillas están más ruborizadas de lo normal, y sus ojos están rojos, como si hubiera estado llorando.



—Los circuitos eléctricos aquí no están alimentados por la República —dice ella. Si había derramado algunas lágrimas, seguro como el infierno que no las escuché en su voz—. Sus cables corren a través del otro lado del túnel, la parte que no hemos cubierto aún.

Vuelvo a apilar las latas.

—¿Y? —murmuro.

—Eso quiere decir que deben de obtener su electricidad de las Colonias, ¿cierto?

—Supongo. Tiene sentido, ¿sí? —Enderezo mi espalda y halo los dos sacos de estopa que he preparado y cerrado ajustadamente—. Bueno, al menos quiere decir que el túnel nos guiará a la superficie en algún lugar, con suerte dentro de las Colonias. Cuando estemos listos para irnos podemos sólo seguir los cables. Probablemente deberíamos descansar primero.

Estoy a punto de salir de la cocina y pasar junto a June cuando se aclara la garganta y habla.

—Oye... ¿los Patriotas te enseñaron algo acerca de pelear mientras estuviste con ellos?

Sacudo mi cabeza.

—No. ¿Por qué?

June se gira para enfrentarme. La entrada de la cocina es lo suficientemente estrecha para que sus hombros rocen los míos, levantando piel de gallina en mis brazos. Me molesta que aún tenga ese efecto en mí, a pesar de todo.

—Mientras estábamos entrando en el túnel noté que tú estabas balanceándote hacia los Patriotas desde tus brazos... pero eso no es muy efectivo. Deberías balancearte desde tus piernas y caderas.

Su crítica crista mis nervios, a pesar de que está dándola en un tono extrañamente titubeante.

—No quiero hacer esto ahora mismo.

—¿Cuándo lo vamos a hacer si no ahora? —June se inclina contra el marco de la puerta y apunta hacia la entrada del refugio—. ¿Qué si nos encontramos con algunos soldados?

Suspiro y levanto mis manos por un segundo.



—Si ésta es tu manera de disculparte después de una pelea, entonces realmente apuestas en esto. Escucha. Lo siento, me enojé antes. —Vacilo, recordando mis palabras. No lo siento. Pero decirle eso ahora no ayudará en nada—. Sólo dame unos minutos, y me sentiré mejor.

—Vamos, Day. ¿Qué pasará cuando encuentres a Eden y necesites protegerlo? —Ella está tratando de disculparse, en su propia sutil manera. Bueno. Al menos lo está intentando, sin importar cuán terrible sea para eso. La fulmino con la mirada por unos segundos.

—Está bien —digo finalmente—. Muéstrame algunos movimientos, soldado. ¿Qué tienes bajo las mangas?

June me da una pequeña sonrisa, luego me lleva hasta el centro de la habitación principal del refugio. Se para junto a mí.



—¿Alguna vez leíste *El Arte de la Guerra* de Duncain?

—¿Parece que he tenido tiempo libre en mi vida para leer?

Ella me ignora, e inmediatamente me siento mal por decirlo.

—Bueno, ya eres ligero de pies y tienes un balance perfecto —continúa—. Pero no utilizas esas fortalezas cuando atacas. Es como si entraras en pánico. Olvidas todo sobre tu ventaja de velocidad y tu centro de masa.

—¿Mi centro de qué? —comienzo a decir, pero sólo golpea la parte exterior de mi pierna con su bota.

—Permanece en las puntas de tus pies y mantén tus piernas separadas al ancho de tus hombros —continúa ella—. Pretende que estás parado en los rieles de un tren con un pie hacia adelante.

Estoy un poco sorprendido. June ha estado observando mis ataques de cerca, a pesar de que normalmente pasan cuando toda clase de caos está pasando alrededor de nosotros. Y tiene razón. Ni siquiera me había dado cuenta que todos mis instintos de balance salen por la ventada cuando trato de pelear. Hago lo que ella dice.

—Bien. ¿Ahora qué?

—Bueno, mantén tu barbilla hacia abajo, para empezar. —Toca mis manos, luego las levanta de modo que un puño queda cerca al lado de mi mejilla y el otro cuelga frente a mi rostro. Sus manos corren a lo largo de mis brazos, comprobando mi postura. Mi piel



cosquillea—. La mayoría de las personas se inclinan hacia atrás y mantienen su barbilla alta y sobresalida —dice ella, su rostro cerca junto al mío. Golpea mi barbilla una vez—. Eso es lo que tú haces también. Y sólo sirve para pedir un knock-out.

Trato de enfocarme en mi propia postura poniendo mis dos puños en alto.

—¿Cómo das puñetazos?

June toca suavemente la punta de mi barbilla, luego el borde de mi frente.

—Recuerda, es todo sobre cuán *exacto* puedes golpear a alguien, no cuán *duro*. Serás capaz de noquear a alguien mucho más grande que tú si los atrapas en los puntos correctos.

Antes de darme cuenta, media hora ha pasado. June me enseña una táctica tras otra: mantener mi hombro en alto para proteger mi barbilla, atrapar a mi oponente con la guardia baja con movimientos falsos, golpes por encima de la cabeza, golpes bajo, inclinándome hacia atrás y adelante con patadas, a saltar fuera del camino con velocidad. Apuntar a los lugares vulnerables: ojos, cuello y así sucesivamente. Me lanza con todo lo que tengo. Cuando trato de tomarla por sorpresa, ella se desliza fuera de mi agarre como agua entre las rocas, fluido y constantemente en movimiento, y si parpadeo, ella está detrás de mí y retorciendo mi brazo detrás de mi espalda.

Al final, June me hace tropezar y me sujeta al suelo. Sus manos empujan mis muñecas abajo.

—¿Ves? —dice—. Te engañé. Siempre estás mirando los ojos de tu oponente, pero eso te da una mala visión periférica. Si quieres seguir mis brazos y piernas, tienes que enfocarte en mi pecho.

Alzo una ceja ante eso.

—No digas más. —Mis ojos se mueven hacia abajo.

June se ríe, luego se pone un poco roja. Nos detenemos ahí por un instante, sus manos aun sosteniendo abajo mis brazos, sus piernas a través de mi estómago, ambos respirando pesadamente. Ahora entiendo por qué sugirió el combate improvisado; estoy cansado, y el ejercicio ha drenado mi enojo. A pesar de que ella no lo dice, puedo ver su disculpa llanamente en su rostro, la trágica inclinación de sus cejas y el ligero temblor de palabras sin decir en sus labios. La visión finalmente me ablanda, aunque sólo un poco. Aún no lamento lo que le dije antes, de verdad, pero tampoco estoy siendo justo. Lo que sea que perdí, June ha perdido igualmente. Ella solía ser rica,





entonces lo arrojó lejos para salvar mi vida. Jugó su parte en la muerte de mi familia, pero... paso una mano por mi cabello, sintiéndome culpable ahora. No puedo culparla por todo. Y no puedo estar solo en un momento como este, sin aliados, nadie a quien recurrir.

Ella se balancea.

Me apoyo en mis codos.

—¿Estás bien?

Sacude su cabeza, frunce el ceño, y trata de quitarle importancia.

—Bien. Creo que pesqué un virus o algo. Nada grave.

La estudio bajo la luz artificial. Ahora que presto más atención al color de su rostro, puedo ver que está más pálida de lo normal, y que sus mejillas lucen sonrojadas porque su piel luce tan demacrada. Me siento más erguido, forzándola a deslizarse a un lado. Entonces presiono una mano en su frente. Inmediatamente la alejo.

—Hombre, estás ardiendo.

June comienza a protestar, pero como nuestra sesión de entrenamiento la ha debilitado, se balancea otra vez y se estabiliza a sí misma con un brazo.

—Estaré bien —murmura—. Deberíamos estar yéndonos, de cualquier forma.

Y aquí he estado enojado con ella, olvidando todo lo que ha pasado. El imbécil del año. Pongo uno de mis brazos alrededor de su espalda y envuelvo el otro debajo de sus rodillas, luego la levanto. Se desploma contra mi pecho, el calor de su frente sorprendente contra mi fresca piel.

—Necesitas descansar.

La llevo dentro de una de las habitaciones con literas, saco sus botas, la acuesto cuidadosamente en una cama, y la cubro con las mantas. Ella parpadea hacia mí.

—No quise decir lo que dije antes. —Sus ojos están aturdidos, pero la emoción aún está ahí—. Sobre el dinero. Y... yo no...

—Deja de hablar. —Aliso mechones de cabello de su frente. ¿Y si atrapó algo serio mientras estaba bajo arresto? ¿La peste de un virus...? Pero ella es de clase alta. Debería tener vacunas. Espero—. Voy a encontrarte algo de medicina, ¿está bien? Sólo cierra tus ojos. —June sacude su cabeza, frustrada, pero no trata de discutir.





Después de revolver todo el refugio, finalmente me las arreglo para encontrar una botella sin abrir de aspirina y regreso a la cama de June con ella. Se toma un par de píldoras. Cuando empieza a temblar, tomo dos mantas más de las otras camas en la habitación y la cubro con ellas, pero no parece ayudar.

—Está bien. Me las arreglaré —susurra justo cuando estoy buscando más mantas—. No importara cuán altas las apiles, sólo necesito que mi fiebre se desate. —Ella duda, entonces alcanza mi mano—. ¿Puedes quedarte aquí?

La debilidad de su voz me preocupa más que nada. Me subo a la cama, me acuesto a su lado por encima de las mantas, y la acerco a mí. June sonríe un poco, luego cierra los ojos. La sensación de las curvas de su cuerpo contra el mío envía una calidez fluyendo a través de mí. Nunca he pensado en describir su belleza como delicada, porque *delicada* no es una palabra que se ajuste a June... pero aquí, ahora que está enferma, me doy cuenta de cuán frágil puede ser. Mejillas rosadas. Pequeños labios suaves contra grandes ojos cerrados circundados con la curva de sus oscuras pestañas. No me gusta verla así de delicada. La tensión de nuestra discusión perdura en el fondo de mi mente, pero por ahora tengo que olvidarlo. Pelear sólo nos ralentizará. Más tarde nos ocuparemos de los problemas entre nosotros.

Poco a poco, ambos nos quedamos dormidos.



Algo me sacude fuera de mi sueño. Un pitido. Escucho un rato, tratando de identificar su ubicación a través de mi aturdimiento, y luego me arrastro fuera de la cama sin despertar a June. Antes de salir de la habitación, me inclino para tocarle la frente de nuevo. Aún no está mejor. El sudor perla su frente, la fiebre debe haberse desatado al menos una vez, pero ella está tan caliente como siempre.

Cuando sigo el pitido hasta la cocina, veo un pequeño faro intermitente encima de la puerta por la que habíamos llegado al refugio. Palabras destellan por debajo de éste en un luminoso rojo amenazante.

ACERCAMIENTO – 122 METROS

Un miedo helado se apodera de mí. Alguien debe estar viniendo por el túnel hacia el refugio: los Patriotas, tal vez, o soldados de la República. No puedo decidir cuál sería peor. Giro sobre mis talones y me apresuro a donde había apilado nuestros sacos de estopa con alimentos y agua, luego saco algunas latas de uno de ellos. Cuando el saco se aligera lo suficiente, paso mis brazos a través de las dos cuerdas del saco como si





fuese una mochila y después corro a la cama de June. Ella se remueve con un suave gemido.

—Oye —susurro, tratando de parecer sereno y tranquilizador. Me agacho y le acaricio el cabello—. Es hora de irse. Ven aquí. —Empujo las mantas a un lado, manteniendo una para envolverla alrededor de ella, empujo sus botas en sus pies, y la levanto en mis brazos. Ella lucha por un momento, como si pensara que se está cayendo, pero sólo la aferro con más fuerza—. Tranquila —murmuro contra su cabello—. Te tengo.

Se calma en mis brazos, medio inconsciente.

Salimos del refugio y nos dirigimos de nuevo hacia la oscuridad del túnel, mis botas chapoteando en los charcos y el barro. La respiración de June es superficial y rápida, caliente por la fiebre. Detrás de nosotros, la alarma se escucha cada vez menos a medida que rodeamos numerosas curvas, y luego se desvanece a un zumbido suave. Casi esperaba oír pasos viéndome detrás de nosotros, pero pronto el zumbido de la alarma también se atenúa, y nos deja para viajar en silencio. Para mí, se siente como que han pasado horas, aunque June murmura que “han pasado cuarenta y dos minutos y treinta y tres segundos”. Seguimos caminando arduamente.

Este tramo de túnel es mucho más largo que el primero, y poco iluminado con ocasionales lámparas parpadeando. En algún momento me detengo y finalmente me desplomo en el suelo en una parte seca, bebiendo agua y sopas enlatadas (por lo menos, creo que es sopa; no puedo ver mucho en esta oscuridad, así que sólo quito la tapa de la primera lata que agarro). June está temblando otra vez, lo que no es ninguna sorpresa. Hace frío aquí abajo, lo suficientemente frío como para que vea las tenues nubes de mi aliento. Envuelvo la manta más estrechamente alrededor de June, reviso su frente una vez más, y luego trato de darle de comer un poco de sopa. Ella lo rechaza.

—No tengo hambre —murmura. Cuando ella mueve la cabeza en mi pecho, siento el calor de su frente a través de mi camisa.

Le aprieto la mano. Mis brazos están tan entumecidos que incluso esto parece difícil.

—Está bien. Pero vas a tomar un poco de agua, ¿de acuerdo?

—Bien. —June se acurruca más cerca de mí y descansa su cabeza en mi regazo. Me gustaría poder encontrar una manera para mantenerla caliente—. ¿Todavía nos siguen?

Entorno los ojos hacia las profundidades negras por las que vinimos.





—No —miento—. Los perdimos hace mucho tiempo. Relájate y no te preocupes, pero trata de mantenerte despierta.

June asiente. Ella jueguea con algo en su mano, y cuando miro más de cerca, me doy cuenta que es el anillo de sujetapapeles. Lo frota como si pudiera darle fuerza.

—Ayúdame. Cuéntame un cuento. —Tiene los ojos medio cerrados ahora, aunque puedo decir que está luchando por mantenerlos abiertos. Ella está hablando en voz tan baja que tengo que inclinarme sobre su boca para oírla.

—¿Qué clase de cuento? —respondo, decidido a evitar que se pierda en la inconsciencia.

—No sé. —June inclina ligeramente la cabeza para mirarme. Después de una pausa, ella dice soñolienta—: Háblame de tu primer beso. ¿Cómo fue?

Su pregunta me confunde al principio: a ninguna chica que haya conocido le ha gustado que hable de otras chicas delante de ella. Pero luego me doy cuenta que esta es June, y que podría estar utilizando los celos para evitar quedarse dormida. No puedo dejar de sonreír en la oscuridad. Siempre tan estupendamente inteligente.

—Yo tenía doce años —murmuro—. La chica tenía dieciséis años.

Los ojos de June se ponen más alerta.

—Debes haber sido bastante zalamero.

Me encojo de hombros.

—Puede ser. Era torpe en ese entonces, casi consigo que me maten unas cuantas veces. De todos modos, ella estaba trabajando con su padre en un muelle en Lake, y me sorprendió tratando de contrabandear comida fuera de sus cajas. Le convencí de que no me delatará, y como parte de nuestro trato, ella me condujo a un callejón trasero cerca del agua.

June intenta reír, pero sale como un ataque de tos.

—¿Y ella te besó ahí?

Sonrío.

—Podrías decir que sí.





Ella se las arregla para alzar una ceja curiosa ante mi corta respuesta, lo cual tomo como una buena señal.

Por lo menos ella está despierta ahora. Me inclino más a ella y pongo mis labios junto a su oreja. Mi respiración agita suaves mechones de su cabello.

—La primera vez que te vi, cuando entraste en ese ring de Skiz contra Kaede, pensé que eras la chica más hermosa que había visto nunca. Podría haberte mirado por siempre. La primera vez que te besé... —Ese recuerdo me domina ahora, tomándome por sorpresa. Recuerdo cada detalle de él, casi lo suficiente para alejar las imágenes persistentes del Elector empujando a June hacia él—. Bueno, muy bien podría haber sido mi primer beso.

Incluso en la oscuridad, veo indicios de una sonrisa arrastrarse en su rostro.

—Sí. Eres un zalamero.

Le doy una mirada herida.

—Cariño, ¿alguna vez te mentiría?

—No lo intentes. Puedo ver a través de ti.

Le dedico una risa baja.

—Muy bien.

Nuestras palabras suenan ligeras y casi sin preocupaciones, pero ambos podemos sentir la tensión detrás de ellas. El esfuerzo de tratar de olvidar, de empujar todo a un lado. La consecuencia de lo que ninguno de nosotros puede nunca recuperar.

Nos detenemos allí durante unos minutos más. Entonces envuelvo nuestras pertenencias, levantándola cuidadosamente, y continuando por el túnel. Mis brazos están temblando ahora, y cada respiración que tomo suena entrecortada. No hay signos de ningún refugio por delante. A pesar de la humedad del túnel y el frío, estoy sudando como si estuviéramos a mediados de verano en Los Ángeles; mis descansos se hacen cada vez más frecuente, hasta que finalmente me detengo en otro tramo seco del túnel y colapso en la pared.

—Sólo tomemos un descanso rápido —le aseguro a June cuando le doy un poco de agua—. Creo que estamos casi allí.

Justo como dijo antes, puede ver a través de mi mentira.



—No podemos ir más lejos —dice ella con voz débil—. Vamos a descansar. No vas a durar una hora más de esta forma.

Descarto sus palabras.

—Este túnel tiene que terminar en alguna parte. Debemos haber ido justo debajo del frente de guerra a estas alturas, lo que significa que ya estamos en tierras de las Colonias. —Hago una pausa; la realización me golpea a la vez que mis palabras salen, enviando un escalofrío por mi espalda.

Tierras de las Colonias.

Como si fuera una señal, un sonido viene de algún lugar más allá del túnel, en algún lugar muy por encima de nosotros. Me quedo en silencio. Escuchamos por un tiempo, y pronto el sonido vuelve: un murmullo, zumbidos apagados a través de la tierra, viniendo de algún objeto masivo.

—¿Eso es un dirigible ahí fuera? —pregunta June.

El sonido se desvanece a lo lejos, pero no antes de traer una brisa helada en el túnel. Miro hacia arriba. Había estado demasiado cansado para notarlo antes, pero ahora puedo distinguir un diminuto trozo rectangular de luz. Una salida a la superficie. De hecho, hay varias de ellas recubriendo el techo en intervalos esporádicos; es probable que hayamos estado pasándolos por un buen rato. Me obligo de nuevo a ponerme de pie y me estiro para correr mi dedo por el borde de esa rendija. Liso, de metal congelado. Le doy un empujón tentativo.

Se mueve. Empujo más fuerte en el metal y comienzo a deslizarlo hacia un lado. Aunque puedo decir que es de noche afuera, la luz que entra en el túnel es más de lo que hemos estado recibiendo durante las últimas horas, y en realidad me encuentro entrecerrando los ojos. Me toma un segundo en darme cuenta que algo frío y ligero está cayendo suavemente sobre mi cara. Lo aplasto, confundido por un segundo, hasta que me doy cuenta de que son —creo— copos de nieve. Mi ritmo cardíaco se acelera. Cuando he deslizado el metal de la rendija hasta el tope, me quito la chaqueta militar de la República. No es divertido recibir un disparo por parte de soldados justo cuando hemos llegado a la tierra prometida.

Cuando me he despojado de mi camisa de cuello y chaleco, me levanto de un salto y agarro los lados de la abertura, con brazos temblorosos, luego me alzo a mitad de camino para ver dónde estamos. Una especie de pasillo oscuro. Nadie alrededor. Salto





de nuevo hacia abajo y tomo las manos de June, pero está empezando a quedarse dormida otra vez.

—Quédate conmigo —susurro, acopiadola entre mis brazos—. Mira a ver si puedes empujarte hacia arriba. —June desenrolla la manta. Me arrodillo y la ayudo a subirse en mis hombros. Se tambalea, respirando con dificultad, pero se las arregla para empujarse hacia la superficie. La sigo con su manta metida bajo un brazo, luego aterrizo a través del suelo con un solo golpe.

Subimos en un oscuro y estrecho callejón no muy diferente de dónde venimos, y por un segundo me pregunto si de alguna manera hemos regresado todo el camino en torno a la República de nuevo. No sería eso algo raro. Pero después de un tiempo, puedo decir que esto no es la República en absoluto. El suelo es uniforme y bien pavimentado bajo una capa irregular de nieve, y el muro está completamente cubierto con brillantes carteles coloridos de alegres soldados y niños sonrientes. En la esquina de cada cartel hay un símbolo que reconozco al cabo de unos segundos. Un pájaro dorado, como un halcón. Con un escalofrío de emoción, me doy cuenta de cuánto se asemeja al ave impresio en mi colgante.



June ha visto los carteles también. Sus ojos se ensanchan y se tornan brumosos con fiebre, su respiración aumenta en nubes tenues de vapor. Todo lo que nos rodea es lo que parece ser unos cuarteles militares, cubierto de arriba a abajo con los mismos carteles luminosos. Farolas se alinean a ambos lados de la carretera en establecidos patrones ordenados. De aquí debe ser donde el túnel y los refugios subterráneos obtienen su electricidad. Un viento frío sopla más nieve en nuestros rostros.

June de repente me agarra la mano. Ella retiene la respiración al mismo tiempo que yo.

—Day... por ahí. —Ella está temblando incontrolablemente contra mí, pero no puedo decir si es a causa del frío o de lo que estamos viendo.

Extendida ante nosotros, sobresaliendo a través de los espacios entre los edificios militares, hay una ciudad: altos rascacielos brillantes erigidos a través de nubes bajas y nieve delicada, y cada edificio iluminado por luces azules hermosas que se vierten desde casi todas las ventanas y todos los pisos. Aviones de combate se alinean en los tejados de los rascacielos. Todo el paisaje es radiante. Mi mano se aprieta alrededor de la de June. Simplemente nos quedamos ahí de pie, incapaces por un segundo de hacer otra cosa. Es exactamente como mi padre lo describió.

Hemos llegado a una ciudad resplandeciente en las Colonias de América.



JUNE

Traducido por Lalaemk

Corregido por LizC



Metas siempre me había dicho que cada vez que me enfermara, pusiera toda mi resistencia.

Sé que hace frío, pero no puedo decir cuál es la temperatura. Sé que es de noche, pero no puedo decir qué hora es. Sé que Day y yo de alguna manera hemos logrado cruzar la frontera hacia las Colonias, pero estoy demasiado cansada para averiguar a cuál de sus estados cruzamos. El brazo de Day se envuelve firmemente alrededor de mi cintura, dándome soporte a pesar de que puedo sentirlo temblar por el esfuerzo de llevarme por tanto tiempo. Me susurra alentadoramente, animándome. *Sólo un poco más*, dice. *Debe haber hospitales muy cerca del frente de guerra*. Mis piernas están temblando por el esfuerzo de mantenerme en pie, pero me niego a desmayarme. Nos arrastramos a través de nieve ligera, nuestra mirada fija en la ciudad iluminada ante nosotros.

Los edificios oscilan entre los cinco pisos y cientos de pisos de altura, algunos de ellos desapareciendo entre las nubes bajas. La vista es familiar en algunos aspectos y totalmente nueva en otros: Las paredes están llenas de banderas extranjeras en forma de mariposa, de color azul marino y oro; los edificios tienen diseños de arcos tallados en sus lados; y con filas de aviones de combate en cada azotea. Son modelos muy diferentes a los de la República, con una estructura de extraña ala en saeta inversa que los hace lucir como un tipo de tridente. Las alas de los jets están todas pintadas con feroces aves doradas, al igual que un símbolo que no reconozco. No es de extrañar que siempre escuchara que las Colonias tuvieran una mejor fuerza aérea que la República: estos jets son más nuevos que a los que estoy acostumbrada, considerando su colocación en las azoteas, deben ser absolutamente capaces de realizar despegues y aterrizajes en vertical sin esfuerzo. Esta ciudad de frente de guerra parece más que preparada para defenderse en sí misma.



Y la gente. Están en todos lados, tanto soldados como civiles amontonados en las calles, acurrucados bajo sus abrigos con capucha para protegerse a sí mismos de la nieve. Cuando pasan bajo el resplandor de las luces de neón, sus rostros están tintados en tonos verdes, anaranjados, y morados. Estoy demasiado exhausta para hacer un análisis adecuado de ellos, pero lo único que noto es que toda su ropa: botas, pantalones, camisetas, abrigos; tiene una variedad de emblemas y palabras en ellos. Estoy sorprendida por el gran número de anuncios en las paredes, se extienden tan lejos como el ojo puede ver, a veces agrupados tan juntos que esconden completamente las paredes detrás de ellos. Parecen promocionar cualquier cosa y todo bajo el sol, cosas que nunca he visto u oído antes. ¿Escuelas patrocinadas por corporaciones? ¿Navidad?

Pasamos una ventana que muestra un montón de pantallas en miniatura, cada una difundiendo noticias y videos. ¡VENTA! dice el escaparate. ¡30% DE DESCUENTO HASTA EL LUNES! Algunos canales difunden programas familiares, noticias del frente de guerra, conferencias políticas. LA CORPORACIÓN DESCON ANOTA OTRA VISCTORIA PARA LAS COLONIAS EN DAKOTA/FRONTERA DE MINNESOTA. ¡LOS ESCOMBROS DE LA REPÚBLICA ESTÁN DISPONIBLES PARA COMPRAR COMO RECUERDOS! Otros transmiten películas, algo que sólo la República transmite en los teatros del sector rico. La mayoría de las pantallas están mostrando comerciales. A diferencia de la propaganda comercial de la República, es como si estos anuncios estuvieran tratando de persuadir a la población a comprar cosas. Me pregunto qué tipo de gobierno maneja un lugar como este. Tal vez ellos no tienen un gobierno en absoluto.

—Mi padre me dijo una vez que las ciudades de las Colonias son como faros resplandecientes desde muy lejos —dice Day. Sus ojos saltan de un anuncio brillantemente colorido al siguiente mientras me ayuda a través de la confusión de personas—. Es exactamente como lo describió, pero no puedo entender todos estos anuncios. ¿No son extraños?

Asiento en respuesta. En la República, los anuncios tienen exhibiciones organizadas con un estilo claro y consistente gubernamental, que sigue siendo el mismo sin importar en qué parte del país estés. Aquí, los anuncios no siguen ningún tipo de teoría del color. Son surtidos, una mezcolanza de neón y luces intermitentes. Como si no fueran hechos por ningún tipo de gobierno centralizado, sino por una serie de grupos independientes más pequeños.

Un anuncio muestra un video de un oficial sonriente en uniforme. El anunciante dice: “Departamento de Policía de la Tribuna. ¿Necesita reportar un crimen? ¡Sólo necesita un depósito de 500 Billetes!” Bajo el oficial, en letra pequeña, están las palabras: EL





DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LA TRIBUNA ES UNA FILIAL DE LA CORPORACIÓN DESCON.

Otro anuncio dice: PRÓXIMO CONTROL A NIVEL NACIONAL DEL NFE* PATROCINADO POR CLOUD—ENERO 27. ¿NECESITA ALGUNA AYUDA PARA PASAR? ¡NUEVAS PÍLDORAS DE MEDITECH JOYENCE AHORA ESTÁN DISPONIBLES EN TODAS LAS TIENDAS! Debajo de esto, otro pequeño asterisco seguido por el texto: NFE, NIVEL DE FELICIDAD DEL EMPLEADO.

Un tercer anuncio en realidad me obliga a mirarlo dos veces. Muestra un vídeo de filas de niños, todos vestidos con la misma ropa, sonriendo con las sonrisas más grandes que haya visto en mi vida. Cuando el texto aparece, se lee: ENCUENTRA A TU HIJO, HIJA, O EMPLEADO PERFECTO. TIENDAS FRANQUICIA SWAPSHOP SON UNA FILIAL DE EMPRESAS EVERGREEN. Frunzo el ceño, perpleja. Tal vez así era cómo las Colonias hacían funcionar los orfanatos o similares. ¿Cierto?

A medida que avanzamos, me doy cuenta que hay una imagen sin cambiar en la esquina inferior derecha de cada anuncio. Es un símbolo gigante de un círculo dividido en cuatro cuadrantes, con un símbolo más pequeño dentro de cada uno de los cuadrantes. Debajo, en letras de molde está lo siguiente:

LAS COLONIAS DE AMÉRICA
CLOUD. MEDITECH. DESCON. EVERGREEN
UN ESTADO LIBRE ES UN ESTADO CORPORATIVO

De repente siento el cálido aliento de Day en mi oreja.

—June —susurra.

—¿Qué pasa?

—Alguien nos está siguiendo.

Otro detalle que debería haber notado antes. He perdido la cuenta de la cantidad de cosas en las que estoy fallando en notar.

—¿Puedes ver su rostro?

—No. Pero a juzgar por la figura, es una chica —responde. Espero unos segundos más, luego miro hacia atrás. Nada más que un mar de Colonos. Quienquiera que fuese, ella ya había desaparecido entre la multitud.





—Probablemente sólo una falsa alarma —murmuro—. Alguna chica de las Colonias.

Los ojos de Day barren la calle, perplejo, luego se encoge de hombros. No me sorprendería que estuviéramos empezando a ver cosas, sobre todo entre todas estas nuevas y extrañas luces brillantes y anuncios fluorescentes.

Una persona se acerca a nosotros justo cuando volvemos nuestra atención hacia la calle. Un metro setenta, mejillas caídas, piel rosada bronceada, unos cuantos mechones de cabello negro sobresaliendo de una pesada capa para nieve, una tableta plana en la mano. Ella tiene una bufanda envuelta firmemente alrededor de su cuello (lana sintética, a juzgar por la textura uniforme), y pequeños cristales de hielo se afellan a la tela debajo de su barbilla, donde su respiración se ha congelado. Su manga tiene las palabras *Supervisor de Calle* cosidas en ella, justo encima de otro extraño símbolo.

—No se están mostrando. ¿Corporación? —murmura hacia nosotros. Sus ojos permanecen fijos en la tableta, la cual tiene una imagen como de un mapa y burbujas moviéndose en ella. Cada burbuja parece corresponder a una persona en la calle. Debe querer decir que no aparecemos en ella. Entonces me doy cuenta que hay varias personas como ella registrando la calle, todos con el mismo abrigo azul oscuro.

—¿Corporación? —repite con impaciencia.

Day está a punto de responder cuando lo detengo.

—Meditech —dejo escapar, recordando los cuatro nombres de los anuncios que hemos visto.

La mujer se detiene para darle a nuestra ropa (camisas de cuello sucias, pantalones negros y botas) una mirada de desaprobación.

—Deben ser nuevos —añade para sí misma, tecleando algo en su tableta—. Están muy lejos de donde se supone que deberían estar, entonces. No sé si aún no han recibido sus orientaciones, pero Meditech les descontará mucho si llegan tarde. —Entonces nos da una falsa sonrisa y se lanza a una rutina extrañamente alegre—. Estoy patrocinada por Corporación Cloud. ¡Pásense por la Plaza Central de la Tribuna para comprar nuestra nueva línea de pan! —Su boca vuelve a adoptar la línea hosca que tenía antes, y se aleja apresuradamente. Veo que detiene a una persona más adelante en la calle, haciendo la misma representación.

—Hay algo raro en esta ciudad —le susurro a Day mientras forcejeamos para seguir.

El agarre de Day en mí se tensa y se torna más firme.



—Es por eso que no le pregunté en dónde estaba el hospital más cercano —responde. Otra oleada de mareo me golpea—. Aguanta. Ya se nos ocurrirá algo.

Trato de responder, pero ahora apenas puedo ver a dónde voy. Day me dice algo, pero no puedo entender ni una palabra; suena como si estuviera bajo el agua.

—¿Qué has dicho? —El mundo está girando ahora.

Mis rodillas se doblan.

—Dije, que tal vez... detenernos... hospital...

Me siento caer, y mis brazos y piernas se envuelven a mi alrededor a modo de protección, y en algún lugar por encima de mí los hermosos ojos azules de Day me sostienen. Pone sus manos en mis hombros, pero se siente como si estuviera a un millón de kilómetros a distancia. Trato de hablar, pero mi boca se siente como si estuviera llena de arena. Me hundo en la oscuridad.



Un destello dorado y gris. La mano fría de alguien contra mi frente. Extiendo mi mano para tocarla, pero al instante en que mis dedos rozan contra la piel, la mano se aleja. No puedo dejar de temblar, es increíblemente frío aquí.

Cuando por fin consigo abrir los ojos, me encuentro acostada en un simple catre blanco con la cabeza en el regazo de Day, y él tiene uno de sus brazos envuelto alrededor de mi cintura. Un momento después, me doy cuenta que él está viendo a otra persona —a otras tres personas— de pie en la habitación con nosotros. (Ellos están usando los uniformes distintivos del frente de guerra de los soldados de las Colonias: chaquetas militares de la armada con botones dorados y hombreras, con franjas color dorado y blanco a lo largo del borde inferior y el distintivo halcón dorado bordado en cada manga.) Niego con la cabeza. Un desglose bastante genérico. Estoy tan lenta en este momento.

—A través de los túneles —dice Day. Las luces en el techo me ciegan. No las había visto allí antes.

—¿Cuánto tiempo han estado en las Colonias? —pregunta uno de los otros hombres. Su acento suena extraño. Tiene un bigote delgado y endeble, cabello grasiento, y la iluminación le da una tez enfermiza—. Es mejor que seas honesto, muchacho. DesCon no tolera a los mentirosos.

—Acabamos de llegar esta noche —responde Day.



—¿Y de dónde vienen? ¿Trabajan para los Patriotas?

Incluso en mi bruma, sé que esa es una pregunta peligrosa. No van a estar felices si se enteran de que somos nosotros los que boicoteamos sus planes para el Elector. Tal vez ni siquiera saben lo que ocurrió aún. Razor dijo que informaban a las Colonias sólo esporádicamente.

Day también se da cuenta que la pregunta es peligrosa, porque la evade.

—Hemos venido aquí solos. —Hace una pausa, y luego lo oigo hablar con un dejo de impaciencia—. Por favor, está ardiendo de fiebre. Llévennos a un hospital, y les diré lo que quieran. No he venido hasta aquí para verla morir en una estación de policía.

—El Hospital te va a costar, hijo —responde el hombre.

Day tienta uno de mis bolsillos y saca nuestro pequeño fajo de Billetes. Noto que su arma se ha ido, probablemente confiscada.

—Tenemos cuatro mil Billetes de la República...

Los soldados lo interrumpen con risitas.

—Muchacho, cuatro mil Billetes de la República no te comprarán un plato de sopa —dice uno de ellos—. Además, ambos van a esperar aquí hasta que nuestro comandante aparezca. Entonces, serán enviados a nuestro recinto de prisioneros de guerra para los interrogatorios estándar.

Recinto de prisioneros de guerra. Por alguna razón esto desencadena el recuerdo de cuando Metias me llevó en una misión hace más de un año, cuando habíamos rastreado a ese prisionero de guerra de las Colonias a través de la profundidad de los estados de la República y fue asesinado en la Ciudad de Yellowstone. Recuerdo la sangre en el suelo, absorbido por el uniforme de la marina de ese soldado. Un momento de pánico se apodera de mí y extiendo mi mano para agarrar el colgante de Day. Los otros hombres de la sala hacen un ruido de sobresalto. Escucho varios clics metálicos.

El brazo de Day se aprieta protectoramente a mi alrededor.

—Tranquila —susurra.

—¿Cómo se llama la chica?

Day se vuelve a los hombres.

—Sarah —miente él—. No es una amenaza, sólo está realmente enferma.





Los hombres dicen algo que hace enojar a Day, pero mi mundo se está convirtiendo en un caos salvaje de colores otra vez, y me hundo en un delirante sueño a medias. Escucho ruidosas voces, luego el sonido de una pesada puerta oscilando, y entonces nada por un largo tiempo. A veces creo que veo a Metias de pie en la esquina de la barraca, mirándome. Otras veces él cambia a Thomas, y no puedo decidir si debería sentir enojo o desconsuelo ante la visión de él. A veces reconozco las manos de Day contra las mías. Me dice que me relaje, que todo estará bien. Las visiones desaparecen.

Después de lo que parecen horas, comienzo a escuchar débiles fragmentos rotos de conversación.

—¿... de la República?

—Sí.

—¿Tú eres Day?

—Ese soy yo.

Algunos sonidos amortiguados, luego expresiones de incredulidad.

—No, lo reconozco —sigue diciendo alguien—. Lo reconozco, lo reconozco. Es él.

Más ruido amortiguado. Luego siento a Day levantarse, y colapso sola en las frías sábanas debajo de mí. *Se lo han llevado a algún lugar. Se lo han llevado lejos.*

Quiero aferrarme a este pensamiento, pero mi delirio febril se hace cargo y vuelvo a la negra deriva.

Estoy en mi apartamento en el sector Ruby, mi cabeza en una almohada húmeda de sudor, mi cuerpo cubierto por una manta fina y bañada por la luz dorada del sol de la tarde filtrándose por las ventanas. Ollie duerme cerca, sus enormes patas de perrito descansando perezosamente sobre las frías baldosas de mármol. Me doy cuenta de que esto no tiene ningún sentido, porque casi tengo dieciséis años y Ollie debería tener nueve. Debo estar soñando.

Una toalla húmeda toca mi frente, levanto la mirada para ver a Metias sentado a mi lado, colocando cuidadosamente la toalla para que el agua no gotee en mis ojos.

—Hola, bichito —dice con una sonrisa.



—¿No vas a llegar tarde para algo? —susurro. Hay una sensación molesta en mi estómago de que Metias no debería estar aquí. Como si se le hiciera tarde para algo.

Pero mi hermano sólo sacude su cabeza, haciendo que varios mechones de cabello oscuro caigan en su rostro. El sol ilumina sus ojos con destellos dorados.

—Bueno, no puedo sólo dejarte sola aquí, ¿verdad? —Se ríe, y el sonido me llena de tanta felicidad que creo que podría estallar—. Enfréntalo, estás atrapada conmigo. Ahora come tu sopa. No me importa lo asquerosa que pienses que sea.

Tomo un sorbo. Juro que casi puedo saborearla.

—¿De verdad vas a quedarte aquí conmigo?

Metias se inclina y besa mi frente.

—Por siempre y para siempre, niña, hasta que estés enferma y cansada de verme.

Sonrío.

—Tú siempre estás cuidando de mí. ¿Cuándo tendrás tiempo para Thomas?

Metias vacila ante mis palabras, y luego se ríe.

—No puedo mantener nada en secreto contigo aquí, ¿verdad?

—Podrías haberme dicho lo de ustedes, sabes. —Las palabras son dolorosas para mí decirlas, pero no estoy del todo segura de por qué. Siento que me estoy olvidando de algo importante—. No le he dicho a nadie. ¿Estabas preocupado que la comandante Jameson se enterara de Thomas y tú, y los dividiera en diferentes patrullas?

Metias baja la cabeza y sus hombros caen.

—Nunca tuve una verdadera razón para tocar el tema.

—¿Lo amas?

Recuerdo que estoy soñando, y lo que sea que Metias pudiera decir son simplemente mis propios pensamientos proyectados en su imagen. Aún así, me duele cuando mira hacia abajo y responde con un leve asentimiento de cabeza.

—Pensé que lo hacía —responde. Apenas lo puedo escuchar.

—Lo siento mucho —susurro. Encuentra mi mirada, con los ojos llenos de lágrimas.





Trato de alcanzarlo y envolver mis brazos alrededor de su cuello. Pero entonces, la escena cambia, la luz se desvanece, y de repente estoy acostada en una habitación revestida de tenue luz en una cama que no es mía. Metias desaparece. Quien está cuidando de mí en su lugar es Day, su rostro enmarcado por cabello del color de la luz, sus manos reajustando la toalla en mi frente, sus ojos estudiando intensamente los míos.

—Hola, Sarah —dice él. Está usando el nombre falso que inventó para mí—. No te preocupes, estás a salvo.

Parpadeo ante el cambio repentino de escena.

—¿A salvo?

—La policía de las Colonias nos recogieron. Nos trajeron a un pequeño hospital después de que se enteraran de quién soy. Supongo que todos han oído hablar de mí por aquí, y está funcionando para nuestro beneficio. —Day me da una sonrisa avergonzada.

Pero esta vez estoy muy decepcionada de ver a Day, tan amargamente triste de que he perdido a Metias en las aguas poco profundas de mis sueños una vez más, que tengo que morderme los labios para no llorar. Mis brazos se sienten tan débiles. Probablemente no podría haberlos envuelto alrededor del cuello de mi hermano de todos modos, y como no lo hice, no pude evitar que Metias se fuera flotando.

La sonrisa de Day se desvanece, él siente mi dolor. Se inclina y toca mi mejilla con una mano. Su rostro está tan cerca, radiante bajo el suave resplandor de la noche. Me levanto un poco con la poca fuerza que tengo y lo dejo que me abrace.

—Oh, Day —susurro entre su cabello, mi voz entrecortada por todos los sollozos que he estado guardando—. Realmente lo echo de menos. Lo extraño tanto. Y lo siento tanto, *lo siento mucho por todo*. —Lo repito una y otra vez, las palabras que le dije a Metias en mi sueño y las palabras que le diré a Day por el resto de mi vida.

Day me abraza más fuerte. Su mano roza mi cabello, y me mece suavemente como si fuera una niña. Me aferro a él desesperadamente, incapaz de recuperar el aliento, ahogándome en mi fiebre, y dolor, y vacío.

Metias se ha ido de nuevo. Siempre se va.





DAY

Traducido y Corregido por LizC



Le toma a June una media hora para finalmente volver a dormir, cargada con cualquier droga que la enfermera de las Colonias le inyectó en el brazo. Ella había estado llorando por su hermano otra vez, y fue así como había caído en un agujero y se acurrucó sobre sí misma, con el corazón desgarrado a la vista de todos. Aquellos fuertes ojos oscuros de ella, ahora, tenían una expresión sólo... rota. Me estremezco. Por supuesto, sé exactamente lo que se siente al perder a un hermano mayor. Veo como sus ojos danzan por detrás de sus párpados cerrados, probablemente en la profundidad de otra pesadilla de la que no puedo ayudarla a salir. Así que simplemente hago lo que ella siempre hace para mí: le acaricio el cabello y la beso en su frente húmeda, en las mejillas y sus labios. No parece ayudar, pero lo hago de todos modos.

El hospital es relativamente tranquilo, pero escucho algunos sonidos formando un manto de ruido blanco por encima de mi cabeza: Hay un leve zumbido procedente de las luces del techo, y una especie de tenue revuelo en las calles exteriores. Al igual que en la República, una pantalla montada en la pared emite un flujo de noticias del frente de guerra. A diferencia de la República, las noticias están salpicadas de anuncios de la forma en que las calles afuera habían estado, por cosas que no comprendo. Dejo de ver después de un tiempo. Sigo pensando en la forma en que mi madre consoló a Eden cuando llegó la peste por primera vez, en cómo le susurró palabras tranquilizadoras y tocó su rostro con sus pobres manos vendadas, cómo John iría a la cama con un tazón de sopa.

Lo siento mucho por todo, había dicho June.

Varios minutos más tarde, un soldado abre la puerta de nuestra habitación en el hospital y se acerca a mí.



Es la misma soldado que se había dado cuenta de quién era y nos había entregado a este hospital de veinte pisos. Ella se detiene frente a mí y me da una rápida reverencia. Como si yo fuera un oficial o algo así. De igual forma es sorprendente el hecho de que ella es el único soldado en la habitación con nosotros.

Estos tipos no deben vernos a mí ni a June como amenazas. No hay esposas, ni siquiera un guardia vigilando la puerta. ¿Saben que somos los que boicotearon el asesinato del Elector? Si están patrocinando a los Patriotas, están obligados a averiguarlo tarde o temprano. Tal vez ellos no saben que trabajamos para los Patriotas en absoluto. Razor nos *había* añadido bastante tarde en el juego.

—Tu amiga está estable, ¿supongo? —Sus ojos se fijan en June. Yo sólo asiento. Mejor si aquí nadie se da cuenta de que June es la prodigo más querida de la República—. Dada su condición —añade la soldado—, ella tendrá que permanecer aquí hasta que esté lo suficientemente bien como para moverse por su cuenta. Tú eres bienvenido a quedarte con ella aquí, o la Corporación DesCon estaría encantada de patrocinar una habitación adicional para ti.

Corporación DesCon: más jerga de Colonias que no entiendo. Pero nada más lejos de mi intención que empezar a cuestionar el origen de su generosidad. Si soy lo suficientemente famoso aquí para obtener el trato de una estrella en un hospital, entonces lo tomaré por todo lo que vale.

—Gracias —le respondo—. Estoy bien quedándome aquí.

—Vamos a traer una cama adicional para ti —dice ella, señalando hacia el espacio vacío de la habitación—. Vendremos a verte de nuevo en la mañana.

Vuelvo a mi vigilia sobre June. Cuando el guardia no se va, miro hacia ella y levanto mis cejas. Ella se vuelve roja.

—¿Algo más que pueda hacer por ti?

Ella se encoge de hombros y trata de parecer indiferente.

—No. Es sólo... así que, eres Daniel Altan Wing, ¿eh? —Dice mi nombre como si estuviera tratando de probarlo en tamaño—. Empresas Evergreen sigue imprimiendo historias sobre ti en sus tabloides. El Rebelde de la República, el Fantasma, el Comodín; probablemente saldrán con un nuevo nombre y foto de ti todos los días. Dicen que escapaste de una cárcel de Los Ángeles por ti mismo. Oye, ¿realmente saliste con la cantante Lincoln?





La idea es tan ridícula que me tengo que reír. No sabía que los Colonos se mantienen al día con la propaganda de los cantantes designados por el gobierno de la República.

—Lincoln es un poco vieja para mí, ¿no te parece?

Mi risa rompe la tensión, y la soldado se ríe conmigo.

—Bueno, esta semana estás saliendo con ella. La semana pasada Empresas Evergreen informó que habías esquivado todas las balas de un pelotón de fusilamiento de la República y escapaste de tu ejecución. —La soldado vuelve a reír de nuevo, pero yo me quedo en silencio.

No, yo no esquivé ninguna bala. Dejé que mi hermano mayor las recibiera por mí.

La risa del soldado se escurre a la distancia torpemente al ver mi expresión. Se aclara la garganta.

—En cuanto a ese túnel del que vinieron los dos, lo hemos sellado. Tercero que hemos sellado en un mes. De vez en cuando los refugiados de la República vienen igual que lo hicieron ustedes, ya sabes, y las personas que viven en la Tribuna han llegado a cansarse realmente de tratar con ellos. A nadie le gusta que los civiles de un territorio enemigo repentinamente se establezcan en nuestra propia ciudad natal. Normalmente terminamos sacándolos a patadas de vuelta al frente de guerra. Eres un afortunado. —La soldado suspira—. En los viejos tiempos, todo esto solía ser los Estados Unidos de América. Ya lo sabes, ¿cierto?

Mi colgante del cuarto de dólar de repente se siente pesado alrededor de mi cuello.

—Lo sé.

—Bueno, ¿sabes de las inundaciones? Llegaron rápido, en menos de dos años, y acabaron con la mitad de las zonas bajas del sur. Lugares que los Republicanos como tú probablemente nunca han oído hablar. Louisiana, se ha ido. Florida, Georgia, Alabama, Mississippi, Carolinas, idos. Tan rápido que jurarías que nunca existieron en primer lugar, por lo menos si no pudieras ver todavía algunos de sus edificios asomándose a lo lejos en el océano.

—¿Y es por eso que ustedes han venido aquí?

—Hay más tierra en el oeste. ¿Tienes idea de cuántos refugiados hay? Luego el oeste construyó un muro para evitar que los orientales aglomeraran sus estados, desde lo alto de las Dakotas a través de Texas. —La soldado cierra el puño sobre la palma de su otra mano—. Por eso tuvimos que construir túneles para entrar. Antes solía haber





miles de ellos de vuelta cuando la migración estaba en su apogeo. Después comenzó la guerra. Cuando la República comenzó a usar los túneles para lanzar ataques sorpresa contra nosotros, los sellamos todos desde fuera. La guerra ha estado sucediendo desde hace tanto tiempo que la mayoría de las personas ni siquiera recuerda que la lucha es por el terreno. Pero cuando la crecida finalmente se estableció, las cosas por aquí se estabilizaron. Y nos convertimos en las Colonias de América. —Lo dice con su pecho hinchado—. Esta guerra no va a durar mucho más tiempo; hemos estado ganando desde hace un tiempo.

Recuerdo a Kaede diciéndome que las Colonias estaban ganando la guerra cuando aterrizaron en Lamar por primera vez. No había pensado demasiado en ello en ese entonces... después de todo, ¿qué es la suposición de una persona? ¿Un rumor? Pero ahora esta soldado lo está diciendo como si fuera la verdad.

Ambos pausamos mientras el alboroto fuera del edificio se hace más fuerte. Inclino mi cabeza. Ha habido multitud de gente entrando y saliendo del hospital desde que llegamos aquí, pero yo no había pensado en ello. Ahora creo que he oído mi nombre.

—¿Sabes lo que está pasando ahí fuera? —pregunto—. ¿Podemos pasar a mi amiga a una habitación más tranquila?

La soldado se cruza de brazos.

—¿Quieres ver toda la conmoción por ti mismo? —Hace un gesto para que me levante y la siga.

El criterio del exterior ha alcanzado un punto atronador. Cuando la soldado abre las puertas del balcón y nos lleva hacia el aire de la noche, soy recibido por una ráfaga de viento helado y un gran coro de vítores. Las luces intermitentes me ciegan; por un segundo todo lo que puedo hacer es estar allí de pie en contra de las rejas de metal y disfrutar de la escena. Estamos a una increíblemente hora avanzada de la noche, pero debe haber cientos de personas por debajo de nuestra ventana, ajenos al suelo cubierto de nieve. Todos sus ojos se vuelven hacia mí. Muchos de ellos sostienen letreros hechos en casa.

¡Bienvenido a nuestro lado! dice uno.

El Fantasma Vive, dice otro.

Destruye la República, dice un tercero. Hay docenas de ellos. *Day: ¡Nuestro Colono Honorario!* *¡Bienvenido a la Tribuna, Day!* *¡Nuestra casa es tu casa!*



Ellos saben quién soy.

Ahora la soldado apunta hacia mí y sonríe para la multitud.

—Este es Day —grita.

Estalla otra ronda de aplausos. Me quedo helado donde estoy. ¿Qué se supone debes hacer cuando un montón de gente está gritando tu nombre como si estuvieran completamente dementes? No tengo ni bendita idea. Así que levanto la mano y saludo, lo cual hace que sus gritos se eleven a un tono más alto.

—Eres una celebridad aquí —me dice la soldado por encima del ruido. Ella parece estar mucho más interesada en esto que yo—. El único rebelde que la República parece no poder tener en sus manos. Confía en mí, estarás plasmado en todos los tabloides de mañana. Empresas Evergreen se va a morir por una entrevista tuya.

Ella sigue hablando, pero ya no estoy prestándole atención. Una de las personas que sostienen carteles ha llamado mi atención. Es una chica con una bufanda envuelta alrededor de su boca y una capucha que cubre parte de su rostro.

Pero puedo decir que es Kaede.

Mi cabeza se siente ligera. Al instante pienso en la parpadeante alarma roja en el búnker, advirtiéndonos a June y a mí de alguien acercándose al escondite. Recuerdo la persona que pensé que nos había estado siguiendo por las calles de las Colonias. ¿Era Kaede? ¿Significa eso que otros Patriotas están aquí también? Ella sostiene un cartel que está a punto de perderse en el mar de los demás.

El cartel dice: *Tienen que volver. Ahora.*



JUNE

Traducido por Vettina

Corregido por July



Estoy soñando de nuevo. Estoy segura de eso porque Metias está aquí, y sé que se supone que él está muerto. Esta vez estoy lista para eso, y mantengo una rienda apretada en mis emociones.

Metias y yo estamos caminando en las calles de Pierra. Todo nos rodea, soldados de la República corren alrededor de escombros y explosiones, pero para los dos, todo parece callado y lento, como si estuviéramos viendo una película en extrema cámara lenta. Lluvias de polvo y metrallas de granadas rebotan inofensivamente fuera de nosotros. Me siento invencible, o invisible. Uno o lo otro, quizás ambos.

—Algo no está bien aquí —le digo a mi hermano. Mis ojos van arriba hacia los techos, luego de vuelta a las caóticas calles. ¿Dónde está Anden?

Metias me da un ceño pensativo. Camina con sus manos detrás de su espalda, elegante como cualquier capitán debe de ser, y las borlas doradas en su uniforme suenan suavemente al continuar.

—Puedo decir que esta escena está molestandote —responde él, rascando la débil barba en su barbilla. A diferencia de Thomas, él siempre había sido un poco más relajado acerca de las reglas de aseo de la milicia—. Háblame.

—Esta escena —digo, apuntando alrededor de nosotros—. Todo este plan. Algo no está bien.

Metias pasa por encima de un mantón de escombro de concreto.

—¿Qué no está bien?



—Él. —Apunto al techo. Por alguna razón, Razor está parado ahí a plena vista, observando todo suceder, sus brazos cruzados—. Algo no está bien sobre él.

—Bueno, bichito, razónalo —dice Metias.

Cuento con mis dedos.

—Cuando entré al jeep detrás del Elector, las instrucciones del conductor fueron claras. El Elector les dijo que me llevaran al hospital.

—¿Y entonces?

—Entonces Razor ordenó al conductor llevarme a la ruta del asesinato de cualquier manera. Él ignoró por completo la orden del Elector. Debió decirle a Anden que yo insistí en la ruta de asesinato. Es la única manera en la que Anden habría continuado con ello.



Metias se encoje de hombros.

—¿Qué significa eso? ¿Que Razor simplemente quería forzar el asesinato hasta el final?

—No. Si el asesinato sucedía, todos sabrían quién ignoró la orden del Elector. Todos sabrían que Razor fue quien ordenó que los jeeps avanzaran. —Sujeté el brazo de Metias—. La República sabría que Razor trató de matar a Anden.

Metias tensa sus labios.

—¿Por qué Razor se pondría en tan obvio peligro? ¿Qué más fue extraño?

Me giro de vuelta hacia el caos de la calle moviéndose en cámara lenta.

—Bueno, desde el comienzo, él fue capaz de traer Patriotas en su oficina en el cuartel principal en Vegas tan fácilmente. Consiguió meter y sacar a sus Patriotas de ese dirigible como si no fuera nada. Es como si él tuviera habilidades súper humanas para ocultar cosas.

—Tal vez las tiene —dice Metias—. Después de todo, tiene a las Colonias patrocinándolo, ¿cierto?

—Eso es verdad. —Paso una mano a través de mi cabello en frustración. En este estado de ensueño, mis dedos están entumecidos y no puedo sentir los mechones corriendo contra mi piel—. No tiene sentido. Debieron cancelar el asesinato. Razor no debió seguir con todo esto, no después que lo interrumpí. Deberían haber vuelto a sus cuarteles, pensar las cosas de nuevo, y después intentar otro golpe. Quizás en un mes o



dos. ¿Por qué Razor pondría su posición en riesgo si el asesinato estaba en peligro de fallar?

Metias observa mientras un soldado de la República corre pasando junto a nosotros. El soldado inclina su cabeza hacia arriba donde Razor está parado en el techo y saluda.

—Si las Colonias están detrás de los Patriotas —dice mi hermano—, y saben quién es Day, ¿no debieron ustedes dos ser llevados directamente para hablar con quien sea que esté a cargo?

Me encojo de hombros. Pienso de nuevo en la vez que pasé tiempo con Anden. Sus nuevas leyes radicales, su nueva manera de pensar. Entonces recuerdo su tensión con el Congreso y los Senadores.

Y es entonces cuando el sueño se rompe. Mis ojos se abren bruscamente. He descubierto por qué Razor me molesta tanto.

Las Colonias no están patrocinando a Razor... de hecho, las Colonias no tiene idea de lo que traman los Patriotas. Es por eso que Razor continuó con el plan; por supuesto que él no tenía miedo de que la República averiguara que trabajaba para los Patriotas.

La República había contratado a Razor para asesinar a Anden.



DAY

Traducido por Vero y wicca_82

Corregido por July



Después que la soldado y yo dejáramos el balcón y la multitud de personas fuera de nuestra habitación en el hospital, me aseguré de que permanecieran guardias fuera de nuestra puerta. (“En caso de que algún fan venga a irrumpir,” dijo la soldado antes de irse), luego solicité mantas adicionales y medicina para June. No quería levantarme y ver a Kaede aún de pie debajo del balcón. Poco a poco, los gritos afuera comenzaron a apagarse. Eventualmente, todo se sumió en el silencio. Ahora estábamos completamente solos, a excepción de los guardias de pie delante de nuestra puerta.

Todo está listo para seguir, pero permanezco inmóvil a la cabecera de June. No hay nada aquí que pueda convertir en un arma, por lo que si realmente necesitamos huir esta noche, lo único que podemos esperar es que no tengamos que luchar contra nadie. Que nadie se dé cuenta que nos hemos ido hasta la mañana.

Me levantó y camino hacia el balcón. La nieve en el suelo por debajo está completamente pisoteada y oscura con la tierra de las botas. Kaede ya no está allí, por supuesto. Me empapo del paisaje de las Colonias por un tiempo, tratando de entender una vez más la señal de Kaede.

¿Por qué Kaede me diría que regrese a la República? ¿Está tratando de atraparme o advertirme? Por otra parte, si ella quería hacernos daño, ¿por qué golpeó a Baxter y nos dejó ir en Pierra? Incluso nos había insistido en escapar antes de que los otros Patriotas pudieran llegar a nosotros. Me vuelvo hacia June, quien todavía está durmiendo. Su respiración es más uniforme ahora, y el rubor en sus mejillas es menos pronunciado que hace varias horas. Sin embargo, no me atrevo a molestarla.



Minutos transcurren. Espero a ver si Kaede lo intentará de nuevo. Después de la vertiginosa velocidad de todo lo que nos ha pasado, no estoy acostumbrado a estar atrapado aquí así. De repente hay demasiado tiempo.

Un ruido sordo resuena en contra de las puertas del balcón. Salto a mis pies. Tal vez una rama se desprendió de un árbol, o una teja cayó del techo. Espero ahora, alerta. No ocurre nada por un tiempo. Luego hay otro golpe contra el cristal.

Me levanto de la cama de June, camino hacia la puerta del balcón, y cuidadosamente echo un vistazo a través del cristal. No hay nadie allí. Mis ojos saltan hasta el piso del balcón. Allí, a plena vista, hay dos pequeñas piedras, una con una nota atada a ella.

Desrabo la puerta del balcón, la deslizo hacia afuera un poco, y tomó la nota de la roca. Luego cierro la puerta otra vez y abro la nota. Las palabras están garabateadas apresuradamente.

**Ven afuera. Estoy sola. Emergencia. Aquí para ayudar.
Tenemos que hablar. -K.**

Emergencia. Arrugo la nota en mi mano. ¿Qué piensa ella que es una emergencia? ¿No es todo una emergencia en este momento? Nos *había* ayudado a escapar, pero eso no quiere decir que estoy listo para confiar en ella.

Ni un minuto ha pasado antes de que una tercera roca golpee la puerta. Esta vez, el mensaje dice:

Si no hablas conmigo ahora, te vas a arrepentir. -K.

Mi temperamento se eleva ante la amenaza. Kaede tiene el poder de entregarnos por arruinar los planes de los Patriotas. Me quedo donde estoy, releyendo la nota en mis manos. *Tal vez sólo por unos minutos, me digo. Eso es todo. Lo suficiente para ver lo que Kaede quiere.* Luego regresaré adentro.

Agarro mi abrigo, tomo una respiración profunda y doy un paso atrás a las puertas del balcón. Mis dedos silenciosamente deshacen el cerrojo. Un viento frío golpea mi cara mientras me escapo a la terraza, agachado, bloqueo las puertas del balcón y las cierro. Si alguien irrumpie para hacerle daño a June, van a tener que hacer suficiente ruido como para alertar a los guardias afuera. Saltó por el costado del balcón, me giro, y agarró la cornisa colgándose con las manos. Me bajo a mí mismo hasta que estoy colgando a mitad de camino entre la primera y segunda planta. Entonces me suelto.



Mis botas aterrizan en la nieve polvorienta con un suave crujido. Doy una última mirada al segundo piso, memorizo dónde está este edificio del hospital en la calle, entonces meto mi cabello dentro de mi abrigo y me aprieto contra la pared.

Las calles están vacías y silenciosas a esta hora. Espero contra el costado del edificio por un minuto antes de salir entre las sombras. *Vamos, Kaede.* Mi respiración sale en pequeñas ráfagas de vapor. Mis ojos recorren los rincones y grietas alrededor de mí, comprobando el peligro. Pero estoy solo. *¿Querías que me encontrara contigo aquí afuera? Bueno, aquí estoy.*

—Habla conmigo —susurro en voz baja mientras camino a lo largo del edificio. Mi mirada busca supervisores de calles, pero no hay nadie aquí.

De pronto me detengo. Hay una sutil sombra agazapada en uno de los callejones cercanos. Me tenso.



Kaede se materializa de las sombras, y luego me hace señas.

—Camina conmigo —susurra en respuesta—. Date prisa. —Se escabulle hacia un estrecho callejón escondido detrás de una fila de arbustos cargados de nieve. Vamos por el callejón hasta el cruce con una calle más ancha, en la cual Kaede se vuelve más veloz. Me apresuro tras ella. Mis ojos buscan en cada esquina. Calibro todos los lugares donde pueda saltar hasta un piso superior en caso de que alguien intente abordarme por sorpresa. Cada pelo en mi nuca está de punta, rígido por la tensión.

Kaede ralentiza gradualmente su andar hasta que estamos juntos. Está usando los mismos pantalones y botas que tenía durante el atentado temprano en el día, pero se ha cambiado su chaqueta militar por una capa de lana y una bufanda. Su cara está limpia de la pintura negra.

—Está bien, se rápida al respecto —le digo—. No quiero dejar a June por demasiado tiempo. *¿Qué estás haciendo aquí?* —me aseguro de mantener una buena distancia entre nosotros, en caso de que decida ponerse alegre con un cuchillo o algo así. Parecemos estar solos, le daré eso, pero aun así me aseguro de que permanezcamos en una calle principal en donde pueda escapar si lo necesito. Algunos trabajadores de las Colonias se apresuran pasando por delante de nosotros, iluminados por las luces de los anuncios en los edificios. Los ojos de Kaede brillan con ansiedad casi frenética, una mirada que es completamente extraña en su rostro.



—No podía subir a tu habitación —dice. La bufanda alrededor de su boca amortigua sus palabras, y se la empuja hacia abajo con impaciencia—. Los malditos guardias me escucharían. Ese es el por qué tu eres el corredor, no yo. Lo juro, no estoy aquí para hacerle daño a tu preciosa June. Si está sólo por sí misma ahí arriba, va a estar bien. Seremos rápidos.

—¿Nos seguiste a través del túnel?

Kaede asiente.

—Me las arreglé para alejar suficientes escombros para pasar a través de él.

—¿Dónde están los otros?

Tira de sus guantes más apretados, sopla aire caliente en sus manos, y murmura con disgusto sobre el clima.



—No están aquí. Sólo yo. Necesitaba advertirte.

Una sensación de malestar se eleva en mi estómago.

—¿Sobre qué? ¿Es Tess?

Kaede deja lo que está haciendo para empujarme fuerte en las costillas.

—El asesinato fue saboteado. —Levanta las dos manos antes de que pueda interrumpirla—. Sí, sí, ya sé que ya estás al tanto de esto. Un montón de Patriotas han sido arrestados. Algunos de ellos se escaparon también, nuestra Tess lo hizo, al menos. Corrió con algunos de nuestros pilotos y corredores. Pascao y Baxter también. —Solté una maldición. Tess. Siento una obligación repentina de perseguirla, para asegurarme de que está a salvo, y entonces recuerdo lo último que me dijo. Kaede se hunde mientras seguimos caminando—. No sé dónde están ahora. Pero aquí está lo que no sabes. Yo ni siquiera lo sabía, hasta que tú y June detuvieron el asesinato. Jordan, la chica corredora, ¿te acuerdas, cierto? Descubrió toda esta información del borrador de una unidad y se lo entregó a uno de nuestros hackers. —Toma una respiración profunda, se detiene y vuelve la cabeza hacia el suelo. La fuerza habitual de su voz, se desvanece—. Day, Razor jugó con todos nosotros. Les mintió a los Patriotas, y luego los entregó a la República.

Me detengo.

—¿Qué?



—Razor nos dijo que las Colonias nos contrató para matar al Elector y empezar una revolución —dice Kaede—. Pero eso no es cierto. Se descubrió el día del asesinato, que el Senado de la República está patrocinando a los Patriotas. —Niega con la cabeza—. ¿Puedes creerlo? *La República contrató a los Patriotas para asesinar a Anden.*

Estoy en silencio. Aturrido. Las palabras de June se hacen eco en mi mente, cómo me había dicho que al Congreso le disgustaba su nuevo Elector, cómo pensaba que Razor estaba mintiendo. *Las cosas que él nos dijo no cuadran*, había dicho ella.

—Todos estábamos ciegos... a excepción de Razor —dice Kaede cuando no responde. Empezamos a caminar de nuevo—. Los senadores quieren a Anden muerto. Pensaron que podían usarnos y echarnos la culpa también.

Mi sangre está corriendo tan rápido que apenas puedo oírme a mí mismo hablar.

—¿Por qué Razor vendería a los Patriotas de esa manera? ¿No ha estado con ellos durante una década? Y pensaba que el Congreso estaba tratando de no provocar una revolución.

Kaede desploma sus hombros y deja escapar una bocanada de vapor.

—Fue atrapado trabajando para los Patriotas un par de años atrás. Así que llegó a un acuerdo con el Congreso: Liderar a los Patriotas en el asesinato de Anden, el feroz joven revolucionario, y el Congreso se olvidaría de sus lazos traicioneros. Al final de todo, Razor consigue ser el nuevo Elector, y contigo y June trabajando para él, queda como el héroe del pueblo o algo así. El público pensaría que los Patriotas tomaron el gobierno, cuando en realidad es sólo la República de nuevo. Razor no quiere que los Estados Unidos sean restaurados, él sólo quiere salvarse a sí mismo. Y se unirá a cualquier lado más conveniente para lograr eso.

Cierro los ojos. Mi mundo está girando. ¿June no me había advertido acerca de Razor? Todo este tiempo, he estado trabajando para los senadores de la República. Ellos son los que quieren a Anden muerto. No es de extrañar que las Colonias no parezcan tener ninguna idea de lo que los Patriotas están haciendo. Entonces abro mis ojos.

—Pero fracasaron —digo—. Anden todavía está vivo.

—Anden todavía está vivo —repite Kaede—. Gracias a Dios.

Debería haber confiado en June desde el principio. Mi ira hacia el joven Elector se estremece y tiembla, se debilita. ¿Significa esto... que en realidad liberó a Eden? ¿Mi hermano está libre y seguro? Estudio a Kaede.





—¿Has venido hasta aquí para decirme eso? —le susurro.

—Sí. ¿Sabes por qué? —Se inclina más cerca, hasta que su nariz casi toca la mía—. Anden está a punto de perder el control sobre el país. La gente está *así* de cerca de rebelarse contra él. —Sostiene dos dedos juntos—. Si cae, vamos a tener un montón de problemas impidiendo a Razor hacerse cargo de la República. En este momento, Anden está peleando por el control de los militares, mientras que Razor y la comandante Jameson están tratando de arrebatarlo. El gobierno está a punto de partirse en dos.

—Espera... ¿la comandante Jameson? —pregunto.

—Había una transcripción de la conversación grabada entre ella y Razor en esa unidad. ¿Recuerdas cómo nos topamos con ella a bordo en el *Dynasty RS*? —responde Kaede—. Razor lo hizo sonar como que no tenía idea que estaría allí. Pero *creo* que ella te reconoció totalmente. Debe haber querido verte con sus propios ojos. Para saber que eras realmente una parte de los planes de Razor. —Kaede hace una mueca—. Debería haber notado algo raro en Razor. Yo estaba equivocada acerca de Anden también.

—¿Por qué te importa lo que le suceda a la República? —digo. El viento azota ráfagas de nieve desde la calle, haciendo eco de la frialdad en mis palabras—. ¿Y por qué ahora?

—Estaba en esto por el dinero, lo admito. —Kaede niega con la cabeza y fija su boca en una línea apretada—. Pero antes que nada, no conseguí la paga, porque el plan no funcionó. En segundo lugar, no me anoté para destruir el país, para entregar todos los derechos de los civiles de la República de nuevo a otro maldito Elector. —Luego se apaga un poco, y sus ojos se ven brumosos—. No lo sé... tal vez estaba esperando que los Patriotas pudieran darme un objetivo más noble que ganar dinero. Uniendo estas dos naciones agrietadas juntas de nuevo. Eso habría estado bien.

El viento invernal se clava en mi rostro. Kaede no necesita decirme por qué vino hasta aquí a buscarme. Después de escuchar esto, sé por qué. Recuerdo lo que me dijo Tess en Lamar. *Todos están mirándote a ti Day. Están esperando tu próximo movimiento.* Puede que yo sea la única persona que pueda salvar a Anden ahora. Soy la única persona que la gente de la República escuchará.

Nos quedamos en silencio y nos introducimos más en las sombras cuando un par de guardias policías de las Colonias pasan cerca de nosotros. La nieve se levanta bajo sus botas. Observo hasta que desaparecen por el último callejón por el que habíamos pasado. ¿A dónde iban?



Cuando Kaede continúa andando con su bufanda cubriendole la boca otra vez, digo:

—¿Qué pasa con las Colonias?

—¿Qué *pasa* con ellas? —murmura a través de la tela.

—¿Qué pasa con dejar que la República colapse y las Colonias se hagan con el control?
¿Qué hay con esa idea?

—Nunca se trató de dejar que las Colonias *ganen*. La finalidad de los Patriotas era de reunir a los Estados Unidos. Sin embargo eso se puede lograr. —Kaede se pausa, luego nos propone ir por una calle diferente. Andamos dos manzanas más antes de que ella se pare enfrente de una enorme fila de edificios en ruinas.

—¿Qué es esto? —pregunto a Kaede, pero ella no responde. Me giro hacia el edificio que hay frente a mí. Tiene unos treinta pisos o más de alto, pero se extiende sin interrupción por unas cuantas manzanas de la ciudad. Cada alguna decena de metros, pequeñas y oscuras entradas están repartidas en las plantas bajas del recinto. El agua gotea por las paredes, ventanas y los balcones destrozados, tallando feas líneas de hongos en las paredes. La estructura se extiende por la calle desde donde nosotros estamos, desde el cielo debe parecer un gigantesco bloque de cemento negro.

Me quedo boquiabierto. Después de ver las luces de los rascacielos de las Colonias, es chocante saber que un edificio como este exista. He visto complejos de la República abandonados que tenían mejor aspecto que este. Las ventanas y los pasillos se estrechan tanto que hace que la luz no llegue hasta el fondo. Echo un vistazo en una de las oscuras entradas.

Oscuridad, nada. El sonido del agua goteando y el eco de unos pasos desde el interior. De vez en cuando veo una luz parpadeante pasar, como si alguien está dentro con una linterna. Miro hacia los pisos superiores. La mayoría de las ventanas están rotas y destrozadas, o faltan por completo. Algunas de ellas están cubiertas por plásticos. Ollas viejas en los balcones recogen el agua que gotea, y muchos tienen hileras de ropa hecha jirones colgando de las cornisas.

Debe haber gente viviendo ahí. Pero la idea me hace estremecerme. Miro hacia atrás una vez a los relucientes rascacielos de la manzana anterior, luego vuelvo a mirar a esta estructura de cemento podrida.

Un tumulto al final de la calle llama nuestra atención. Aparto mi vista del complejo. Una manzana más abajo, hay una mujer de mediana edad con botas de hombre y un abrigo raído suplicando a todo pulmón a un par de hombres vestidos con pesada ropa de





plástico. Ambos tienen viseras transparentes cubriendo sus rostros y largos sombreros de ala ancha en sus cabezas.

—Observa —susurra Kaede. Luego nos arrastra a una de las entradas entre dos puertas de la planta baja del complejo. Inclinamos nuestras cabezas un poco para escuchar que está pasando. Incluso a pesar de que ellos están lejos, la voz de la mujer nos llega claramente a través del tranquilo y helado aire.

—... sólo he perdido un pago este año —decía la mujer—. Puedo correr al banco a primera hora de la mañana y darles tantos Billetes como tengo...

Uno de los hombres la interrumpe.

—Policía DesCon, señora. No podemos investigar crímenes para clientes que han estado debiendo pagos a su policía local.



La mujer está llorando, retorciendo sus manos con tanta fuerza que siento como si fuera a sacarse la piel.

—Debe haber algo que puedan hacer —dice ella—. Algo que yo pueda darles o a otro departamento de policía yo...

El segundo hombre niega con la cabeza.

—Todos los departamentos de policía comparten la política de DesCon. ¿Quién es su empleador?

—Corporación Cloud —dice la mujer esperanzada. Como si esta información podría quizás persuadirlos para ayudarla.

—Corporación Cloud desaprueba que sus trabajadores estén fuera después de las 11:00 p.m. —Él asiente hacia el complejo—. Si no vuelve a su casa, DesCon informará sobre usted a Cloud y quizás pierda su trabajo.

—Pero ellos me han robado todo lo que tengo! —La mujer rompe en sollozos—. Mi puerta está completamente... completamente rota... toda mi comida y mis ropas han desaparecido. Los hombres que lo hicieron viven en mi misma planta... si ustedes por favor pueden venir conmigo, pueden atraparlos... sé en que apartamento viven...

Los dos hombres han comenzado ya a alejarse. La mujer corre detrás de ellos, suplicando su ayuda, incluso cuando siguen ignorándola.

—Pero mi casa... si ustedes no hacen nada... cómo voy a... —continúa diciendo. El hombre le vuelve a repetir la advertencia de reportarla.



Después de que se han ido, me vuelvo hacia Kaede.

—¿Qué ha sido eso?

—¿No era obvio? —responde Kaede sarcásticamente mientras damos un paso fuera de la oscuridad del edificio y volvemos a la calle.

Permanecemos en silencio. Finalmente, Kaede dice:

—La clase trabajadora es jodida por todos lados, ¿verdad? Mi punto es este: Las Colonias son mejores que la República en algunos aspectos. Pero créeme o no, lo contrario también es cierto. No hay tal cosa como la estúpida utopía con la que has estado fantaseando, Day. No existe. No había razón para decírtelo antes. Es una cosa que tenías que ver por ti mismo.

Comenzamos a regresar hacia el hospital. Dos soldados más de las Colonias pasan deprisa ante nosotros, ninguno de ellos molestandose en atraparnos. Un millón de pensamientos se acumulan en mi cabeza. Mi padre nunca debe haber puesto un pie en las Colonias; y si lo hizo, sólo fue superficial del modo en el que June y yo lo hicimos cuando llegamos por primera vez. Un nudo se forma en mi garganta.

—¿Confías en Anden? —digo después de un momento—. ¿Es digno de ser salvado? ¿Merece la pena salvar la República?

Kaede da unas cuantas vueltas más. Finalmente, se detiene cerca de una tienda con diminutas pantallas en sus ventanas, cada una emitiendo diferente programación de las Colonias. Kaede nos guía a una pequeña calle en el lateral de la tienda, donde la oscuridad de la noche nos rodea. Se detiene para apuntar a la programación de las pantallas del interior de la tienda. Recuerdo haber pasado una tienda como esta en nuestro camino a la ciudad.

—Las Colonias siempre muestran noticias robadas de las transmisiones de la República —dice ella—. Ellos tienen un canal entero para eso. Este extracto de noticia ha estado repitiéndose desde el intento fallido de asesinato.

Mis ojos se pierden en los titulares de la pantalla. Al principio sólo miro fijamente, perdido en mis pensamientos dándole vueltas a los Patriotas, pero un momento después me doy cuenta que la emisión no es sobre las escaramuzas en el frente de guerra o noticias de las Colonias, son acerca del Elector de la República. Una oleada de aversión instintiva me atraviesa al ver a Anden en la pantalla. Me esfuerzo por escuchar las noticias, preguntándome cuán diferente sería la interpretación de las Colonias sobre los mismos eventos.





Un titular aparece bajo el discurso grabado de Anden. Lo leo con incredulidad.

ELECTOR LIBERA A HERMANO MENOR DEL FAMOSO REBELDE "DAY";
PARA HACERLO PÚBLICO MAÑANA DESDE LA TORRE DEL CAPITOLIO

—A partir de hoy —dice el Elector en el vídeo pre-grabado—. Eden Bataar Wing es oficialmente libre del servicio militar y, como agradecimiento a su contribución, exento de las Pruebas. Todos los demás que han sido transportados a lo largo del frente de guerra han sido devueltos a sus familias también.

Tengo que frotarme los ojos y leer los subtítulos de nuevo.

Están todavía ahí. El Elector ha liberado a Eden.

De repente ya no puedo sentir el aire frío. No puedo sentir *nada*. Mis piernas se debilitan. Mi respiración se acompasa al latido de mi corazón. Esto no puede estar bien. El Elector está probablemente anunciando esto públicamente para poder atraerme de nuevo a la República y a su servicio. Está intentando engañarme y quedarse él bien. No hay forma de que hubiera liberado a Eden —y a todos los demás, el chico que había visto en el tren— de forma voluntaria. No es posible.

¿No es posible? ¿Incluso después de todo lo que June me contó, incluso después de lo que Kaede me dijo? Incluso ahora, ¿no confío en Anden? ¿Qué pasa conmigo?

Entonces, mientras continúo mirando, el vídeo del discurso del Elector da paso a un vídeo mostrando a Eden siendo escoltado fuera del palacio de justicia, libre de grilletes y vestido con ropas que normalmente pertenecerían a un chico de una familia de élite.

Sus rizos rubios están cuidadosamente cepillados. Busca en las calles con la mirada perdida, pero está sonriendo. Empujo mi mano más profundamente en la nieve en un intento de estabilizarme a mí mismo. Eden parece saludable, bien cuidado. ¿Cuándo fue grabado esto?

Las noticias de Anden terminan, y ahora el vídeo muestra imágenes del intento de asesinato seguido de una batería de imágenes de las batallas en el frente de guerra. Los pies de fotos son tremadamente diferentes de los que había visto en la República.

EL FALLIDO INTENTO DE ASESINATO DEL NUEVO ELECTOR PRIMO DE LA REPÚBLICA, EL ÚLTIMO SIGNO DE AGITACIÓN EN LA REPÚBLICA.

El subtítulo está rodeado por una línea más pequeña en la esquina de la pantalla que dice: ESTE PROGRAMA ES PRESENTADO POR EMPRESAS EVERGREEN. El ahora familiar símbolo circular está a un lado.





—Toma tu propia decisión acerca de Anden —murmura Kaede. Se detiene para limpiar los copos de nieve de sus pestañas.

Yo estaba equivocado. La certeza de esto se asienta en mi estómago como un peso muerto, una roca de culpabilidad girando tan brutalmente por June cuando trató de explicarme todo esto en el refugio subterráneo. Las cosas tan horribles que le había dicho a ella. Pienso en los extraños e inquietantes anuncios que había visto aquí, las desmoronadas viviendas de los pobres, la decepción que siento al conocer que las Colonias no son el faro de luz que mi padre imaginaba. Su sueño de relucientes rascacielos y una vida mejor era solo eso.

Recuerdo mi sueño de lo que haría después de que toda esta guerra acabara... volver a las Colonias con June, Tess, Eden... empezar una nueva vida, dejar la República atrás. Quizás he estado intentado escapar del lugar equivocado y huir de las cosas erróneas. Pienso en todas las veces que me enfrenté a los soldados. El odio que tenía hacia Anden y hacia todos los que crecieron ricos. Luego recuerdo los barrios marginales en los que yo había crecido. Desprecio a la República, ¿no? Quiero verlos colapsados, ¿verdad? Pero sólo ahora veo la diferencia: desprecio las leyes de la República, pero amo a la República en sí. Amo a la gente. No estoy haciendo esto sólo por el Elector; estoy haciendo esto por *ellos*.

—¿Están los parlantes de la Torre del Capitolio todavía conectados a las pantallas gigantes? —le pregunto a Kaede.

—Hasta donde yo sé, sí —responde—. Con toda la conmoción de las últimas cuarenta y ocho horas, nadie notó la modificación en el cableado.

Mis ojos se dirigen a los tejados, donde aviones de combate están al acecho.

—¿Eres tan buena piloto como dices? —pregunto.

Kaede se encoge de hombros y sonríe.

—Mucho mejor.

Lentamente, un plan empieza a formarse en mi mente.

Otro par de soldados de las Colonias pasan apresurados. Esta vez, una extraña sensación recorre mi nuca. Estos soldados, como los últimos, se dirigen también hacia el callejón del que habíamos venido. Me aseguro que no vienen más, entonces me apresuro hacia la oscuridad de la calle. No, no. NO ahora.

Kaede me sigue de cerca.



—¿Qué pasa? —susurra—. Te has puesto tan blanco como una jodida tormenta de nieve.

La había dejado sola y vulnerable en un lugar que una vez pensé sería nuestro refugio. La había echado a los lobos. Y si algo le pasaba a ella ahora por mi culpa... Empiezo a correr.

—Creo que se dirigen hacia el hospital —digo—. Van por June.





JUNE

Traducido SOS por LizC

Corregido por Clau12345



Salgo de golpe de mi sueño, levanto la cabeza, y mis ojos recorren la zona. La ilusión de Metias se desvanece.

Estoy en una habitación de hospital, y Day no está por ningún lado. Es media noche. ¿No habíamos estado aquí antes? Tengo un vago recuerdo de Day junto a mi cama, y Day saliendo al balcón para saludar a una multitud que lo vitoreaba. Ahora él no está aquí. ¿Adónde se fue?

Tardo un segundo más, mareada como estoy, para averiguar qué me despertó. No estoy sola en la habitación. Hay media docena de soldados de las Colonias aquí. Una soldado alta con el cabello largo de color rojo iza su arma y la apunta a mí.

—¿Esa es? —pregunta ella, manteniéndome en su línea de fuego.

Un soldado varón mayor asiente.

—Así es. No sabía que Day estaba escondiendo a un soldado de la República. Esta chica no es otra que June Iparis. El prodigo más reconocido de la República. La Corporación DesCon estará feliz. Este prisionero va a valer mucho dinero. —Él me da una sonrisa fría—. Ahora, mi querida. Dinos adónde se fue Day.

Dieciséis minutos han pasado. Los soldados han asegurado mis manos detrás de mi espalda con un conjunto temporal de esposas. Mi boca es amordazada. Tres de ellos se paran cerca de la puerta abierta de la habitación, mientras que los otros vigilan el balcón. Me quejo. A pesar de que mi fiebre ha desaparecido y mis articulaciones no duelen, mi cabeza todavía se siente mareada. (¿A dónde fue Day?)



Uno de los soldados habla en un auricular.

—Sí —dice. Una pausa, y luego—: La estamos cambiando a una celda. DesCon va a obtener una gran cantidad de buena información de éste. Enviaremos también a Day para ser interrogado una vez que logremos apoderarnos de él. —Otro soldado mantiene la puerta abierta con su bota. Están esperando a que llegue una camilla, me doy cuenta, para que así me puedan llevar. Eso probablemente significa que tengo menos de dos o tres minutos para sacarme de esta situación.

Aprieto sobre mi mordaza, forzando abajo mis náuseas, y trago. Mis pensamientos y recuerdos se están desordenando. Parpadeo, preguntándome si estoy alucinando. Los Patriotas están siendo patrocinados por la República. ¿Por qué no lo vi antes? Era tan obvio, desde el principio: los muebles elaborados en el apartamento, la facilidad con la que Razor pudo sacarnos de un lugar a otro sin ser descubierto.

Ahora veo al soldado seguir hablando en su auricular. ¿Cómo prevengo a Day ahora? Él debe de haber salido por las puertas del balcón... cuando regrese, me habré ido y ellos estarán aquí, listos para interrogarlo. Incluso podrían pensar que somos espías de la República. Recorro un dedo repetidamente a través de mi anillo de sujetapapeles.

El anillo de sujetapapeles.

Mi dedo se detiene. Entonces lo remuevo gradualmente sacando mi anillo de sujetapapeles detrás de mi espalda y tratando de desplegar sus cables de metal en espiral. Un soldado mira hacia mí, pero yo cierro los ojos y dejo escapar un suave gemido de dolor a través de mi mordaza. Él vuelve a su conversación. Dejo que mis dedos corran por el anillo en espiral y tiro de él enderezándolo. Los sujetapapeles fueron retorcidos en seis ocasiones. Yo despliego los dos primeros. Luego enderezo el resto del sujetapapel y lo doblo en lo que espero sea una forma de Z estirada. El movimiento hace que ambos brazos se me acalambren dolorosamente.

De repente, uno de los soldados del balcón deja de hablar para comprobar las calles de abajo. Permanece así durante un tiempo, sus ojos buscando. Si escuchó a Day, este debe haber desaparecido de nuevo. El soldado examina los techos, luego pierde interés y regresa de nuevo en su posición. A lo lejos del pasillo del hospital, escucho a la gente hablar y el sonido inconfundible de ruedas contra el suelo de baldosas. Están trayendo la camilla.

Tengo que darme prisa. Inserto uno, luego dos de los sujetapapeles doblados en la cerradura de mis esposas. Mis brazos me están matando, pero no tengo tiempo para descansarlos. Cautelosamente empujo uno de los cables alrededor de la cerradura,





sintiéndolo rozar el interior de la cerradura hasta que finalmente llega al seguro. Giro el sujetapapel, empujando el seguro a un lado.

—DesCon está de camino con algunos respaldos —murmura uno de los soldados. Cuando él lo dice, muevo el segundo sujetapapel y escucho el pasador de la cerradura dar un pequeño y casi imperceptible clic. Dos soldados y una enfermera ruedan la camilla dentro de mi habitación, se detienen por un momento en el umbral, y luego la ruedan en mi dirección. La cerradura de mis cadenas se abre; siento que las esposas liberan mis manos con un ruido metálico suave. Un soldado clava sus ojos azules lechosos en mí y lleva sus gruesos labios en una mueca. Él se da cuenta del sutil cambio en mi expresión, y oyó el sonido del clic también. Sus ojos se clavan en mis brazos.

Si voy a abrirme paso en esto, ahora es mi única oportunidad.

De repente me giro hacia el costado de la cama y salto. Las cadenas caen hacia atrás en la cama y mis pies tocan el suelo. El mareo me golpea como un muro de agua, pero me las arreglo para mantenerlo a raya. El soldado con el arma apuntándome grita una advertencia, pero es demasiado lento. Pateo la camilla tan duro como puedo, esta se vuelca, derribando a un soldado con ello. Otro soldado intenta agarrarme, pero yo me agacho y logro escapar de sus garras. Mis ojos se centran en el balcón.

Pero todavía quedan tres soldados de pie allí. Se abalanzan sobre mí. Evito dos de ellos, pero el tercero me pilla por los hombros y envuelve un brazo sobre mi cuello. Él me tira hacia abajo, sacándome el aliento. Lucho desesperadamente para liberarme.

—¡Abajo! —exclama uno, mientras que otro trata de poner una nueva serie de esposas en mis muñecas. Él deja escapar un aullido cuando yo me retuerzo alrededor y hundo mis dientes profundamente en su brazo.

No hace bien. Me capturaron, me arrestaron.

De repente, la puerta de cristal del balcón se rompe en mil pedazos. Los soldados se giran alrededor, desconcertados. Todo está girando. En medio de gritos y pasos, veo a dos personas que entran en la habitación desde el balcón. Uno es una chica que reconozco. ¿Kaede? Pienso con incredulidad.

El otro es Day.

Kaede patea a un soldado en el cuello; Day arremete en el soldado que me mantiene presionada abajo y lo tira al suelo. Antes de que nadie pueda reaccionar, Day está de pie otra vez. Toma mis manos y me hala hasta ponerme de pie.



Kaede ya está en el borde del balcón.

—¡No les disparen! —Oigo a un soldado gritar detrás de nosotros—. ¡Son bienes valiosos!

Day nos precipita hacia el balcón, luego salta a la cornisa de la barandilla de un salto. Él y Kaede intentan mantenerme en posición vertical mientras otros dos guardias corren hacia nosotros.

Pero empiezo a hundirme de rodillas. Mi repentino estallido de energía no es rival para mi prolongada enfermedad, estoy demasiado débil. Day salta de la cornisa y se arrodilla a mi lado. Kaede deja escapar un grito, y derriba a uno de los soldados.

—¡Nos vemos allí! —grita detrás de nosotros. Luego se precipita dentro de la sala en medio de toda la confusión, lanzando a los guardias fuera de su camino. La veo deslizarse fuera de su alcance y desaparecer por el pasillo.

Day toma mis brazos, luego los envuelve alrededor de su cuello.

—No te sueltes. —Cuando se endereza, aprieto mis piernas alrededor de él y me aferro a su espalda lo más que puedo. Se sube a la cornisa del balcón, sus botas crujiendo a través de los vidrios rotos, y salta a la saliente que se envuelve alrededor de la segunda planta. Inmediatamente entiendo a dónde vamos. Todos nos estamos dirigiendo hacia el techo, donde los aviones de combate están a la espera. Kaede está tomando las escaleras. Nosotros estamos viajando por una ruta más directa.

Bordeamos la saliente del segundo piso. Me aferro con todas mis fuerzas. Las hebras del cabello de Day rozan contra mi cara mientras él nos arrastra hasta la saliente del tercer piso. Siento su respiración agitada, sus músculos fuertes contra mi piel. Faltan dos pisos más. Un soldado intenta seguirnos, decide no hacerlo, entonces se apresura a entrar para tomar las escaleras.

Day lucha por mantener el equilibrio a medida que nos sube un piso más. Estamos casi en el techo. Los soldados comienzan a esparcirse en el piso de abajo. Puedo verlos apuntando sus armas hacia nosotros. Day aprieta los dientes y me baja en la saliente.

—Ve primero —susurra, entonces me da un impulso. Agarro la cornisa superior, reúno todas mis fuerzas, y empujo. Cuando finalmente logro pasar por encima del borde, me giro y agarro la mano de Day. Él se alza en el techo también. Mis ojos se fijan en una franja de color rojo oscuro manchando su mano. Debe haberse herido en la subida.

Me siento muy mareada.





—Tu mano —empiezo a decir, pero él sacude la cabeza, envuelve su brazo alrededor de mi cintura, y nos guía hacia el más próximo de los aviones de combate que recubre el techo. Los soldados comienzan a inundar la entrada de la puerta del techo; obtengo un buen vistazo del que corre más rápido hacia nosotros.

Kaede.





DAY

Traducido por Vero

Corregido por Clau12345



Kaede no pierde el tiempo. Señala el avión de combate más cercano a nosotros y corre hasta la rampa de su cabina. Los disparos circundan. June se apoya pesadamente contra mí. Puedo sentir su fuerza desvaneciéndose, así que la tomo en brazos y la cargo cerca de mi pecho. Los soldados que han alcanzado el techo se mueven más rápido una vez que ven lo que Kaede está haciendo. Pero ella está demasiado lejos de ellos. Me apresuro hacia la rampa.

El motor del jet ruge a la vida cuando llegamos al primer escalón de la rampa, y justo debajo del avión, dos grandes tubos de escape lentamente se inclinan hacia abajo para enfrentar el suelo. Nos estamos preparando para un lanzamiento directo al cielo.

—Apresúrate de una maldita vez! —grita Kaede desde la cabina. Luego se agacha de nuevo fuera de vista y escupe una sarta de maldiciones.

—Déjame bajar —dice June. Ella salta de nuevo sobre sus propios pies, tropieza, y luego se endereza para tomar los dos primeros escalones. Me quedo detrás de ella, con los ojos fijos en los soldados. Están casi aquí. June llega a la parte superior de la rampa y trepa a la cabina del piloto. Me apresuro a medio camino de la rampa antes de que un soldado me agarra la pierna del pantalón y me da un tirón hacia abajo. Recuerda el equilibrio. Permanece en la punta de tus pies. Atrápalo en los lugares correctos. La lección de lucha de June se precipita en mi cabeza al mismo tiempo. Cuando el soldado se cierne sobre mí, lo esquivo, me desplazo a su costado, y lo golpeó tan duro como puedo justo debajo de su caja torácica. Se desploma sobre una rodilla. Golpe al hígado.

Otros dos soldados me alcanzan y me preparo. Pero entonces uno de ellos grita, cayendo hacia atrás fuera de la rampa con una herida de bala en el hombro. Miro hacia la cabina. June tiene el arma de Kaede y está apuntando a los soldados. Me vuelvo



hacia las escaleras y salto hasta la cima, donde June ya está abrochada en el asiento del medio detrás de Kaede.

—¡Entra, ya! —espeta Kaede. Los motores dejan escapar otro rugido agudo. Detrás de mí, varios guardias han comenzado a subir los primeros escalones.

Salto a la barandilla metálica que recubre el borde de la rampa, agarro un lado de la cabina, y empujo con todas mis fuerzas. La rampa se balancea por un segundo, luego empieza a volcarse. Los soldados gritan advertencias y se arrojan fuera del camino. Para el momento que se estrella en el techo, ya estoy en el avión y hundiéndome en el último asiento. Kaede desliza la puerta de la cabina cerrándola. Siento mi estómago caer a medida que salimos disparados fuera de la azotea y por encima de los edificios. A través del cristal de la cabina, puedo ver a pilotos apresurándose dentro de los aviones en los edificios cercanos, así como al segundo estaba sobre el techo del hospital.

—Maldita sea —escupe Kaede desde el frente—. Voy a matarlos... los tengo a mi lado.

—Siento remover el escape del jet—. Sujétense. Este va a ser un vuelo salvaje.

Dejamos de elevarnos. Los motores crecen en un rugido ensordecedor. Entonces nos lanzamos disparados hacia adelante. El mundo se precipita hacia nosotros y la presión en mi cabeza se hace más fuerte mientras Kaede empuja el avión más y más rápido. Ella deja escapar un grito de alegría. Casi inmediatamente oigo una voz crujiendo a través de la cabina.

—Piloto, se le ordena aterrizar su avión de inmediato. —El del altavoz suena nervioso. Debe ser un avión siguiéndonos—. Abriremos fuego. Repito, aterrize de inmediato, o abriremos fuego.

—Sólo hay un jet en el aire detrás de nosotros. Arreglemos eso. Respiren hondo, chicos. —Kaede gira violentamente, y casi me quedo inconsciente por el cambio de presión.

—¿Estás bien? —le pregunto a June. Ella dice algo en respuesta, pero no puedo oírla por encima del ruido de los motores.

De repente Kaede tira del mando hacia atrás y empuja una palanca completamente hacia adelante. Mi cabeza se estrella contra el lateral de la cabina. Giramos un total de ciento ochenta grados en menos de un segundo. Veo un avión volando directamente hacia nosotros a una velocidad aterradora. Instintivamente subo mis manos.

Incluso June grita:



—Kaede, eso...

Kaede abre fuego. Una lluvia de ráfagas brillantes salen disparadas desde nuestro jet hacia el que está delante de nosotros. Los motores nos empujan adelante y hacia arriba. Una explosión suena detrás de nosotros, el otro avión debe de haber sido golpeado en el tanque de combustible o alcanzado por un tiro recto a través de su cabina.

—Van a tener problemas para seguirnos ahora —grita—. Estamos demasiado lejos y no van a querer cruzar el frente de guerra. Voy a impulsar este bebé al máximo, estaremos en la República en un par de minutos. —No pregunto cómo está planeando pasar por el frente de guerra sin ser derribados.

Cuando miro a través de la cabina a los imponentes edificios de las Colonias, dejo escapar un suspiro y caigo en mi asiento. Brillantes luces, rascacielos, todo lo que mi padre me había descrito en las pocas noches al año que éramos capaces de verlo. Es tan hermoso desde lejos.

—Entonces —dice Kaede—, no estoy simplemente quemando combustible por nada, ¿verdad? Day... ¿todavía estamos dirigiéndonos a Denver?

—Sí —respondo.

—¿Cuál es el plan? —June todavía suena débil, pero hay un propósito ardiendo detrás, la sensación de que estamos a punto de hacer algo fundamental. Puede notar que algo ha cambiado dentro de mí.

Me siento extrañamente tranquilo.

—Vamos camino a la Torre del Capitolio —le respondo—. Voy a anunciarle a la República mi apoyo a Anden.



JUNE

Traducido SOS por LizC

Corregido por Akanet



En un par de minutos llegamos a la frontera de la República. Eso significa que, a la velocidad que vamos (fácilmente más de 1200 kilómetros por hora; todos sentimos un cambio brusco de presión a medida que rompemos la barrera del sonido, como siendo arrastrados fuera de lodo profundo), sólo estamos a dos docenas o así de kilómetros del frente de guerra y a varios cientos de Denver. Day me dice todo lo que Kaede compartió con él, sobre los Patriotas y las verdaderas intenciones de Razor, sobre Eden, luego la determinación del Congreso para derrocar al Elector. Todo lo que había descubierto y algo más. Mi cabeza estaba en una niebla perenne cuando habíamos saltado de la habitación y nos dirigimos a la azotea del hospital. Ahora, después del aire frío del exterior y la velocidad de maniobra aérea de Kaede, puedo calcular detalles con un poco más de claridad.

—Nos estamos acercando al frente de guerra —dice Kaede. En el instante en que esas palabras salen de su boca, oigo el sonido lejano de explosiones. Suenan amortiguadas, pero debemos estar a miles de metros en el aire y todavía puedo sentir el impacto cada vez que estallan. Hay una elevación repentina y me presiono en mi asiento. Ella está tratando de empujar el avión tan alto como puede ir, para que así no nos disparen y seamos derribados del cielo por misiles de tierra. Me obligo a tomar respiraciones profundas, tranquilizadoras, a medida que continuamos elevándonos. Mis oídos se destapan al final. Veo que Kaede cae en formación con un escuadrón de aviones de las Colonias—. Vamos a tener que separarnos de ellos pronto —murmura. Hay dolor en su voz, probablemente de su herida de bala—. Aguanten firmes.

—¿Day? —Me las arreglo para decir en voz alta.

No oigo nada, y por un segundo creo que perdió el conocimiento. Entonces él responde:



—Todavía aquí. —Suena distante, como si estuviera luchando por mantenerse consciente.

—Denver está a pocos minutos de distancia —dice Kaede.

Nos estabilizamos de nuevo. Cuando me asomo fuera de la cabina hacia abajo en los saquillos de nubes muy por debajo de nosotros, se me atasca el aiento. Dirigibles (fácilmente más de ciento cincuenta, en la medida que el ojo puede ver) salpican el cielo como puñales en miniatura alzándose a través del aire, extendidos en líneas hacia el horizonte. Todas las naves de las Colonias tienen una raya dorada distintiva a la mitad de sus rieles que podemos ver incluso desde aquí arriba. No muy lejos delante de ellos hay una amplia franja del espacio aéreo vacío donde chispas de luz y humo van y vienen, y en el otro lado hay filas de dirigibles que puedo reconocer: dirigibles de la República, marcadas con una estrella de color rojo sangre a un lado de cada casco. Aviones vuelan furiosamente en una lucha salvaje por todo el lugar. Debemos estar a unos buenos ciento cincuenta metros por encima de ellos, pero no estoy segura de si esa es una distancia lo suficientemente segura.

Una alarma suena en el tablero de control de Kaede. Una voz resuena en la cabina.

—Piloto, usted no está autorizado para esta zona —dice. Masculina, con acento de las Colonias—. Este no es su escuadrón. Se le ordena aterrice en DesCon Nueve de inmediato.

—Negativo —responde Kaede. Eleva nuestro jet y sigue subiendo.

—Piloto, se le ordenó aterrizar en DesCon Nueve de inmediato.

Kaede apaga su micrófono por un instante y nos mira. Parece un poco demasiado feliz sobre nuestra situación.

—Los benditos habladores nos están siguiendo —dice en un tono autoritario falso—. Tenemos dos pegados a nuestra cola. —Luego enciende el micrófono de nuevo y responde alegremente—. Negativo, DesCon. Voy a dispararles desde el cielo.

La persona en el otro avión parece sorprendida y enojada esta vez.

—Cambio de rumbo y haga que éste...

Kaede deja escapar un grito ensordecedor.

—¡Muerdan el polvo, muchachos! —Ella nos abalanza hacia adelante y hacia arriba a una velocidad cegadora, luego hace un trompo. Vetas de luz pasan más allá de las





ventanas de la cabina: los dos aviones siguiéndonos deben haber conseguido acercarse lo suficiente para abrir fuego. Siento que mi estómago cae mientras Kaede va en picada repentinamente, apagando nuestro motor en el proceso. Bajamos a un ritmo que vuelve mi visión en blanco y negro. Me siento desvanecer.

Un instante después, me despierto sobresaltada. Debí desmayarme.

Estamos cayendo. Estamos desplomándonos a la tierra. Los dirigibles por debajo de nosotros crecen en tamaño, parece que nos dirigimos directamente a la cubierta de uno de ellos. No, vamos demasiado rápido; nos destrozaremos en pedazos. Más vetas de luz acometen al pasar. Los jets que nos siguen están zambulléndose detrás de nosotros.

Entonces, sin previo aviso, Kaede enciende los motores de nuevo. Ellos rugen a la vida. Ella retrocede con fuerza una palanca y todo el jet gira en un medio círculo de modo que el frente mira hacia delante de nuevo. Casi traspaso mi silla ante el cambio repentino. Mi visión se desvanece de nuevo, y esta vez no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. ¿Unos pocos segundos? ¿Minutos? Me doy cuenta de que estamos cargando de nuevo hacia el cielo.

Los otros jets zumban hacia abajo. Están tratando de elevarse, pero es demasiado tarde. Detrás de nosotros, una gran explosión nos sacude duro en nuestros asientos, los aviones deben de haber golpeado la cubierta del dirigible con la fuerza de una docena de bombas. Fuego naranja y amarillo se agita elevándose de una de las naves de las Colonias. Estamos ahora zumbando a través del espacio aéreo vacío entre los dos países, y Kaede nos envía a otro giro que nos salva de una lluvia de fuego. Cruzamos el espacio aéreo y cortamos a través del cielo por encima de los dirigibles de la República.

Un solitario jet de las Colonias, perdido en el caos. Me quedo boquiabierta ante la escena exterior, preguntándome si la República está confundida ya que las Colonias han atacado a uno de sus propios aviones. En todo caso, eso es lo que nos dio tiempo suficiente para cruzar el espacio del frente de guerra.

—Apuesto a que es el mejor giro en S que hayan visto —dice Kaede con una sonrisa. Suena más tensa de lo habitual.

No muy lejos de nosotros están las torres amenazantes de Denver y su imponente Armadura, envuelta en un mar permanente de humo y niebla. Detrás de nosotros, escucho los primeros sonidos de disparos a medida que los aviones de la República empiezan a seguirnos en un intento de derribarnos.





—¿Cómo vamos a entrar? —grita Day cuando Kaede hace girar el avión, envía un misil hacia atrás, y nos empuja a ir más rápido.

—Nos haré entrar —le grita en respuesta.

—No podemos hacerlo si vamos por encima —responde—. La Armadura tiene misiles que recubren cada lado del muro. Nos van a derribar antes de que siquiera logremos entrar en la ciudad.

—Ninguna ciudad es impenetrable. —Kaede envía al avión mucho más bajo incluso cuando los jets de la República siguen persiguiéndonos—. Yo sé lo que estoy haciendo.

Nos estamos acercando rápidamente a Denver. Puedo ver las amenazantes paredes grises de la Armadura que se levanta ante nosotros, una barricada como ninguna otra cosa en la República, y los pilares gruesos pesados (a cada treinta metros de distancia el uno del siguiente) alineados a sus lados. Cierro los ojos. De ninguna manera, *de ninguna manera*, Kaede puede llevarnos sobre eso. Un escuadrón de aviones podría superarlo, tal vez, e incluso entonces será una posibilidad remota. Me imagino un misil golpeándonos y nuestros asientos expulsándonos a lo largo de los cielos de la ciudad, los disparos que van a enviar hacia nuestros paracaídas, nuestros cuerpos cayendo al suelo. La Armadura está cerca ahora. Deben habernos visto acercándonos por un tiempo, y sus armas estarán apuntadas hacia nosotros. Apuesto a que nunca han visto a un sagaz jet de las Colonias antes.

Entonces Kaede cae en picada. No cualquier zambullida —ella se dirige hacia abajo casi en noventa grados— lista para enviarnos a estrellarnos contra la tierra. Detrás de mí, Day toma aire. Los edificios de abajo corren a toda velocidad hacia nosotros.

Ella perdió el control del avión. Lo sé. Hemos sido golpeados.

En el último segundo, Kaede se eleva. Nos deslizamos por encima de los edificios a la velocidad de la luz, tan cerca que los techos parecen que van a rasgar la parte inferior derecha de nuestro avión. Inmediatamente Kaede comienza a frenar el avión, hasta que estamos navegando a una velocidad apenas lo suficientemente rápido como para mantenernos en el aire. De repente me doy cuenta de lo que va a hacer. Es completamente estúpido. Ella no está llevándonos por encima de la muralla blindada en absoluto, está tratando de apretujar el jet a través de la abertura que los trenes usan para entrar y salir de Denver. Los mismos túneles que había visto cuando había tomado aquel tren con el Elector. Por supuesto. Los sistemas de misiles tierra-aire montados a lo largo de la Armadura no están diseñados para acabar con ninguna cosa como nosotros desde el suelo, ya que no pueden disparar en un ángulo tan bajo. Y las ametralladoras





en la pared no son lo suficientemente potentes. Pero si Kaede no apunta exactamente directo, explotaremos contra la pared y estallaremos en llamas.

Estamos lo suficientemente cerca para ver a los soldados corriendo de ida y vuelta en la parte superior de la pared de la Armadura. Sus comunicaciones deben estar volando rápido.

Pero no importa a este ritmo. En un momento la Armadura está a varios cientos de metros por delante de nosotros, y al siguiente, estamos yendo a toda velocidad hacia la oscura entrada de un túnel del tren abierto.

—;Sujétense! —grita Kaede. Empuja el jet más bajo, como si eso fuera posible. La entrada se abre ante nosotros con su boca abierta.

No vamos a lograrlo. El túnel es demasiado pequeño.



Entonces estamos en el interior, y por un instante todo el túnel está a oscuras. Chispas brillantes estallan de cada extremo del avión a medida que las alas rasgan a través de los lados de la entrada. Un estruendo proviene de arriba de nosotros. Están corriendo a cerrar la puerta, me doy cuenta, pero es demasiado tarde.

Otro segundo. Nos alejamos zumbando de la entrada y entramos a Denver. Kaede empuja la palanca del jet en sentido contrario en un intento de reducir la velocidad aún más.

—;Elévate, élévate! —grita Day. Los edificios zigzaguean por delante de nosotros. Vamos demasiado cerca del suelo, y dirigiéndonos directamente hacia el costado de un cuartel alto.

Kaede vira bruscamente hacia un lado. Eludimos el edificio por un pelo. Luego vamos bajo, muy abajo.

El avión se estrella contra el suelo y patina, lanzando nuestros cuerpos hacia delante con fuerza contra el cinturón de seguridad. Siento que mis piernas son desgarradas. Los civiles y soldados por igual salen corriendo fuera del camino a ambos lados de la calle. Unas cuantas chispas crujen en la cabina; son disparos al azar, me doy cuenta, de los soldados sorprendidos. Multitudes se alinean en los caminos a varias cuadras de distancia de nosotros, miran con la boca abierta el jet inclinándose a través del pavimento.

Finalmente, llegamos a un punto muerto cuando una de las alas queda atascada de la pared de un edificio, enviándonos a chocar lateralmente en un callejón. Me sacudo



bruscamente contra mi asiento. Nuestra cubierta se abre antes de que pueda recuperar el aliento. Me las arreglo para deshacer el cinturón de seguridad y saltar vertiginosamente hasta el borde de la cabina.

—Kaede. —Estoy entrecerrando los ojos para verla y a Day a través del humo—. Tenemos que...

Mis palabras mueren en mi lengua. Kaede está apoyada contra el asiento del piloto, su cinturón todavía envuelto alrededor de ella. Sus gafas de piloto descansan en la parte superior de su cabeza, supongo que ni siquiera se molestó en ponérselas. Sus ojos apuntan ausente a los botones de su panel de control. Una pequeña mancha de sangre empapa la parte delantera de su camisa, no lejos de la herida que había recibido cuando llegamos por primera vez al avión. Una de las balas perdidas había traspasado directamente a través de la cubierta y dentro ella cuando se estrelló al aterrizar. Kaede, quien hace unos minutos parecía invencible.



Por un momento, me congelo. Los sonidos del caos a mi alrededor me entumecen, y el humo cubre todo excepto a mí y al cuerpo de Kaede atado por el cinturón en el asiento del piloto. Una pequeña voz logra hacerse eco en mi mente, penetrando en la niebla negra y blanca de adormecimiento, una luz familiar, pulsante que me pone en marcha de nuevo.

Muévete, me dice. Ahora.

Despegó mis ojos, entonces busco desesperadamente a Day. Él ya no está sentado en el avión. Me apresuro por el borde del ala y me deslizo ciegamente a través del humo y los escombros hasta que caigo al suelo sobre mis manos y rodillas. No puedo ver nada.

A continuación, a través del humo, Day se precipita hacia mí. Él me alza a mis pies. De repente me acuerdo de la primera vez que lo había visto, materializándose de la nada con sus ojos azules y el rostro cubierto de polvo, con la mano extendida hacia mí. Su rostro está reducido con agonía. *También debe haber visto a Kaede.*

—Allí estás... pensé que ya habías salido —susurra a medida que tropezamos a través de los restos del avión—. Que te habías dirigido a la multitud. —Me duelen las piernas. Nuestro aterrizaje de emergencia debe haberme provocado heridas desde la cabeza a los pies.

Hacemos una pausa debajo de una de las alas destrozadas justo cuando los primeros soldados se apresuran al jet. La mitad de ellos forman una barrera improvisada para mantener a los civiles apartados, de espaldas a nosotros. Otros soldados apuntan sus



internas a través del humo y el metal retorcido, explorando en busca de los sobrevivientes. Uno de ellos debe haber visto a Kaede porque grita algo a los demás y les indica que se acerquen.

—Es un avión de las Colonias —grita en tono incrédulo—. Un avión pasó más allá de la Armadura y entró directo a Denver. —Estamos escondidos temporalmente de la vista bajo esta ala, pero nos verán de un momento a otro. La barricada improvisada de soldados nos separa de la multitud.

Todo lo que se escucha a nuestro alrededor y en toda la ciudad son los sonidos de cristales rotos, fuego rugiendo, gritos, charlas de personas, sólo los más cercanos a los restos de nuestro jet parecen darse cuenta de que un avión de las Colonias se estrelló. Echo un vistazo a donde la Torre del Capitolio se vislumbra. La voz de Anden está resonando en cada cuadra de la ciudad y desde todos los altavoces: una transmisión en vivo de su imagen debe estar siendo transmitida en cada pantalla gigante en la ciudad... y en la nación. Miro a varios manifestantes furiosos lanzar cócteles molotov a los soldados. La gente no tiene idea de que el Congreso está sentado atrás, esperando que su ira se derrame lo suficiente para poner a Razor en el lugar de Anden. No hay manera de que Anden sea capaz de calmar a esta gente. Me imagino las mismas protestas esparciéndose en todo el país, en todas las calles y la ciudad. Si los Patriotas hubieran logrado difundir públicamente la muerte del Elector desde los altavoces de la Torre del Capitolio, ya habría habido una revolución.

—Ahora —dice Day.

Corremos desde debajo del ala, tomando a la barricada de soldados con la guardia baja. Antes de que cualquiera de ellos pueda agarrarnos o dispararnos, ya hemos pasado, esquivando a la multitud y fusionándonos con la gente.

Al instante Day baja su cabeza y nos empuja a través de los pocos espacios entre brazos y piernas. Su mano aprieta fuertemente alrededor de la mía. Mi aliento sale entrecortado y forzado, pero me niego a retrasarnos ahora. Sigo adelante. La gente grita de sorpresa a medida que traspasamos a través de ellos.

Detrás de nosotros, los soldados levantan la alarma.

—¡Ahí! —grita uno. Unos pocos disparos resuenan. Vienen por nosotros. Nos abrimos paso hacia delante a través de la multitud. De vez en cuando oigo exclamar—: “¿Ese es Day?” “¿Day ha regresado en un avión de las Colonias?” —Cuando miro hacia atrás, puedo decir que la mitad de los soldados se dirigen por el camino equivocado, incapaz de decir qué dirección tomamos. Un par de otros están todavía justo detrás de





nosotros. Estamos a sólo una cuadra de la Torre del Capitolio ahora, pero a mí me parece a kilómetros.

De vez en cuando, aparece un atisbo de la misma a través de todos los cuerpos empujándose alrededor. Las pantallas gigantes muestran a Anden de pie en un balcón, una pequeña y solitaria figura vestida de negro y rojo, con las manos en un gesto de súplica.

Él necesita la ayuda de Day.

Detrás de nosotros, cuatro soldados están ganando terreno poco a poco. La persecución extrae lo último de mis fuerzas. Estoy jadeando, luchando por respirar. Day ya está desacelerando su ritmo para igualarlo al mío, pero puedo notar que nunca lo lograremos a este ritmo. Aprieto su mano y niego con la cabeza.

—Tienes que seguir adelante —le digo a Day con firmeza.

—Estás chiflada. —Aprieta los labios y nos empuja hacia adelante más rápido—. Ya casi estamos ahí.

—No. —Me inclino más cerca de él a medida que continuamos abriéndonos paso a través de las personas—. Esta es nuestra única oportunidad. Ninguno de nosotros va a lograrlo si nos sigo retrasando.

Day vacila, desgarrado. Ya hemos estado separados una vez antes, ahora se está preguntando si dejarme ir significa que nunca me verá de nuevo. Pero no tenemos tiempo para que él lidie con esto.

—No puedo correr rápido, pero puedo ocultarme en la multitud. Confía en mí.

Sin previo aviso, agarra mi cintura, me tira en un fuerte abrazo, y me besa con fuerza en los labios. Están muy calientes. Lo beso ferozmente y corro mis manos por su espalda.

—Lamento no haberte creído —suspira—. Ocúltate, mantente a salvo. Nos vemos. — Entonces él me aprieta la mano y desaparece. Aspiro una bocanada de aire helado. *Muévete, June. No hay tiempo que perder.*

Me detengo donde estoy, doy la vuelta, y me agacho justo cuando los soldados me alcanzan. El primero de ellos ni siquiera me ve llegar. En un segundo está corriendo... al siguiente lo he empujado y cae de espaldas. No me atrevo a parar para mirar, en cambio, me tambaleo entre la multitud furiosa, entrelazando mi camino a través de las personas con la cabeza baja hasta que los soldados han quedado muy atrás. No puedo creer cuántas personas están aquí. Las peleas entre civiles y policías callejeros están





estallando en todas partes. Por encima de todo, las pantallas gigantes muestran imágenes en directo de la cara de Anden, su expresión seria, está rogando desde atrás del cristal protector.

Seis minutos pasan. Estoy a sólo una docena de metros de la base de la Torre del Capitolio cuando me doy cuenta que la gente a mi alrededor está cayendo poco a poco en silencio. Ellos ya no están concentrados en Anden.

—¡Allí arriba! —grita una persona.

Están apuntando a un chico con el cabello brillante como una antorcha, que está encaramado en un balcón de la Torre en el lado opuesto del mismo piso que Anden. El cristal protector del balcón atrapa algunas de las luces de la calle, y desde allí, el chico está brillando. Contengo la respiración y me detengo. Es Day.





DAY

Traducido SOS por PaolaS y Otravaga

Corregido por LizC



Cuando llego a la Torre del Capitolio, estoy empapado en sudor. Mi cuerpo quema del dolor. Rodeo uno de sus lados que no está frente a la plaza principal, y luego examino la multitud mientras la gente empuja delante de mí en ambas direcciones. A nuestro alrededor están un montón de pantallas gigantes, cada una visualizando exactamente la misma cosa: El joven Elector, suplicando en vano que la gente regrese a casa y esté a salvo, que se dispersen antes que las cosas se salgan de control. Él está tratando de consolarlos dictando sus planes de reforma para la República, suprimiendo las Pruebas y cambiando la forma en que reciben sus asignaciones profesionales. Pero puedo decir que esta bendita charla política pacífica no va a satisfacer a la multitud. Y a pesar de que Anden es más viejo y más sabio que June y yo, no nota la pieza crucial.

La gente no le cree, y no creen en él.

Apuesto a que el Congreso está viendo todo esto con alegría. Razor también. ¿Anden siquiera sabe que Razor es el que estaba detrás de la trampa? Entrecierro mis ojos, y luego salto para agarrar la segunda cornisa baja del edificio. Trato de fingir que June está justo detrás de mí, animándome.

Los altavoces parecen estar conectados de la manera que Kaede había descrito cuando estábamos en Lamar. Me inclino hacia la cornisa justo debajo de la azotea para estudiar los cables. Sip. Están casi de la misma manera que la noche que conocí a June en el callejón a medianoche, donde le había pedido la vacuna para la peste a través del sistema de altavoces recableado. Sólo que esta vez, voy a estar hablando no a un callejón, sino a toda la capital de la República. Al país.

El viento pica en mis mejillas y silbidos pasan más allá de mis oídos en vendavales, me obliga a ajustar constantemente mi equilibrio. Podría morir ahora mismo. No tengo



forma de saber si los soldados en los tejados me van a derribar antes de que pueda llegar a la relativa seguridad detrás del cristal protector del balcón, a decenas de metros por encima del resto de la multitud. O tal vez van a reconocer quién soy y abrirán fuego.

Subo hasta llegar al décimo piso, el mismo piso del balcón del Elector, entonces paro por un segundo para mirar hacia abajo. Estoy lo suficientemente arriba; al instante que de vuelta a la esquina del edificio, todo el mundo me verá. Las masas se concentran más en este lado, con los rostros vueltos hacia el Elector, los puños levantados en ira. Incluso desde aquí, puedo ver cómo muchos de ellos tienen ese mechón escarlata pintado en sus cabellos. Al parecer, los intentos de la República por mantener la ley al margen no funcionan tan bien cuando todo el mundo quiere hacerlo.

En los bordes de la plaza, la policía callejera y los soldados están golpeando sin piedad con sus garrotes, empujando a la gente hacia atrás con hileras de escudos transparentes. Me sorprende que no haya disparos. Mis manos comienzan a temblar de rabia. Hay pocas cosas tan intimidantes como cientos de soldados de la República vestidos con uniformes antidisturbios sin rostros, de pie en las líneas sombrías, oscuros contra una masa de manifestantes desarmados. Me aplano contra la pared y tomo unas cuantas respiraciones de aire frío de la noche, tratando de mantener la calma. Luchando por recordar a June y al hermano de June y al Elector, y que detrás de algunos de los sin rostro de la República hay buenas personas, con padres y hermanos e hijos. Espero que Anden sea la razón de que los disparos no hayan iniciado... que él haya dicho a sus soldados que no disparen contra esta multitud. *Tengo que creer eso.* De lo contrario, nunca voy a convencer a la gente de lo que voy a decir.

—No tengas miedo —me susurro a mí mismo, mis ojos fuertemente cerrados—. No puedes permitírtelo.

Entonces salgo de las sombras, apresurándome por la cornisa hasta que llego a la esquina del edificio, y salto al balcón más cercano que puedo encontrar. Me enfrento a la plaza central. El cristal protector del balcón termina a un pie por encima de mi cabeza, pero todavía puedo escuchar el viento desde arriba. Me quito el gorro y lo tiro por encima del borde superior. Se desliza por el suelo, llevado por el viento. Mi cabello fluye hacia fuera y a mí alrededor. Me agacho, tuerzo uno de los cables de los altavoces, y sostengo el altavoz como un megáfono. Entonces espero.

Al principio nadie me nota. Pero pronto una cara se volteá en mi dirección, probablemente atraídos por el brillo de mi cabello, y luego otra cara, y luego otra. Un pequeño grupo. Crece en varias docenas, todos ellos apuntando hacia mí. Los rugidos y



exaltaciones enojadas a continuación comienzan a disminuir. Me pregunto si June me ve. Los soldados se alinean en los otros techos con sus armas fijas en mí, pero no disparan. Están atrapados conmigo en este incómodo y tenso limbo. Quiero correr. Hacer lo que siempre hago, siempre he hecho, en los últimos cinco años de mi vida. Huir, escapar hacia las sombras.

Pero esta vez, me quedo en mi sitio. Estoy cansado de correr.

La gente se tranquiliza a medida que más y más giran el rostro para verme. Al principio, escucho charlas incrédulas. Incluso algunas risas. *Ese no puede ser Day*, los imagino murmurando para sí. *Algún impostor*. Pero cuanto más me quedo aquí, más fuertes se escuchan. Todo el mundo se volvió hacia mí. Mis ojos se pierden hacia donde Anden está en su balcón; incluso él me está mirando ahora. Aguanto la respiración, esperando que no decida dispararme. *¿Está de mi lado?*



Luego todos están coreando mi nombre. *¡Day! ¡Day! ¡Day!* Casi no puedo creer lo que oigo. Están exclamando por mí, y sus voces se hacen eco en cada cuadra y alcanzan todas las calles. Me quedo helado donde estoy, todavía aferrándome a mi megáfono improvisado, incapaz de apartar los ojos de las multitudes. Levanto el altavoz hasta mis labios.

—*¡Habitantes de la República!* —grito—. *¿Me escuchan?*

Mis palabras resuenan desde todos los altavoces en la plaza... probablemente desde todos los altavoces en el país, por lo que sé. Eso me asusta. Las personas abajo dejan escapar un grito de júbilo que hace temblar el suelo. Los soldados debieron haber recibido una apresurada orden de alguien en el Congreso, porque veo a algunos de ellos elevar sus armas más alto. Una sola bala pasa volando por el aire y golpea el vidrio, soltando chispas de hecho. No me muevo.

El Elector hace un gesto rápido a los guardias parados con él, y todos presionan una mano en sus oídos y hablan en sus micrófonos. Tal vez él les está diciendo que no me hagan daño. Me obligo a creerlo.

—*Yo no haría eso* —grito en dirección a donde había venido la solitaria bala. *Mantente firme*. Los gritos de las personas se convierten en un rugido—. No quieren un levantamiento, *¿o sí, Congreso?*

¡Day! ¡Day! ¡Day!

—*Hoy, a los del Congreso, les doy un ultimátum.* —Mis ojos se desplazan hacia las pantallas gigantes—. Han arrestado a un grupo de Patriotas por un crimen del que



ustedes son responsables. Libérenlos. A todos ellos. Si no lo hacen, llamaré a su gente a la acción, y tendrán una revolución en sus manos. Pero probablemente no del tipo que ustedes esperaban. —Los civiles gritan su aprobación. Las exclamaciones siguen en un tono febril.

—Habitantes de la República. —Ellos me animan a medida que continúo. —Escúchenme. Hoy, les doy a todos ustedes un ultimátum.

Sus exclamaciones continúan hasta que se dan cuenta de que me he quedado en silencio, y entonces ellos también comienzan a calmarse. Sostengo el altavoz más cerca.

—Mi nombre es Day. —Mi voz llena el aire—. He luchado contra las mismas injusticias por las que ustedes están aquí para protestar en estos momentos. He sufrido las mismas cosas que ustedes han sufrido. Como ustedes, he visto a mis amigos y familiares morir a manos de los soldados de la República. —Parpadeo para alejar los recuerdos que amenazan con sobrepasarme. Sigue adelante—. He estado muerto de hambre, he sido golpeado y humillado. He sido torturado, insultado y reprimido. He vivido en los suburbios con ustedes. He arriesgado mi vida por ustedes. Y ustedes han arriesgado sus vidas por mí. Nosotros hemos arriesgado nuestras vidas por nuestro país, no el país en el que vivimos ahora, sino el país que esperamos tener. Todos ustedes, cada uno de ustedes, son héroes.

Alegres vítores me responden, incluso mientras los guardias abajo tratan en vano de derribar y detener a los rezagados, mientras que otros soldados están tratando infructuosamente de desactivar el sistema de altavoces recableado. El Congreso tiene miedo, me doy cuenta. Tienen miedo de mí, como siempre lo han tenido. Así que sigo adelante: le cuento a la gente lo que le había sucedido a mi madre y hermanos, y lo que le había pasado a June. Les hablo de los Patriotas, y sobre el intento del Senado de asesinar a Anden. Espero que Razor esté escuchando todo esto y esté furioso. A lo largo de todo, la atención de la multitud nunca titubea.

—¿Confían en mí? —grito. El público responde con una voz unificada. El mar de gente y sus rugidos ensordecedores son abrumadores. Si mi madre todavía estuviese aquí, si papá y John estuviesen aquí, ¿estarían sonriéndome en este momento? Tomo un profundo y tembloroso suspiro. Termina lo que viniste a hacer aquí. Me centro en la gente, y en el joven Elector. Reúno mis fuerzas. Entonces digo las palabras que nunca pensé que diría.

—Habitantes de la República, conozcan a su enemigo. Su enemigo es la forma de vida de la República, las leyes y las tradiciones que nos retienen, el gobierno que nos ha





traído aquí. El difunto Elector. El Congreso. —Levanto mi brazo y apunto hacia Anden—. Pero el nuevo Elector... ¡No. Es. Su. Enemigo! —Las personas se vuelven silenciosas. Sus ojos están siempre fijos en mí—. ¿Creen que el Congreso quiere poner fin a las Pruebas, o ayudar a sus familias? Es una mentira. —Señalo a Anden cuando digo esto, queriendo, por primera vez, confiar en él—. El Elector es joven y ambicioso, y no es como su padre. Quiere luchar por ustedes, como yo luché por ustedes, pero primero necesita que ustedes le den la oportunidad. Y si ponen sus fuerzas detrás de él y lo levantan, él nos levantará. Él cambiará las cosas para nosotros, un paso a la vez. Él puede construir ese país que todos esperamos que podamos tener. Vine aquí esta noche por todos ustedes... y por él. ¿Confían en mí? —Levanto mi voz—: *Habitantes de la República, ¿confían en mí?*

Silencio. Luego, unas pocas exclamaciones. Más se unen. Ellos levantan sus ojos y puños hacia mí, sus gritos incesantes, una marea de cambio.

—Entonces, levanten sus voces por su Elector, como yo lo he hecho, ¡y él levantará la suya por ustedes!

Los gritos son ensordecedores, ahogando cualquier cosa y todo. El joven Elector mantiene sus ojos fijos en mí, y me doy cuenta, por fin, que June tiene razón. No quiero ver a la República colapsar. Quiero verla cambiar.



JUNE

Traducido por Lalaemk

Corregido por LizC



Dos días han pasado. O, más precisamente, cincuenta y dos horas y ocho minutos han pasado desde que Day subió a la cima de la Torre del Capitolio y anunció su apoyo a nuestro Elector. Cada vez que cierro los ojos, todavía puedo verlo ahí, su cabello brillando como un faro de luz contra la noche, sus palabras sonando fuerte y claramente a través de la ciudad y el país. Siempre que sueño, puedo sentir la abrasión de su último beso en mis labios, el fuego y el miedo detrás de sus ojos. Cada persona en la República lo oyó esa noche. Le dio el poder de vuelta a Anden, y Anden ganó por todo el país, todo en un solo golpe.

Este es mi segundo día en una cámara del hospital en las afueras de Denver. La segunda tarde sin Day a mi lado. En una habitación varias puertas abajo, Day está experimentando las mismas pruebas, tanto para asegurar su salud como para asegurar que las Colonias no implantaron dispositivos de control en su cabeza. Va a reunirse con su hermano en cualquier momento. Mi médico ha llegado para comprobar mi recuperación, pero no lo hará en algún tipo de privacidad. De hecho, cuando estudio el techo de mi habitación, veo cámaras de seguridad en cada esquina, transmitiendo mi imagen directa al público. La República tiene miedo de dar a la gente el más mínimo sentido de que Day y yo no estamos siendo cuidados.

Un monitor en la pared me muestra la habitación de Day. Es la única razón por la que acepté ser separada de él por tanto tiempo. Me gustaría poder hablar con él. Tan pronto como dejen de pasar los rayos X y sensores en mí, me pongo un micrófono.

—Buenos días, señorita Iparis —dice mi médico mientras las enfermeras salpican mi piel con seis sensores. Murmuro un saludo a cambio, pero mi atención permanece en el montaje de la cámara de Day hablando con su propio médico. Sus brazos se cruzan en una postura desafiante y su expresión se muestra escéptica. De vez en cuando su



atención se centra en un punto en la pared que no puedo ver. Me pregunto si él me está mirando a través de una cámara también.

Mi médico se da cuenta lo que me está distrayendo y responde a mi pregunta con cansancio antes de que pueda hacerla.

—Lo verá muy pronto, señorita Iparis. ¿De acuerdo? Lo prometo. Ahora, conoce el mecanismo. Cierre los ojos y respire profundamente.

Me muerdo mi frustración y hago lo que dice. Luces parpadean detrás de mis párpados, y luego una fría, sensación de hormigueo corre a través de mi cerebro y mi columna vertebral. Ponen una máscara de gel sobre mi boca y nariz. Siempre tengo que decirme a mí misma que no entre en pánico durante esta secuencia, que luche contra la claustrofobia y la sensación de ahogo. Sólo me están *haciendo pruebas*, repito en voz baja. Me están haciendo pruebas por cualquier resto del lavado de cerebro de las Colonias, para una estabilidad mental, para que el Elector —la República— pueda o no confiar en mí completamente. Eso es todo.

Las horas pasan. Finalmente, se detiene, y el médico me dice que puedo volver a abrir los ojos.

—Bien hecho, Iparis —dice mientras escribe algo en su libreta—. La tos puede durar más, pero creo que has sobrevivido a lo peor de la enfermedad. Puedes permanecer más tiempo aquí si deseas —sonríe ante el gesto de exasperación de mi cara—, pero si prefieres ser dada de alta a tu nuevo apartamento, también podemos arreglar eso hoy. En cualquier caso, el Elector está ansioso de hablar contigo antes de que salgas de aquí.

—¿Cómo está Day? —pregunto. Es difícil detener que la impaciencia se note en mi voz—. ¿Cuándo puedo verlo?

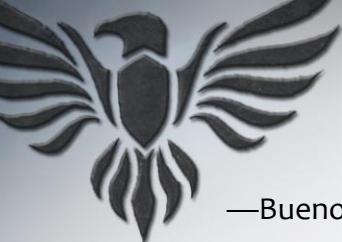
El médico frunce el ceño.

—¿No acabamos de discutir esto? Day será liberado un poco después de ti. Primero necesitará ver a su hermano.

Estudio su rostro cuidadosamente. Hay una razón por la que el médico dudó justo ahora, algo acerca de la recuperación de Day. Puedo ver el sutil temblor bajo los músculos faciales del médico. Él sabe algo que yo no.

El médico me devuelve a la realidad. Deja caer su cuaderno a su lado, se endereza, y planta una sonrisa artificial en su rostro.





—Bueno, eso es todo por hoy. Mañana empezaremos tu integración formal de nuevo a la República, con tu nueva asignación profesional. El Elector llegará en pocos minutos, y tendrás tiempo de antemano para recuperar tu orientación. —Con eso, él y las enfermeras se llevan sus sensores y máquinas y me dejan en paz.

Me siento en la cama y mantengo los ojos en la puerta. Una capa de color rojo oscuro está envuelta alrededor de mis hombros, pero todavía no me siento del todo caliente en la habitación. En el momento en que Anden viene a verme, estoy temblando.

Da un paso al interior con su gracia habitual, usando unas silenciosas botas oscuras y un pañuelo negro y un uniforme, con los rizos del cabello perfectamente arreglados, gafas de fina montura acentuándose perfectamente en su nariz. Cuando me ve, sonríe y saluda. El gesto me recuerda dolorosamente a Metias, y tengo que centrarme en mis pies durante unos segundos para serenarme. Afortunadamente, él parece pensar que estoy haciendo una reverencia.

—Elector —lo saludo.

Sonríe; sus ojos verdes barren sobre mí.

—¿Cómo te sientes, June?

Sonrío en respuesta.

—Lo suficientemente bien.

Anden ríe un poco y baja la cabeza. Da un paso más cerca, pero no trata de sentarse a mi lado en la cama. Todavía puedo ver la atracción en sus ojos, la forma en que merodea ante cada palabra que digo y cada movimiento que hago. Seguramente ya debe haber oído rumores acerca de mi relación con Day. Sin embargo, si lo sabe, no lo revela.

—La República —continúa, avergonzado de que lo he pillado mirándome—, es decir, el gobierno ha decidido que estás en condiciones de regresar a los militares con tu rango original intacto. Como un agente, aquí en Denver.

Por lo tanto, no voy a volver a Los Ángeles. Lo último que supe, fue que la cuarentena en los Ángeles había sido levantada después de que Anden comenzara una investigación hacia los traidores del Senado; y tanto Razor como la comandante Jameson fueron arrestados por traición. Sólo puedo imaginar cuánto nos ha de odiar Jameson a Day y a mí... incluso el pensamiento de cómo debe lucir la furia en su rostro envía un escalofrío por mi espalda.





—Gracias —digo después de un rato—. Estoy muy agradecida.

Anden le resta importancia a mis palabras.

—No es necesario. Tú y Day me han hecho un gran servicio.

Le doy un saludo informal y rápido. La influencia de Day ya es percibida; después de su discurso improvisado, el Congreso y los militares obedecieron a Anden en permitir a los manifestantes regresar a sus hogares sin castigo y en liberar a los Patriotas que habían sido detenidos durante el intento de asesinato (en condiciones controladas). Si el Senado no temía a Day con anterioridad, ahora lo hacen. Él tiene el poder para el momento de encender una revolución a gran escala con sólo unas pocas palabras bien escogidas.

—Pero... —El volumen de Anden cae y saca las manos de los bolsillos y las cruza frente a su pecho—. Tengo una propuesta diferente para ti. Creo que te mereces un puesto más importante que agente.

Un recuerdo llega a la superficie de cuando estuve en ese tren con él, de la oferta tácita colgando de sus labios.

—¿Qué tipo de puesto?

Por primera vez, decide sentarse conmigo en el borde de mi cama. Está tan cerca ahora que puedo sentir el leve susurro de su aliento en mi piel y ver la sombra de la barba en su barbilla.

—June —comienza—, la República nunca ha estado más inestable que ahora. Day la trajo de vuelta desde el borde del colapso, pero todavía estoy gobernando en tiempos peligrosos. Muchos de los senadores están luchando por el control entre ellos, y muchas personas en el país están esperando que haga un movimiento en falso. —Anden se queda en silencio por un segundo—. Un momento no me mantendrá con el favor del pueblo para siempre, y no puedo mantener unido al país solo.

Yo sé que él está diciendo la verdad. Puedo ver el cansancio en su rostro, y la frustración que viene al ser responsable de su país.

—Cuando mi padre era un joven Elector, él y mi madre gobernaron juntos. El Elector y su Princeps. Nunca fue más poderoso de lo que fue en ese momento. También me gustaría un aliado, alguien inteligente y fuerte a quien le pueda confiar más poder que a cualquier otra persona en el Congreso. —Mi respiración se vuelve superficial mientras percibo la oferta a la que está dando vueltas—. Quiero una compañera que tenga





control de la gente, una persona extraordinariamente talentosa en todo lo que hace, y alguien que comparta mis ideas sobre la creación de una nación. Por supuesto, alguien no puede pasar de agente a Princeps en un abrir y cerrar de ojos. Sería necesario un intenso entrenamiento, instrucción y educación. Una oportunidad para crecer en la posición a lo largo de muchos años, *décadas*, para aprender primero como senador y luego como líder del Senado. Este no es un entrenamiento para otorgar a la ligera, especialmente a alguien sin experiencia del Senado. Por supuesto, habría otro Princeps-Electo a mi sombra también. —Se detiene aquí; su tono cambia—. ¿Qué piensas?

Sacudo mi cabeza, todavía no estoy muy segura de qué exactamente me está ofreciendo Anden. Ahí está la oportunidad de ser la Princeps, una posición sólo superada por el Elector. Pasaría casi todo el tiempo de mi vida en compañía de Anden, a la sombra de cada paso suyo durante al menos diez años. Nunca vería a Day. Esta oferta hace que la vida que me había imaginado con él vacile inestablemente. ¿Anden está ofreciéndome esta promoción puramente basado en lo que él piensa de mis capacidades... o está dejando que sus emociones influyan, al promoverme con la esperanza de que podría tener la oportunidad de pasar más tiempo conmigo? Y, ¿cómo puedo competir con los otros posibles Princeps-Electos, algunos de los cuales probablemente tendrán más décadas que yo, tal vez ya senadores? Respiro hondo y trato de preguntarle de manera diplomática.

—Elector —empiezo—. No creo...

—No voy a presionarte —me interrumpe, luego traga y sonríe tímidamente—. Tienes toda la libertad para rechazarlo. Y puedes ser una Princeps sin... —¿Anden está sonrojándose?—. No tienes que hacerlo —dice en su lugar—. Yo, la República, simplemente estaríamos agradecidos si lo hicieras.

—No sé si tenga ese tipo de talento —le digo—. Necesitas a alguien mucho mejor de lo que yo podría llegar a ser.

Anden toma mis manos entre las suyas.

—Naciste para sacudir la República. June, no hay nadie mejor.





DAY

Traducido por Vero

Corregido por LizC



Los médicos no me gustaron al principio. El sentimiento era bastante recíproco, por supuesto, no he tenido exactamente las mejores experiencias en los hospitales.

Hace dos días, cuando finalmente lograron sacarme del balcón de la Torre del Capitolio de Denver y calmar a la multitud enorme de gente animándome, me ataron a una ambulancia y me llevaron directamente al hospital. Allí, rompí los lentes de un médico y le di patadas a las bandejas de metal de mi habitación cuando trataron de revisar mis lesiones.

—Si ponen una mano sobre mí —les espeté—, romperé sus benditos cuellos. —El personal del hospital tuvo que atarme. Me gritaba a mí mismo roncamente por Eden, exigiendo verlo, amenazando con quemar todo el hospital si no lo entregaban. Grité por June. Grité por una prueba de que los Patriotas fueron puestos en libertad. Pedí ver el cuerpo de Kaede, rogándoles que le dieran un entierro apropiado.

Ellos transmitieron mis reacciones en vivo al público debido a que las multitudes se habían reunido en el hospital, exigiendo ver que estaba siendo tratado adecuadamente. Pero poco a poco me calmé, y después de verme con vida, las multitudes en Denver comenzaron a calmarse también.

—Ahora, esto no significa que no serás vigilado muy de cerca —dice mi médico mientras me es dado un conjunto de camiseta con cuello y pantalones militares de la República. Él murmura, por lo que las cámaras de seguridad no pueden captar lo que está diciendo. Apenas puedo ver sus ojos a través de la mirada a lo largo de sus diminutas gafas redondas—. Pero has sido completamente perdonado por el Elector, y tu hermano Eden debería estar llegando al hospital en cualquier momento.



Me quedé tranquilo. Después de todo lo que pasó desde que Eden fue atacado por primera vez por la peste, apenas puedo comprender que la República va a devolvérmelo. Todo lo que puedo hacer es sonreírle al médico con los dientes apretados. Sonríe hacia mí con una expresión llena de aversión a medida que él continúa hablando sobre los resultados de mis exámenes y en dónde voy a vivir después de que todo esto termine. Sé que él no quiere estar aquí, pero no lo dice en voz alta, no con todas esas cámaras dentro. Por el rabillo de mi ojo puedo ver el monitor en la pared que me muestra lo que le están haciendo a June. Ella parece estar a salvo, soportando las mismas inspecciones que yo. Pero la angustia en mi garganta se niega a desaparecer.

—Hay una última cosa que me gustaría decirte en privado —continúa el médico. Yo escucho sin mucho entusiasmo—. Muy importante. Algo que hemos descubierto en tus radiografías, sobre lo que deberías saber.



Me inclino hacia adelante para oírle mejor. Pero en ese instante, el intercomunicador retumba a la vida en la habitación.

—Eden Bataar Wing está aquí, doctor —dice—. Por favor, informe a Day.

Eden. Eden está aquí.

De repente no podría importarme menos lo que mis resultados de rayos X dicen. Eden está fuera, justo detrás de la puerta de mi celda. El médico trata de decirme algo, pero sólo me empuja por delante de él, hacia la puerta abierta, y me precipito al pasillo.

Al principio no lo veo. Hay muchas enfermeras que vagan por los pasillos. Entonces noto la pequeña figura balanceando sus piernas en una de las bancas del pasillo, su piel saludable y la cabeza llena de rebeldes rizos rubio-claro, vestido con un uniforme demasiado grande y botas de talle infantil. Parece más alto, pero tal vez eso es porque es capaz de sentarse erguido ahora. Cuando se voltea hacia mí, me doy cuenta de que está usando un par de gruesas gafas de marco negro. Sus ojos son de un ligero púrpura claro, que me recuerda al niño que había visto en el vagón en esa fría noche llena de aguanieve.

—Eden —le llamo con voz ronca.

Sus ojos permanecen desenfocados, pero una impresionante sonrisa brota en su rostro. Se levanta y trata de caminar hacia mí, pero se detiene cuando parece que no puede decir exactamente dónde estoy.

—¿Eres tú, Daniel? —dice con inestable vacilación.



Corro hacia él, lo recojo en mis brazos y lo mantengo apretado.

—Sí —le susurro—. Es Daniel.

Eden simplemente llora. Los sollozos arrasan su cuerpo. Él aprieta sus brazos alrededor de mi cuello con tanta fuerza que no creo que alguna vez me deje ir. Tomo una respiración profunda para contener mis propias lágrimas. La peste ha arrebatado la mayor parte de su visión, pero él está *aquí*, vivo y sano, lo suficientemente fuerte como para caminar y hablar. Eso es suficiente para mí.

—Me alegro de verte de nuevo, muchacho —digo de forma estrangulada, revolviendo su cabello con una mano—. Te extrañé.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí. ¿Minutos? ¿Horas? Pero eso no importa. El tiempo corre un largo segundo tras otro, y yo hago que el momento se estire tanto como puedo. Es como si estuviera aquí de pie y abrazando a toda mi familia. Él es todo lo que significa algo para mí. Al menos tengo esto.

Oigo una tos detrás de mí.

—Day —dice el médico. Está apoyado contra la puerta abierta de mi celda, su rostro grave y ensombrecido bajo la luz fluorescente. Gentilmente pongo abajo a Eden, manteniendo una mano en su hombro—. Ven conmigo. Esto será rápido, lo prometo. Yo, eh... —Se detiene ante la visión de Eden—. Te recomiendo que mantengas a tu hermano aquí. Sólo por ahora. Te aseguro que estarás de vuelta en pocos minutos, y luego ambos serán conducidos a tu nuevo apartamento.

Me quedo donde estoy, no dispuesto a confiar en él.

—Lo prometo —dice de nuevo—. Si estoy mintiendo, bueno, tienes el poder suficiente para pedirle al Elector que me arreste por ello.

Bueno, eso es básicamente cierto. Espero algún tiempo más, masticando el interior de mi mejilla, y luego doy una palmadita en la cabeza de Eden.

—Volveré pronto, ¿de acuerdo? Quédate en el banquillo. No vayas a *ningún lado*. Si alguien trata de hacer que te muevas, grita. ¿Entiendes?

Eden limpia con una mano su nariz y asiente.

Lo guío de nuevo a la banca, a continuación, sigo al médico dentro de mi celda. Él cierra la puerta con un suave clic.





—¿Qué es? —digo, impaciente. Mis ojos no pueden dejar de volverse hacia la puerta, como si fuera a desaparecer en la pared si no me permanezco vigilante. Contra la pared de la esquina, el monitor de June la muestra esperando sola en su habitación.

Pero el médico no parece molesto conmigo esta vez. Teclea un botón en la pared y murmura algo acerca de cómo activar el sonido de las cámaras.

—Como estaba diciendo antes de que te fueras... Como parte de tus exámenes, revisamos tu cerebro para ver si había sido alterado por las Colonias. No encontramos nada de qué preocuparse... pero nos encontramos con algo más. —Se da la vuelta, teclea un dispositivo pequeño y apunta a una pantalla iluminada en la pared. Se muestra una imagen de mi cerebro. Frunzo el ceño ante ella, incapaz de comprender lo que estoy viendo. El médico apunta a una mancha oscura en la parte inferior de la imagen—. Vimos esto cerca de tu hipocampo izquierdo. Creemos que es viejo, probablemente de años, y ha estado empeorando lentamente con el tiempo.

Yo me desconcierto sobre ello por un momento, luego me vuelvo hacia el médico. Todavía parece trivial para mí, especialmente cuando Eden está esperando en el pasillo. Especialmente cuando voy a ser capaz de ver otra vez a June.

—¿Y? ¿Qué más?

—¿Has tenido fuertes dolores de cabeza? ¿Últimamente, o en los últimos años?

Sí. Por supuesto que sí. He tenido dolores de cabeza desde la noche en que los del Hospital Central de Los Ángeles me realizaron exámenes, la noche en que se suponía que debía morir, cuando me escapé. Asiento.

Se cruza de brazos.

—Nuestros registros indican que has sido... usado para experimentación después de que fallaras en tu Prueba. Hubo algunos estudios efectuados en tu cerebro. Tu... eh...

—Tose, luchando por encontrar las palabras correctas—, estabas destinado a sucumbe con bastante rapidez, pero sobreviviste. Bueno, parece que los efectos han comenzado finalmente a alcanzarte. —Él cambia a un susurro—. Nadie sabe acerca de esto; ni siquiera el Elector. No queremos que el país se lance nuevamente a un estado revolucionario. Al principio pensábamos que podríamos curarlo con una combinación de cirugía y medicación, pero cuando estudiamos las áreas problemáticas más de cerca, nos dimos cuenta de que todo está tan entrelazado con la materia sana en tu hipocampo que sería imposible estabilizar la situación sin perjudicar gravemente tu capacidad cognitiva.





Trago saliva.

—¿Entonces? ¿Qué significa eso?

El médico se retira sus gafas con un suspiro.

—Significa, Day, que estás muriendo.





JUNE

Traducido por LizC

Corregido por Akanet

2007 HORAS.

DOS DÍAS DESDE MI LIBERACIÓN.

TORRE OXFORD, SECTOR LODO, DENVER.

22°C EN EL INTERIOR.



Day fue dado de alta ayer a las 7 a.m. Lo había llamado tres veces desde entonces, cada vez sin ninguna respuesta. No fue sino hasta hace un par de horas que por fin escuché su voz en mi auricular.

—¿Estás libre hoy, June? —Me estremecí ante la suavidad de su voz—. ¿Te importa si me paso por allí? Quiero hablar contigo.

—Ven —respondí. Y eso fue más o menos todo lo que nos dijimos el uno al otro.

Él estará aquí pronto. Me avergüenza admitir que aunque intenté mantenerme ocupada la última hora al poner en orden el apartamento y cepillé el pelaje de Ollie, en lo único que puedo pensar es sobre qué quiere discutir Day.

Es extraño tener una espaciosa sala de estar que es mía de nuevo, amueblada con una multitud de cosas nuevas y desconocidas. Sillones elegantes, candelabros elaborados, mesas de vidrio, pisos de madera. Artículos de lujo que ya no me siento del todo cómoda poseyendo. Fuera de mi ventana, una ligera nieve de primavera cae. Ollie duerme a mi lado en uno de los dos sofás. Después de mi salida del hospital, soldados me escoltaron en jeep hasta la Torre Oxford; y lo primero que vi cuando entré fue a Ollie, meneando su cola como loco, su nariz empujando con entusiasmo en mi mano.



Me dijeron que el Elector hace tiempo había pedido que mi perro fuera enviado a Denver y fuera cuidado. Justo después de que Thomas me había detenido. Ahora lo habían devuelto, este pequeño pedazo de Metias, a mí. Me pregunto lo que Thomas piensa de todo esto. ¿Él sólo seguirá el protocolo como siempre y se inclinará la próxima vez que me vea, prometiendo su lealtad eterna?

Quizás Anden ha ordenado su arresto junto con los de la comandante Jameson y Razor. No puedo decidir cómo me hace sentir eso.

Ayer enterraron a Kaede. La habrían cremado y le habrían dado un pequeño marco simple en la pared de una torre funeraria, pero insistí en algo mejor. Una verdadera parcela. Un metro cuadrado de su propio espacio. Anden, por supuesto, cedió. Si Kaede estuviera viva, ¿en dónde estaría? ¿La República finalmente la habría incluido en su fuerza aérea? ¿Ya Day ha visitado su tumba? ¿Se culpa a sí mismo por su muerte, como yo me culpo a mí misma? ¿Es esto acaso el por qué ha esperado tanto tiempo después de su alta hospitalaria para ponerse en contacto conmigo?

¿Qué sucede ahora? ¿A dónde vamos desde aquí?

2012 horas. Day llega tarde. Tengo los ojos pegados a la puerta, incapaz de hacer otra cosa, temiendo pasarlo por alto si parpadeo.

2015 horas. Una campana suave se hace eco a través del apartamento. Ollie se remueve, eleva sus orejas, y se queja.

Él está aquí. Prácticamente salto del sofá. Day es tan ligero sobre sus pies que hasta mi perro no pudo oírle caminando por el pasillo.

Abro la puerta, luego me congelo. El “hola” que preparé se detiene en mi garganta. Day está de pie delante de mí, con las manos en los bolsillos, impresionante en un flamante uniforme de la República (negro, con rayas de color gris oscuro corriendo por los lados del pantalón y alrededor de la parte inferior de sus mangas, un grueso cuello diagonal en su chaqueta militar, que es el corte en el estilo de las tropas de la capital de Denver, y elegantes guantes de neopreno blancos que puedo ver asomando de los bolsillos del pantalón, cada uno decorado con una fina cadena de oro). Su cabello se derrama más allá de sus hombros en una hoja brillante, y está espolvoreado con la suave nieve de primavera que cae fuera. Sus ojos están brillantes, de un sorprendentemente azul, y encantadores, unos pocos copos de nieve resplandecen en las largas pestañas que los bordean. Apenas puedo soportar la vista. Sólo ahora me doy cuenta que nunca lo he visto en realidad vestido en ningún tipo de traje formal, por no hablar de vestimenta militar formal. No había pensado en prepararme para una visión





de este tipo, para en cómo su belleza podría verse en circunstancias en que realmente la demostraría.

Day nota mi expresión y me ofrece una sonrisa irónica.

—Fue para una foto rápida —dice, señalando su atuendo—, de mí estrechando la mano del Elector. No fue mi elección. Obviamente. Será mejor que no me arrepienta de lanzar mi apoyo en este tipo.

—¿Eludiste la multitud reunida afuera de tu casa? —digo finalmente. Me recompongo lo suficiente como para torcer mis labios en una sonrisa en respuesta—. Se rumorea que la gente está clamando que tú seas el nuevo Elector.

Frunce el ceño exasperado y hace un sonido de mal humor.

—¿Day para Elector? Claro. Ni siquiera me gusta la República todavía. Me tomará algún tiempo acostumbrarme a eso. Ahora, la evasión es algo que puedo hacer. Prefiero no enfrentarme a la gente en estos momentos. —Oigo un dejo de tristeza ahí, algo que me dice que, efectivamente, visitó la tumba de Kaede. Se aclara la garganta cuando se da cuenta que lo estaba estudiando, luego me entrega una caja de terciopelo pequeña.

Hay una distancia cortés en su gesto que me desconcierta.

—Lo recogí en mi camino. Para ti, cariño.

Un pequeño murmullo de sorpresa se me escapa.

—Gracias. —Tomo la caja con cautela, admirándola por un momento, y luego inclino la cabeza hacia él—. ¿Cuál es la ocasión?

Day se mete el cabello detrás de su oreja y trata de parecer indiferente.

—Sólo pensé que se veía bonito.

Abro la caja con cuidado, y luego tomo una respiración aguda cuando veo lo que hay dentro: una cadena de plata con un pequeño pendiente de rubí en forma de lágrima rodeado de pequeños diamantes. Tres cordones de plata delgados se envuelven alrededor del propio rubí.

—Es... hermoso —le digo. Mis mejillas arden—. Esto debe haber sido muy caro. —¿Desde cuándo empecé a utilizar las cordiales sutilezas sociales cuando se trata de Day?

Sacude la cabeza.





—Al parecer, la República está arrojándome dinero para hacerme feliz. El rubí es tu piedra de nacimiento, ¿no? Bueno, sólo pensé que deberías tener un recuerdo más bonito de mí que un tonto anillo hecho de sujetapapeles. —Él acaricia a Ollie en la cabeza, luego hace una demostración de admirar mi apartamento—. Bonito lugar. Muy parecido al mío. —A Day le han dado un apartamento similar, fuertemente custodiado a un par de cuadras por la misma calle.

—Gracias —le digo de nuevo, poniendo cuidadosamente la caja en el mostrador de mi cocina, por el momento. Luego le guiño un ojo—. Sin embargo, todavía prefiero mi anillo de sujetapapeles.

Por una fracción de segundo, la felicidad cruza su rostro. Quiero lanzar mis brazos alrededor de él y tirar de sus labios sobre los míos, pero, hay un peso en su postura que me hace sentir como si tuviera que mantener mi distancia.

Aventuro una conjetura vacilante de lo que le está molestando.

—¿Cómo está Eden?

—Lo está haciendo bastante bien. —La mirada de Day recorre la habitación una vez más, luego deja que sus ojos se fijen en mí de nuevo—. Considerando todas las cosas, por supuesto.

Bajo mi cabeza.

—Yo... lamento escuchar lo de su visión. Él...

—Está vivo —me interrumpe Day suavemente—. Estoy bastante contento por eso. —Asiento estando de acuerdo incómodamente, y caemos en una larga pausa.

—Querías hablar —digo finalmente.

—Sí. —Day baja la mirada, juega con sus guantes, y luego mete las manos en los bolsillos—. Me enteré de la promoción que Anden te ofreció.

Me doy la vuelta y me siento en mi sofá. Ni siquiera han pasado cuarenta y ocho horas y ya he visto las noticias aparecer dos veces en las pantallas gigantes de la ciudad:

JUNE IPARIS ENTRENA PARA LA POSICIÓN DE PRINCEPS

Debería estar feliz de que Day fue el que sacó el tema; he tratado de encontrar una buena manera de abordar el asunto, y ahora no tengo que hacerlo. Aún así, mi pulso se acelera y me encuentro sintiéndome tan nerviosa como temía. Tal vez él está molesto de que no lo mencioné en seguida.



—¿Cuánto has oído ya? —pregunto mientras él se acerca a sentarse a mi lado. Su rodilla roza suavemente mi muslo. Incluso este ligero toque envía mariposas bailando en mi estómago. Echo un vistazo a su rostro para ver si lo hizo a propósito, pero los labios de Day dibujan una línea incómoda, como si supiera a dónde le va a llevar esta conversación, pero no quiere hacerlo.

—He oído rumores de que tendrías que ser la sombra de Anden a cada paso, ¿cierto? Te entrenas para convertirte en su Princeps. ¿Todo eso es verdad?

Suspiro, hundiendo mis hombros, y dejo que mi cabeza se hunda en mis manos. Escuchar a Day decir esto me hace sentir la gravedad del compromiso que tendría que hacer. Por supuesto que entiendo las razones prácticas del por qué Anden me aprovecharía para esto: espero ser alguien que pueda ayudar a transformar la República. Todo mi entrenamiento militar, todo lo que Metias alguna vez me dijo, sé que soy un buen ajuste para el gobierno de la República. Pero...

—Sí, todo es verdad —le respondo, luego añado rápidamente—: No es una propuesta de matrimonio; nada de eso. Es una posición profesional, y sería uno de los varios que compiten por el puesto. Pero significaría estar semanas... bueno... meses lejos cada vez. Lejos de... —Lejos de ti, quiero decir. Pero suena muy cursi, y decido no terminar la frase. En su lugar, le doy todos los detalles que han estado corriendo por mi mente. Le hablo del extenuante calendario de un Princeps-Electo, cómo me pienso entregar por completo si tuviera que estar de acuerdo con todo, que estoy insegura de cuánto de mí misma quiero dar a la República. Después de un tiempo sé que he empezado a balbucear, pero se siente muy bien sacar todo fuera de mi pecho, desnudar mis problemas con el chico que me importa, de modo que no trato de evitarlo. Si alguien en mi vida merece saber todo, ese es Day.

—No sé qué decirle a Anden —termino—. Él no me ha presionado, pero tengo que darle una respuesta muy pronto.

Day no responde. Mi torrente de palabras cuelga en el silencio entre nosotros. No puedo describir la emoción en su rostro: algo perdido, algo arrancado de su mirada y esparcido por el suelo. Una profunda tristeza silenciosa que me destroza. ¿Qué pasa por la mente de Day? ¿Me cree? ¿Cree, como yo lo hice cuando lo escuché por primera vez, que Anden está ofreciéndome esto debido a un interés personal en mí?

¿Está triste porque significaría diez años de apenas vernos? Lo observo y espero, tratando de anticipar lo que va a decir. Por supuesto que va a estar descontento con la idea, por supuesto que va a protestar. No sería feliz conmigo misma con...





Day de repente habla.

—Toma la oferta —murmura.

Me inclino hacia él, porque no creo haberlo escuchado correctamente.

—¿Qué?

Day me estudia cuidadosamente. Su mano se retuerce un poco, como si quisiera levantarla y tocar mi mejilla. En cambio, permanece a su lado.

—He venido aquí para decirte que tomes su oferta —repite en voz baja.

Parpadeo. Me duele la garganta, mi visión nada en una nube de luz. Esa no puede ser la respuesta correcta, esperaba una docena de respuestas de Day a excepción de esa. O tal vez no es su respuesta lo que me impresiona tanto sino la *forma* en que lo dijo. Como si estuviera rindiéndose. Lo miro fijamente por un momento, preguntándome si me lo he imaginado. Pero su expresión —triste, lejana— permanece igual. Me doy la vuelta y me traslado a la orilla del sofá, y por medio de la sensación de adormecimiento en mi mente sólo puedo recordar susurrar:

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —pregunta Day. Su voz es descuidada, retraída como una flor muerta.

No entiendo. Tal vez está siendo sarcástico. O tal vez él va a decir que todavía quiere encontrar una manera de estar juntos. Pero él no añade nada a su respuesta. ¿Por qué me pediría que acepte esta oferta? Había pensado que él estaría muy feliz de que todo esto haya terminado, que podríamos probar algo parecido a una vida normal una vez más, sea lo que sea eso. Sería tan fácil para mí imaginar algún tipo de compromiso con la oferta de Anden, o incluso simplemente rechazarla por completo. ¿Por qué no sugiere eso? Pensé que Day era el más emotivo de los dos.

Day sonríe amargamente cuando no responde de inmediato. Nos sentamos con las manos separadas, dejando que el mundo cuelgue pesadamente entre nosotros, escuchando los segundos sin hacer ruido al pasar. Después de unos minutos, toma una respiración profunda y dice:

—Yo, eh... tengo algo más que debo decirte también.

Asiento en silencio, esperando a que continúe. Temerosa de lo que va a decir. Asustada de que explique el *por qué*.





Duda por un largo tiempo, pero cuando intenta hablar, sacude la cabeza y me da una pequeña risa trágica. Puedo notar que ha cambiado de parecer, tomando un secreto y guardándoselo de nuevo en su corazón.

—Sabes, a veces me pregunto cómo serían las cosas si yo simplemente... te hubiera conocido un día. Como hacen las personas normales. Si tan sólo hubiera tropezado contigo en alguna calle una mañana soleada y pensara que eras linda, me hubiera detenido, estrechado tu mano, y dicho: “Hola, soy Daniel.”

Cierro los ojos ante tal pensamiento tan dulce. Cuán liberador sería eso. Cuán fácil.

—Si tan sólo —susurro.

Day recoge la cadena de oro en su guante.

—Anden es el Elector Primo de toda la República. Puede que jamás haya otra oportunidad como esta.

Sé lo que está tratando de decir.

—No te preocunes, no es que no pueda influir en la República si rechazo esta oferta, o encuentre un término medio. Esta no es la única manera...

—Escúchame, June —dice suavemente, levantando ambas manos para detenerme—. No sé si voy a tener las agallas para decir todo esto otra vez. —Tiemblo ante la forma en que sus labios forman mi nombre. Él me da una sonrisa que sacude algo dentro de mí. No sé por qué, pero su expresión es como si me viera por última vez—. Vamos, tú y yo sabemos lo que debe suceder. Sólo nos conocemos desde hace un par de meses. Pero me he pasado *toda mi vida* luchando contra el sistema que el Elector ahora quiere cambiar. Y tú... bueno, tu familia sufrió tanto como la mía. —Hace una pausa, y sus ojos adquieren un aspecto lejano—. Podría ser bueno en arrojar discursos desde lo alto de un edificio, y en trabajar una multitud. No sé nada de política. Sólo puedo ser una figura decorativa. Pero tú... siempre has sido todo lo que el pueblo necesita. Tú tienes la oportunidad de *cambiar* las cosas. —Toma mi mano y toca el punto en mi dedo en donde su anillo solía estar. Siento los callos en sus manos, la dulzura dolorosa de su gesto—. Es tu decisión, por supuesto, pero sabes cómo tiene que ser. No tomes una decisión sólo porque te sientes culpable o algo más. No te preocunes por mí. Sé que es por eso que te estás frenando... puedo verlo en tu rostro.

Sin embargo, no digo nada. ¿De qué está hablando? ¿Qué ve en mi rostro? ¿Cómo me veo en este momento?





Day suspira ante mi silencio. Su rostro es insufrible.

—June —dice lentamente. Detrás de sus palabras, su voz suena como que podría romperse en cualquier momento—. Nunca, *jamás* va a funcionar entre nosotros.

Y aquí está la verdadera razón. Niego con la cabeza, incapaz de escuchar el resto. No esto. *Por favor, no lo digas, Day, por favor no lo digas.*

—Encontraremos una manera —empiezo a decir. Los detalles vienen derramándose—. Puedo trabajar en las patrullas de la capital por un tiempo. Eso sería una opción más viable, de todos modos. Ser la sombra de un senador, si realmente quiero entrar en la política. Doce de los senadores...

Day no puede ni siquiera mirarme.

—No estábamos destinados a estar juntos. Hay solo... demasiadas cosas que han sucedido. —Se pone más tranquilo—. Hay demasiadas cosas.

El peso de ello me golpea. Esto no tiene nada que ver con la posición de Princeps, y todo que ver con otra cosa. Day estaría diciendo todo esto, incluso si Anden nunca me hubiera ofrecido nada. *Nuestra discusión en el túnel subterráneo.* Quiero decir lo equivocado que está, pero ni siquiera puedo discutir su punto.

Porque tiene razón. ¿Cómo iba a pensar *posiblemente* que nunca sufriríamos las consecuencias de lo que le había hecho? ¿Cómo pude ser *tan arrogante* como para asumir que todo saldría bien para nosotros al final, que haciendo un par de buenas acciones podría compensar todo el dolor que le causé? La verdad nunca va a cambiar. No importa lo mucho que lo intente, cada vez que me mira, verá lo que pasó con su familia.

Verá lo que hice. Esto siempre le perseguirá, esto estará por siempre entre nosotros.

Tengo que dejarlo ir.

Puedo sentir las lágrimas amenazando con derramarse de mis ojos, pero no me atrevo a dejar que caigan.

—Entonces —susurro, con la voz temblando por el esfuerzo—. ¿Eso es todo? ¿Después de todo? —Incluso mientras lo digo, sé que no tiene sentido. El daño ya está hecho. No hay vuelta atrás.

Day se encorva y presiona sus manos contra sus ojos.

—Lo siento mucho —susurra.



Largos segundos pasan.

Después de una eternidad, trago duro. No voy a llorar. El amor es ilógico, el amor tiene consecuencias, me hice esto a mí misma, y debo ser capaz de soportarlo. Así que asúmelo, June. Yo soy la que debería sentirlo.

Finalmente, en lugar de decir lo que quiero decir, me las arreglo para luchar con el temblor en mi voz y le doy una respuesta más adecuada. Lo que debo decir.

—Le dejaré saber a Anden.

Day se pasa la mano por su cabello, abre la boca para decir algo, y la cierra de nuevo. Puedo decir que hay otra parte de toda esta situación que no me está diciendo, pero no lo presiono. No haría ninguna diferencia, de todos modos; ya hay suficientes razones por las que no estábamos destinados a estar juntos. Sus ojos captan la luz de la luna derramándose por las ventanas. Otro momento pasa entre nosotros, lleno de nada más que el susurro de nuestras respiraciones.

—Bueno, yo... —su voz se quiebra, y aprieta los puños. Se queda allí por un segundo, armándose de valor—. Debería dejarte dormir un poco. Debes estar cansada. —Él se levanta y endereza su abrigo. Intercambiamos un último asentimiento en despedida. Luego me da una cortés inclinación de cabeza, se da la vuelta y empieza a caminar—. Buenas noches, June.

Mi corazón está desgarrado, destrozado, goteando sangre. No puedo dejar que se vaya así. Hemos pasado por mucho para convertirnos en extraños. *Una despedida entre nosotros debería ser más que una cortés inclinación de cabeza.*

De repente me encuentro de pie y corro hacia él justo cuando llega a la puerta.

—Day, espera...

Él se da la vuelta. Antes de que yo pueda decir algo más, él da un paso adelante y toma mi rostro entre sus manos.

Entonces me besa por última vez, me abruma con su calidez, llenándome de vida y amor y dolorosa tristeza. Pongo mis brazos alrededor de su cuello mientras él envuelve los suyos alrededor de mi cintura. Mis labios se abren para él y su boca se mueve desesperadamente contra la mía, devorándome, tomando cada aliento que doy. No te vayas, ruego sin palabras. Pero puedo saborear el adiós en sus labios, y ahora ya no puedo contener las lágrimas. Él está temblando. Su rostro está mojado. Me aferro a él como si desapareciera si lo dejo ir, como si me quedara sola en este cuarto oscuro, de





pie en el aire vacío. Day, el chico de las calles, sin nada excepto la ropa en su espalda y la sinceridad en sus ojos, dueño de mi corazón.

Él es hermoso, por dentro y por fuera.

Él es el rayo de luz en un mundo de oscuridad.

Él es mi luz.

Fin del Libro





PRODIGY
MARIE LU

Champion

Él es una Leyenda.

Ella es un Prodigio.

¿Quién será el Campeón?



Página | 295

June y Day han sacrificado tanto por el pueblo de la República —y entre ellos— y ahora su país está al borde de una nueva existencia. June ha vuelto bajo la buena voluntad de la República, trabajando dentro de los círculos de élite del gobierno como Princeps Electo mientras Day ha sido asignado a un puesto militar de alto nivel. Pero ninguno de los dos habría podido predecir las circunstancias que los reunirá una vez más.

Justo cuando un tratado de paz es inminente, un brote de peste causa pánico en las Colonias, y la guerra amenaza las ciudades fronterizas de la República. Este nuevo tipo de peste es más mortal que nunca, y June es la única que conoce la clave de la defensa de su país. Pero salvar las vidas de miles significará pedirle a quien ella ama que renuncie a todo lo que tiene.

Con una acción trepidante y suspense, la trilogía de superventas de Marie Lu llega a una conclusión sorprendente.

LEGEND #2
BOOKZINGA



Sobre la Autora

Escritora americana de origen chino, Marie Lu es conocida por sus novelas distópicas dedicadas a un público juvenil, destacando su serie Legend, con la que ha dado el salto al mercado internacional.

Antes de escribir a tiempo completo, era directora de arte en una compañía de videojuegos. También tenía el negocio y marca Fuzz Academy, que fue elegido por C21Media como una de las marcas con más potencial para una serie de televisión del Internatioanl Licensing Expo 2010. Se graduó en la USC en 2006 y vive en Los Ángeles, donde pasa gran parte del tiempo atrapada en la autopista.



Serie Legend:

- 0.5. Life Before Legend
1. Legend
2. Prodigy
3. Champion



Créditos

STAFF DE TRADUCCIÓN

Moderadora:

LizC

Traductores:

LizC

Øtravaga

Wicca_82

Shadowy

Lalaemk

Nelshia

Vero

Carmen170796

Vettina

STAFF DE CORRECCIÓN

Correctores:

Akanet

Nony_mo

Clau12345

Monicab

July

LizC

Revisión y Recopilación:

LizC

DISEÑO

PaulaMayfair

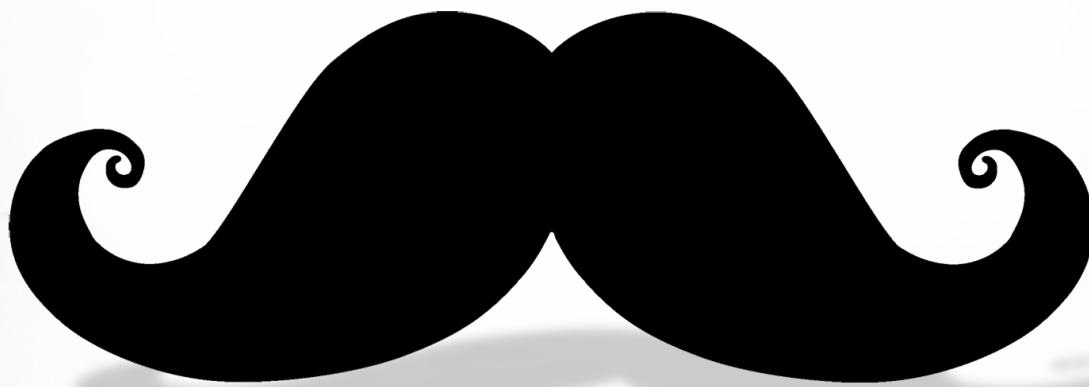


PRODIGY
MARIE LU

¡Visítanos!



Página | 298



<http://www.bookzingaforo.com/>



LEGEND #2
BOOKZINGA